

Belinda Bauer

SNAP



Belinda Bauer

SNAP

Traducido del inglés por Laura Vidal

AdN Alianza de Novelas

Índice

20 de agosto de 1998

2001

Agosto de 1998

Tres años después

Agosto de 1998

2001 (*)

Agradecimientos

Créditos

A mi maravillosa agente, Jane Gregory.

¡Felices treinta!

En el mundo hay dos clases de personas.
Las que creen que nunca les puede pasar a ellas.
Y las que saben que les pasará.

20 de agosto de 1998

Hacía tanto calor en el coche que los asientos olían como si se estuvieran derritiendo. Jack iba en pantalones cortos y cada vez que movía las piernas sonaban a celo.

Las ventanillas estaban bajadas, pero no corría aire; solo chirriaban pequeños insectos con un ruido como de papel seco. En el cielo había una nube deshilachada y un avión invisible dibujaba una línea blancuzca en el luminoso cielo azul.

A Jack le corría el sudor por la nuca y entornó la puerta.

—¡No! —dijo Joy—. ¡Ha dicho mamá que no salgamos!

—No voy a salir —dijo Jack—. Solo quiero refrescarme un poco.

Era una tarde tranquila y no había demasiado tráfico, pero cada vez que pasaba un coche, el Toyota temblaba un poco.

Cuando pasó un camión, tembló mucho.

—¡Cierra la puerta! —dijo Joy.

Jack cerró la puerta un chasquido. Joy era una teatrera. Tenía nueve años y cada dos por tres rompía a llorar, a cantar o a reír. Casi siempre se salía con la suya.

—¿Cuánto tiempo ha pasado? —gimoteó.

Jack miró su reloj. Se lo habían regalado en su último cumpleaños, cuando cumplió once.

Había pedido una PlayStation.

—Veinte minutos —dijo.

Era mentira. Hacía casi una hora desde que el coche tosió, renqueó y se detuvo con una sacudida en el arcén de la autopista M5 en dirección sur. Por tanto, hacía más de media hora desde que su madre los había dejado allí para ir a buscar un teléfono de emergencias.

«Quedaos en el coche. No tardo nada.»

Pero sí tardaba... y Jack sintió esa punzada de irritación que siempre experimentaba cuando su madre no era su padre. Papá habría sabido qué le pasaba al coche. No se habría puesto a girar la llave de contacto hasta dejarlo sin batería. Habría llevado encima un teléfono móvil y no habría tenido que marcharse autopista arriba en busca de un teléfono de ayuda en carretera cavernícola.

Merry gimoteó y se revolvió contra las correas de su silla de coche. Le molestaba el sol en la cara.

Joy se inclinó y volvió a ponerle el chupete.

—Mierda, qué calor hace —dijo Jack.

—Has dicho «mierda» —dijo Joy—. Me voy a chivar.

Pero no lo dijo con su convicción habitual. Hacía demasiado calor para tener convicciones.

Un calor abrasador.

Jugaron un rato a veoveo. «C» de «cielo», «a» de «autopista» y «p» de «prado», hasta que agotaron las limitadas existencias de cosas reales y empezaron con tonterías del tipo «tfc» de «tu feo careto».

—¡Cállate! —dijo Joy.

Jack iba a decir «¡Cállate tú!», pero luego decidió no hacerlo porque era el mayor y tenía que cuidar de sus hermanas. Eso había dicho su madre...

«Jack está a cargo.»

... así que pensó en «p» de «polvo», miró la carretera e intentó calcular cómo de lejos podía estar el teléfono, cuánto habría tardado su madre en llegar hasta él con su paso lento de embarazada y cuánto habría tardado en llamar. No conocía la respuesta a ninguna de estas preguntas, pero intuía que su madre llevaba fuera demasiado rato.

Había parado el coche a la sombra de una pequeña hilera de pinos, pero las sombras habían menguado hasta desaparecer.

Pestañeó en la despiadada luz del sol.

Si cerraba los ojos, cuando los abriera vería a su madre doblar la curva. Imaginó. Deseó que ocurriera.

Bastaría con cerrar los ojos un instante.

Y después abrirlos.

Despacio.

Estaría allí...

Estaría allí...

No estaba.

—¿Dónde está? —dijo Joy y dio una patada al respaldo del asiento—. ¡Dijo diez minutos y han pasado diez horas!

En el asiento delantero, Merry se echó a llorar.

—¡Mira lo que has hecho! —Jack se inclinó sobre el asiento delantero para atender a Merry y le puso el biberón, pero la niña dio solo un sorbo de agua y se sacó la tetina de la boca para seguir gimoteando.

—Te odia —dijo Joy con satisfacción, de manera que Jack volvió a su asiento y dejó que lo intentara ella, pero resultó que Merry odiaba a todo el mundo y no hacía más que llorar.

Y llorar.

Merry tenía dos años, pero era muy llorona. A Jack no le caía demasiado simpática.

—Igual hay que cambiarle el pañal —dijo Joy cautelosa—. Hay uno en la bolsa.

—Enseguida se calla —dijo Jack; no tenía intención de cambiar un pañal.

Tampoco Joy, quien no volvió a mencionar el asunto. Se limitó a morderse el labio y mirar la curva de la carretera con el ceño fruncido.

—¿Dónde está? —repitió, pero esta vez con una vocecilla tan asustada que Jack decidió que tenía que hacer algo o, de lo contrario, también él se asustaría.

Se asustaría un montón.

—Vamos a buscarla —dijo de pronto.

—¿Cómo?

—Pues andando —dijo Jack—. Es aquí cerca. Eso dijo mamá.

—Si es cerca, ¿por qué no ha vuelto?

Jack hizo caso omiso de la pregunta y abrió la puerta.

—¿No se enfadará si no nos quedamos aquí como nos dijo?

—No, se alegrará de que hayamos ido a buscarla.

Joy abrió mucho los ojos.

—¿Se ha perdido?

—¡No!

Ahora le temblaba el labio inferior.

—¿Nos hemos perdido nosotros?

—¡No! ¡No se ha perdido nadie! Lo que pasa es que tengo calor, me aburro y quiero andar un poco. Puedes venir conmigo o quedarte aquí.

—No me quiero quedar aquí —se apresuró a decir Joy.

—Pues entonces, ven —dijo Jack.

—¿Y qué hacemos con Merry?

—Puede andar.

—Pero no va a querer.

—Pues la llevamos en brazos.

—Pesa demasiado.

—Yo la llevo.

—¿Y los coches? —dijo Joy mirando los fognazos brillantes que desfilaban a gran velocidad; no eran muchos, pero iban muy deprisa —. Es demasiado peligroso —añadió en voz baja.

Era lo que les había dicho su madre cuando quisieron acompañarla a buscar el teléfono.

«Es demasiado peligroso.»

—Venga —dijo Jack—. Todo saldrá bien. Te lo prometo.

Joy llevaba la bolsa de pañales y Jack, a Merry.

Quien, como era de esperar, se negaba a caminar.

El aire asfixiante se agitaba cada vez que pasaba un coche y a continuación se posaba de nuevo en el polvo.

Caminaban muy pegados al quitamiedos. La barandilla de acero ondulado era mucho más grande de lo que parecía desde un coche en marcha. Le llegaba a Jack desde el codo hasta casi el dobladillo de los pantalones de fútbol azules. La tierra al otro lado de la barrera estaba cubierta de hierba alta y quebradiza. Bajaba en empinada pendiente hasta una zona de matorrales y árboles pequeños y, una vez allí, se nivelaba. Más allá había setos y, después, prados. Hierba. Algunas ovejas. La mayoría de los prados estaban vacíos y los graneros más cercanos quedaban muy lejos; parecían casitas de juguete con tejados de chapa.

El arcén era ancho, pero no estaba vacío. Esa era la impresión que daba desde el coche, de manera que a Jack le sorprendió comprobar que en realidad estaba lleno de cosas. Latas de Coca-Cola, guantes de protección, trozos de tuberías de plástico y peluches... un surtido aleatorio de objetos, todos aplastados y cubiertos del mismo polvo fino y gris.

—¿Y si para un coche? —dijo Joy—. ¿Nos subimos?

—Pues claro que no —bufó Jack; todo el mundo sabía que subirse al coche de un desconocido era una buena manera de acabar asesinado.

Joy también lo sabía y que su hermano no estuviera dispuesto a correr ese riesgo pareció tranquilizarla.

Jack se volvió para mirar el coche. Relucía en la luz cegadora, pero ya parecía estar muy muy lejos, como un barco que se hunde en un océano profundo y que, una vez desaparecido, no se puede recuperar.

O quizá eran ellos los que se hundían...

Merry pesaba mucho, sobre todo porque no dejaba de revolverse y gimotear. Tenía la cara roja y arrugada y se retorció en los brazos de Jack igual que un gusano de plomo.

—Le está dando el sol en la cara —dijo Jack—. ¿Hay algún gorro en la bolsa?

—No, solo un babero. —Joy se lo dio entornando los ojos en la blanca luz del sol. El babero era amarillo con un patito azul. Jack se lo puso a Merry en la cabeza y esta se calmó un poco.

Siguieron caminando.

—Me duelen los pies.

Joy llevaba unas ridículas chanclas rosa con una flor de plástico entre los dos primeros dedos.

—Ya queda poco —dijo Jack, aunque no tenía ni idea de cuánto quedaba para ningún sitio. Era algo que solía decir su padre. Volvió la cabeza; el coche había desaparecido detrás de la curva.

Estaban completamente solos.

Jack deseó que su padre estuviera allí. Habría llevado en brazos a Merry, a Joy y la bolsa.

Sin esfuerzo.

Le dolían los brazos, así que dejó a Merry en el suelo e intentó que caminara, pero esta se negó, aunque ya sabía hacerlo sola. Se resistió y se puso rígida, de manera que Jack no podía tirar de ella.

Tuvo ganas de abofetearla.

En lugar de ello, resopló, se secó el sudor de la frente con el dorso de la mano, volvió a cogerla en brazos y siguió andando.

Un camión hizo sonar el claxon cuando pasó rugiendo y el babero salió volando de la cabeza de Merry al otro lado del quitamiedos.

—¡Uy!

Joy se inclinó sobre la barrera de puntillas para cogerlo, pero pasó otro coche y el babero despegó de la hierba tiesa y amarillenta y flotó pendiente abajo.

—¡Déjalo! —dijo Jack.

—¡Pero es el del patito!

Jack siguió caminando y, un momento después, Joy lo alcanzó. Seguía buscando con la mirada el punto brillante en que se había convertido el babero.

—Me encantaría comerme un helado ahora mismo —dijo.

Jack no le hizo caso, pero también deseó poder comerse un helado. Con un polo se conformaría. Tenía la boca tan seca... Se preguntó si sería posible morir de sed en plena frondosa campiña de Devonshire.

Le pareció posible.

Odiaba a su madre. La odiaba. ¿Por qué no podían haber ido con ella? ¿Por qué dijo que volvería enseguida cuando no había vuelto enseguida?

Cuando la encontraran, no le hablaría. ¡Así aprendería! Bajaría por el terraplén, encontraría una verja en un seto, entraría en una granja y conseguiría algo de beber y un teléfono.

Llamaría a papá.

Que se hiciera cargo él.

Y en cuanto a su madre, que se preocupara cuando volviera al coche y viera que se habían marchado...

Pero no hizo ninguna de esas cosas.

Llegaron a un manzano escuálido y se detuvieron un rato bajo su sombra enrejada. Jack dejó a Merry en el suelo con un gemido. De

inmediato, la niña se sentó con el pañal a modo de amortiguador entre las frutas pequeñas y rojas desperdigadas por el arcén.

—No la dejes en el suelo —dijo Joy—. ¡Está asqueroso!

—Me da igual. Pesa una tonelada.

—Lo mismo que esta bolsa. —Joy la soltó y cogió una manzana del árbol. Era roja, pero cuando la mordisqueó estaba dura y amarga y la escupió en el asfalto. Bebió agua del biberón de Merry y se lo ofreció a Jack. Se turnaron hasta terminársela.

—Deberíamos haber guardado un poco para Merry —dijo Joy.

—Demasiado tarde —dijo Jack.

Pasaban coches. Ninguno se paró.

—Vamos —dijo Jack.

—No quiero —dijo Joy—. Hace demasiado calor.

—Hay que seguir. No vamos a encontrar a mamá si nos quedamos aquí.

Joy escudriñó la carretera delante de ellos. Era larga y recta y en el arcén no había rastro ni de su madre ni de nadie. Solo un lago tembloroso, como un espejismo en un desierto.

—Quiero volver.

Jack se sacó la llave del bolsillo.

—Vale —dijo—. Toma la llave.

Joy no la cogió. Se giró hacia la curva que ahora ocultaba al coche, suspiró y dijo:

—¡Cómo pesa esta bolsa!

—Déjala. Coge solo un pañal para que mamá pueda cambiarla.

Eso hicieron. Joy sacó un pañal y Jack encajó con cuidado la bolsa en la estrecha abertura que había donde el manzano casi tocaba el quitamiedos, para que no la viera nadie, pero pudieran encontrarla cuando todos volvieran al coche.

Luego cogió a Merry en brazos y echaron a andar.

Un coche azul aminoró la marcha en el carril rápido en sentido contrario y el conductor los miró. Jack apartó la vista mientras el corazón le palpitaba con un temor infundado hasta que el ruido del motor se fue apagando.

Merry se revolvió contra su cadera y empezó a berrear:

—¡Mamá! ¡Mamá! —Extendió los brazos regordetes y los dedos hacia el coche, que ya se había alejado demasiado para dar la

vuelta.

—Mamá no está aquí —dijo Jack—. Está por este camino. Enseguida la encontramos.

El llanto de Merry cedió poco a poco hasta que, por fin, le pasó a Jack los brazos alrededor del cuello, apoyó la mejilla en su hombro y empezó a emitir un zumbido grave y ronco que se fue acompañando con las pisadas de su hermano.

Joy se paró y dijo:

—¿Qué es eso?

Un poco más adelante, tres cuervos picoteaban y daban saltitos encima de un bulto ensangrentado.

—Ni idea.

—¿Es algo muerto?

—No lo sé.

Pero sí era algo muerto. A medida que se acercaban, oyeron las moscas.

Era un zorro muerto, aplastado, pero el polvo no lo había cubierto aún. Las tripas rosa brillante sobresalían de un desgarrón en el pelo anaranjado. Los cuervos se peleaban por comerse los ojos.

Jack no pudo mirar. Se tragó el asco que le subía por la garganta mientras Joy agitaba los brazos para espantar a los cuervos. Estos se alejaron batiendo las alas, pero solo unos metros, y a continuación regresaron a saltitos.

—¡Fus! —gritó Joy—. ¡Fuuuuuus!

Pero los cuervos rieron y saltaron alrededor de ella como una pandilla cruel.

Joy corrió hacia ellos.

—¡JOY!

Jack le sujetó el brazo y un coche cortó el aire en dos haciendo sonar furioso el claxon cuando viró para esquivarla.

Joy miró a Jack. Tenía los ojos como platos, la cara pálida y sus labios dibujaban una «o» asustada.

Entonces los dos se echaron a reír. Un graznido agudo, como el de los cuervos. No era una risa de diversión, pero aun así siguieron, como si jugaran a quién ríe más rato, hasta mucho después de que se les pasara la alegría y empezara a dolerles la cara.

Entonces Jack señaló algo detrás de Joy.

—¡Ahí está el teléfono!

A unos cien metros había un pequeño poste naranja.

Se alejaron del zorro muerto con urgencia renovada. Jack caminaba tan deprisa que casi corría. Joy se agarró a la espalda de su camiseta como si le diera miedo separarse de aquel trenecito y quedarse atrás. A Jack le dolían los brazos y el sudor le quemaba los ojos. Los pies de Merry le golpeaban los muslos y los tirones que le daba Joy lo desequilibraban, pero no aminoró la marcha. No hasta que no estuvieron a unos treinta o cuarenta metros del teléfono. Entonces empezó a buscar a su madre con la mirada al otro lado del quitamiedos y en la pendiente de hierba. E incluso más lejos. También entre los árboles, los setos y los prados que había más allá. Buscó desesperado alguna pista.

Quizá se había caído o los estaba esperando al otro lado del quitamiedos. Quizá los estaba viendo acercarse y les hacía señas con la mano, confiando en que la vieran. Cuando la viera, le devolvería el saludo. Le hablaría. ¡Pues claro que sí! ¡Olvidaría todo lo malo! El alivio anticipado lo llenó de ilusión.

—¿Dónde está? —dijo Joy.

Jack no contestó.

—¿Jack?

—Shhh.

Apretó el paso con el ceño fruncido. Cuando estaba a diez metros del teléfono, se detuvo.

El auricular naranja colgaba del aparato, con el cable retorcido, rozando la hierba amarilla e inmóvil.

Jack tuvo un presentimiento aterrador.

Aquello no era bueno.

Nada bueno.

Joy se movió. Soltó la camiseta de Jack y lo adelantó.

—Está roto —dijo e hizo ademán de coger el teléfono.

—¡No lo toques! —gritó Jack y Joy rompió a llorar.

Caminaron medio kilómetro más en el aire asfixiante.

No se detuvo ningún coche.

Nadie quiso saber nada.

Gente en coches —¡familias!— con aire acondicionado, teléfonos móviles y Coca-Colas pasaron por su lado mientras Joy lloraba en silencio y Jack llevaba a Merry en brazos.

Jack siguió andando, aunque no sentía las piernas.

Ni el corazón.

Hasta que no estuvieron casi en el desvío, un coche no frenó y se detuvo en la grava delante de ellos.

Se pararon, temblando, llorosos y exhaustos por el calor y el miedo.

Hubo un árido instante de espera, eterno y caluroso.

Luego se abrió la puerta y salió un agente de policía.

2001

Catherine While se despertó con un sobresalto y la sensación (la certidumbre) de que había alguien en la casa.

—¿Adam?

Adam no estaba allí. Estaba en Chesterfield. Catherine lo sabía porque justo el día anterior le había enviado una postal de la estación de autobuses con un garabato irónico.

Y, sin embargo, repitió:

—¿Adam?

Nada. Solo aquella espeluznante sensación de que no estaba sola. La farola junto a la ventana parpadeó y se apagó, dejándola ciega por un instante.

Parecía... planeado.

—¿Adam? —susurró a la oscuridad.

—¡Prrrrp!

Catherine chilló cuando el gato aterrizó en sus piernas.

—¡Quita, Chips!

Se sentó con un gruñido y una serie de incómodos contoneos bajo el peso de su barriga habitada y echó al gato de la cama.

—No te asustes —le dijo con firmeza a su tripa—. No era más que el gato.

Adam había tenido un segundo gato, llamado Fish, al que atropelló un coche antes de que se conocieran. Cuando lo supo, Catherine puso cara de solidaridad, obviamente, pero se sintió secretamente aliviada. Con un gato que vigilar para que no se sentara en la cabeza del bebé tenía más que suficiente. Chips era como un muñeco de trapo blanco y peludo, con preciosos ojos azules, pero a Catherine no le gustaban los gatos. Tampoco los perros, ya puestos. Nunca había tenido animales de compañía de ninguna clase, ni siquiera un pez de colores, pero en los dos años

que llevaban juntos Adam y ella había aprendido lo suficiente para saber que, definitivamente, los gatos no le caían bien.

A Adam sí. No se despegaba de su gato y ni su gato ni su pelo se despegaban de él. Catherine estaba convencida de que los gatos tenían su razón de ser dentro del universo, pero también de que esta no era cagar dentro de una caja en un rincón de la cocina.

O subirse de un salto a su cama.

Debía de haber dejado la puerta entreabierta la noche anterior y Chips vio la oportunidad de reafirmar su derecho gatuno a dormir en la almohada de su amo y mear con libertad en el cajón de los calcetines.

Catherine chistó furiosa y Chips salió altivo de la habitación con una mirada por encima del hombro que decía: «Esta te la guardo».

—Tú mismo —dijo Catherine desafiante y se recostó en la almohada.

Al menos Chips le había quitado el susto.

Catherine entrelazó las manos sobre el vientre, perpleja y divertida por lo diferente que era de la imagen que había tenido siempre de su cuerpo. Los primeros meses no había habido grandes cambios. Un poco de tripita, de esa que desaparece después de unas semanas de hacer bicicleta. Luego el bulto creció lo bastante para celebrarlo tumbándose boca arriba y dejar que sobresaliera, como cuando se mete en casa una maceta con una planta que estaba en el jardín. Ahora, que estaba de siete meses, levantarse de una silla era algo parecido a levantar un saco de fertilizante para meterlo en un carrito en B&Q.

Estaba ansiosa de que llegara el día en que le pusieran al bebé en su pecho, rojo, arrugado y berreando...

«¡Jamás dejaré que te hagan daño!»

Aquella promesa vehemente no era algo que Catherine hubiera formulado o decidido. Le venía al pensamiento de vez en cuando, directamente salida del corazón, del mismo modo que había imaginado que saldría el bebé de su útero, con un torrente de emociones que le producían al mismo tiempo ganas de llorar y de enfrentarse a todo.

Se secó los ojos con la base de la mano, suspiró y maldijo a Chips. Pronto necesitaría dormir todo lo que pudiera y perder

aunque fuera un segundo la ponía de malhumor.

El doctor Samuels le había dicho que buscara la serenidad máxima para ella y para su hijo que iba a nacer.

«Serenidad máxima.»

El médico había usado esas palabras concretas y Catherine se había reído de ellas. Pero a medida que avanzaba su embarazo, entendía mejor el valor de la serenidad máxima y había empezado a meditar, a encender velas y a leer novelas malas en la bañera. Se daba masajes de pies, tomaba batidos de kale y asistía a clases semanales de preparación al parto, donde se tumbaba de espaldas igual que un escarabajo dado la vuelta y Adam la ayudaba a respirar, a empujar y a reír como una tonta en supuesta preparación para lo que estaba por venir.

Catherine decidió leer hasta quedarse otra vez dormida. Tenía una pila de libros pendientes de lo más tentadora, pero sus hormonas la empujaban de manera compulsiva a *El gran libro de nombres para niños*. Menuda tontería; tanto Adam como ella preferían los nombres tradicionales y el libro incluía muchos de lo más ridículo. Además, habían decidido más o menos que si era niña, se llamaría Alice y si era niño, Frank, por la abuela de ella y el padre de él. Pero aunque sabía que jamás llamaría a su hijo Bunker o Crimpelene, Catherine sentía que era su deber considerar incluso la posibilidad más remota.

Se volvió para encender la lámpara de la mesilla, pero se detuvo a medio camino.

Oía un ruido.

No sabía muy bien qué era o de dónde venía, pero sonaba a alguien intentando no hacer ruido.

Alguien dentro de la casa.

Un miedo atávico le produjo un cosquilleo en la nuca.

Tenía treinta y un años y había vivido sola durante toda su vida adulta hasta que se mudó a casa de Adam casi dos años antes. Cuando vives sola y oyes un ruido por la noche, no te escondes bajo las mantas y esperas a que tu destino suba por las escaleras y se acerque por el pasillo. Cuando vives sola, te levantas de la cama, coges la linterna o el bate de béisbol o el bote de laca y bajas sigilosa al piso de abajo para enfrentarte a...

El lavavajillas.

Que era lo único que podía hacer un ruido lo bastante fuerte para despertarla.

Pero no había puesto el lavavajillas...

Catherine no estaba tan bien preparada como antes y además estaba mucho más embarazada. Pero no había allí nadie que pudiera ayudarla. Así que, con un gruñido ahogado, sacó las piernas de la cama y cogió impulso hasta ponerse de pie.

Salió sin hacer ruido al rellano y cogió un jarrón de la estantería. Era un mazacote sueco de cristal y nunca le había gustado. Tirárselo a un intruso mataría dos pájaros de un tiro.

Respiró hondo, dio la luz del pasillo y gritó:

—¡Quien esté ahí más le vale marcharse ahora mismo de esta casa! ¡He llamado a la policía y voy armada!

Empezó a bajar las escaleras con el jarrón a la altura del hombro, sintiéndose aterrada e idiota al mismo tiempo. Cuando llegó al piso de abajo, se detuvo y escuchó.

Nada.

¿Se había equivocado? No sería la primera vez. Estar sola en una casa magnificaba todos los sonidos. Los volvía más alarmantes. De haber estado segura, habría llamado a la policía y no lo había hecho, a pesar de que el teléfono estaba junto al lado de la cama en el que dormía Adam.

Sujetó mejor el jarrón con la mano derecha y comprobó despacio todas las habitaciones. Con cada umbral que cruzaba, se envalentonaba más. El recibidor, el comedor, la cocina.

Allí no había nadie.

Catherine dejó el jarrón sobre la mesa de la cocina cerca de la cámara y el teléfono y suspiró de alivio, feliz de haberse equivocado.

Entonces se fijó en su cámara de fotos y su teléfono. No recordaba haberlos dejado encima de la mesa. ¿Por qué iba a hacerlo? Y el portátil de Adam estaba junto a ellos, cuando siempre lo tenía en la mesa de su despacho.

«¡Hijo de puta!»

Catherine comprendió en un abrir y cerrar de ojos. ¡Los objetos estaban en la mesa cerca de la puerta trasera para que el ladrón pudiera cogerlos al salir!

Sin aliento por el pánico, comprobó la puerta. ¡No estaba cerrada con llave! La había cerrado, de eso estaba segura. El intruso debía de haber salido por ella cuando gritó, ¡sin detenerse siquiera a coger el botín!

Se apresuró a echar otra vez la llave y se pegó con desesperación al frío cristal, con las manos a ambos lados de la cara para ver en la oscuridad.

Contuvo el aliento cuando una sombra negra y líquida se separó de la casa y fluyó entre los arbustos y por encima de la valla igual que si fuera aceite.

—¡Te estoy viendo! —gritó—. ¡Te estoy viendo, cabrón!

Tenía el corazón desbocado, pero sus palabras le dieron valor.

Y enseguida todo hubo pasado.

El intruso había estado allí y se había marchado.

Ella estaba asustada y a salvo.

Todo había pasado y la mancha de vapor condensado que había dejado su grito en el cristal se encogió hasta desaparecer.

Catherine se separó de la puerta. Le temblaban las piernas. Se sentó y se llevó una mano trémula al vientre.

Su cabeza repasó lo ocurrido, saltando entre causa y consecuencia, entre lo que fue y lo que podía haber sido, hasta que por fin se apaciguó y empezó a funcionar a un ritmo más normal.

Estaba bien.

Estaban bien.

No había ocurrido ninguna desgracia. No se habían llevado nada.

Eso era lo más importante. Lo fundamental.

Pero había algo más. Tampoco se había dejado llevar por el pánico. No había chillado. No se había escondido debajo de la cama. No había tenido que venir un hombre a rescatarla. Había sido valiente y espabilada.

Catherine casi había olvidado lo que era ser independiente y cuando volvió al piso de arriba, la semilla del orgullo empezaba a brotarle en el pecho.

Entró en el dormitorio, cerró con firmeza la puerta y dejó escapar un fuerte suspiro de alivio. Entonces se volvió hacia la cama y el estómago se le encogió de tal manera que el bebé dio una patada.

La lámpara junto a la cama estaba encendida.

No la había encendido ella. Se había detenido a medio camino, ¿recuerdas?

Sabía que no la había encendido ella.

Y, en el pequeño charco de luz que proyectaba, había un cuchillo.

No era un cuchillo de cocina.

Era una navaja.

Catherine se movió sin caminar.

Miró la navaja.

Una hoja brillante, serrada en un extremo; en el otro, curva hasta terminar en una punta cruel. La empuñadura, con incrustaciones de nubes perladas que se reflejaban en un mar azul petróleo de...

Abulón.

La palabra emergió del profundo océano de su cerebro y supo que era la adecuada, aunque no estaba demasiado segura de cómo era un abulón. La pálida concha era tan serena, tan hermosa, que sin duda el filo no podía ser tan brutal como aparentaba. Como si no fuera suya, Catherine observó su mano acercarse y posar por un instante un dedo en la punta.

Dio un respingo cuando una descarga eléctrica le subió por el brazo y el cuello hasta la coronilla. Los ojos se le llenaron de lágrimas y una bola roja diminuta se le formó en la yema del dedo índice y se quedó allí, brillante como el rubí de un reloj suizo.

Se llevó el dedo a la boca con un escalofrío.

Entonces vio la tarjeta de cumpleaños.

Flores en un cubo. «Para mi hija, en su día.» Su madre no sabía elegir tarjetas de felicitación. Una semana después de su cumpleaños, Catherine la había guardado con todas las demás en un cajón del cuarto de invitados.

Y sin embargo ahora estaba allí, junto a su cama...

Se sentía desorientada, como si aquello fuera un sueño o una curvatura del espacio-tiempo.

Abrió la tarjeta.

La firma garrapateada de su madre estaba toscamente tachada y en el espacio en blanco había un nuevo mensaje escrito:

Podría haberte matado.

Agosto de 1998

Había pasado una semana.

Una semana en la que solo habían hablado en susurros, salvo Merry, que lloraba con la frecuencia y el volumen que se le antojaba hasta que una vecina a la que llamaban «tía», aunque no lo era, vino y se la llevó «solo hasta que vuelva Eileen a casa».

Cuando se fue, la casa se quedó tan silenciosa que el silencio en sí era casi un ruido.

Jack y Joy no iban al colegio. No era tan divertido como podía parecer. Jugaban a las cartas o veían dibujos animados con el volumen bajo, entre siluetas de agentes de policía que entraban y salían igual que fantasmas torpes. El que estaba al mando tenía un bigote tan espeso como el de un vaquero. «Llamadme Ralph», les dijo. Pero no le llamaban nada, se limitaban a verlo entrar y salir de la cocina con papeles y fotografías y decirle cosas secretas a su padre.

Cuando tenían hambre, comían cereales directamente de la caja. Cuando tenían sed, bebían del grifo. Cuando estaban cansados, se reclinaban el uno contra el otro en el sofá igual que pingüinos en una tormenta de nieve y se echaban siestas incómodas y nada reparadoras en las que soñaban con un asfalto recalentado y polvoriento y con que ningún coche paraba.

Nadie quería saber nada.

De vez en cuando, su padre levantaba la vista como si se acordara de ellos y decía: «¿Estáis bien?» y Jack y Joy asentían enérgicos, porque su padre estaba muy ocupado con la policía y con los periódicos. Y porque si decían que «no estaban bien», era posible que otra «tía» a la que ni siquiera conocían llegara y se los llevara, como a Merry.

Los periódicos llegaban cada mañana por debajo de la puerta con una serie de ruidos secos, igual que pájaros muertos que caen del cielo y se estrellan contra el felpudo.

Todos los periódicos, todos los días.

Su padre se sentaba a la mesa de la cocina a leer y releer obsesivamente cada cosa que se sabía, o se suponía, sobre la desaparición de su mujer; encorvado sobre las páginas para entresacar más significado, moviendo los labios y manchándose los dedos de tinta. No tiraba ningún periódico, por si había pasado algo por alto, y los acumulaba en un montón que crecía a una velocidad asombrosa.

Se suponía que Jack y Joy no debían leer los periódicos, pero de tanto en tanto, cuando su padre estaba en el piso de arriba, echaban una ojeada. Y por aquellos atisbos robados supieron que la búsqueda de su madre estaba aún en marcha y que la policía buscaba pistas, pero no encontraba ninguna.

El tío Billy llegó de Irlanda con su fea mujer, Una. Esta fingía que le gustaban los niños y él se sentaba en la cocina y miraba al padre trasladar gruesos montones de periódicos de un lado a otro de la habitación, señalar páginas y explicar las teorías de lo que podía haberle ocurrido a su mujer.

Teorías. En plural.

Tenía varias y Jack estaba harto de oírlas. Las exponía todas en trémulas ráfagas de palabras que no tenían nada que ver con la voz varonil de su padre. Y todas incluían un error, un malentendido o un fallo en la comunicación que se aclararía en cuanto Eileen volviera a casa y explicara dónde había estado todo aquel tiempo, y todo se arreglaría.

Jack tarareó en voz alta para no tener que oír a su padre decir cosas tan lamentables.

—Cállate —dijo Joy.

Jack tarareó más fuerte.

No podían salir debido a todos los periodistas que llamaban a la puerta y acechaban en las esquinas cerca del *pub* o dentro de los coches aparcados por toda la calle.

Esperando.

—¿Qué están esperando? —dijo Joy mientras jugaban a las cartas en la alfombra de su habitación.

—No lo sé —dijo Jack, aunque creía saberlo y pensaba que Joy también.

Pero esta se levantó de la alfombra, abrió la ventana y les gritó:

—¿Qué estáis esperando?

Nadie le contestó. Pero al día siguiente su fotografía salía en primera plana en todos los periódicos que llegaron por debajo de la puerta.

El titular era: «JOY ABANDONADA»¹.

Aquello hizo sufrir a Jack.

Quizá su madre los había abandonado en aquel arcén. Quizá él era demasiado ruidoso, Joy demasiado irritante y Merry demasiado coñazo para que pudiera soportarlo. Quizá ni siquiera había llegado a pedir ayuda por el teléfono naranja. Quizá se había hartado de que él y Joy se pelearan en el asiento trasero, había parado el coche, doblado la curva, hecho autostop y huido en un coche rumbo a una nueva vida. Con un marido más rico, un coche mejor y su nuevo hijo, quien recibiría todos los juguetes y los abrazos en lugar de Joy, Merry y él.

Si se esforzaba lo bastante y durante el tiempo suficiente, Jack podía enfadarse lo bastante para que no le importara que su madre no volviera nunca.

Pero incluso cuando lo conseguía, en su fuero interno deseaba que sí lo hiciera.

¹ «Joy» significa «alegría». (N. de la T.)

Tres años después

Catherine estuvo despierta con el teléfono en la mano hasta el amanecer.

Había marcado dos veces el número de Adam y las dos veces había colgado antes de que sonara.

En una ocasión empezó a llamar a la policía, pero no pasó del segundo nueve.

Ahora se limitó a sentarse en el borde de la cama, con Chips pegado a su muslo en busca de calor.

Estaba desesperada por oír la voz de Adam. En las últimas horas había imaginado cien veces la conversación.

«¿Hola?», diría él con voz ronca y ella le contestaría con un «hola» susurrado y a continuación rompería a llorar.

Sabía que lo haría, por mucho que se esforzara por evitarlo. Solo de pensar en ello le entraban ganas. Entonces la voz de él se transformaría en esa otra dulce que tan bien conocía: «¿Catherine?», la misma que cuando le anunció que estaba embarazada. ¡Se había puesto tan contento! Enseguida la había obligado a tumbarse en el sofá, entre risas y protestas, con un té, una tostada y el mando a distancia, mientras él iba a toda prisa a comprar sopa de pollo, complejos vitamínicos y todas las cosas que un recién nacido podría necesitar de una tienda abierta veinticuatro horas. Estas habían incluido un paquete de pañales desechables para niños de entre 12 y 18 meses, seis botes de compota de plátano Heinz y un tren teledirigido que, en lugar de vapor, expulsaba pompas de jabón. Dos días más tarde se había apuntado a un curso de primeros auxilios a recién nacidos en la asociación benéfica St John Ambulance y cambiado su Golf por un repulsivo Volvo color verde guisante con sistema de protección contra impactos laterales y cierres de seguridad para niños...

No podía contárselo.

No podía decirle que mientras él hacía todo lo posible para protegerlos a ella y al bebé, ella había trastabillado por toda la casa profiriendo amenazas tontas con un jarrón como única arma con la que defenderse ella y a su hijo aún no nacido de un intruso con una navaja.

¡Un intruso al que ella había dejado entrar!

Había dejado abierta la ventana del cuarto de baño para que Chips no la molestara si quería salir, a pesar de que Adam le había dicho que no lo hiciera.

«¡Pero hace tanto calor!», se quejaba mentalmente siempre que Adam le decía aquello. «¡Además es un ventanuco y está muy alto! No podría entrar nadie por él.»

Pero alguien había entrado. El ambientador estaba volcado y, si ladeaba la cabeza en un determinado ángulo, veía una huella borrosa en el alféizar de azulejo blanco. Después de una larga noche de atar cabos, Catherine concluyó que el ladrón había entrado por allí e ido derecho al piso de abajo, donde había cogido las cosas obvias y abierto la puerta trasera para asegurarse de que no se quedaba atrapado.

Luego había vuelto al piso de arriba.

Debía de haber estado justo detrás de ella cuando se detuvo en lo alto de las escaleras blandiendo el jarrón y gritando amenazas vanas.

Catherine se estremeció.

No había sido valiente, había sido una insensata. Ahora se daba cuenta.

¡Debía de ser la famosa torpeza de las embarazadas! Le habían dicho que el embarazo podía llevar a tomar decisiones irracionales, elecciones ilógicas, y Catherine había pensado que se trataba de tonterías misóginas.

Pero ahora se daba cuenta de que había sido tan tonta como esa rubia tonta de las películas de terror a la que no se le ocurre encender la luz.

Se había puesto a sí misma en peligro y, lo que era aún peor, había puesto a su hijo en peligro.

¿Cómo iba a contarle eso a Adam?

No podía. No quería. Se pondría furioso... y con razón. Adiós a la serenidad máxima, ahora todo sería preocupación, sentimiento de culpa y nuevas medidas de seguridad mientras Adam la envolvía en algodones hasta que se ahogara.

El pánico se adueñó de ella.

9-9-

Se detuvo de nuevo antes de terminar de marcar. Quería pensarlo una vez más.

¿Qué podía hacer la policía? El ladrón no se había llevado nada. No había roto nada. Ni siquiera lo había visto. Si llamaba a la policía, tendría que revivirlo todo, dejar que el mundo entero supiera lo estúpida que era y todo en vano. La policía rara vez cogía a los ladrones de casas. Eso lo sabía todo el mundo. El *Gazette* estaba lleno de casos que la policía no conseguía resolver. Había un ladrón que llevaba tanto tiempo suelto que hasta le habían puesto un apodo: Ricitos de Oro, porque dormía en las camas y se comía la comida de las casas en las que entraba. Y si la policía no lograba coger a aquel ladrón, Catherine dudaba de que hicieran horas extras para coger a un hombre que había volcado un ambientador.

Llamar a la policía no le traería nada más que humillación. Humillación y barullo.

Así es como lo llamaría su madre. «Barullo.» Alboroto y sinsentido.

Catherine dejó a un lado el teléfono y se abrazó la barriga.

—No queremos barullo, ¿verdad, Crimpelene?

Suspiró por su mala suerte. ¡Ni siquiera tendría que estar allí! Adam y ella tendrían que estar pasando el fin de semana en Sidmouth celebrando su aniversario. Pero había que pagar el alquiler y estaban ahorrando mucho para el niño, así que cuando a Adam le llegó la oportunidad de hacer horas extra, cancelaron el viaje.

Incluso así, que la robaran y amenazaran cuando debería haber estado desayunando en la cama con vistas al mar era como echar sal en las heridas.

Miró por la ventana como si la vista pudiera sorprenderla con un milagro, pero solo encontró la casa del señor Kent al otro lado de la calle sin salida, bañada en el fulgor rosado del amanecer.

Aunque no era el mar, la vista le hizo sentirse mejor. Había pasado una mala noche. Pero la noche había terminado y el alba pintaba su temor de un color nuevo y menos aterrador.

Podría haberte matado.

«Sí», pensó, «pero no lo has hecho, ¿a que no?»

Aquella era la reconfortante verdad.

El intruso no la había matado. Ni siquiera cuando estaba en lo alto de la escalera, gorda y sin equilibrio, sujetando un jarrón con mano temblorosa. O cuando un ligero empujón la habría mandado escaleras abajo hasta el pasillo... En realidad, había hecho todo lo posible por evitarla antes de marcharse por donde había venido.

De hecho, ¡lo había ahuyentado ella!

Quizá solo había querido devolverle el susto...

Catherine parpadeó.

Aquello parecía plausible. El ladrón, al ver su plan frustrado por sus torpes gritos, había decidido vengarse. Había dejado la navaja y la amenaza convencido de que, si no objetos de valor, al menos le había robado la tranquilidad.

Tenía lógica.

Era probable...

Y así fue cómo empezó a pensar Catherine en ello. Cómo decidió pensar en ello. En una bravuconada sin importancia. Que no significaba nada. Y si no era nada, entonces nadie tenía por qué saberla. Nada tenía que cambiar. Sería lo mejor para ella y, lo que era más importante, para el bebé.

Serenidad máxima.

De manera que Catherine While no llamó a su marido para contarle lo del ladrón. Y tampoco a la policía.

En lugar de ello, envolvió la navaja reluciente en un pañuelo de papel y la cogió con cuidado, manteniéndola a cierta distancia, como si pudiera explotarle en la mano.

Luego la metió en el fondo del cajón de los sujetadores y quemó la tarjeta de felicitación en el fregadero de la cocina.

Agosto de 1998

ÚLTIMA LLAMADA DE AUXILIO DE LA DESAPARECIDA EILEEN.

A Jack se le quedó la respiración atrapada en la garganta y la imagen del teléfono naranja colgando de un cable retorcido le vino a la cabeza acompañada del angustioso terror de aquel momento.

«¡No lo toques!...»

El titular precedía a una noticia extraña que recorría la página en líneas cortas e irregulares, como un poema. Pero Jack no necesitaba leerla para saber lo que significaba.

Su madre llamó para pedir ayuda. Sostuvo aquel teléfono naranja. Estuvo allí mismo... ¿Durante cuánto tiempo antes de que llegaran ellos?

¿Siglos?

¿Instantes?

Se le encogió el corazón de arrepentimiento. ¡Si hubiera salido en su busca antes! ¡Si hubiera caminado más deprisa! ¡Si no hubiera jugado al estúpido veoveo ni tenido que llevar a Merry en brazos ni se hubiera detenido bajo el manzano! La habrían alcanzado y no habría desaparecido.

¡Él estaba a cargo! ¡Podría haberla salvado!

Si...

Dio un suspiro profundo y tembloroso.

¿Sí?

La palabra salió flotando de la página y a Jack le pareció oír a su madre decirlo con la misma nitidez que si hubiera estado allí a su lado.

—¿Hola?

—¿En qué podemos ayudarla?

—*Se me ha estropeado el coche.*
—*¿Me dice su nombre, por favor, señora?*
—*Eileen Bright.*
—*De acuerdo, señora Bright. ¿Dónde está el coche ahora mismo?*
—*En el arcén.*
—*¿Está aparcado lo bastante lejos de la calzada?*
—*Sí.*
—*¿Está usted sola?*
—*Mis hijos van conmigo.*
—*¿Siguen en el coche?*
—*Sí.*
—*¿Puede pedirles que se coloquen al otro lado del quitamiedos, lejos del tráfico? La espero.*
—*Esto... No, no puedo. No están aquí conmigo. El coche está más atrás. Era demasiado peligroso venir por la carretera con todos. Merry es muy pequeña. Y no sabía cómo de lejos estaría el teléfono. Pero están a salvo.*

Jack dio un respingo.

¿A salvo? ¿Cómo podía decir eso? ¿Cómo podía decir que estaban a salvo? ¡No lo estaban! ¡Su madre no sabía lo poco a salvo que habían estado! No sabía que las chanclas de Joy le hacían daño, no sabía cómo había llorado Merry ni cómo a él casi se le habían caído los brazos por el esfuerzo de cargar con ella. ¡Tampoco lo del zorro, los cuervos o el coche que había estado a punto de atropellarlos!

Ni que nadie había parado. Nadie había querido saber nada.

La ira prendió un fósforo en el vientre de Jack. ¡Su madre se había desentendido de ellos! ¿Cómo había podido? ¡Los había abandonado! ¡Lo de «Joy abandonada» era cierto! ¡Los había abandonado a todos!

Algo crujió en el techo y Jack contuvo la respiración y luego siguió leyendo deprisa...

—De acuerdo, señora Bright. ¿El coche está al norte o al sur de donde se encuentra usted ahora?

—Esto... A ver [ríe]. Íbamos a Exeter...

[Sonido de un coche que se detiene]

—Ah, alguien se ha parado para ayudarme... Hola...

[Sonido de voces ahogadas. Eileen Bright. Varón sin identificar]

—¿Señora Bright?

[Silencio]

—Señora Bright, ¿está usted ahí?

[Silencio]

[Sonido de coche que se aleja]

Jack miró perplejo la última línea.

Sonido de coche que se aleja.

No quería que la historia terminara de ese modo. Incluso pasó la página con la absurda esperanza de que continuara, pero por supuesto no fue así.

Sonido de coche que se aleja.

¿Con su madre dentro?

No lo sabía.

Al parecer, nadie lo sabía.

Pero todo el mundo sabía que subirse al coche de un desconocido era una buena manera de acabar asesinado...

Llamaron a la puerta principal. Jack metió el periódico en el montón y volvió corriendo al sofá.

Susurros en el pasillo. Era Llamadme Ralph y con él venía una joven agente de aspecto alegre que sonrió a Jack, le dijo que se llamaba Pam y le pidió permiso para sentarse con él en el sofá.

Jack no quería que se sentara con él, pero lo hizo igualmente, mientras Llamadme Ralph seguía a su padre a la cocina con un fajo desordenado de papeles bajo el brazo. Carpetas, formularios y fotografías, además de una bolsa de plástico para guardar pruebas.

De pronto Jack notó un nudo de miedo y furia que le oprimía la garganta igual que un bulto apretado y retorcido. Le ardían las mejillas y le zumbaban los oídos como si estuviera debajo del agua.

Se puso de pie como en una pesadilla, pero Pam le cogió la muñeca y se la sujetó tan fuerte que Jack supo que no la soltaría sin

pelear.

—Suélteme —masculló—. Suélteme.

Luego los dos se sobresaltaron cuando, en la cocina, su padre empezó a aullar igual que un perro apaleado.

Entonces Jack lo supo... ¡lo supo! Y los odió a todos por dejarle adivinar algo que no quería saber.

—¡Suélteme! —gritó y, con un tirón del brazo, se zafó de Pam, salió corriendo de la habitación y subió al piso de arriba.

Joy estaba jugando a Snap¹ con su muñeca. Miró a Jack y dijo:

—¿Qué son esos gritos?

Jack no podía hablar. No podía contárselo. Se quedó callado.

—¿Quieres jugar? —dijo Joy.

Jack no quería jugar. Pero tampoco tenía palabras para contarle que su madre estaba muerta.

Así que se sentó despacio en la áspera alfombra azul y miró a Joy juntar todas las cartas para que pudieran empezar una partida nueva.

¹ El vocablo *snap* tiene muchos significados: estallar de ira, el chasquido de una cámara, un ruido seco... También es, como en este caso, un juego de cartas. (*N. de la T.*)

2001 (*)

Catherine se mantuvo ocupada todo el día.

Renovó el seguro del coche. Puso la lavadora a media carga y aplacó su mala conciencia ecológica bajando la temperatura a treinta grados. Ideó un menú. Janet y Rhod irían a cenar el viernes, pero no pensaba tirar la casa por la ventana. Eran amigos de nivel dos, aptos para invitar, pero no para invertir. Catherine había trabajado con Jan en la inmobiliaria, pero Rhod no era más que parte de un *software* para parejas que probablemente terminaría por quedarse obsoleto. Catherine solo lo había visto una vez. Tenía algún trabajo aburrido de oficina, ni siquiera Jan estaba segura de cuál.

Decidió que prepararía *risotto*. Era fácil y aun así siempre quedaba bien con él. Por tanto, tenía que comprar el arroz adecuado. También canónigos, queso feta, calabaza y granada. Lo compraría todo el viernes por la mañana para que estuviera fresco.

O quizá practicaría primero para evitar otra cena-desastre como la que Adam siempre llamaba «el gran fiasco de cerdo». En aquella ocasión el menú había sido cerdo desmigado. La receta no le salió demasiado bien a Catherine y la carne tenía aspecto de cordones de zapato, pero Adam evitó la catástrofe tomándose lo a broma de manera que nadie se sintiera obligado a terminarse el plato.

A Adam nunca le habían importado sus desventuras en la cocina. Se encogía de hombros mientras rebañaba el plato y decía: «La próxima vez te saldrá bien». Por Navidades le había regalado un libro de recetas con un vale regalo de Ann Summers marcando la página del cerdo desmigado.

Después de aquello, el plato le salió bien.

Después de aquello, todo les salió bien...

Catherine se acarició la barriga, sonrió y miró el reloj. Debía de ser casi la hora de comer.

Eran las diez y media.

Llamó a su madre.

—¡Ah, hola! —dijo Helen Pitt—. ¿A qué debo este honor?

Era su saludo por defecto, pensado para hacer sentir culpable a su hija. Pero en lugar de irritarse como de costumbre, Catherine sintió un nudo de emoción en la garganta al oír la voz de su madre.

Un efecto retardado del susto, supuso. Menuda tontería.

—Ya lo sé —dijo—. Hace tiempo que no te llamo.

—¡Hace meses!

Sí que hacía meses. Pero su madre era una mujer fácil de evitar. Era impaciente, egocéntrica y crítica. Tenía mala opinión de Adam porque cuando se casaron tenía deudas, pero no reconocía que desde entonces se había matado a trabajar para pagarlas.

En una ocasión le dijo a Catherine que había dejado a su marido porque movía los labios al leer.

—¡Me ponía de los nervios! —dijo con un gesto teatral del brazo—. ¡Ruptura irrevocable!

Hubiera o no sido esa la razón, la ruptura había sido irrevocable y el padre de Catherine se había ido a vivir a una distancia prudencial, a Canadá, de hecho, al parecer en busca de un poco de paz y tranquilidad. De manera que Catherine había crecido con un único progenitor... y a menudo sospechaba que no era precisamente el mejor de los dos.

Casi de forma inconsciente se llevó la mano al vientre para asegurar a su hijo que siempre tendría dos padres que lo querrían mucho.

—¿Qué tal estás, mamá?

—Tengo las manos hinchadas —gruñó la madre.

Padecía artritis, lo que quería decir que en ocasiones tenía que pasar por el suplicio de que no le entraran sus anillos de diamantes. Se quejaba al médico de ello constantemente; había pagado mucho dinero por esos anillos y tenía la sensación de que el Servicio Nacional de Salud no quería que se los pusiera porque eran un atajo de socialistas.

Catherine hizo un murmullo de solidaridad con los dedos hinchados de su madre y cambió de tema.

—¿Qué tal en Palma?

—Estuvo bien —dijo la madre—. Aunque no entiendo por qué tiene que hacer tanto calor.

Catherine hizo caso omiso de su descontento.

—¿Vosotros no os ibais a alguna parte? —dijo Helen sin demasiado interés.

—Íbamos a pasar el fin de semana en Sidmouth por nuestro aniversario, pero en el último momento tuvimos que cancelar. Iremos después de que nazca el niño.

—¿Por qué tuvisteis que cancelar?

—A Adam le ha salido un trabajo en el norte.

—¡Hum! —dijo Helen con pesimismo—. Esperemos que ese trabajo sea lo único que le ha salido en el norte.

«¡Bruja!»

Catherine se negó a entrar al trapo.

Por fin su madre preguntó:

—¿Cómo estás?

Más valía tarde que nunca.

—Bien —dijo Catherine tensa.

—¿Cuándo sales de cuentas?

Sabía cuándo salía de cuentas. Catherine había marcado la fecha en el calendario que tenía su madre en la nevera.

—Dentro de ocho semanas.

—¿Te pasas el día haciendo pis?

—Todo el día.

—Es un asco, ¿verdad?

Catherine se encogió de hombros.

—Es algo temporal.

Se preguntó si debía hablarle a su madre del ladrón. Después de todo, era una mujer —y una madre, aunque bastante mala— y le vendría bien desahogarse. Por lo menos su madre nunca se lo contaría a Adam...

—Voy a hacer la compra —dijo Helen de pronto—. ¿Quieres que te compre pastel de pescado?

—No, gracias, mamá. No como pescado desde que me quedé embarazada.

Helen resopló.

—¡Tú y tus modas!

—No es una moda. Solo quiero que el niño nazca sano.

—¡El pastel de pescado es sano! ¡No tiene grasa, solo pescado!
Y una masa esponjosa buenísima.

Su madre pensaba que la masa era un grupo de alimentos.

—Gracias, pero el pescado tiene mercurio.

—¡No me digas! —dijo Helen con sorna—. ¿Te crees que eres la primera mujer que tiene un hijo?

—Mira, mamá, cada uno es como es. Yo nunca me he metido contigo por fumar cuando estabas embarazada de mí, ¿verdad?

—¿Y por qué ibas a hacerlo? —dijo Helen con despreocupación—. Naciste de lo más sana.

—Pesé dos kilos setecientos.

—En esa época era normal.

—¡Porque todo el mundo fumaba!

—Por Dios, Catherine, ¡deja de montar un numerito! La gente lleva años teniendo hijos sin armar barullo con eso del pescado y el tabaco.

—¡Por el amor de Dios!

Catherine colgó el teléfono, furiosa. Y entonces, tan deprisa como había venido, el enfado se esfumó y se echó a reír.

¡Sin duda la llamada la había distraído del ladrón! Y aunque le hubiera hablado a su madre de ello, no podía esperar su comprensión. Después de todo, la gente llevaba millones de años sin armar barullo por una navaja o una amenaza de muerte...

Al día siguiente, cuando Adam volvió a casa, Catherine no se lo contó por el mismo motivo.

Barullo.

Jack encontraba a su madre.

Él estaba en el arcén y ella también, con el vestido blanco premamá, siguiéndole el paso desde el otro lado del quitamiedos,

avanzando entre la hierba amarilla y alta bajo el calor abrasador.

—Cruza a este lado —le decía él.

—No puedo —decía ella—. Estoy demasiado gorda.

Así que se detenía a ayudarla, pero no se le permitía tocarle la mano, solo tirarle una cinta larga de rayas rojas y blancas, como un poste de barbero. Se la tiraba una y otra vez y ella nunca la cogía. Tendría que cruzar y ayudarla. Se subió al quitamiedos y se quejó entre dientes cuando el acero le abrasó las manos y los muslos desnudos.

Pero llegaba tarde.

Siempre.

Cuando estaba a horcajadas sobre el metal caliente y afilado, su madre resbalaba, caía y se deslizaba de rodillas por el terraplén.

—¡Mamá!

Se reía de él, fingiendo que era divertido, pero no lo era.

Luego se escurría un poco más y se agarraba a dos puñados de hierba seca para frenar la caída. La hierba se rompía. Pero ella no dejaba de agarrarse y la hierba no dejaba de romperse e iba deslizándose por el terraplén a trompicones herbosos con los puños llenos de tallos amarillos secos hasta desaparecer en los arbustos pendiente abajo.

Jack se despertó; le latía tan fuerte el corazón que podía oírlo.

¡No era real! ¡No estaba allí! Estaba en su casa, a salvo en la cama, y la almohada bajo su mejilla olía a infancia. Igual que las cuerdas del gimnasio, las bengalas y los sándwiches de Marmite en un táper caliente.

Si se daba la vuelta, vería los calzoncillos del día anterior sobre la curva cerrada de su pista de Scalextric, edición Monza. Ferrari contra Lamborghini. Él siempre conducía el Ferrari; Joy, el Lambo. Cuando Joy no estaba, Jack enderezaba y limpiaba las trencillas del Ferrari para que hiciera el mayor contacto posible con la pista.

Siempre ganaba y la victoria olía a cable quemado.

El sudor se le enfrió en la frente a medida que se le normalizaba la respiración.

Pronto su madre lo llamaría a desayunar y fingiría no oírlo.

Simularía estar dormido.

Cerró los ojos. Unos minutitos extra antes del colegio...

«¡Jack! ¡Jaaaack!»

Jack abrió despacio los ojos y frunció el ceño mientras miraba la pintura con relieve del techo con su motivo de abanicos.

Daba igual. Por mucho que lo intentara, no podía simular que estaba allí.

Los sueños morían, pero la pesadilla de la realidad proseguía. En ocasiones le costaba trabajo discernir entre unos y otra, como si el pasado y sus raídas variaciones lo persiguieran cuando dormía y también cuando estaba despierto. En ocasiones los recuerdos de Jack eran tan borrosos que no conseguía distinguirlos... y tampoco quería intentarlo.

Se sentó despacio y se frotó la cara. Los delgados guantes de látex se engancharon en los finos pelos rubios de las mejillas.

Barba.

No quería tener barba, pero estaba deseando afeitársela.

Sacó las piernas de la cama; ahora era tres años más alto, pero eso no significaba gran cosa: seguía siendo un niño flaco con pelo rubio despeinado y trasero escurrido. Sin la barba podría haber aparentado doce años. Con ella, parecía un chico de doce años con barba.

Solo sus ojos eran de persona mayor.

Mucho mayor.

Jack Bright tenía ojos pequeños, de fumador, y gris claro, como despojados de color. Los separaba una única y profunda arruga propia de un hombre de cincuenta años que lleva el mundo sobre los hombros.

Abrió uno a uno los cajones de la cómoda y sacó al azar prendas de vestir. Una camiseta interior. Algunos calzoncillos. Calcetines. Una camiseta de niño... Las metió en una mochila y cerró los cajones.

Encima de la cómoda atestada había una fotografía enmarcada. Un niño y una niña en el zoológico que reían al sol. Helados de cucurucho que se derretían en dedos regordetes mientras un lémur estoico los miraba con tristeza desde una jaula detrás de ellos.

Jack recordaba días como aquel. Al menos eso creía. En ocasiones sus recuerdos parecían historias que le habían contado de un niño paralelo con otra vida.

Dejó caer la fotografía en la alfombra y la pisoteó.

Una vez.

Dos.

Luego le clavó el tacón hasta que no pudo verse nada de los niños hechos añicos.

Arrancó la pantalla de dinosaurios del flexo bamboleante, cogió un martillo de la mesilla de noche y la emprendió con los juguetes. Arrasó la habitación: arrancó cabezas a las muñecas y aplastó plástico rosa con los pies.

Cogió un cuchillo de cocina y lo clavó en el colchón, apuñalando y desgarrando la cama y las mantas hasta que la habitación quedó convertida en un globo de nieve de esponjosas plumas blancas.

Luego se cerró la capucha alrededor de las mejillas y la boca y bajó las escaleras casi corriendo, martillo en mano.

El salón estaba decorado con gusto a base de tonos crema y azul pálido y el televisor llevaba encendido desde la noche anterior.

Todo el mundo quiere a Raymond.

Jack golpeó la pantalla tan fuerte que el martillo se quedó atascado y tuvo que arrancarlo de un tirón del agujero que había hecho en la cara de Raymond. El televisor se balanceó con violencia en el mueble mientras la imagen daba paso a un arcoíris de neón antes de apagarse con un silbido eléctrico.

Jack saltó sobre la mesa baja hasta que se quebró y se partió en dos. Arrancó a golpes las fotografías de las paredes y la emprendió con los adornos, reduciendo a añicos y polvo recuerdos de familia y cerámica infantil.

Se detuvo un momento con el pecho agitado por la descarga de adrenalina de la destrucción y luego apuñaló los cojines del sofá y las sillas. Rasgó la tela con la hoja del cuchillo hasta que la espuma y la guata asomaron obscenas por los desgarrones y no hubo nada que salvar, que reparar, que recuperar.

Una lección de pérdida.

Fue a la cocina, donde se había formado un charco descolorido en el suelo procedente de la puerta abierta del congelador. En un

extremo de la mesa había restos de comida. Pasta y ensalada. La sartén estaba sin lavar en el fogón. La metió en el lavaplatos, hizo lo mismo con el plato y las sobras y puso en marcha el aparato.

Jack cogió sus cosas. Una cámara de vídeo, un joyero y una PlayStation con sus juegos. Lo metió todo en la mochila junto con el martillo, un paquete de espaguetis y seis manzanas relucientes que cogió de un cuenco.

Luego salió por la puerta de atrás, saltó la valla del jardín y se alejó deprisa de la casa destrozada.

Nadie lo vio.

A nadie le importó.

Nadie quiso saber nada.

Hacía un día perfecto para asesinar.

El ancho cielo del West Country resplandecía azul y maravilloso. Las abejas zumbaban y olía a heno.

El comisario John Marvel arrugó el ceño y bajó la persiana.

El cielo le hacía daño en los ojos. Era el mismo puto cielo que en Londres, pero al menos allí no se veía tanto. Marvel no sabía qué era peor: demasiado cielo sobre la cabeza o demasiado verde bajo los pies. Había nacido y crecido en la ciudad y desconfiaba de ambas cosas por igual.

Y sin embargo allí estaba. Exiliado por chupatintas que no entendían que cuando se trataba de asesinatos en ocasiones había que forzar reglas para atrapar al culpable.

Forzarlas hasta el límite.

Y aun así, a veces no conseguías atraparlo.

Esa era la dura realidad. Pero nadie parecía entender ya la realidad... Ni siquiera la policía.

La policía estaba cambiando. Ahora lo único que importaba eran las estadísticas, el papeleo, los ascensos y la igualdad, y los polis a la vieja usanza como él, que trabajaban a base de contactos, corazonadas y experiencia conseguida con mucho esfuerzo, estaban en peligro de extinción y con una diana pintada en el culo.

Lo que motivó en última instancia la expulsión de Marvel fue un desafortunado incidente aislado que tuvo como resultado la muerte de un sospechoso cuando intentaba huir de la custodia policial. En realidad no había sido culpa suya, pero aun así había pagado el pato. No lo habían herido de muerte, pero sí tocado lo bastante para que su carrera profesional sufriera un parón y hubiera pasado de dirigir una investigación de asesinato en Lewisham a no dirigir nada en el Somerset profundo.

«A tomar por culo», pensó Marvel por enésima vez. «No es para siempre.»

Estaría exiliado un tiempo. Tendría que demostrar su valía a un puñado de putos pueblerinos en penitencia por su supuesta

transgresión. Y en cuanto saliera alguna cosa en otro cuerpo metropolitano, se largaría.

Mientras tanto, había alquilado una casa de dos dormitorios en Taunton. Era diminuta de esa manera en que solo pueden serlo las casas modernas, con mucho sitio para la tecnología y ninguno para la personalidad. Podías tener o un lavaplatos o un mirador, pero no las dos cosas. El arquitecto formado en Lego había tratado de inyectar algo de carácter al barrio disponiendo cada una de las casas calcadas en un ángulo distinto dentro de la diminuta parcela, pero solo había logrado que el conjunto, en lugar de interesante, pareciera desordenado.

A Marvel le daba igual. Era un sitio en el que ducharse y dormir. Solo se había llevado tres cosas: una cama nuevecita, un sofá hundido de tapicería de pana azul y un televisor gigante con seis altavoces con sonido envolvente marca Acoustic Energy. Había dedicado horas a instalar los altavoces justo como le gustaban, de manera que una ola de aplausos en el estadio Lord's resonaba en toda la habitación.

Era casi como estar allí.

Debbie se había quedado con los muebles, pero Marvel no los echaba de menos. Tampoco a ella. ¿Por qué iba a hacerlo? Había un microondas en la cocina y un Burger King al final de la calle.

Sí añoraba un poco al perro, algo que lo sorprendió.

Sus camisas, trajes y zapatos llenaban una quinta parte del armario empotrado y sus calcetines bailaban en un único cajón.

Marvel no era hombre de adornos, pero sí tenía un cenicero en forma de pulmones. Su intención era dejar de fumar, pero hasta entonces, lo tenía a mano en el brazo del sofá.

Hubo un momento en que pensó en comprar una mesa, pero luego se dio cuenta de que el suelo de formica era plano y por tanto más adecuado para desplegar archivos y fotografías del lugar del crimen si no tenía perro ni niños que los revolvieran.

Llamaron a la puerta principal y Marvel cogió su chaqueta. Era su primer día en el trabajo y habían mandado a un hombre a recogerlo hasta que se aprendiera las particularidades del terreno.

Se detuvo con la mano en el pomo.

Pegada a la pared junto a la puerta con un único trozo de celo había una fotografía. Una niña pequeña montada en una bicicleta BMX. Dientes saltones y cara salpicada de pecas de verano; melena castaña corta sujeta detrás de una oreja de soplillo.

John Marvel respiró hondo.

Luego abrió la puerta y se fue a trabajar.

Marvel decidió aprenderse cuanto antes las particularidades del terreno porque el agente Parrott era un conductor pésimo que usaba poco el acelerador y mucho los frenos, por lo que el trayecto transcurrió lento y a trompicones. Toby Parrott era flaquísimo o llevaba un uniforme que le quedaba muy grande. Marvel no conseguía saber cuál de las dos cosas era cierta, pero calculó que podría meterle una botella de leche por el cuello sin enfriarle la nuca. También tenía una nariz muy grande y ganchuda, pero ni siquiera sonrió cuando Marvel lo llamó Capitán Garfio.

«Que le den», pensó Marvel. No era más que un chiste y no pensaba disculparse solo porque Parrott fuera un capullo sin sentido del humor. De haber estado en Londres, a Parrott no le habría quedado más remedio que tragarse la broma.

Dejaron Taunton y cogieron la autopista M5 flanqueada por verdes colinas salpicadas de vacas, luego torcieron por una carretera de doble sentido que subía y bajaba con curvas en uno y otro carril durante diez kilómetros más de prados antes de descender bruscamente hacia Tiverton.

Taunton era una ciudad de provincias, pero al menos era una ciudad, con aceras con chicles pegados, tiendas reconocibles y la grata peste a diésel de los humos de los tubos de escape. Tiverton ocupaba una hondonada hecha de campiña y Marvel tuvo la sensación de que no había un lugar desde el que no se vieran un seto y, al menos, dos ovejas.

Había estado allí en otra ocasión.

Bueno, allí no, pero en un sitio igual de horroroso. ¿Unas vacaciones en Cornwall siendo niño? No estaba seguro. Solo recordaba haber ido mareado en el asiento trasero durante todo el

santo viaje y, a continuación, dos semanas sin gran cosa que hacer aparte de pelearse con su hermano.

Hacía calor y Parrott dijo que el aire acondicionado no funcionaba, así que Marvel bajó la ventanilla e hizo una mueca de desagrado.

—Huele a mierda de vaca —dijo.

—Es que es mierda de vaca —dijo Parrott con frialdad.

El oficial de policía Reynolds era un hombre muy inteligente.

Y eso era público y notorio.

Su cociente intelectual era de 138 en la escala Stanford-Binet. A pesar de que, como nunca se cansaba de decirle a su madre, el día que hizo la prueba se encontraba pachucho. Un resfriadillo, decía y, acto seguido, se encogía de hombros como dando a entender: «De lo contrario, ¿quién sabe...?».

A Reynolds le encantaba ser oficial de policía. Siempre había tenido un sentido muy preciso del bien y el mal y consideraba su deber no desperdiciarlo. No tenía ningún misterio: él tenía razón y los demás se equivocaban. Por suerte era lo bastante inteligente para saber que tener siempre la razón no le haría popular entre aquellos que, por su parte, no la tenían nunca. Por lo general era capaz de imponerse a las incompetentes víctimas del efecto Dunning-Kruger gracias a su don de gentes, su sentido del humor y su humildad.

Caía bien a todos.

Siempre que fueran lo bastante inteligentes...

Ahora Reynolds se agachó y se miró en el retrovisor lateral del Ford Focus sin distintivo policial. Hacía un calor abrasador y sabía que la mayoría de los oficiales irían en mangas de camisa, pero su madre siempre decía que las mangas de camisa eran para operarios de fábrica de vacaciones en la playa, de manera que llevaba un traje ligero gris pálido, una corbata de seda roja con rayas blancas y zapatos negros tan relucientes que parecían de charol.

Examinó su cara en el espejo y se arregló un poco el pelo espeso y castaño con dos dedos. Aquel día llegaba el nuevo comisario y

Reynolds quería tener el mejor aspecto posible.

Cruzó la calle y llamó a la puerta de una casa adosada. Mientras esperaba a que abrieran, se tocó de nuevo el pelo con las puntas de los dedos, solo para asegurarse de que todo estaba en su sitio.

Un hombre fibroso de cara roja con pantalón corto y sandalias abrió la puerta.

—¿Señor Passmore? Soy el oficial de policía Reynolds.

La casa era un caos. Un televisor gigante estaba boca abajo en el suelo mientras tres chiquillos quemados por el sol lo miraban desde el sofá como si en cualquier momento fuera a enderezarse y seguir funcionando con normalidad.

El señor Passmore señaló el aparato.

—Era casi nuevo. Solo tenía un par de meses. Tengo los recibos de todo. Por si ayuda a identificarlo.

—Estoy seguro —dijo Reynolds, aunque dudaba mucho de que alguna vez llegara a darse el lujo de recuperar un artículo y que alguien pudiera identificarlo. No le dijo al señor Passmore que casi todos los robos en casas se investigaban de manera muy superficial. No porque no importaran a nadie, sino porque nadie estaba dispuesto a costear el tiempo que ello exigía y por el escaso retorno que arrojaba la inversión desde el punto de vista de las condenas. Por supuesto, harían todo lo que pudieran con los medios a su alcance, pero más por deferencia a los contribuyentes que porque tuvieran esperanzas reales de encontrar al ladrón o de recuperar los bienes sustraídos.

De vez en cuando, alguien llegaba a su casa y se encontraba a un yonqui tambaleándose en el cuarto de estar con un horno microondas y llamaba a la policía. El yonqui se confesaba autor de veinte o treinta robos que podían usarse para conseguir una sentencia. A continuación, esos robos se señalaban como «resueltos» y todos se sentían mejor consigo mismos.

Las otras víctimas conseguían un número de denuncia que dar a la compañía de seguros y se compraban cosas nuevas. A Reynolds no le gustaba, pero la vida era así. En lo referente a robos con allanamiento, consideraba que la actuación más realista era ofrecer dos de las tres erres: registro y respaldo. La tercera, recuperación, era algo que solo se daba en la televisión.

Y aun así, Reynolds había tenido que ir de Taunton hasta Tiverton aquella mañana para investigar aquel robo...

—¿Subieron al piso de arriba? —se aventuró a preguntar.

Antes de que al señor Passmore le diera tiempo a responder, una voz a su espalda dijo:

—Pervertidos.

Reynolds se volvió. Llenaba el umbral de la cocina una mujer que, supuso, era la señora Passmore. Era una rubia robusta e interrumpían el bronceado de su cara dos círculos blancos bajo los ojos que al parecer había llevado cubiertos por gafas de sol durante todas las vacaciones. Parecía un oso panda al revés.

—Pervertidos —repitió—. En nuestra cama. Es asqueroso. Tendremos que tirar las sábanas, el colchón, todo.

Reynolds asintió y escribió con cuidado en su cuaderno.

¿RICITOS DE ORO?

—¿Podría verlo?

El señor Passmore lo guio a través del cuarto de estar hasta el pasillo. De camino, señaló furioso las maletas que seguían al pie de las escaleras.

—Uno no espera encontrarse esto cuando vuelve de vacaciones.

—Desde luego que no —dijo Reynolds comprensivo—. ¿Están asegurados?

—Sí —gruñó el hombre—. Pero ya sabe cómo son esos cabrones. Siempre buscan la manera de no pagar.

—Pero han hecho bien dejándolo todo como estaba para que pudiéramos verlo, señor Passmore. Le daré un número de denuncia para que presente la reclamación al seguro.

—Gracias.

El señor Passmore asintió con la cabeza, algo apaciguado.

Una vez tachada la segunda erre, Reynolds subió las escaleras.

En el dormitorio principal encontró un filón. Saltaba a la vista que alguien había dormido en la cama. El cobertor estaba retirado y las almohadas, en el suelo. Reynolds sacó de nuevo el cuaderno y, con una floritura triunfal, tachó los signos de interrogación de RICITOS DE ORO.

Una fotografía de boda de la señora Passmore —con veinte kilos menos y la piel bastante más clara— estaba hecha añicos en la

mesilla de noche.

—¡Me cago en la puta!

Reynolds dio un respingo al oír el improperio. Salió enseguida al rellano, se inclinó sobre la barandilla y vio a un hombre bajo y grueso dar una patada a una maleta rosa de niño que había en el pasillo.

—¡Perdone! —dijo Reynolds en tono severo—. ¡Esto es el lugar de los hechos!

El hombre lo miró furioso.

—¿Eres Reynolds?

—Sí.

—¿Te suena el concepto de despejar los accesos? ¡Casi me parto la crisma, joder!

Reynolds esperó un instante y a continuación dijo con tiento.

—¿Comisario Marvel?

Por toda respuesta, el hombre gritó:

—¿Dónde está el cuerpo?

Reynolds se apresuró a bajar las escaleras.

—Señor —dijo en voz baja—, hay niños pequeños en el cuarto de estar.

Marvel bajó la voz.

—¿Niños muertos?

—No, señor.

—Entonces, ¿por qué me habla de ellos? —vociferó Marvel—. ¿Dónde está el puto cadáver?

Era de menor estatura que Reynolds y estaba más gordo. E iba mucho más desaliñado. Pero había algo en sus ojos, una astucia porcina, que hizo a Reynolds sentirse en inferioridad.

El señor Passmore abrió la puerta del cuarto de estar y Reynolds habló deprisa antes de que Marvel pudiera decir nada.

—Comisario Marvel, este es el señor Passmore. Ha vuelto hoy de Portugal con su familia y se han encontrado con que habían entrado en su casa, robado algunos objetos de valor y dañado otros.

El señor Passmore se apartó para que Marvel viera el televisor de gran tamaño. Colocó los pies a ambos lados del aparato y lo levantó para mostrar bien a la víctima.

—¿Lo ve? —dijo—. Destrozado.

La dejó caer de nuevo en la alfombra.

—Pero esa tele está rota —se quejó el más pequeño de los niños, una chiquilla rubia con labios agrietados.

—Pues sí —ladró el padre—. Un ca... Un hombre malo vino y la rompió. La hizo añicos. La compré hace solo dos meses.

Marvel hizo caso omiso del hombre y su televisor y se dirigió a Reynolds:

—Soy detective de homicidios —dijo—. Cuando me llaman a toda prisa al lugar de los hechos espero una víctima de asesinato, no un televisor roto y una mierda en la alfombra.

Salió hecho una furia.

El señor Passmore se volvió hacia Reynolds con expresión de asqueada perplejidad.

Reynolds carraspeó un poco.

—Algunos ladrones hacen... esas cosas—dijo y salió corriendo detrás de Marvel, que ya estaba en la calle, a medio camino del coche contra el que estaba reclinado el agente Parrott con las manos en los bolsillos.

—Devon y Cornwall han solicitado nuestra colaboración, señor —le dijo a la nuca de Marvel, luego miró de reojo a Parrott y bajó la voz en un gesto de diplomacia—. El infractor lleva dándoles esquinazo un año y no quieren parecer... incompetentes.

—¿Por qué? ¿Porque lo son? ¡No se desperdicia a un detective de homicidios en un puto allanamiento!

Marvel hizo un gesto a Parrott de que subiera al coche, abrió la puerta del acompañante y se encendió un cigarrillo.

—Muy cierto, señor —dijo Reynolds—. Pero cuando no hay asesinatos suficientes, todos arrimamos el hombro.

Marvel se volvió y lo miró con ojos entornados.

—¿Qué quieres decir con lo de que no hay asesinatos suficientes?

Reynolds se encogió un poco de hombros.

—Hombre, alguno tenemos, claro, pero a veces hay... un parón... Ya me entiende.

—¿Un parón?

—Sí, señor —dijo Reynolds—. Un parón.

Marvel pareció mudo de asombro ante el hecho de que hubiera un parón en la tasa de asesinatos y, mientras se hacía a la idea, Reynolds aprovechó para insistir en lo suyo.

—Y además este no es un ladrón cualquiera, señor. Tiene que haber leído algo en los periódicos. Lo llaman Ricitos de Oro.

—Jamás he oído hablar de él —dijo Marvel—. ¿Qué periódicos?

—El *Tiverton Gazette* —intervino Parrott—. Primera plana.

—¡Por el amor de Dios! —dijo Marvel y miró a un lado y otro de la calle como si buscara a alguien con quien compartir su desdén, pero no había nadie.

Suspiró, se pellizcó la nariz y dijo «mierda» para sí. Acto seguido dirigió a Reynolds una mirada que era tan furiosa y resignada a la vez que este se sintió en la obligación de reconocer la concesión que suponía aquel gesto.

—Entiendo que no es un caso a su altura, señor —dijo en tono conciliador—, pero le estaríamos todos muy agradecidos.

El comisario Marvel se quitó la chaqueta del traje y la tiró al interior del coche.

—No seas lameculos, Reynolds —dijo mientras se arremangaba y apagaba la colilla con el pie.

—No, señor —dijo Reynolds y cruzó la calle detrás de él.

—¿¡Unas monedas!?... ¿¡Unas monedas!?

El vagabundo vivía pegado a la pared curva de la antigua arcada de piedra que había entre las tiendas que conducían al diminuto cine Tivoli.

Estaba allí siempre, con independencia del tiempo, sentado en un cuadrado de cartón debajo del cartel del éxito de taquilla de Hollywood de aquella semana, con las piernas metidas en un saco de dormir, igual que una enorme oruga azul.

—¿¡Unas monedas!?

Repetía esas palabras cada vez que pasaban por su lado unos pies. Junto a él había un viejo envase de plástico de helado para el dinero. Jack lo había visto sacar las monedas buenas para dar más pena. Para que la gente le diera más limosna.

Más dinero a cambio de nada.

—¿¡Unas monedas!?

La gente pasaba sin detenerse.

—¿¡Unas monedas!?

Jack pasó sin detenerse. Le dio al envase una patada tan fuerte que rebotó ruidoso contra la arcada mientras las monedas rodaban y tintineaban sobre el pavimento. El hombre se apartó de él con los hombros encogidos y un brazo levantado para protegerse la cabeza.

—¡Oye! —gritó alguien—. ¡No hagas eso!

Era un anciano granjero con el traje de *tweed* de los días de mercado. Jack no le prestó atención.

—¡Búscate un puto trabajo! —Escupió por encima del hombro antes de dirigirse de vuelta a casa.

*

Desde fuera no era posible saber que la casa estaba muerta. Desde fuera era una casa todo lo normal que podía ser una casa

encajonada en una breve hilera de casas adosadas cerca de una calle bulliciosa.

La estrecha franja de césped de la entrada siempre estaba segada. Un césped bonito era la primera línea defensiva. La gente veía que la casa estaba cuidada por fuera y daba por hecho que también lo estaba por dentro.

El cortacésped era lo mejor que había robado Jack. Lo había cogido de un garaje que era más grande que su casa cerca de la escuela Blundell's y lo había traído andado, empujándolo por las calles con un ruidoso traqueteo, pero sin ninguna excusa sobre por qué lo llevaba encima o adónde pensaba ir con él. Así que, al cruzarse con una persona o un coche, se había limitado a soltar el cortacésped y seguir caminando.

«¿Qué haces con ese cortacésped, colega?»

«No es mío, colega. Me lo he encontrado al pasar.»

Pero nadie lo había parado.

Nadie lo hacía nunca.

Se había agenciado un litro de pintura negra brillante de HomeFayre y había pintado la puerta principal de la casa.

Lavado las ventanas.

Desbrozado el camino de entrada.

Segado el césped.

Y, como por arte de magia, a la gente parecía olvidársele que estaban allí.

Pero por dentro...

La puerta se atascó y Jack tuvo que entrar de lado.

«Mierda.»

Había una pila de periódicos detrás. No muy alta, pero esa no era la cuestión. La entrada tenía que estar despejada. Por fuerza. Por si había visitas. Rara vez ocurría, pero de ocurrir, todo debía parecer... normal.

—¡Joy! —gritó—. ¡Joy!

Dio una patada furiosa a la pila de periódicos y la cogió con torpeza en brazos...

«Como había cogido a Merry.»

... y salió del cuarto de estar.

Después de que la casa muriera, la habían ido enterrando, sin prisa, pero sin pausa, bajo una montaña de periódicos.

Todos los periódicos, todos los días. Había empezado su padre y ya no habían parado. Con los años habían ido levantando precarias paredes que formaban pasillos aleatorios tan altos como Jack y apenas lo bastante anchos para circular por ellos. Ocultaban las verdaderas paredes, no dejaban pasar la luz de las ventanas y succionaban la de las bombillas del techo de modo que nunca llegaba al suelo. Ratones y arañas habían hecho sus casas en aquella oscuridad.

Jack sabía que era cosa de Joy, que trabajaba de noche mientras él estaba fuera. Joy era la que movía paredes y cambiaba pilas de periódicos de sitio para conservar la apariencia, por descabellada que fuera, de un hogar y una familia. Su madre salía en los periódicos y su padre se negaba a tirarlos, de modo que Joy no los tiraba. Y seguían llegando. ¡Le costaban cuarenta libras a la semana! Antes, Jack acostumbraba a sacarlos a hurtadillas y tirarlos en los contenedores de reciclaje a la puerta de Tesco, pero en una ocasión Joy lo sorprendió y lo siguió por la calle montando un número.

El lugar olía a moho, a fermento y a pis de ratón. Jack estaba tan acostumbrado que apenas lo notaba, salvo en los días de verano especialmente calurosos, cuando el aire fuera era tan fresco que entrar en la casa le hacía toser.

Jack había desconectado la estufa de gas y esta había desaparecido de un día para otro. En la casa se veían pocos muebles, aunque sabía que seguían allí, debajo, en alguna parte. El único sitio donde sentarse en el cuarto de estar era uno de los cojines del sofá, que Merry y Jack intentaban mantener despejado turnándose para sentarse en él, cercados de periódicos, de manera que Joy no pudiera llenarlo con más.

Jack no recordaba la última vez que había visto la televisión.

En el piso de arriba, el baño y su cama estaban cubiertos de montañas de periódicos y Merry dormía en un nido que se había hecho con papel triturado, igual que un hámster.

A veces aparecía un claro, por arte de magia, delante de una ventana o al final de las escaleras, pero nunca parecía haber una

razón para ello. Y un día o una semana después el claro se encogía y cerraba hasta convertirse en otra pared o pasillo y quedaba relegado a un vago recuerdo. Durante un tiempo, en la habitación de Joy hubo una circunferencia de alfombra donde antes habían jugado a las cartas, pero incluso eso terminó convertido en una columna de periódicos.

Jack dio la luz del cuarto de estar, pero no iluminó gran cosa, salvo los titulares de la prensa en la parte de arriba de los montones.

Soltó el fajo de periódicos en la pared tan alta como él que dividía la habitación y robaba la luz del sol.

—Hay periódicos en la entrada otra vez, Joy. No digas que no te avisé.

Hubo un levísimo sonido detrás de la pared. Podía haber sido un ratón. Había unos cuantos. Jack había puesto trampas y algunas noches oían chillar a uno.

Pero aquello no era un ratón.

Fue dando un rodeo hasta la cocina. Hasta la mesa, fuente original del río de noticias que también había inundado aquella habitación y la había reducido a un cañón que discurría entre los montones de periódicos de la maltrecha mesa y unos agujeros que contenían el fregadero, la nevera, la lavadora y la cocina eléctrica. Cuando los periódicos empezaron a caerse en los quemadores, Jack decidió desenchufar la cocina entre comidas para que nadie pudiera incendiar la casa. Al final dejó de enchufarla y robó un microondas, que ahora estaba sobre los fogones.

El cañón de papel que había sido la cocina terminaba en una puerta trasera medio acristalada, lo que convertía a toda la casa en un mugriento conducto alimentario.

Merry había despejado uno de los extremos del banco y estaba comiendo copos de maíz de un cuenco que sostenía en el regazo y con los pies descalzos apoyados en el caparazón nudoso de una tortuga de gran tamaño.

Merry se había convertido en una niña lánguida y de aspecto demacrado, con los mismos ojos pálidos que su hermano y el pelo color niebla. Llevaba un pijama de Hello Kitty tan desvaído como ella

y que le quedaba dos tallas pequeño, de modo que las pálidas espinillas sobresalían como dos palos.

—Hola —dijo.

Jack no contestó. Metió los espaguetis en el armario y las manzanas en la nevera, luego miró las pilas de periódicos y comprobó las fechas. Encontró una que le interesaba, se sentó con las piernas cruzadas en el suelo y se puso el primer periódico en el regazo.

Merry siguió comiendo copos de maíz mientras él pasaba páginas. Tenían los bordes tiesos, amarillos y enmohecidos, y cada vez que pasaba una página hacía un sonido como de alas de insectos zumbando en un caluroso día de verano.

«Pequeños insectos.»

«Pequeños insectos.»

Junto a su oreja, la cuchara de Merry chocó contra el cuenco.

—¿No puedes hacer más ruido?

Merry no dijo nada y siguió haciendo chocar la cuchara hasta comerse todos los copos de maíz. Luego se bebió la leche del cuenco. No había donde apoyarlo porque los periódicos sobre la mesa llegaban casi hasta el techo, así que lo sostuvo en el regazo mientras balanceaba con suavidad un pie junto al brazo de Jack.

—¿Me has comprado un libro?

—Te he traído ropa.

Merry suspiró. Tenía cinco años, pero era una experta en suspiros.

Jack puso mala cara.

—¿Qué pasa?

Merry entornó los ojos.

—Léete uno de los que tienes.

—Ya los he leído todos.

—Pues léelos otra vez.

—Ya los he leído otra vez. Miles de veces.

Era verdad, Jack lo sabía. Merry era el monstruo de los libros. Un supervisor de educación en casa la había llamado «superdotada» en una ocasión y Merry lo había deslumbrado hasta tal punto que no había reparado ni en la ortografía de Jack ni en la torpeza de Joy con las matemáticas.

Jack señaló la habitación con un gesto del brazo.

—Lee periódicos.

Merry hizo un puchero.

—Me paso el día leyéndolos. Quiero leer una historia de verdad.

—Mañana te traeré un libro.

—¿Cuál?

—No lo sé.

—¿Por qué no lo sabes?

—Porque no.

—¿Puede ser uno de vampiros?

—¡Por Dios, Merry, no lo sé!

Jack volvió a los periódicos. A los insectos. Al arcén. Casi le parecía sentir cómo el calor le atravesaba las suelas de los zapatos...

—¿Qué estás buscando?

—Cosas.

—¿Qué cosas?

—Cosas sobre mamá.

—Pero ¿qué cosas?

—Cosas que tú eres demasiado pequeña para recordar.

Merry frunció el ceño y apretó la boca. Luego dio un golpecito a la tortuga con el dedo del pie y dijo:

—Donald es mayor que todos. Él se acordaría.

Jack resopló. Luego refunfuñó molesto. Alguien había cortado una noticia de una página y dejado un agujero en forma de ele.

Cogió el siguiente periódico.

Y el siguiente.

Y el siguiente.

Había más agujeros cuadrados que artículos sobre su madre.

—Hay una mujer mayor nueva en casa de la señora Coyle —dijo Merry—. Lleva gafas y tiene un banco que gira.

Jack la miró con severidad.

—¿Has hablado con ella?

—No.

—Ya sabes lo que tienes que decir.

—No soy tonta —dijo Merry.

Jack pasó la página y vio el nombre de su madre.

Eileen.

Súplica del padre a Eileen, futura madre.

Ascuas de furia chisporrotearon en su interior. Los periódicos siempre la llamaban «futura madre». Pero ya era una madre.

Todos se habían olvidado de Joy, de Merry y de él.

Leyó el artículo por encima. No había nada que no supiera ya. Salía una fotografía de su madre, pequeña y borrosa, con pelo rubio y ojos azules. Sonriendo.

Sola.

Jack odiaba esa foto, pero era la única que publicaban los periódicos, aunque se acordaba de ver a su padre dar un montón de fotografías familiares a la policía. Fotografías que no había vuelto a ver. De todos montando en bicicleta, en piscinas hinchables y de excursión a lugares que ni siquiera recordaba ya.

Pero había habido una de todos juntos... El mar al fondo y el pelo en los ojos como resultado del viento de North Devon, donde un año habían alquilado un chalé destartado cerca de una casa encantada que daba a un acantilado.

Durante un tiempo aquella foto había estado en la nevera, hasta que algo la reemplazó: la factura del gas, un boletín de notas o uno de los dibujos de gatos que hacía Joy.

Algo.

Y ahora se había perdido y deseaba ser capaz de encontrarla. Pensó que alguno de los periódicos debía haber usado esa fotografía en lugar de aquella pequeña y desagradable de su madre, completamente sola...

Merry le apoyó un codo huesudo en el hombro y Jack hizo una mueca de dolor.

—Me acuerdo de mamá.

—De eso nada.

Se retorció para liberarse de ella.

—Claro que sí —insistió Merry—. Era como en esa foto.

—¿Cómo? ¿Pequeña y borrosa?

—Sí —dijo Merry desafiante.

Jack lo dejó pasar. Merry no se acordaba de su madre. No como se acordaba él. Y quizá Joy, aunque Joy estaba como una cabra, así que era difícil saber qué tenía en la cabeza a aquellas alturas.

La otra fotografía del artículo mostraba a su padre detrás de una mesa alargada y un micrófono.

Llorando, por supuesto.

Cerró el periódico enfadado y sacó otro de los que tenía en el regazo.

Merry le apoyó un piececito en la espalda y movió los dedos.

—Te voy a dar un masaje.

Jack pasó las páginas.

«Pequeños insectos.»

«Pequeños insectos.»

—De mayor voy a ser masajista.

Jack no dijo nada y, pasados unos instantes, Merry suspiró, se bajó del banco y se subió a un montón de periódicos para aclarar el cuenco y la cuchara en la pila. Luego los puso a secar encima de otro montón.

La exigua luz de la cocina se hizo aún más tenue cuando apoyó la frente en la puerta trasera.

—¿Puedo salir?

«Pequeños insectos.»

—Jack.

—¿Qué?

—¿Puedo salir al jardín?

—¿Qué hora es?

Merry escudriñó su reloj de pulsera. Era un viejo Timex modelo infantil, con los minutos de «y» en rojo y los de «menos» en azul.

—Las diez y veinte.

—Entonces, no.

—¿Por qué?

—Ya lo sabes.

Merry suspiró contra el cristal y escribió su nombre en el vaho.

—Entonces ¿qué puedo hacer?

Silencio.

—¿Qué puedo hacer?

—Puedes dejar de taparme la puta luz.

Merry se echó a un lado y dijo:

—Tampoco te estreses.

Debía de haber leído la expresión en algún libro y era evidente que la encontraba divertida, pues la empleaba todo el rato.

—Voy a quitar el pestillo —anunció y metió un dedito en la cerradura vacía y agitó el picaporte, pero Jack le dirigió una mirada tan amenazadora que quitó la mano de la puerta como si quemara, se apartó, rodeó a Jack y volvió a sentarse.

Sacó un periódico al azar de uno de los montones.

—«Shrimpman era un “ángel de la muerte”» —leyó en voz alta—. ¿Qué significa *shrimpman*? ¿Es como un pescador?

—*Shipman*¹ —dijo Jack y se puso de pie.

—¿Un marino?

—Es un apellido. Es un médico que mató a un montón de personas mayores.

—¿Por qué?

—Porque estaba loco, supongo.

Merry estudió la fotografía de un hombre con barba y gafas y una chaqueta de punto con cremallera.

—No tiene pinta de loco —dijo.

—Nadie la tiene —dijo Jack.

—¿Cómo se los reconoce entonces?

—No se puede.

Hubo un silencio largo y preocupado.

—Pero a los vampiros sí se los reconoce —dijo Merry por fin—. Por los dientes.

—Sí —dijo Jack encogiéndose de hombros—. Pero solo cuando sonríen.

¹ «*Shrimp*» y «*ship*» significan «gamba» y «barco», respectivamente. (*N. de la T.*)

—¿Se puede saber qué te pasa?

Estaban en un banco junto al canal y Louis Bridge el Lampiño se estaba afeitando las piernas.

Jack meneó el cochecito de bebé y parpadeó enfadado en la luz del sol.

—Nada.

—Tienes cara de funeral —dijo Louis mientras se pasaba la navaja por la pantorrilla.

Louis el Lampiño casi no tenía vello. Lo que no podía afeitarse se lo arrancaba, sin disimulo y sin complejos. En la cabeza tenía pelo negro corto, pero ni cejas ni barba aparente y siempre llevaba encima unas pinzas de depilar con la naturalidad con la que otros llevan dinero en efectivo o condones.

Vestía pantalón corto incluso en invierno para tener acceso a las rodillas y sus manos rara vez estaban quietas. Sus largos dedos siempre estaban tocando una melodía en su propio cuerpo. Recorrían un circuito inconsciente formado por el ceño, el mentón y el hombro y luego subían por el brazo para a continuación bajar por el muslo, la rodilla, la pantorrilla y de vuelta a la cara.

En busca de pelos.

Si encontraba uno, lo arrancaba sobre la marcha, sin dejar de conversar.

—Lo que tú digas —dijo—. ¿Cuánto quieres?

—Ciento cincuenta.

Louis silbó entre dientes igual que un mal fontanero frente a un calentador roto.

Jack hizo caso omiso. Era una costumbre, nada más. Ciento cincuenta era un precio justo y Louis era un tipo justo. No estaba preocupado.

Tiverton no era una metrópolis, pero sí lo bastante grande para sustentar una subclase razonablemente nutrida de rateros y ladrones, así como dos peristas, Louis Bridge y su enemistado padre, el señor Bridge.

Aunque no tenía más que veintitrés años, Louis había heredado el negocio familiar con veintiuno, después de que su madre fuera encarcelada en trágicas circunstancias.

BRIDGE FENCING²

Eso decía el letrero a la entrada del almacén de madera. Hacía reír a todos los chicos, pero el negocio de Bridge era legal y lo bastante próspero para no levantar sospechas si uno tenía cuidado. Y Louis Bridge era muy, pero que muy cuidadoso. Había estado una vez en la cárcel, durante su época de ladrón de casas, y había jurado no volver jamás. «¿Sabéis lo que es esto?», decía tocándose uno de los lados de la nariz. «La nariz más limpia del West Country.»

No era verdad.

Louis no era el mayor de cinco hermanos, pero sí el menos honrado. En la escala de honradez, de menos a más, estaban Louis, Shawn, Tammy, Victor y Calvin. Louis era inteligente y ambicioso y su madre lo había dejado a cargo de los dos negocios, el de maderas y el de compraventa de objetos robados, porque Victor era demasiado holgazán, Tammy estaba demasiado loco y Shawn era demasiado aficionado a la heroína.

El hermano gemelo de Louis, Calvin, era la oveja blanca de la familia. A los diecinueve años se había ido de casa y entrado en la policía. Eso complicaba las cosas entre ambos, claro, pero Louis seguía queriendo a su hermano y cada uno hacía la vista gorda con la desafortunada elección profesional del otro y una vez al año se iban juntos de acampada a Exmoor.

Sin embargo, el señor Bridge no se hablaba con Louis por culpa de ello. Y no se hablaba con Calvin por traicionar a la familia, aunque él los había abandonado a todos cuando eran niños para irse a vivir con otra mujer.

La familia Bridge estaba llena de principios estrábicos y alianzas cambiantes.

El bebé se movió como si fuera a despertarse y Jack meció un poco más el cochecito.

El bebé no era suyo. Era de Louis.

Baz. Bazoka. Bazman. Alibabaz. Barrabaz.

Todos los chicos que trabajaban con Louis se turnaban para cuidar de Baz. Si no estabas preparado para hacerlo, entonces no estabas preparado para hacer negocios con Louis.

A Jack no le importaba. Baz no daba guerra, solo tenías que acordarte de no decir palabrotas cuando estaba él. Pasaba casi todo el tiempo en el cochecito y, cuando no era así, Louis le enganchaba una correa de perro extensible a una de las trabillas de sus diminutos pantalones vaqueros, lo que convertía cuidarlo en algo parecido a volar una cometa regordeta que atraías hacia ti para darle zumo de naranja o apartabas de un tirón para evitar ahogamiento o colisiones con caca de perro.

La novia de Louis, Lorraine, tenía un trabajo como Dios manda y no veía sentido a pagar a alguien para que cuidara del niño si Louis estaba todo el día en casa.

De manera que Jack meció el cochecito.

Le gustaba aquel rincón junto al canal. Era tranquilo, olía bien y en ocasiones había un martín pescador rozando la superficie del agua como un guijarro reluciente.

En el camino de sirga de la orilla opuesta, un gran caballo pinto tiraba de un barco tan despacio que, más que arrugarse, el agua se curvaba alrededor de la proa y dejaba una estela de perezosos montículos en lugar de olas. El caballo se llamaba Diamond y el hombre que caminaba junto a él era Stan.

Conocían a Stan, pero no lo saludaron.

Alguien podía darse cuenta.

—Ciento sesenta y cinco —dijo Louis.

—¿Qué?

Jack estaba a kilómetros de distancia. No lo había oído.

—Pues ciento setenta —dijo Louis pellizcándose la piel rosada de la rodilla—. Por ser tú.

Jack rio y cerraron el trato con un apretón de manos.

Louis no le dio el dinero y Jack no le dio el género. No era así como Louis trabajaba. Jamás tocaba los artículos ni llevaba encima más de unos pocos billetes. Después de despedirse, mandaba a uno de sus muchachos a dejar el dinero en algún punto y Jack lo cogía y dejaba el género en ese mismo punto.

Luego, de camino a casa desde la esclusa, Stan recogía el género —con Diamond trotando a su lado— y se lo dejaba a Louis en otra parte.

Que no era su casa. Ni el almacén de madera.

Jack nunca le había preguntado dónde. Eso era asunto de Louis, no suyo.

La confianza era fundamental.

Jack miró a Louis afeitarse. Pelos demasiado cortos para doblarse a la cuchilla brotaban de sus piernas igual que chispas.

—Qué hoja tan afilada —dijo Jack.

Louis giró la navaja al sol para hacerla centellear.

—Jay Fischer —dijo—. Mi posesión más preciada... aparte de Bazoka, claro. Me costó un riñón, pero dura toda una vida.

Y de vuelta a la pantorrilla...

Era una obsesión tan rara que la gente por la calle lo miraba mal. Pero a Jack le daba igual lo raro que fuera.

Porque Louis Bridge el Lampiño le había salvado la vida.

Una mañana, dos años después de que su madre los dejara, su padre se fue a comprar leche y no volvió a casa.

Estuvieron una semana esperando la leche.

Nadie los echó de menos. Llevaban sin ir al colegio desde la muerte de su madre y su padre no había vuelto al trabajo. Arthur Bright lo llamaba «educación en casa», pero era una manera grandilocuente de decir que entre las nueve y las tres no veían la televisión. Y aunque los pocos vecinos de la corta hilera de casas habían sido amables en los días inmediatamente posteriores a la muerte de la madre, al cabo de dos años habían vuelto a sus vidas, a sus preocupaciones. Los niños tenían a su padre, después de todo, que era más de lo que podían decir muchos en aquellos tiempos.

Con su padre ausente, era como estar otra vez en el arcén. Jack estaba a cargo, solo que esta vez estaba paralizado, no sabía si quedarse en casa o salir a buscar ayuda.

La prioridad era evitar que Merry llorara.

Le dijo que estaban haciendo un experimento y, durante los dos primeros días, casi fue divertido. Merry coloreaba el caparazón de Donald con rotuladores mientras Jack leía en voz alta sobre el Vietcong. Joy, que siempre había sido la alumna más aplicada, abría su libro de álgebra, pero luego se limitaba a mirar la puerta y a morder el bolígrafo tan fuerte que terminaba con los labios teñidos de azul.

De manera que Jack usó el dinero que tenía de su paga para comprar comida y luego el de Joy. No era mucho. Al cuarto día empezó a deambular nervioso por la casa en busca de dinero o pistas mientras Joy lloraba en el sofá.

—Van a venir los de servicios sociales.

—Volverá pronto —había insistido Jack.

—Nos darán en acogida —se había lamentado Joy—. Y luego nos adoptarán.

—¡Cállate! —había dicho Jack, furioso—. Te va a oír Merry.

—¿Qué es adoptar? —dijo Merry.

El quinto día se cortó la luz y al sexto se acabó la comida. Se fueron a la cama hambrientos, se levantaron hambrientos, Joy seguía llorando, Merry empezó a llorar y Jack no sabía qué hacer.

La vecina de al lado, la señora Coyle, habría podido prestarles diez libras, pero ahora que Joy había hablado de adopción, Jack no quería que nadie supiera que su padre se había ido de casa, no fuera a ocurrir. El único familiar que sabían que tenían era el tío Billy, en Irlanda, y todos estuvieron de acuerdo en que preferían vivir en una caja que con la tía Una... Incluso Merry, que no la conocía.

El séptimo día llamaron a la puerta y Joy susurró: «¡Los servicios sociales!». Los tres habían gateado bajo la ventana del cuarto de estar y estaban agazapados detrás de los periódicos que empezaban a amontonarse contra las paredes. Joy le había puesto a Merry un dedo en los labios y Merry lo había apartado y susurrado con fuerza: «¡No estoy hablando!».

A los pocos minutos de no abrir la puerta, la ventanita sobre sus cabezas tembló y chirrió. A continuación, alguien la abrió y, para su total asombro, se asomó un joven sin cejas. Se detuvo cuando se topó con tres chiquillos asustados que lo miraban y se quedó allí, a medio camino, con las piernas todavía fuera de la casa.

—¡Ah del barco! —saludó y todos rieron.

A los pocos minutos de aterrizar, con las manos primero, en el cuarto de estar, Louis Bridge había hecho un empalme y vuelto a dar la luz. Después salió y regresó con hamburguesas con queso.

Mientras se llenaban la barriga hasta reventar, Louis el Lampiño había inspeccionado la casa con ojo de ladrón y encontrado un sobre con trescientas libras dentro de la puntera de una zapatilla de tenis en el armario del padre. Después había dedicado una hora a revisar lo que tenían que pagar cada mes y hecho una lista para Jack.

—Hemos solucionado lo de la electricidad—dijo como si Jack hubiera tenido algo que ver con aquella idea brillante—. ¿Crees que podrás ocuparte del resto?

—No —había dicho Jack sin rodeos—. Tengo trece años.

—¿Y?

—¿Qué puedo hacer?

Louis lo había mirado de arriba abajo durante un minuto y a continuación dijo:

—Muchas cosas.

Así fue cómo empezó a enseñar a Jack a entrar en casas y a mantenerse lejos de la cárcel.

En primer lugar, los consejos básicos: llevar guantes, asegurarse siempre una vía de salida y tener siempre una mentira y una sonrisa preparadas. Luego le enseñó los entresijos del negocio de robar con allanamiento. Cerrojos, bisagras, cerramientos, vierteaguas, ventanas de PVC frente a ventanas de madera, ventajas de Philips frente a Velux, etcétera. Qué herramientas llevar para ir siempre bien equipado; el mejor orden para registrar; lo que se vendía bien, lo que no; en quién confiar (en él) y en quién no (el resto de la gente); así como los rudimentos del derecho penal.

—Mi hermano es poli —dijo en una ocasión con orgullo—. Conozco todos los secretos del oficio.

A Jack se le había dado bien desde el principio. La de ladrón no era una profesión a la que había aspirado nunca, pero se la tomó tan en serio como si lo hubiera reclutado un equipo de primera división. Era menudo y fuerte y robaba la comida idónea para mantenerse así: frutas, verduras, arroz integral y pollo. Robaba

libros sobre nutrición. Cuando tenía oportunidad, robaba alimentos ecológicos. Hacía pesas ligeras y abundantes estiramientos hasta que fue capaz de tocarse la rodilla con la nariz y la nuca con el talón.

Robó lo bastante como para ahorrar para emergencias hasta que hubo una bolsa secreta con casi dos mil libras dentro sobre la cómoda de su habitación.

Robar era algo casi mágico para Jack. Como hacer aparecer dinero.

Y comida. Y ropa y libros...

Siempre supo que no estaba bien, pero su furia lo hacía parecer justo a sus ojos.

Jack nunca le preguntó a Louis por qué decidió ayudarlos en lugar de robarles hasta la camisa y se limitaba a estarle agradecido. De manera que, en un momento de su vida en que no se fiaba de nadie, Jack decidió fiarse de Louis Bridge el Lampiño: ladrón, perista...

Y mentiroso.

—Oye, Louis —dijo Jack con cautela—. ¿Has estado en el trullo alguna vez?

—¿Por?

—Por nada. —Jack se encogió de hombros—. Solo era una pregunta.

Louis frunció el ceño.

—Una vez —dijo y volvió a su pierna y a quitarse chispas de la piel.

—¿Qué pasó?

—Pasó que vino la policía —dijo Louis secamente.

Luego negó con la cabeza y Jack pensó que no iba a añadir nada. Pero pasado un instante, siguió hablando.

—Era mi primer robo con allanamiento ya de adulto. Antes solo me había llevado amonestaciones, pero sabía que esta vez podían encerrarme, así que hice un trato. —Negó con la cabeza y resopló ante su propia estupidez—. Pensé: «voy a darles algo jugoso para que me asegure ventaja a la hora de negociar la sentencia»,

¿entiendes? Así que eso hice y me dijeron «muchas gracias», se merendaron la información... y luego me comieron a mí de postre.

Jack abrió mucho los ojos.

—Cuatro meses a la sombra. Qué te parece. —Louis chasqueó los dedos y asintió con la cabeza, sombrío—. Nunca te fíes de un poli, colega, por muchas cosas que te prometa. Esos cabrones avariciosos terminan siempre encerrándote por algo.

Baz se quejó, pero Louis siguió con la vista fija en Jack hasta que este asintió para hacerle saber que entendía lo de la policía.

—¿Sigues tú? —dijo Jack—. Tengo que ir a HomeFayre.

—No, necesita pasear un poco. Si no, estará despierto toda la noche y Lorr me matará. —Se levantó y sacó el niño del cochecito—. ¿Estás bien, Baz, colega? ¿Cómo te va la vida?

Baz arrugó la cara y apoyó la cabeza en el hombro de su padre.

Louis le frotó la espalda, luego sacó un trozo de papel del diminuto bolsillo de los vaqueros abultados por el pañal de su hijo y se lo dio a Jack.

—Dice Shawn que estarán en Tailandia hasta el sábado.

—Gracias, colega.

—Recuerda lo que te he dicho.

—Claro que sí.

Louis dejó a Baz en el suelo y le enganchó la correa de perro a la trabilla del pantalón. El pequeño bostezó y miró a su alrededor, luego se dirigió directamente al canal.

Jack estuvo a punto de no hacer la pregunta.

—¿Qué les diste?

—¿A quiénes?

—A los polis. ¿Qué fue eso tan jugoso que les diste?

Louis rio con amargura.

—A mi viejo.

Jack rio también. Luego se alejó hacia Gold Street. Antes de doblar la esquina se volvió para mirar a Louis tirar con mano experta de la correa para frenar a Baz y traerlo hacia sí trazando un arco, como si fuera un pez espada.

² «*Fencing*» puede hacer referencia tanto al material para construcción de vallas, cercas, etc., como a un negocio de compraventa de objetos robados. Por lo tanto, es ambiguo. (*N. de la T.*)

HomeFayre vendía de todo, pero su tienda era un caos.

El escaparate no resultaba chocante para una ciudad de provincias: fuentes de horno, material escolar y antiparasitarios para ovejas, pero los clientes de HomeFayre tenían que haber nacido y crecido en Tiverton para encontrar sentido a su arbitrario despliegue y peculiar disposición, fruto de la sigilosa anexión de tiendas vecinas a lo largo de muchos años. Nada más entrar, el suelo se inclinaba marcadamente hacia el fondo de la tienda, situado a casi cincuenta metros, y se bifurcaba en ambos sentidos de la calle detrás de las puertas y escaparates de otras tiendas, igual que un árbol disparatado y gigantesco.

La campanilla de la puerta sonó detrás de Jack y este empezó a subir por la colina enmoquetada dejando atrás tarjetas de felicitación, sartenes, juegos de mesa y pantallas de lámpara, varitas mágicas, calcetines térmicos y cubos de basura hasta llegar al fondo de la tienda, donde el suelo y el techo amenazaban con encontrarse y donde los clientes habituales de mayor estatura se agachaban, mientras que los turistas se daban en la cabeza y sonreían resignados porque aquello formaba parte del encanto.

Allí, a seis metros por encima del nivel de la calle y bajo una pared de relojes mudos, Jack cogió una bolsa de guantes de látex, se dio la vuelta e inició el descenso hacia la caja.

Había varias rutas de bajada y cogió una distinta de la de subida. Hilo de coser, flores artificiales, aceite para motor, bolsas de hielo... desfilaron ante él a velocidad cada vez mayor a medida que apretaba el paso.

Justo antes de los accesorios frenó, con cierta dificultad. Luego retrocedió un poco colina arriba para mirar un estante lleno de marcos de fotos, todos con la misma familia de mentira sonriendo feliz detrás del cristal: una niña, un niño y un balón de playa. Siempre un balón de playa.

Jack escudriñó la hilera de marcos.

Cogió dos para compararlos y a continuación dejó uno en su sitio.

Solo pagó los guantes.

Entonces recordó su advertencia a Joy, así que fue a la tienda de periódicos Busy Bee y canceló todas las suscripciones. El señor Dolan, un tendero ya de por sí tristón, casi se echó a llorar.

En el dormitorio que rara vez usaba, Jack se abrió paso entre los montones de periódicos y la cama llena de noticias y fue hasta la ventana.

Se sacó el marco robado del bolsillo y lo estudió. Los dos niños y el balón hinchable contrastaban llamativamente con su lúgubre habitación. ¡Estaban tan limpios! Incluso las uñas. Tenían el pelo limpio, los dientes rectos y blancos. Imaginó sus dormitorios, con los juguetes, los libros y las sábanas limpias en hogares llenos de calidez, luz y amor.

Sacó la fotografía del marco, la arrugó y la tiró al suelo. Luego dejó el marco vacío en el alféizar.

Tenerlo allí, preparado y esperando, le daba esperanzas de tener algún día una foto que poner en él.

Se sentía mejor teniéndolo, aunque sabía que era infantil.

La esperanza era un bien preciado y un poquito daba para mucho...

Jack se apartó de la ventana en cuanto detectó movimiento en el jardín de la señora Coyle.

Durante un año antes de morir, la señora Coyle había estado en silla de ruedas y apenas salido. Era sorda y malhumorada y no quería saber nada de nadie.

A Jack le caía bien. Le hacía la compra y le segaba el césped, siempre presentándose con un «Me manda mi padre» para no levantar sospechas.

Pero ahora había una vecina nueva. Eso había dicho Merry, y allí estaba. Delgada pero tiesa como un palo. Llevaba un sombrero de paja y tenía una pala en una mano y un cubo negro en la otra, pero no iba vestida para trabajar en el jardín, con una camisa rosa pálido, pantalones blancos y sandalias.

No hizo nada con la pala. Solo caminó hasta el centro del césped desigual y trazó un círculo para examinar sus nuevos dominios y

más allá.

Cuando se volvió hacia donde estaba Jack, este se retiró más de la ventana hasta quedar oculto para evitar que lo viera.

Pero la anciana levantó la cabeza como si supiera que estaba allí.

Jack sintió un leve hormigueo de preocupación en el estómago. Incluso de lejos, la nueva vecina parecía entrometida.

Era la hora de irse a la cama y Adam estaba en la puerta de la cocina, llamando al gato.

—¡Chiiiiips! ¡Chiiiiips! ¡Venga, Chips!

Catherine sonrió para sus adentros. Chips siempre hacía suplicar a Adam. Ella jamás suplicaba. Lo llamaba y el gato acudía o de lo contrario lo dejaba fuera toda la noche. Así de fácil. Chips lo sabía y siempre llegaba del jardín igual que una flecha blanca y peluda. Pero tenía a Adam comiendo de su pequeña pezuña y se negaba a entrar en la casa hasta que aquel humano de su propiedad se hubiera humillado por completo, silbando, adulando y agitando la bolsa de chucherías igual que agitaba Barry Manilow las maracas.

Sonó el teléfono.

—Yo lo cojo —dijo Catherine y consiguió levantarse del sofá al segundo intento.

—¿Quién será? —preguntó al bebé, pero este al parecer no lo sabía.

—¿Sí?

Silencio al otro lado de la línea.

—¿Sí? —repitió.

—¡Chips! ¡Vamos, Chipper, mi gato bonito!

Pero quien llamaba guardaba silencio.

Catherine abrió la boca para decir «¿Sí?» por tercera vez y a continuación la cerró despacio. El silencio era demasiado insondable, demasiado negro para ser un problema en la línea telefónica.

Había alguien allí. Solo que no decía nada.

El recuerdo de la noche de la navaja le bajó por la nuca como una mancha de aceite negro que la recubrió despacio de un miedo húmedo.

Alguien respiró tembloroso.

Quizá había sido ella.

En algún punto muy muy lejano, Adam agitó la bolsa de golosinas como si estuviera en Copacabana.

—¿Qué quieres? —susurró Catherine y cuando no hubo respuesta inmediata lo repitió, como en un arranque de pánico—: ¿Qué quieres?

Hubo un ruidito como de alguien tomando aire.

Luego nada. Solo el abismo en su oído.

—¿Qué quieres?

Esta vez habló tan bajo que no estuvo segura de haber emitido un sonido audible.

Un silencio prolongado y grave. ¿Habían colgado?

Entonces llegó un susurro, tan bajo como el suyo, como si él tampoco quisiera que lo oyera nadie.

—Podría haberte matado.

A Catherine se le entumeció la cara. No sentía la boca.

La voz no era amenazadora. Se limitaba a exponer un hecho. Ni más ni menos. Pero Catherine notaba las piernas como si fueran de gelatina y tuvo que poner una mano en la pared para no perder el equilibrio.

Entonces el silencio de caracola se transformó en otro más cercano y técnico y Catherine supo que habían colgado.

Bajó el teléfono despacio.

A su espalda, Adam dijo:

—¿Quién era?

Catherine no se volvió.

—¿Qué?

—Que quién ha llamado.

—¡Ah! —dijo Catherine—. Se habían equivocado.

Entonces sí se volvió. Adam tenía el gato en brazos, todo peludo y orondo.

—Espero que se hayan disculpado —dijo Adam—. Son casi las once.

—Sí —se apresuró a decir Catherine—. Me ha pedido que la disculpara.

Adam la miró con el ceño fruncido.

—¿Estás bien, Cath? —dijo—. Te veo un poco pálida.

Catherine sonrió débilmente.

—Creo que me he levantado demasiado deprisa.

Adam dejó a Chips en el suelo. Condujo con suavidad a Catherine de vuelta al sofá y se arrodilló en la alfombra delante de ella mientras la miraba cara con preocupación.

—¿Quieres un poco de agua? ¿O un té? ¿Te preparo un té?

Catherine asintió.

—Sí, por favor, cariño. Me encantaría tomarme un té.

Quería que se fuera a la cocina, a cualquier parte, para no tener que disimular. Para no tener que mentirle.

Pero Adam siguió allí.

—¿Seguro que no te pasa nada más? —dijo—. Puedo llamar al hospital. Coger la maleta.

La maleta de Catherine llevaba preparada y junto a la puerta principal desde el cuarto mes de embarazo. Por entonces todavía le valían los vaqueros de la talla cuarenta y necesitarla algún día le había parecido surrealista. Pero ahora la miraba todos los días solo para asegurarse de que seguía allí. En ocasiones añadía alguna cosa o cambiaba algo por otra cosa mejor.

—No es el niño —lo tranquilizó—, es que me he levantado demasiado rápido para contestar el teléfono, nada más. Me he mareado un poco.

Sonrió a Adam y le apretó la mano.

—Me encantaría tomarme un té, por favor, cariño.

Los ojos castaños de Adam buscaron los suyos y Catherine los cerró y se recostó despacio en los cojines del sofá.

Adam cogió un cojín más y se lo colocó con cuidado en las lumbares.

—¿Mejor? —dijo.

—Gracias —dijo Catherine.

La besó en la frente y en la barriga.

Catherine pestañeó para ahuyentar lágrimas de gratitud. En ocasiones Adam la hacía sentir como una princesa, como una amante y como una niña mimada todo a la vez.

¡Y a cambio ella le mentía!

Como si le hubiera leído el pensamiento, Adam la miró serio.

—Si te pasara algo, me lo contarías, ¿verdad, Cathy?

Esta asintió con la cabeza, sin pensar.

—¡Pues claro!

Pero no era verdad.

Porque si le hablaba de la llamada telefónica, tendría que contarle lo del ladrón y Adam no solo se enfadaría por la ventana y el jarrón sueco, también le dolería y molestaría que no le hubiera dicho nada antes.

Catherine deseó fervientemente no haberle ocultado nada a Adam, pero ahora que había elegido aquel camino, no veía manera de retractarse de sus mentiras.

Tenía la sensación de estar siéndole infiel.

—Te quiero —dijo Adam como un dardo acusador.

Y por un momento Catherine dejó que la estrechara contra sí, aunque lo que quería era estar sola.

Merry consultó su relojito azul y rojo. Cuando marcó las tres y media, cogió la llave del gancho de la puerta de la cocina y salió corriendo al jardín con Donald en brazos.

Se estremeció de placer cuando el sol entró en contacto con su piel, luego dejó a Donald en el césped y se tumbó de bruces en la hierba caliente como quien se tira a una piscina verde y profunda.

Permaneció tumbada con las manos a ambos lados de la cara y dejó que la hierba le hiciera cosquillas en las pestañas y en la nariz mientras respiraba el verdor, la tierra y las raíces. Luego se puso despacio de costado para poder escuchar al jardín.

Sintió el susurro de los tallos que se doblaban y quebraban bajo su mejilla y el roce seco de su propio pelo en la oreja. Pero cuando se quedó quieta y se le normalizó la respiración, pudo oír el mundo entero bajo su cabeza: los sonidos minúsculos de escarabajos, insectos y también —imaginó— de lombrices circulando por la tierra y la tierra circulando por ellas.

Aparte de Donald, las lombrices eran su animal preferido. Jack le había hecho un hotel para lombrices con una caja de zapatos, con puertecitas y ventanitas recortadas y persianas que se echaban y lo había rellenado de tierra hasta la mitad para que Merry pudiera observar las lombrices sin el escudo protector de la hierba. Podía cogerlas y alojarlas unos cuantos días, luego las sacaba del hotel, las devolvía a su trabajo diario en el jardín y nuevos huéspedes las reemplazaban.

En un cuaderno grande de tapas negras llevaba un registro a rotulador de las entradas y salidas y les ponía nombres como Serpiente, Serpentina, Furtiva y Larguirucha. Estaba bastante convencida de que Larguirucha era cliente habitual del hotel, aunque Jack decía que era poco probable.

Merry cerró los ojos y estiró los brazos en la hierba como si quisiera abrazar el planeta entero. Con una oreja escuchó a las lombrices y escarabajos y la otra se le llenó del suave gorjeo de los

pájaros y el zumbido de los moscardones que iban y venía, como el tráfico en dos direcciones.

Hubo una tos lenta y áspera, luego un chasquido y un tintineo.

Un breve silencio y entonces ocurrió de nuevo: «Prrrr», chasquido, tintineo.

Merry levantó la cabeza y miró hacia la valla. En la casa de al lado alguien intentaba arrancar un cortacésped.

Se levantó y se subió con cuidado al escalón de ladrillo que rodeaba el invernadero acristalado para poder colgarse de la valla por las axilas.

Allí estaba la nueva vecina, una mujer mayor con unos pantalones rosa pálido y una blusa rosa de flores poco apropiados para la ocasión.

—Hola.

La mujer mayor levantó la vista, pero en la dirección equivocada, así que Merry agitó un brazo para darle una pista y dijo:

—Aquí.

—Ah —dijo la mujer—. Hola.

—Soy Merry —dijo Merry.

—Ah —dijo la mujer—. Muy bien.

—¿Cómo te llamas?

—Ah —repitió la mujer—. ¿Te llamas Merry?³

—Sí —dijo Merry—. Ya te lo he dicho.

—¡Vaya! —dijo la anciana, luego guardó silencio, como si no supiera qué decir al respecto.

Al fin dijo:

—Merry es un nombre bonito.

—Ah, ¿sí? —dijo Merry.

Nunca había pensado en ello. Simplemente era como se llamaba, algo que formaba parte de ella igual que los dedos de la mano o del pie. No eran ni bonitos ni feos, solo dedos.

—¿Cómo te llamas? —repitió.

—Soy la señora Reynolds.

—Ah —dijo Merry.

La señora Reynolds no era un nombre ni bonito ni feo, de manera que ahora era ella la que no tenía nada que decir sobre nombres.

La señora Reynolds sacó de nuevo del tirador del cortacésped. No tenía pinta de ir a arrancar. Merry lo sabía porque cuando Jack le arrancaba el cortacésped, el motor se aceleraba y atronaba y tenía que taparse los oídos. El cortacésped de la señora Reynolds sonaba entrecortado y enfermo.

—Tenemos un cortacésped que funciona —dijo.

La señora Reynolds no contestó, tan solo volvió a accionar el tirador de arranque. «Prrrr», chasquido, tintineo.

—Yo corto el césped —añadió Merry—. Pero tiene que arrancarme el motor mi hermano.

—Muy bien —dijo la señora Reynolds como si aquello no le pareciera bien.

—¿Vives aquí sola?

—Sí.

«Prrrr», chasquido, tintineo.

—Yo vivo con mi hermano, mi hermana y mi padre. Pero mi padre trabaja mucho fuera. En una plataforma petrolífera.

—Ah, ¿sí? —dijo la señora Reynolds, pero estaba desenroscando un tapón del cortacésped y escudriñando su interior y Merry tuvo la sensación de que en realidad no la escuchaba.

—Sí —dijo—. Así que casi siempre estamos solos.

—Qué bien —dijo la señora Reynolds—. Tiene gasolina. Y combustible. No entiendo cuál es el problema.

«Jack sabría cuál es el problema», pensó Merry. Jack lo arreglaría en un periquete. Le habría encantado ofrecer los servicios de Jack como técnico en cortacéspedes, pero sabía que se enfadaría si lo hacía. A Jack no le gustaba relacionarse con los vecinos no fuera que estos se interesaran por ellos. De manera que Merry no dijo nada del cortacésped. Había cosas que le estaba permitido decir y se suponía que no tenía que salirse de ellas.

—Estudio en casa —dijo.

—¿No me digas? —La señora Reynolds sí prestó atención a aquello. Levantó la vista del cortacésped y miró a Merry, colgada de la valla.

—Si tu padre no está, ¿quién te da clase?

—Mi hermano y mi hermana —dijo Merry—. He leído miles de libros.

—¿De verdad? —dijo la señora Reynolds, suspicaz—. ¿Y cuál es tu asignatura preferida?

—Los vampiros.

—¿Los vampiros?

—Sí. —Merry asintió con la cabeza—. Lo sé todo de ellos. Te chupan la sangre, pero solo si los invitas.

La señora Reynolds frunció el ceño, de manera que Merry se lo explicó:

—No pueden entrar como si nada. Va contra las reglas.

—¡Vaya! —dijo la señora con firmeza, luego se puso las manos sobre las estrechas caderas y miró primero el cortacésped, furiosa, y a continuación de nuevo a Merry.

—¿Cuántos años tienen tus hermanos?

—Veinte —dijo Merry— y diecinueve.

—Ah —dijo la señora Reynolds—. Son muy jóvenes.

—Para mí no. —Merry se encogió de hombros, luego dijo—.

¿Aún tienes hijos?

—¿Aún?

—Sí. Como eres tan mayor.

—Tengo sesenta y tres años —dijo la señora Reynolds con frialdad—. ¿Qué edad tienes tú?

—Casi seis —dijo Merry—. Entonces, ¿aún tienes hijos?

—Tengo un hijo.

—Igual te puede segar el césped.

La señora Reynolds suspiró y dijo:

—Igual.

Empujó el cortacésped de vuelta al cobertizo del jardín y lo cerró con un candado, luego metió la llave debajo de una maceta en las baldosas de la entrada.

—Por aquí nadie roba nada —dijo Merry.

—Toda precaución es poca —dijo la señora Reynolds—. Entonces, ¿vampiros y qué más?

—Montones de cosas —dijo Merry.

—¿Como por ejemplo? —dijo la señora Reynolds.

—Pues... las noticias —dijo Merry—. Me sé todas las noticias.

—¿De verdad?

Algo en aquellas palabras hizo pensar a Merry que la señora Reynolds creía que mentía, de manera que arrugó la nariz y se devanó los sesos para pensar en algo que hubiera leído en los periódicos.

—Se ha muerto el último ibizo del mundo.

—¿Qué es un ibizo? —dijo la señora Reynolds.

—Un tipo de oveja.

La señora Reynolds frunció el ceño y luego dijo:

—Quieres decir un íbice.

—Sí, un íbice —dijo Merry.

—Es un tipo de cabra —dijo la señora Reynolds.

—Eso da igual —dijo Merry—. Porque se le cayó encima un árbol.

—¡No me digas! —dijo la señora Reynolds con tono de duda.

—Sí, y un sumerino se hundió en el mar en Rusia y no pudieron sacarlo y se murieron todos.

—Un sumerino —dijo la señora Reynolds.

—Pues sí —insistió Merry con expresión desafiante—. Y lo sé todo de Shipman. Mató a un montón de gente, pero solo personas mayores.

La señora Reynolds frunció los labios, dio la impresión de ir a decir algo, pero luego pareció cambiar de opinión y preguntó:

—¿Deberías estar colgada así de la valla?

Merry nunca había pensado en ello, pero ahora bajó la vista y miró la valla y a ella, con los pies en equilibrio sobre el murete de ladrillo del invernadero. Le pareció que todo estaba bien.

—Creo que sí —dijo.

La señora Reynolds volvió a ponerse en jarras. Parecía enfadada.

—Bueno, mientras no la rompas —dijo antes de entrar en casa y cerrar la puerta trasera sin despedirse siquiera.

Merry no sabía que pudiera romper la valla. Menuda tontería.

¡Era una valla!

Se quedó allí colgada un ratito más, mirando la hierba crecida del jardín vecino. Luego bajó con cuidado para no pisar la tapa de cristal del invernadero. Dentro había tomates, lechugas y cebolletas. Regarlos era su tarea y no dejaba de hacerlo ni un solo día porque

allí dentro hacía calor, incluso cuando el día no era soleado. Lo sabía porque en una ocasión Jack le había hecho tumbarse en el invernadero y había cerrado la tapa para que supiera hasta qué punto necesitaban el agua las plantas.

Abrió la tapa, sacó un tomate cherry dulce y lo mordió con sus dientecitos blancos.

Tenía permiso porque la ensalada era buena para la salud.

Cogió uno para Joy.

³ «*Merry*» significa «contento», «alegre». Por tanto, «*I am Merry*» podría interpretarse también como «Estoy contenta». (*N. de la T.*)

Era viernes por la noche y el *risotto* de Catherine había sido un éxito. Lo único que había hecho era darle vueltas mientras oía la radionovela *The Archers*, pero Jan hablaba de ello como si hubiera asado un unicornio al espeto.

—¡Me tienes que dar la receta! —dijo en tres ocasiones distintas —. ¡Es que está delicioso!

—No es más que arroz y mucho brazo —respondió Catherine con una sonrisa, la primera vez; la segunda se limitó a sonreír; la tercera hizo como que no había oído y Jan no volvió a intentarlo, aunque sí preguntó sobre la diferencia entre *risotto* y paella, que ninguno tenía demasiado clara. Al final decidieron que la clave era «pescado».

La conversación flojeaba. A Catherine le había gustado su trabajo en la agencia inmobiliaria. Se le había dado bien y le encantaba chismorrear sobre la oficina, pero cuando Jan lo hizo ahora no le encontró sentido. Y cuanto más hablaba Jan, menos interesante se volvía y más manido sonaba su repertorio.

—Así que le dije al señor Bevan: «¡No la van a poder vender con ese estanque en el jardín! ¡Es una casa familiar! ¡Es como un cartel de peligro, pero con peces koi!».

Jan rio, pero Catherine tan solo se molestó en sonreír y estar de acuerdo, para evitar así al menos que Rhod hablara.

Rhod era de complexión y estatura medias, ojos pequeños y facciones anodinas. No era un hombre feo, pero a medida que transcurría la velada, Catherine lo encontraba menos atractivo.

Para empezar, aunque solo se habían visto en una ocasión, y brevemente, nada más entrar por la puerta le dio un beso en la mejilla ¡y le frotó la barriga, como si fuera una pata de conejo!

—Maravillosa noticia —dijo, con siete meses de retraso.

Catherine se había obligado a sonreír y se había apartado de su mano. Luego había intentado no acercarse demasiado a él durante el resto de la noche.

Pero ni siquiera de lejos le gustaba. Fanfarroneó delante de Adam sobre coches, atribuyéndose unos conocimientos que no hacían más que poner de manifiesto su ignorancia. Les habló de un estúpido compañero de trabajo al que no conocían y que no les importaba y después se sintió ofendido porque no se interesaban lo bastante como para compartir con él su antipatía por el otro. Nunca había probado un *risotto* como aquel y exigió conocer el ingrediente secreto de Catherine. Luego intentó convertir el «ingrediente secreto» en un chiste de embarazadas recurrente que contaba siempre con un guiño, un codazo y una ausencia notable de risas entre los presentes.

Para las ocho y media era el hombre elefante y Catherine no veía la hora de que se fueran.

Los silencios en la conversación se fueron alargando cada vez más, los intentos de Jan por llenarlos eran cada vez más desesperados y las contribuciones de Adam se reducían a «¿Me pasas la sal?». De vez en cuando miraba hacia el televisor en la habitación contigua y en una ocasión se quedó tanto rato en el cuarto de baño que Catherine estuvo segura de que se había puesto a leer.

Al principio Catherine lo intentó, pero hacer malabares para evitar que decayera una conversación frívola le exigía demasiado esfuerzo cuando en su interior bullía una verdad mucho más sombría.

Si abría la boca, lo diría. Saldría todo a borbotones.

«¿Me importa un bledo todo esto! ¡Ha entrado un ladrón en casa! ¡Amenazó con matarme!»

Casi le daban ganas de sonreír al pensar en la facilidad con que podía resquebrajarse el barniz de la cortesía en una reunión social.

—¿Alguien quiere más vino? —dijo Adam.

Catherine le dirigió una mirada que decía «no» y se dio cuenta de que Jan la había visto.

Catherine se puso colorada.

—¿Estás bien, Cath? —dijo Jan mientras ladeaba la cabeza en un gesto comprensivo.

Catherine entendió a la perfección el mensaje implícito.

«¿Por qué estás siendo una cabrona antipática? ¿Por qué nos has invitado si no nos querías aquí?»

—Perdona, Jan —dijo—. Me apetecía mucho esta cena, pero es que estoy agotada. Es por el bebé.

Ante eso no había discusión posible.

—Lógico —dijo Jan—. Tanto trabajo de brazo.

«Tanto mentir», quería decir en realidad.

Se marcharon nada más tomarse el café y Catherine abrazó a Jan en la puerta porque se sentía mal, aunque no lo bastante para insistirles que se quedaran.

Cuando Adam cerró la puerta, Catherine se echó a sus brazos con un gemido de alivio.

—¡Gracias a Dios!

Adam le dio palmaditas en la espalda.

—Lo siento —dijo Catherine con la boca pegada a su pecho—. No estaba de humor. Pobre Jan. Mañana la llamaré y le pediré perdón. Ahora mismo lo único que quiero es darme un baño caliente e irme a dormir.

Adam le dio otra vez palmaditas en la espalda, pero no dijo nada. Catherine levantó la vista.

—¿Estás bien?

—Perfectamente —dijo Adam.

Catherine se apartó un poco.

—¿Qué pasa?

Adam se encogió de hombros.

—Ese Rhod es un gilipollas, ¿no?

—Integral —estuvo de acuerdo Catherine y le apoyó de nuevo la mejilla en el pecho—. Incluso yo me he dado cuenta de que no tiene ni idea de coches.

—Y eso de tocarte la barriga...

—Desde luego —dijo Catherine—. Totalmente fuera de lugar.

—No me gusta —dijo Adam.

—Ni a mí —dijo Catherine—. Pero a Jan nunca le dura una relación más de dos años, así que le queda poco tiempo con este.

—Me alegro —dijo Adam—. Espero que no volvamos a verlo.

Catherine sonrió, se despegó de Adam y empezó a subir las escaleras.

Al tercer escalón llamaron a la puerta.

Era Rhod. Se le había pichado una rueda.

«Uf.»

Rhod entró a llamar a asistencia en carretera y Catherine salió a solidarizarse con Jan y mirar la rueda.

Estaban las dos hombro con hombro junto al Toyota en la cálida noche de verano.

—Menuda pesadez —dijo Catherine.

—Rhod acababa de cambiar las ruedas —dijo Jan—. Le voy a decir que las devuelva y monte un pollo.

Las dos miraron para ver si Rhod volvía ya.

No era así.

Silencio.

Catherine odiaba la idea de invitarlos a entrar otra vez en la casa y prolongar la velada justo cuando había tenido ese baño caliente tan cerca.

—Rhod y tú parecéis felices.

—De momento la cosa va bien —dijo Jan y cruzó los dedos—. Esta noche estaba nervioso, me he dado cuenta. ¡No tiene ni puta idea de coches!

Las dos rieron.

—Pero me trata muy bien —dijo Jan—. Y el cambio se agradece.

—Eso es genial.

—Sí, lo es.

—¿Ya sabes en qué trabaja?

—¡No tengo ni idea!

Catherine volvió a reír y le gustó que compartieran aquel momento después de haber sido tan mala anfitriona toda la noche.

—Te mando la receta del *risotto*.

—Sí, por favor. De verdad que estaba increíble. Es difícilísimo conseguir que Rhod se coma algo que no esté rebozado y frito.

Llegó el momento que Catherine no podía seguir aplazando.

—¿Por qué no esperáis dentro de casa?

—¿Estás segura? —dijo Jan.

—Claro.

Cuando recorrían el corto camino de entrada, Jan dijo:

—¡Anda! ¿Te han puesto una multa?

Se inclinó sobre el capó del Volvo verde y sacó un papel de debajo del limpiaparabrisas. Lo desdobló a la luz anaranjada de la

farola y frunció el ceño.

—¿Qué es?

—Qué raro.

Jan se lo enseñó y a Catherine se le cayó el alma a los pies al leer aquella letra que ya conocía.

¡Llama a la policía!

Al oficial Reynolds empezaba a no gustarle John Marvel.

Reynolds no era un hombre crítico, así que en el primer encuentro le había dado a Marvel el beneficio de la duda. Después de todo, el comisario era un recién llegado a tierra desconocida que acababa de tropezar con una maleta rosa. Era lógico que las cosas estuvieran algo tensas.

Pero había pasado una semana y las cosas seguían tensas.

Y Reynolds sospechaba que no harían más que empeorar.

Para empezar, el aspecto de Marvel era un horror. Tenía sobrepeso y era desaliñado, con orejas que sobresalían a distintos ángulos y, aunque usaba traje, no parecía ser suyo. También tenía pelos en la nariz. Solo eso bastaba para dar escalofríos a Reynolds. Creía firmemente que un hombre civilizado solo debía tener pelo en la cabeza. Tenía una maquinilla Braun que se pasaba obsesivamente por las cavidades nasales cada mañana. En cambio Marvel tenía pelos en cantidad y en ocasiones se pellizcaba la nariz con los dedos pulgar e índice en mitad de una conversación, como si sospechara que le colgaba algo de ellos.

Marvel también apestaba a tabaco y bebía demasiado. Calzaba siempre unos zapatos marrones rozados, con independencia del color de sus trajes, y llevaba una corbata que no solo parecía no haber visto una tintorería en la historia reciente, sino que tampoco daba la impresión de haber sido desanudada desde que Marvel metió por primera vez en ella su cabezota asimétrica.

Reynolds casi no soportaba la visión de aquel nudo mugriento.

Se sobresaltó cuando Marvel le chasqueó los dedos debajo de la nariz.

—¡Despierte, Reynolds!

Reynolds se puso colorado y Elizabeth Rice le guiñó un ojo.

Reynolds tampoco estaba seguro de que le gustara Rice. Era guapa, sí, pero muy poco femenina. En una ocasión la había visto cruzar corriendo un aparcamiento sin necesidad.

Y una agente de policía no debería guiñarle el ojo a un oficial a no ser que fuera en acto de servicio.

Suspiró. Ya no había límites. Ahora todo era igualdad y llamarse por el nombre de pila.

De manera que Reynolds apartó la vista de Rice sin darse por enterado del guiño.

Por el bien de ella.

Marvel había desenrollado un mapa grande en el suelo.

Estaban en el cuarto de estar vacío de una casa pequeña en una urbanización del norte de Tiverton, no muy distinta de la que Marvel se había alquilado.

Todos se inclinaron sobre el mapa. Había docenas de puntos rojos hechos con rotulador.

—Cada uno de estos puntos corresponde a un delito de Ricitos de Oro —dijo Marvel—. La mayoría son por esta zona. Así que aquí es donde vamos a tender la trampa.

—¿Qué trampa? —dijo Parrott.

Marvel señaló la habitación en un gesto circular del brazo, como si fuera un agente inmobiliario.

—¡Bienvenidos a la casa señuelo!

—¿Eso qué es? —dijo Rice.

Marvel sonrió, algo poco habitual en él.

—Esta es la casa donde vamos a coger a Ricitos de Oro.

—¿Cómo? —dijo Parrott.

Marvel esperó unos instantes para crear efecto dramático.

—¡Dándole todo lo que quiere!

Su equipo lo miró sin entender.

Bueno, su equipo no, el equipo que le habían impuesto. De haber podido, no habría elegido a Reynolds, para empezar, con sus zapatos relucientes y su corbata roja de seda.

Tampoco habría escogido a la agente Rice. Marvel no era partidario de tener mujeres en el cuerpo. Solo había visto trabajar bien a una y estaba convencido de que era lesbiana. Rice era demasiado joven y demasiado bonita y no haría más que distraerlos.

A él no, por supuesto —él ya no quería saber nada de mujeres—, pero sí al resto del equipo.

Un equipo que completaba Toby Parrott, quien había sido el chófer de Marvel el primer día y luego resultó que llevaba casi un año trabajando en el caso de Ricitos de Oro. Lo habían dejado como enlace entre el antiguo equipo de policía de Devon y Cornualles y el nuevo de Avon y Somerset. Parrott no inspiraba confianza. Estaba sentado todo encogido, con las manos entre las rodillas en actitud defensiva y los escuálidos hombros encorvados como alguien en su primera reunión de Alcohólicos Anónimos.

Marvel suspiró. Menudo equipo Ricitos de Oro. Ninguno parecía hecho para aquella misión.

—¡Vamos! —dijo—. Este cabrón lleva dando esquinazo a la policía durante demasiado tiempo, joder. ¡No quiero malgastar mi vida con un ladronzuelo de mierda cuando hay asesinos que coger, así que sacaos el dedo del culo y decidme qué es lo que puede querer!

No tenía ningún asesino que coger, por supuesto, pero no se trataba de decir la verdad, sino de arengar a las tropas.

—¿Una cama para pasar la noche? —dijo Rice con cautela.

—De ahí lo de Ricitos de Oro —dijo Reynolds solícito, pero no recibió más que una mirada furiosa de Marvel.

—Eso, una vez esté dentro —dijo Marvel—. Pero quiero saber qué va a hacer que Ricitos de Oro elija precisamente esta casa para robar y no la de al lado.

—Que no es adosada —dijo Parrott.

—Bien —dijo Marvel.

—Pero los Passmore viven en una adosada —dijo Reynolds.

—Ese robo no es de Ricitos de Oro —dijo Marvel.

Reynolds pareció sorprendido.

—La cama desecha, comida robada, el televisor y las fotografías de familia destrozadas. Reúne todas las características.

—De eso nada —dijo Marvel en un tono que no admitía discusión. —Os lo voy a decir —continuó—. Lo que quiere este cabrón es intimidación. Un chalé en una urbanización anónima, un ventanuco en un cuarto de baño, acceso fácil por el tejado de la cocina, un jardín trasero con árboles para esconderse. Todos los

lugares de los hechos tienen esas cosas en común y esta casa, también.

»Ahora solo nos queda amueblarla de manera que parezca que hay alguien viviendo en ella. La llenaremos de todos esos pequeños artículos que le gusta llevarse y esperaremos a que la encuentre.

—Y entonces entrará y se lo llevará todo —frunció el ceño Parrott, como si Marvel hubiera pasado por alto este fallo crucial de su plan.

—De eso se trata, precisamente —dijo Marvel—. Porque entonces lo detectarán una alarma y una cámara de vigilancia ocultas que vamos a instalar para poder cogerlo con las manos en la masa y a todo color, además. Un empujoncito para que se declare culpable. A eso le añadimos unos cuantos delitos más de los que también se lo acusará ¡y visto para sentencia!

Reynolds, Rice y Parrott pasearon la vista por la habitación vacía.

—Podría funcionar —dijo Reynolds.

—Funciona, de hecho —dijo Marvel—. Yo lo he visto.

No era verdad, pero había oído que así era.

—Genial —dijo Rice—. ¿Cuándo empezamos?

—Reynolds y tú ahora mismo.

—¿Yo y el oficial Reynolds? —dijo sorprendida.

—El oficial Reynolds y yo —la corrigió este y todos lo miraron sin comprender.

Marvel se había puesto a hablar otra vez.

—Los dos vais a jugar a las casitas aquí de manera que parezca auténtico. Podéis amueblar la casa con cosas del almacén de Exeter. No tiene que ser elegante, solo realista. Luego estaréis una semana o así viviendo aquí, charlando con los vecinos, yendo al *pub*, entrando y saliendo y después os largáis —Marvel dibujó comillas en el aire— de vacaciones y esperamos a que Ricitos de Oro nos haga una visita.

Se frotó las manos y pareció muy satisfecho de sí mismo.

Reynolds dijo:

—Mmm.

Marvel se volvió hacia él.

—¿Pasa algo, Reynolds?

El oficial Reynolds parecía incómodo.

—Señor, es que sé que la agente Rice tiene... pareja... y no quiero que se produzcan... situaciones incómodas.

Marvel resopló y Rice hizo un gesto de despreocupación con la mano.

—A Eric le dará igual.

—Que no cunda el pánico, Reynolds —dijo Marvel—, no tienes que follar con ella.

Toby Parrott rio, pero Rice dijo:

—Probablemente es una pregunta tonta, señor...

—Entonces no la hagas —dijo Marvel y enrolló el mapa para dar a entender que la conversación había terminado.

—Bueno, aun así, la voy a hacer —dijo Rice encogiéndose de hombros y Marvel pensó: «Me va a dar problemas»—. ¿Cómo va a encontrar Ricitos de Oro la casa señuelo?

—Eso déjame a mí —ladró.

Así que Rice asintió con la cabeza y se lo dejó a él.

Marvel estuvo rumiando todo el camino de vuelta a Taunton.

«¡Malditas mujeres!», pensaba. «¡Siempre haciendo preguntas!»

Pero Rice había hecho una buena pregunta. Una para la que no tenía respuesta.

Todavía.

Durante sus lejanas y brumosas vacaciones en Cornualles, Marvel había ido a pescar.

Era la única parte de sus vacaciones que recordaba con cierto cariño. Su padre, su hermano y él. Recordaba encontrarse en los oscuros recovecos de la tienda de artículos de pescar local, The Angling Man, con cuidado de no tocar un calabozo hecho de cañas de pescar verticales, los exhibidores llenos de impermeables de camuflaje y toda una pared alicatada de bolsitas de plástico que contenían extraños artefactos cuya utilidad le resultaba más inescrutable que el sentido de la vida. Baratijas y plumas, peces muy artificiales, bolitas de plomo y grandes torpedos de plomo, ciempiés fosforescentes, mil variantes de rodamientos, anillas, anzuelos y docenas y docenas de carretes de sedal azul brillante.

Encima de un congelador maltrecho había una lista de clases de cebo más larga que su brazo de niño de diez años.

En su casa del sur de Londres había imaginado solo gusanos y una roca desde la que lanzarlos, pero aquel día le había abierto los ojos a la dificultad intrínseca de la pesca a medida que el dueño de la tienda interrogaba a su padre sobre dónde iban a ir, qué querían pescar y lo lejos que podían lanzar la caña los niños... que luego resultó ser no más lejos de lo que lo habrían hecho unos cangrejos hambrientos.

—El cebo hace la pesca —había dicho el hombre con una risotada de fumador.

Aunque en su momento Marvel no la había entendido, la expresión se le había quedado en la cabeza igual que las erres del acento del West Country.

Ahora le vino al pensamiento.

«El cebo hace la pesca.»

Marvel estaba convencido de que la casa señuelo era el cebo perfecto.

Pero tendrían que lanzar la caña en el lugar indicado si no querían equivocarse de pez.

Jack miró el trozo de papel que le había dado Louis para comprobar el nombre y la dirección.

Tony y Sara Gomez.

Estaba arrancado de un sobre y se veía el logo de un club de vinos que ya había visto. Más de una vez. Club de vinos. Cruceros P&O. Boden. Catálogos de tiendas de hípica. Todos vendiendo cosas que nunca podría comprar.

Pero conocía a personas que sí podían.

Al menos, conocía sus casas.

Jack llamó a la puerta.

Nadie contestó, claro, porque los miembros del club de vinos estaban en Tailandia, pero iba preparado para mostrarse confuso y después contrito por haberse equivocado de casa.

«Perdona, colega. ¡Esta urbanización es un lío!»

Pero nadie abrió la puerta y Jack no volvió a llamar. Miró de nuevo a su alrededor y luego caminó resuelto por un lateral hasta el jardín trasero mientras se ajustaba los guantes de látex.

Aquel era el único momento peligroso. Si un vecino lo veía y se acercaba, sería mucho más difícil decir que se había perdido una vez se hubiera alejado de la puerta principal.

Aun así, tenía una mentira preparada para la ocasión: «El hijo de Tony tiene mi bicicleta. He venido a cogerla del cobertizo».

Jack confiaba en que nadie le llevara la contraria porque no era mentiroso por naturaleza. Claro que tampoco era ladrón por naturaleza, pero estaba delgado, en forma y desesperado, lo que convertía robar en una ocupación apropiada. Sin embargo, no tenía la labia de Louis el Lampiño y prefería no hablar si no era imprescindible.

Recorrió el costado de la casa, sabedor de que el cuarto de baño estaría sobre la ampliación de la cocina, cuyo tejado tenía solo una ligera inclinación. Aquellas casas eran todas parecidas y Jack se las sabía al dedillo. Le gustaba saber qué se iba a encontrar. En verano la ventana del cuarto de baño solía estar abierta y, si no era así, eso

no quería decir que no pudiera entrar, solo que tardaría más tiempo. Y a más tiempo, mayor riesgo, de manera que le gustaban las ventanas abiertas.

Y la de allí lo estaba.

Nadie habría creído que alguien pudiera pasar por una ventana tan pequeña y tan alta.

Esa falta de imaginación era la llave de Jack para aquella casa.

Además, en el jardín trasero había setos de coníferas. Eso era siempre una ventaja extra. El espeso follaje lo ocultaba de casi cualquiera que espicara desde las casas vecinas, incluso en pleno día. Y ahora no lo era.

En cuanto al canalón, era obra de arte.

Como la de cualquier ladrón de casas que se precie, la vista de Jack se iba siempre de forma instintiva a las paredes de la casa, al sistema de canalones y bajantes y se hacía una composición del lugar en un único arranque de planificación.

La bajante subía en línea recta por la pared exterior de la cocina y el cuarto de baño. Una vez en el tejado de la cocina, Jack solo tuvo que trepar unos metros por el canalón e inclinarse para abrir la ventana del todo. A partir de ahí bastó con estirarse, colgarse brevemente, retorcerse y enseguida estuvo dentro.

Desde que dejó el suelo, la operación le había llevado menos de treinta segundos.

Que lo hubiera visto alguien habría sido muy mala suerte. Sobre todo si era alguien dispuesto a hacer algo al respecto.

Jack saltó del alféizar y pasó por encima del lavabo igual que un gimnasta ruso para hacer un aterrizaje perfecto en la alfombrilla de la bañera. Respiró hondo y dejó que el olor de la casa le impregnara hasta las yemas de los dedos. Jabón de alquitrán de hulla Wright's sobre Pato WC con aroma a limón. Igual que un incendio en un huerto de naranjos.

A Jack le gustaba el olor de las casas. Algunas tenían olores químicos, a ambientadores y a detergente con aroma floral, pero Jack prefería las que olían a familia. Champú en el cuarto de baño, sábanas limpias en las camas, comida en la cocina. Incluso el barro en un lavadero y los calcetines en el cesto de la ropa sucia le recordaban a cómo era su casa...

«Antes.»

Su casa solía oler así. Estaba seguro de que ello, de lo contrario no reconocería los aromas que encontraba en las casas en las que robaba. Una vez olió un bote del champú al melón que usaban cuando eran pequeños y se lo guardó en la mochila con unas manos más temblorosas que si acabara de descubrir la tumba de Tutankamón en una urbanización de Tiverton. Ya en casa, se lavó el pelo en el lavabo, porque la bañera estaba siempre llena de periódicos, y luego escondió el champú en el jardín para que nadie más pudiera usarlo.

Pero Merry lo había encontrado, por supuesto. Cuando cavaba en busca de lombrices. No había dicho nada, pero a Jack no le había hecho falta acercarse demasiado y olerla para saber lo que había pasado; le brillaba demasiado el pelo. Merry trató de escapar al piso de arriba, pero ¿a dónde podía ir? La encontró en un paso angosto entre cajas en el cuarto de la cuna y le había dado una bofetada por coger lo que no era suyo.

—¡Te odio! —le había gritado Merry por encima de la barandilla mientras Jack bajaba las escaleras furioso y levantando fajos de periódicos que le hicieron resbalar y casi caer—. ¡Te odio y espero que te atropelle un camión!

Luego se había echado a llorar y Jack se había sentido mal, pero así aprendería a no cogerle el champú.

Jack hizo la cena. Eligió con cuidado cosas de la nevera y de los armarios llenos de latas y cajas. Algunas las dejó cerca de la puerta de la cocina para llevárselas: legumbres, avena, lechuga. En el congelador había un pollo de corral. En la nevera había cerveza, pero Jack nunca bebía alcohol. Le daba miedo caerse de una ventana o algo así.

¿Qué sería entonces de Merry y Joy?

Preparó una tortilla con verduras y luego se comió un postre de bizcocho con frutas y nata de la nevera. Jack rara vez comía dulces y el subidón de azúcar le hizo sentirse un poco mareado.

Subió los pies a la mesa baja y se puso a ver la televisión. No cambió de canal. Cualquier canal era mejor que no encontrar tu propio televisor. Así estuvo hasta que empezó a dar cabezadas,

luego dejó caer el cuenco del postre y la cuchara en la alfombra y subió al piso de arriba.

Se duchó por higiene, luego se bañó por diversión, flotando como si volara mientras el agua caliente subía hasta llegarle más arriba de las orejas y lo levantaba como si fuera de porcelana antes de rebosar y empezar a derramarse por el suelo.

La dejó correr.

Se lavó el pelo, se lo aclaró y siguió lavándoselo hasta mucho después de que le chirriara de limpio, solo para sentir la espuma entre los dedos.

Había cuatro toallas de baño grandes y esponjosas. Las usó todas.

En el dormitorio principal encontró un secador de pelo. Se secó el pelo y a continuación se quedó en el centro de la habitación, desnudo, y se pasó el secador por la piel húmeda. Sin prisa, disfrutando de la sensación del aire cálido a su alrededor. La extensión ininterrumpida de moqueta, la lana limpia y mullida bajo los pies, la vista de un lado de la habitación desde el otro.

El espacio.

Se vistió, sintiéndose reconfortado.

Los nombres de los niños estaban en las puertas de sus cuartos en letras de colores hechas con puzles. Dan y Sharona.

La habitación de Sharona era un santuario dedicado a una banda de chicos llamada The Troublemakers, cuyos nombres al parecer eran Lance, Ade, Scotty y The Mighty Mick. Jack pensó que no tenían ninguna pinta de alborotadores y que podría partirles la cara a todos él solito y arrancó los carteles de las paredes en jirones brillantes.

En el cuarto de Dan había una cama con forma de coche de carreras. Jack siempre había querido una cama así. Dejó la mochila en el suelo y apoyó el martillo en la mesilla de noche. Luego se metió en la cama con la ropa y los zapatos puestos, por si tenía que salir corriendo.

Pero la cama no era tan divertida como había esperado. Una vez te acostabas en ella, era como cualquier otra cama. Claro que la funda de edredón estaba limpia y tenía dibujos de Transformers y

una almohada de Optimus Prime acunaba la cabeza de Jack en su suave regazo de robot.

Cerró los ojos y se dejó ir con cautela hacia la oscuridad.

Y allí, justo en el umbral del sueño, encontró un fugaz instante en que todo iba bien.

Después del fin de semana, Adam volvió a marcharse, esta vez a Cornwall.

Sus viajes de trabajo nunca habían preocupado a Catherine. Estaba fuera tres o cuatro días, vendiendo pienso para caballos a granjas y establos y ella seguía con su vida y esperaba su vuelta con ilusión. Sus conversaciones por teléfono cada noche y las postales divertidas que le enviaba desde lugares espantosos siempre habían bastado para hacerla sentir comunicada y a salvo.

Pero ya no. Ahora que sabía lo falsa que era aquella sensación de seguridad, se echaba a temblar solo de pensar en que Adam se iba y las largas noches que la esperaban.

O en otra llamada de teléfono.

Un mensaje...

¿Una visita?

—Te voy a echar de menos —dijo en el camino de entrada.

—Y yo a ti —dijo Adam mientras dejaba la bolsa en el asiento del acompañante—. Siempre.

—Disfruta de la costa.

—Te mandaré una postal.

—Pero que no sea picante.

—Siempre me lo estropeas —gruñó Adam y luego rio y la abrazó todo lo fuerte que la barriga permitía—. ¿Vas a estar bien? —le dijo con la boca pegada a su pelo.

—Pues claro —dijo ella porque ¿qué sentido tenía decir otra cosa? Adam se preocuparía y aun así tendría que irse a trabajar.

—Cuida bien de nuestro hijo.

Catherine tuvo un arrebató de conciencia. ¡Era como si Adam lo supiera! Casi le pareció oír el final de su frase: «Porque la última vez no lo hiciste».

«Estás paranoica», se dijo. «No sabe nada porque no se lo has contado.»

—Lo haré —dijo seria—. No hay nada que me importe más, Adam.

—Ya lo sé —dijo Adam—. ¿Seguro que estás bien?

Catherine se obligó a sonreír.

—Te voy a echar de menos, nada más. Con eso de que falta poco para que nazca el niño, estoy un poco... ya sabes...

—¿Histérica? —sugirió Adam.

—Bueno. —Catherine se encogió de hombros—. Soy una mujer.

—Eso es verdad. —Adam asintió solemne y ambos rieron.

—En serio, Cath —dijo Adam—. Odio dejarte sola ahora mismo. Sabes que puedes llamarme cuando quieras y para lo que quieras; me subiré a la furgoneta y vendré directo a casa. Llegaré en un periquete. ¡Esté donde esté!

—Ya lo sé —dijo Cath y notó calor en la cara por la vergüenza.

Adam le dio un último beso, se subió a la furgoneta con las palabras RED RIBBON EQUINE en un costado y se alejó despacio. Catherine se quedó mirando y diciendo adiós con la mano hasta que dobló la esquina y desapareció. Al instante se sintió sola. Y tenía frío, como si el luminoso sol matutino se hubiera escondido detrás de una nube.

Se abrazó y miró a la calle sin salida.

Nada se movía. No había nadie sacando la basura para reciclar ni metiendo prisa a sus hijos camino del colegio.

Corrió adentro, pero la casa ya no le daba la sensación de seguridad de antes y, cuando cerró la puerta, Catherine no supo si el peligro estaba fuera o dentro.

Con ella...

Se quedó un instante junto a la puerta y escuchó el silencio de la casa volverse más y más audible.

¡Decidió hacer un bizcocho!

Llevaba siglos sin hornear, pero pensó que el aroma cálido a pan de plátano era justo lo que necesitaba para sentirse reconfortada y en casa.

Fue explicándole cada paso al bebé y a cada minuto se sentía más segura. Media hora después, la cocina y ella estaban cubiertas

de harina, pero había un bizcocho en el horno y la sensación de haber hecho algo útil.

Entonces vio los plátanos que había olvidado añadir a la masa.

—¡Mierda!

Torpeza de embarazada.

No sabía si reír o llorar.

—¡Es culpa tuya! —le dijo a su barriga.

Luego levantó la vista, atenta. Algo en el jardín le había llamado la atención. ¿Algo en la valla? El jardín no era grande, pero estaba cerrado por una valla alta, casi dos metros de tablones de madera, y rodeando esta había una franja de terreno arbolado que señalaba los límites de la parcela.

¿Qué había visto? No estaba segura. ¿Un pájaro grande, quizá?

No. Más grande que un pájaro...

Catherine abrió la puerta de la cocina y cruzó despacio el césped todavía brillante de rocío. El cielo estaba claro y sin nubes y ya hacía un día precioso. El ruido de un cortacésped ayudaba a intensificar la sensación de verano antes que a alterar la paz.

Tocó la valla. Era demasiado alta para asomarse. Las coníferas de los vecinos hacían presión contra algunos puntos y separaban un poco los listones.

Caminó junto a la valla, por entre los arbustos y rozando la madera de pino sin barnizar con los dedos. Luego se inclinó como pudo y acercó el ojo a un agujero en la madera.

Solo veía ramas.

Se desplazó cerca de un metro, hasta una abertura entre dos listones.

A través de él veía la calle vecina, al otro lado de un césped bien cuidado. En el centro de la hierba había un cortacésped, parado, pero con el motor encendido. El trabajador municipal que debía de estar empujándolo no estaba por ninguna parte.

Catherine frunció el ceño. Entonces se preguntó si no estaría orinando por allí cerca.

¡Eso era lo que había visto! La coronilla de un hombre yendo hacia los pinos de la casa vecina en busca de un poco de intimidad.

Y allí estaba ella, espiándolo.

Se enderezó y reprimió una risita.

Estaba siendo una tonta. Si alguien tenía intención de matarte, seguro que no te llamaban primero para avisarte. ¡Ni tampoco te dejaban una nota a modo de información! Supuso que simplemente, pues, eso, te mataban.

No pensaba torturarse así. Había tomado una decisión y esta era que el ladrón estaba fanfarroneando. Había intentado asustarla, pero Catherine se negaba a estar asustada porque eso querría decir que el ladrón había ganado.

Caminó deprisa por el jardín de vuelta a la casa, con cuidado de no volver la vista.

Probablemente había sido un gato en la valla. Como defensor del reino, Chips era apático y los gatos más duros a menudo se paraban para provocarlo.

Después de entrar, cerró la puerta con firmeza y miró hacia el jardín. No había nadie.

Nunca lo había habido.

Apoyó la frente en el cristal y se acarició el vientre para tranquilizarse.

—Lo hemos espantado, ¿verdad, Crimpelene? Lo hemos echado y ahora nos merecemos un premio.

Lo ridículo de su comportamiento la hizo sonreír.

Bueno, ¿y qué estaba haciendo?

Ah, sí, estropear un bizcocho. Quizá aún estaba tiempo de añadir los plátanos...

Se volvió hacia el horno y dio un respingo.

El horno estaba abierto y el bizcocho estaba volcado en el suelo.

Con la masa derramada.

El oficial Reynolds estaba deseando ver a Marvel.

Había hecho un trabajo cojonudo con la casa señuelo y esperaba, como mínimo, un brusco «Bien hecho, Reynolds».

Elizabeth Rice lo había acompañado al almacén de la policía, pero había resultado tener un pésimo gusto para los artículos robados, de manera que su aportación se limitaba a un abrebotellas para la cocina, algunas fotografías familiares y una PlayStation que se había traído de su casa.

Él, en cambio, había revisado la cueva de Aladino de objetos robados con su talento habitual. No había una gran selección de muebles, así que, aparte de las camas, había elegido una mezcla ecléctica de teca de mediados de siglo y butacas irónicas de terciopelo y lana. Había montones de grabados, cuadros y lámparas, además de adornos de calidad variada, así que por ese lado había sido frugal. Pero en lo referido a aparatos, había tirado la casa por la ventana: portátiles y cámaras digitales Apple, un televisor Sony y una cadena de música Bang & Olufsen. Si nadie los reclamaba, todos los artículos del almacén de la policía terminaban subastándose y Reynolds se hizo el propósito de pujar por el B&O.

También había cogido cortinas de terciopelo verde y forradas por completo, aunque eso las hacía pesadas. Y el taburete al que se había subido para colgarlas era, por decirlo suavemente, inestable.

Para el jardín tenían una bicicleta de montaña y un monopatín que se suponía pertenecían a Mattie, un joven con granos que habían «tomado prestado» de la hermana de Rice. En la estantería había un par de fotografías de Mattie junto con una de Rice en un bar de playa con un bikini color coral.

Tenía el vientre muy plano.

A Reynolds le había costado encontrar algo igual de natural. Su fotografía más desenfadada lo retrataba con pantalones cortos amplios color gris durante una excursión de pesca al Distrito de los Lagos unos años antes. Un sol acuoso se reflejaba en los charcos.

—¡Bonitas piernas, Glen! —Rice se había reído y Reynolds se había puesto pálido.

Él era Glen y ella Michelle. Rice había escogido sus nombres falsos y, para mantener el secreto, también tenían órdenes de Marvel de olvidarse de sus diferencias de rango mientras durara la misión.

Reynolds opinaba que era un gran error.

Aun así se había quedado con el dormitorio principal y Rice con la cama individual en la habitación en la que no dormiría Mattie, así que esperaba que el tratamiento de «señor» estuviera implícito.

Aunque tenían que compartir el cuarto de baño y Rice ya había bromeado sobre lo que llamaba su «amplia variedad de productos de aseo».

Ella se había llevado un cepillo de dientes.

Nada más.

—¿Has traído dentífrico? —le preguntó y cuando él le confirmó que así era, dijo—: Qué bien, me lo imaginaba.

Tuvo buen cuidado de esconderlo.

Rice le había sacado doscientas libras a Marvel para extras y habían escalado HomeFayre, donde Reynolds se había gastado todo el dinero en esos pequeños toques personales que convertían una casa en un hogar: velas, jarrones, marcos de fotos y otros adornos varios. Se había llevado uno de sus relojes viejos de casa, un Bulova difunto, e incluso un par de docenas de libros; no como señuelo, sino como contrapunto cultural al abrebotellas y la PlayStation. Se había esmerado en la selección para impresionar a Rice, pero en vano. Esta había reconocido a Pushkin, pero solo porque «¡También es fabricante de vodka!».

Reynolds había suspirado igual que una isla.

A pesar de la ignorancia de Bride, estaba complacido con el resultado.

Teléfonos, fotografías, cámaras, videoconsolas, comida en la nevera, camas cómodas... a Ricitos de Oro le encantaría.

Si encontraba la casa.

Y si la encontraba, ellos lo encontrarían a él.

Antes de que Rice y él llegaran en el camión alquilado de Tivi Rentals, el técnico de la policía ya había instalado cámaras y

alarmas silenciosas encima de las puertas, en rincones y alféizares.

—No mováis las putas cámaras —les había dicho el técnico—. Ni un puto milímetro.

El vocabulario hizo fruncir los labios a Reynolds. No había ninguna necesidad de hablar así.

Hasta consideró mover una de las «putas» cámaras, aunque fuera un poquito. Pero no lo haría. Era de los que hacen las reglas, no de los que se las saltan.

La banqueta se movió y se apoyó en la pared para conservar el equilibrio con el corazón en la boca.

—¿Todo bien? —dijo Rice mirándolo un segundo, luego volvió a concentrarse en el televisor, donde estaba jugando a Gran Theft Auto. Aparte de coquetear con el cartero, era todo lo que había hecho desde que volvieron de Exeter.

—No entiendo por qué has comprado cortinas —dijo—. Si siempre las vamos a tener descorridas.

—¿Qué hay de cena? —dijo Reynolds.

—¿De cena? —Rice miró el televisor con el ceño fruncido, como si fuera la primera vez que oía esa palabra.

—Sí, he pensado que igual podías preparar algo mientras yo hago todo el trabajo.

—Te refieres a qué vamos a merendar —dijo Rice—. Había pensado en McDonalds.

—Yo no como comida de McDonalds —dijo Reynolds.

—¿Cómo? —dijo Rice incrédula—. ¡Todo el mundo come comida de McDonalds!

Reynolds la corrigió.

—Me parece que eso no es verdad.

Era como hablar con un niño pequeño. E, igual que un niño pequeño, Rice no estaba haciendo su parte del trabajo. Estaba tentado de decírselo, pero sin el amortiguador del rango le resultaba difícil.

Aunque desde luego se lo haría saber a Marvel. Reynolds no era ningún chivato, pero no había nada malo en informar a tu superior acerca de quién era un miembro valioso del equipo y quién se escaqueaba.

—Hay Frosties —dijo Rice inclinándose de un lado a otro en el sofá robado a medida que iba segando peatones—. Solo he comprado cosas para desayunar. Pensaba que comeríamos fuera todo el rato, ya que estamos intentando que nos roben. ¡Mierda!

Hubo un chirrido, un choque y un buzón volando por los aires y Rice tiró el mando de la consola. Luego se levantó y fue hasta donde estaba Reynolds a mirar cómo colgaba las cortinas.

Cuando cogió los pliegues de la gruesa tela verde, Reynolds pensó que por fin lo iba a ayudar, pero lo que hizo fue ceñirse las piernas y los hombros con una de ellas.

Reynolds se paró en seco. Estaban unidos por el terciopelo y notaba el calor de la mano de Rice en contacto con su cadera.

—¿Se puede saber qué...?

Rice rio, sostuvo la cámara con el brazo estirado y sacó una fotografía de los dos.

El *flash* sobresaltó a Reynolds.

—Necesitamos una fotografía juntos —dijo Rice—. Para que parezca de verdad.

—Sí —dijo Reynolds—. Buena idea.

Rice se liberó de la cortina en el preciso instante en que se abría la puerta y entraba Marvel con un pack de seis cervezas Guinness.

—Regalo de inauguración de la casa —dijo—. Espero que tengáis abrebotellas.

Rice desapareció en la cocina y Marvel se sentó y acarició el pack de cervezas en su regazo como si fueran un perro pequinés.

—¿Una Guinness, Reynolds?

—No, gracias, señor. No soy de cerveza negra.

—Eso me parecía —dijo Marvel.

Reynolds miró por el rabillo del ojo mientras el comisario inspeccionaba la habitación, reparando en cada detalle.

—No sé por qué habéis comprado cortinas —dijo—. Siempre van a estar descorridas.

A Reynolds aquello le dolió. Pero antes de que pudiera reaccionar, volvió Rice. Dejó dos vasos de pinta desparejados en la mesa y le dio a Marvel el abridor.

—Lo he comprado hoy mismo —dijo.

—Bien hecho, Rice —dijo Marvel con brusquedad.

Había vecinos nuevos en el número 23. Glen, Michelle y su hijo Mattie.

Shawn no había visto aún al niño, pero sí su bicicleta de montaña tirada en el jardín delantero. Era una bicicleta bonita. Marca Specialized. Cara. Tirada en la hierba como si tal cosa.

Ese chico se merecía que se la abollaran.

Michelle era guapa. Guapa y habladora. Pelo oscuro, piel clara con unas bonitas pecas en la nariz. Shawn no tenía tiempo para una novia, pero, de tenerlo, Michelle sería su tipo.

Se había mostrado agradecida cuando se ofreció a cogerle los paquetes cuando no estuviera en casa.

A Glen no lo había visto aún.

No tenían perro.

Shawn tenía siempre el bolsillo lleno de chucherías para perros. Perros grandes, pequeños, enfadados, amistosos, mastines aterradores y terriers de ladrido agudo y labradoodles empalagosos... Todos se convertían en arcilla en manos de Shawn en cuanto empezaba a sacarse cosas del bolsillo. Incluso el desconfiado pastor alemán con el letrero de *MUERDO* en la verja de sus dueños se escabullía de su caseta con aspecto comprensiblemente avergonzado por poner en peligro la seguridad de su amo a cambio de un puñado de pienso.

Tener perro no era un requisito indispensable, aunque facilitaba el acceso. A la gente le encantaba hablar de sus perros. Sus nombres, sus graciosas costumbres...

Si podían o no morder al cartero...

También les encantaba hablar de sus gatos. Fuera, dentro, gatera, ventana...

Era otro día caluroso y Shawn llevaba pantalón corto, pero manga larga.

El pantalón corto dejaba ver unas piernas fuertes, bronceadas y peludas. Las mangas ocultaban los pinchazos.

Shawn había empezado con la heroína con solo dieciséis años y, quince después, ya había estado catorce veces en rehabilitación. Siempre recaía a los pocos días de salir y su familia por fin había comprendido lo que él supo desde la primera vez que una aguja le llevó el paraíso a las venas:

Nunca lo iba a dejar.

¿Cómo podía? ¿Cómo podía nadie?

De manera que Shawn se había convertido en un adicto funcional. Tenía un buen empleo en la empresa de servicio postal Royal Mail y complementaba su sueldo con otros trabajos. Un poco de decoración por aquí y otro poco de magia informática por allá.

Algún que otro robo.

En su juventud había sido casi una leyenda en Tiverton por la naturaleza peculiar de lo que él llamaba «tretas».

Una vez robó una carroza de carnaval con un cerdo mecánico.

Otra obligó a la policía a una lenta persecución por el camino de sirga mientras él dirigía la operación y daba ánimos desde una lancha robada.

No todo eran bromas ingeniosas e inofensivas. Había robado una remesa de camas de hospital de última generación. A medida que las descargaban de un camión, Shawn y su equipo las cargaban en un segundo camión situado en otra salida distinta. Bastaron tres uniformes de bedel robados y elegir el momento oportuno, de forma que cuando los bedeles de verdad entraban con una cama en el hospital, los hombres de Shawn estaban preparados para tomar posesión de la siguiente y acto seguido desviarse a la izquierda por un pasillo distinto. Robaron la mitad de las camas. Nueve en total. Shawn tenía un cliente esperando en Polonia y había sacado casi ocho mil libras limpias del golpe.

Pero fue un engorro. Todo, desde el principio hasta la planificación y la ejecución supuso un gran trabajo. Demasiado para alguien cuya máxima ambición era dormir la mona. Y ahora Shawn prefería labores que le exigieran el menor esfuerzo posible.

Y un trabajo que no requería ningún esfuerzo era ser simpático. Shawn tenía una cara despejada y franca y una sonrisa alegre. Ser simpático era algo que le salía de manera natural y durante sus

rondas diarias era tan cordial con los clientes como con sus perros y gatos.

Recogía cartas a las personas mayores para ahorrarles la caminata al buzón y si dejaba una nota a un cliente diciendo que tenía un paquete en el contenedor, allí lo encontraba. De manera que Shawn era un hombre popular, que gozaba de confianza y en sus breves encuentros a la puerta de sus casas los vecinos de Tiverton le confiaban toda clase de secretos.

La señora Cobden de Lowman Road le reveló que su marido la había dejado por otro hombre.

El señor Singh, que vivía cerca del cementerio, le confesó que había envenenado sin querer al gato de los vecinos cuando intentaba librarse de las ratas del cobertizo.

Y Lisa Trevithick, en Cowley Moor, le dijo que siempre lo había encontrado «interesante». Eran las siete y media de la mañana, pero ya estaba piripi y maquilladísima, de manera que Shawn había aceptado su invitación de subir a tomar un té rápido y en los seis meses siguientes, hasta que el marido de ella salió de la cárcel, habían disfrutado de unos cuantos.

Y Shawn guardaba esos secretos. Nunca chismorreaba sobre que el señor Gobben fuera gay; nunca le dijo a la señora Angel, la vecina, que su gato Tigger había muerto por comer matarratas; y seguía invitando a Ricky Trevithick a una cerveza cada vez que lo veía en el Soldier's Rest. Después de todo, habían ido a la escuela juntos y Shawn no veía razón para dejar de ser amigo de alguien solo por haberse follado a su mujer.

Lo cierto era que le resultaba fácil guardar secretos, porque le daban igual. Todos ellos. Lo único que le importaba era la heroína y cómo conseguirla.

De manera que hacía sus rondas y nadie se quejó nunca ni reparó en que de vez en cuando faltara algo de correo comercial.

Pero si alguna vez un cliente le pedía que metiera los paquetes que llegaran en el cobertizo puesto que se marchaba una semana a Tailandia o a Sidmouth a celebrar su aniversario o porque iba a pasar la noche en el hospital para someterse a una cirugía menor...

Entonces Shawn Bridge le pasaba esa información a su hermano pequeño Louis, quien le pagaba treinta libras por soplo.

Jack encontraba a su madre.

Él estaba en el arcén y ella en un prado lleno de vacas hablando por el teléfono naranja de emergencias.

Lo saludaba con la mano y Jack le devolvía el saludo.

—¿Por qué está el teléfono en el prado? —preguntaba Joy.

—Porque los ponen ahí —decía Jack.

Permanecían bajo el sol abrasador y miraban a su madre colgar y echar a andar hacia ellos, pero cuando lo hacía, el prado empezaba a inclinarse de manera que caminaba cuesta abajo. Al principio se limitaba a caminar cada vez más deprisa, pero enseguida la pendiente se convertía en una montaña y la madre tenía que correr, descontrolada, con los brazos extendidos como en una cuerda floja. Y el prado se inclinaba más y más, pasaba de montaña a pared y la madre no podía dejar de correr.

—¡Mamá! —gritaba Jack y echaba a correr hacia ella, para cogerla, pero era demasiado tarde. Era demasiado lento. Y la madre despegaba del prado y corría por el aire con su vestido blanco de premamá aleteando y pegándosele a las extremidades mientras caía, caía, caía...

Jack se despertó con un gruñido. Jadeó unos instantes en la oscuridad preguntándose dónde estaba y dónde estaba su madre y si tenía aún tiempo de alcanzarla.

Entonces se puso tenso.

Un sonido levísimo.

«Había alguien en la casa.»

Al momento saltó de la cama y fue con sigilo y entrenada velocidad hasta la ventana. Esta se comunicaba con facilidad con el tejado del garaje. Por eso había elegido aquella habitación.

Se colgó del alféizar con las yemas de los dedos enguantadas de látex y notó las tejas bajo los pies. Cuando se soltó, resbaló, pero se dejó ir y se colocó boca arriba, con la bolsa pegada al pecho para poder apoyar los talones en el canalón.

Una casa nueva como aquella resistiría el peso.

Así fue.

Se volvió. Se columpió. Se colgó. Se soltó. Aterrizó silencioso como un gato en las baldosas traseras, cerca de la bicicleta que había encontrado en el pasillo. Era una Eddy Merckx azul. Alguien pagaría quinientas libras por ella.

Se colgó la bolsa a la espalda y permaneció en la sombra de la casa, esperando.

Susurros. Portezuelas de coche que se cerraban con suavidad para no despertar a los vecinos.

Se suponía que estaban en Cumbria.

Igual les había llovido.

Esperó hasta oír cerrarse la puerta principal y luego se subió a la bicicleta y se alejó. Dejó atrás las casas de Lego y bajó por la colina hacia la parte vieja de la ciudad.

La bicicleta era ligera y veloz y montarla era como volar.

Quinientas libras. ¡También podía quedársela, joder!

El cielo se teñía de rosa. Ya había luz en The Busy Bee y, cuando pasó por delante, Jack vio al señor Dolan hablando por teléfono delante del terraplén de chocolatinas.

Jack estaba a cincuenta metros de su casa cuando vio a Joy.

Llevaba un camisón rosa sucio, iba descalza y con el pelo lacio pegado a la cara. Estaba casi doblada en dos por el esfuerzo de arrastrar dos gruesos fajos de periódicos por la acera que hacían un ruido como de cataratas en el silencio de la noche.

«RRRRRRRRRRRAS.»

«RRRRRRRRRRRAS.»

Jack llegó hasta ella y dejó caer la bicicleta.

—¿Qué haces? —susurró furioso.

«RRRRRRRRRRRRRAS.»

Joy ni lo miró ni dejó de arrastrar los periódicos.

«RRRRRRRRRRRRRAS.»

—¡Mierda! —dijo Jack y cogió uno de los montones.

Joy le dio un empujón, Jack se lo devolvió y volvió a quitarle el fajo, lo levantó en el aire, cargó con él como pudo los veinte metros hasta la puerta de la casa y lo metió dentro.

Volvió a por el segundo.

Joy se puso recta y lo miró cogerlo.

—Entra en casa —dijo Jack.

Joy obedeció.

Cuando estuvieron dentro, Jack cerró de un portazo.

—¿Se puede saber qué cojones estás haciendo? ¿Y si te ve alguien? ¿Y si viene la policía? ¡Se nos llevarán de aquí!

Merry empezó a bajar las escaleras en bragas.

—¿Qué pasa? —dijo, pero no la miraron.

En cambio Joy sí miró a Jack, jadeando y con los ojos pálidos apenas visibles detrás del pelo alborotado. Se inclinó para arrastrar un montón de periódicos al cuarto de estar, pero Jack se lo impidió. La cinta de plástico rígido le cortó los dedos cuando Jack tiró de ella.

—¡Au! —Joy se miró la mano encogida, conmocionada, y a continuación se abalanzó contra Jack y le manchó la cara de sangre.

Este retrocedió y le dio una bofetada.

—Fuuuuuus —gritó Joy agitando los brazos como si hubiera un cuervo en el arcén—. ¡Fuuuuuuuus!

—¡Parad! —gritó Merry—. ¡No os peléis!

—¡Estás loca! —le gritó Jack a Joy—. ¡Como una puta cabra!

Joy agitó los brazos una vez más, luego se dio la vuelta y entró corriendo en el cuarto de estar. Se dejó caer boca abajo en el suelo y pataleó frenética por el túnel de paredes hechas de periódicos, igual que una sirena con un vestido de noche rosa sucio.

Jack se quedó callado, conmocionado por aquel ataque de locura.

Llamaron a la puerta.

Los dos se giraron hacia ella. Por el ventanillo se veía una coronilla de pelo cano.

Jack se puso de pie con torpeza, sacó los montones de periódicos al pasillo y los soltó en el cuarto de estar con dos golpes secos.

La persona volvió a llamar.

No se iba a ir. Jack miró a Merry y se llevó un dedo a los labios.

Merry asintió con la cabeza. Jack abrió la puerta.

—¿Estáis bien? —dijo la nueva vecina entrometida vestida con una bata de estar en casa.

—Sí.

—He oído gritos.

—Sí —dijo Jack—. Era yo. Lo siento.

Los ojos de la anciana miraron más allá de él en busca de una explicación. A su espalda, Jack vio la bicicleta, aún tirada donde la había dejado en la calle.

—Me he caído de la bicicleta.

Rodeó a la mujer para salir a cogerla.

—Ah —dijo esta y le dejó meterla en casa—. ¿Estás bien?

—Sí, gracias —dijo Jack—. Estoy perfectamente. Siento haberla molestado.

Cerró un poco la puerta, pero la mujer siguió hablando.

—¿Está vuestro padre en casa?

—Pues es que está trabajando.

La mujer se puso en jarras como si no se creyera aquello.

—Acabo de mudarme a la casa de al lado. Soy la señora Reynolds.

—Sí —dijo Jack—. Hola.

—Hola —dijo ella justo cuando Jack necesitaba que dijera «adiós»; hubo un largo silencio.

—Hola, señora Reynolds —dijo Merry desde las escaleras.

—Hola —dijo esta.

—Yo soy Jack —dijo Jack— y ella es Merry.

—Nos conocemos —dijo la señora Reynolds.

Hubo otro silencio.

—El cortacésped de la señora Reynolds está roto —dijo Merry de pronto—. Igual se lo puedes arreglar.

—Claro —dijo Jack—. Iré a echarle un vistazo, si quiere.

La señora Reynolds arrugó el ceño como si aquella no fuera una buena noticia. Pero no le quedó otra que contestar:

—Gracias.

—Muy bien. Adiós, entonces —dijo Merry en tono alegre.

—Adiós —dijo Jack.

—Adiós —dijo la señora Reynolds poco convencida; Jack cerró la puerta y apoyó la frente contra ella.

«Mierda.»

Más tarde aquel día fue a Busy Bee y, para gran alegría del señor Dolan, Jack renovó las suscripciones a los periódicos.

Dentro de una caja, en un estante bajo, había dientes de vampiro de plástico pintados de sangre. Jack cogió unos para Merry.

Fue a sacar dinero del bolsillo, pero el señor Dolan hizo un gesto magnánimo con la mano.

—A los dientes invita la casa.

—Algo pasa en la casa de al lado —dijo la señora Reynolds.

Estaba en la ventana trasera con un plato en cada mano, como la balanza de la justicia.

—¿Mmm? —dijo Reynolds evasivo.

Su madre era una fisgona impenitente. En su casa anterior se había convencido de que los vecinos cultivaban hierba y le había hecho trepar por una valla y escudriñar por la ventana de un cobertizo y todo porque el marido llevaba coleta.

Y tenía un oído muy fino.

Había salido de la casa y a Reynolds no le había quedado más remedio que inventarse que el inexistente gato de su madre se había perdido en su jardín y después, cuando el señor Coleta quiso ayudarlo a buscar, no supo de qué color era el gato.

Todavía se ruborizaba al recordarlo y no quería volver a pasar por algo así.

De manera que intentó no dejarse arrastrar por la paranoia de entrometida de su madre simulando no haberla oído.

Se puso a pensar en qué estaría haciendo Rice aquel fin de semana.

Glen y Michelle habían ido al festival de Reading.

Reynolds se había negado siquiera a considerar la idea, pero Rice había estado dos veces y le había dicho que, de decidirse a probarlo, le encantaría.

—¿Tanto como el Big Mac? —había preguntado, sarcástico, y ella se había limitado a poner los ojos en blanco como si fuera su padre siendo anticuado.

La realidad era que Rice había ido al cine con Eric y que Reynolds estaba pasando el fin de semana con su madre. Habían comido merluza empanada con guisantes, patatas chips al horno y una rodaja de limón. Su madre llevaba cenando lo mismo desde 1992.

—¿¡Me has oído!? —dijo la madre con aspereza—. Te estoy diciendo que pasa algo.

—Perdón —dijo Reynolds—. ¿Qué?

—Algo raro —contestó la madre—. Hay un chico y una niña pequeña. La niña me contó que el padre trabaja fuera y que su hermano y su hermana la cuidan, pero nunca he visto ni un padre ni una hermana. Y dijo que el hermano tenía veinte años, pero el único chico que he visto tiene pinta de tener doce.

Reynolds se reunió con su madre en la ventana, pero empezaba a estar demasiado oscuro para ver el jardín contiguo y mucho menos las edades de los niños que podían estar en él.

—Vale —dijo Reynolds—. ¿Y parecen desatendidos?

—Están muy delgados.

—Bueno, ahora mismo hay demasiados niños gordos —dijo Reynolds y le cogió los platos y empezó a meterlos en el lavavajillas.

—¡El otro día tuve que presentarme allí a las seis de la mañana! —dijo la madre—. Me despertaron los gritos. El niño dijo que se había caído de la bicicleta, pero había algo más. Y la pequeña está asilvestrada. Se dedica a escarbar en la tierra y a segar el césped a horas intempestivas. ¡Y no habla más que de vampiros y de matar a personas mayores!

Reynolds no dijo nada. Dejó que aquel poquito de melodrama sin importancia quedara suspendido en el aire y a continuación se lo llevara el viento.

En ocasiones, con eso bastaba.

—¿Qué hay de postre? —preguntó al cabo de un minuto.

—Pastel de manzana. Solo hay que calentarlo.

—Mmm. Qué bien—dijo y la dejó trabajar mientras se fue a la otra habitación donde estaba el ordenador.

Se lo había comprado a su madre para que pudiera escribirse por correo electrónico con su hermana en Australia, pero vio que el último mensaje enviado era el que mandó él para enseñarle cómo funcionaba.

—No sé qué tiene de malo una carta —había refunfuñado la madre y cuando él le explicó que el correo electrónico podía entregar su mensaje en Australia de manera casi instantánea, había fruncido el ceño y dicho—: Qué cosa tan molesta.

Rice le envió las fotografías que había hecho. De ella delante de la cadena de música B&O. De él colocando fotografías en la repisa de la chimenea. La de los dos, envueltos en terciopelo verde, con el brazo de ella alrededor de las piernas de él...

Rice sonreía feliz y el *flash* le resaltaba las pecas.

En el momento, a Reynolds lo había azorado tanto el contacto físico con ella que se había puesto nervioso, pero en la fotografía todo resultaba de lo más natural. Como si Elizabeth Rice estuviera encantada de pasarle un brazo alrededor de las piernas y él estuviera encantado de que lo hiciera.

Tenían aspecto de estar tonteando.

De pareja enamorada.

Reynolds confiaba en que Rice no se la enseñara a Eric. Había dicho que no le importaría que vivieran juntos en la casa señuelo. Pero Reynolds había visto a Eric y pensaba que tenía aspecto de hombre al que le importa muy mucho una cosa así. Eric vestía pantalones de chándal grises y una camiseta de Gold's Gym con las mangas cortadas en pleno invierno. Como si la manga corta fueran algo demasiado ñoño para él. No era más alto que Reynolds, pero tan musculoso que el combo cabeza-cuello formaba una vitrina abovedada sobre sus hombros, dentro de la cual era más probable que hubiera un faisán victoriano disecado que un cerebro.

Reynolds no quería complicarse la vida. Y menos por alguien como Elizabeth Rice. Que no colgaba la alfombrilla de baño mojada. Que dejaba la televisión encendida cuando no la estaba viendo ¡o ni siquiera se encontraba en la habitación! Que no ponía una pinza a los Frosties para que no se ablandaran; se limitaba a arrugar la bolsa de plástico dentro de la caja y a cruzar los dedos. Consideraba que dejar un cuchillo sucio de mantequilla y Marmite en el fregadero equivalía a «lavar los platos». No ponía la tapa al champú. Su champú. Y su dentífrico, que usaba como si fuera de su propiedad. Y Reynolds ni siquiera podía esconderlo porque, como no había nadie más en la casa, Rice sabría que había sido él y le haría parecer mezquino.

Rice también se había quejado de que había pelo atascando el desagüe de la ducha.

En eso Reynolds se había mantenido firme. El pelo no era suyo. ¡Siempre había tenido el pelo bien fijado a la cabeza, faltaría más!

Rice había reulado con una sonrisita que le había dado ganas de abofetearla.

Reynolds había sabido que vivir juntos sería difícil. Pero había resultado mucho peor de lo esperado y se alegraba de que la fase de «montar la casa» hubiera terminado. Ahora estarían yendo y viniendo, claro, hasta que cogieran a Ricitos de Oro o renunciaran a intentarlo. Pero la semana de intensa convivencia de veinticuatro horas con Rice había llegado a su fin y Reynolds se sentía igual que si hubiera capeado un temporal tan grande que ahora tenía que agradecer el puerto seguro que suponían la merluza empanada y la rodaja de limón con su madre.

—¿Quieres crema o helado? —dijo esta desde la cocina.

—Crema, por favor —respondió Reynolds.

—Ah, se me ha olvidado decírtelo —prosiguió su madre—. El cortacésped no funciona. ¿Puedes echarle un vistazo?

—¡En cuanto tenga un momento! —gritó.

Consideró la posibilidad de enseñarle a su madre la fotografía de Rice abrazándole las piernas. Su madre se tomaba su celibato como algo muy personal y lo dejaría tranquilo un tiempo si creía que estaba viviendo con alguien. Con sus turnos de trabajo, sería fácil encontrar excusas para tardar meses en presentarle a su novia y cuando su madre se pusiera demasiado insistente, ya podría haber roto con ella. Reynolds no era de naturaleza mentirosa, pero estaba hasta las narices de que su madre se pusiera llorosa cada vez que salía un bebé en los anuncios de televisión y no dejara de hablar de su rolliza prima, Judith, que tenía hijos igual que pone huevos una tortuga marina.

El problema no era que a Reynolds no le gustaran las mujeres o que no quisiera una, sino que todas las que conocía le parecían poco para él. Y si en el futuro podía aspirar a algo mejor, ¿qué sentido tenía molestarse con las que tenía ahora a su alcance?

¡No era ningún animal!

Con un suspiro de arrepentimiento, decidió que enseñarle a su madre la fotografía con Rice no le traería más que problemas.

Aunque sí la conservó.

También guardó las otras, claro. Tal vez llevara su propio registro de los progresos en el caso Ricitos de Oro. Podría serle útil en el futuro. Un astuto sistema de referencias para todos los casos que investigara. O un artículo para el *Tiverton Gazette* cuando todo hubiera terminado.

Pero, de momento, conservaría aquella fotografía.

Le sonó el teléfono en el bolsillo y se sobresaltó, sintiéndose culpable.

Era Marvel.

—¿Dónde coño estás? —gritó—. ¡Hay alguien en la casa!

La casa pertenecía a Glen y Michelle Lee, que se habían ido al festival de Reading y no volverían hasta el domingo.

Jack llamó a la puerta principal. Por supuesto, nadie contestó.

Rodeó sin miedo la casa hasta el jardín trasero.

El canalón era estupendo, tal y como había esperado.

Shawn no había mencionado ningún gato, pero habían dejado abierta la ventana del cuarto de baño.

Trepó, se colgó, se retorció y estaba dentro.

En el alféizar había muchos artículos de aseo que esquivar.

Fue a la planta baja con pisadas tan ligeras que ni siquiera él las oía y recorrió el pestillo de la puerta principal por si tenía que escapar a toda prisa. Oía la voz de Louis en su cabeza: «Antes de meterte en faena, asegúrate de que puedes salir».

Luego fue al cuarto de estar.

Lo primero que hizo fue correr las feas cortinas verdes. Aunque le costó lo suyo, debido a lo mal colgadas que estaban. No se encontraban en el medio, pero a Jack eso no le preocupó demasiado. Dio la luz de todas formas. Desde la calle, una luz dada resultaba menos sospechosa que el haz de una linterna en una habitación a oscuras. Quien supiera que Glen y Michelle estaban fuera, supondría que alguien había ido a dar de comer al gato o a recoger el correo. Y eso si se interesaba lo bastante para hacer suposiciones.

Examinó la habitación y se sintió decepcionado.

El lugar estaba apenas amueblado, como si Glen y Michelle acabaran de mudarse. De acuerdo, tenían un televisor grande y una cadena de música B&O, pero no podía llevarse ninguna de esas dos cosas en la mochila.

Sí había una cámara de fotos en la mesa baja. Una Canon Ixus. Le darían por ella cuarenta libras y era fácil de transportar. Se la metió en la mochila y siguió con la inspección.

En los estantes había fotografías de Glen y Michelle. Dos fotos individuales. Glen tenía ojos pálidos, rodillas nudosas y parecía de

esos hombres que prefieren clavarse alfileres en los ojos a ir a un festival de música. Michelle estaba en un bar de playa con un bikini naranja y bebiendo un montón de bebidas que requerían de la protección de una sombrillita.

Era demasiado guapa para Glen, pero Jack decidió que eso era algo bueno. Quizá él le compraba joyas caras para compensar.

Si era así, Jack las encontraría.

Leyó por encima los lomos de los libros: Pushkin, Camus, Dawkins.

Nada de vampiros.

Había un reloj de pulsera. Jack lo agitó y se lo acercó a la oreja, pero no funcionaba. Lo cogió de todas formas. Bulova era una marca buena. Se lo puso. Si alguien lo paraba, llevar la cámara en la mochila resultaría lógico, pero el reloj debía estar en su muñeca.

Se giró para subir las escaleras al piso de arriba, confiando en tener más suerte. Al menos habría una cama que no estaría cubierta de periódicos ni mohosa por la mierda de ratón.

Casi había salido del cuarto de estar cuando se detuvo en seco. Presentía que algo no iba bien. Retrocedió despacio, entró de nuevo en la habitación y se giró poco a poco, intrigado, en busca de la fuente de su inquietud.

Entonces se paró en seco y el corazón se le desbocó.

En la repisa de la chimenea había un marco de fotos. Y dentro del marco había una fotografía de dos niños...

Y un puto balón de playa.

Y antes de que su cerebro pudiera procesar por qué o cómo, el instinto de Jack le dijo que saliera de allí enseguida.

Y eso hizo.

A toda velocidad.

Marvel estaba furioso.

—¡Será posible, joder! —no dejaba de murmurar, decir y gritar—. ¡Será posible, joder!

Los demás no decían gran cosa, aunque Toby Parrott murmuró «¡Vaya por Dios!» varias veces mientras veían la grabación de la cámara de vigilancia, lo que pareció irritar aún más a Marvel.

—¿Cómo coño lo ha sabido? —gritó—. ¿Qué es lo que lo ahuyentó? ¿Vosotros dos? —dijo señalando con un dedo acusatorio a Reynolds y Rice.

Los fulminó alternativamente con la mirada, como si supusiera que uno de los dos tenía la culpa. Luego volvió a fijar la vista en la pantalla de televisión y le dio al *play* por la que a Reynolds le pareció la enésima vez.

La primera imagen fugaz era del ladrón mientras caminaba por el rellano.

—Entró por la ventana del cuarto de baño —dijo Marvel sombrío—, aunque hiciste todo lo posible por obstruirla con Bylcreem, Reynolds. A saber por qué la cámara no lo captó allí. Lo habríamos cogido con las manos en la masa.

A continuación, reconstruyó toda la secuencia del robo de acuerdo con las imágenes de las cámaras de seguridad trazando un torpe facsímil del intruso, que, estaban casi seguros, se trataba de Ricitos de Oro.

—Bajó las escaleras sin problema —Marvel hizo el recorrido—. Fue hasta la puerta trasera —hizo el gesto de descorrer el pestillo— y volvió aquí, corrió las cortinas y encendió la luz.

Al mismo tiempo que la figura ágil y encapuchada del televisor, Marvel agarró con torpeza las cortinas y simuló correrlas.

—Supe que estas cosas eran una equivocación desde que las vi —dijo furioso—. Le dieron intimidación a ese hijo de puta engreído. Le facilitaron registrar la casa sin levantar sospechas.

A Reynolds le ardía la nuca. En parte de vergüenza y en parte de furia. Se daba cuenta de lo que ocurría allí. Marvel estaba

fundamentando una acusación. No contra Ricitos de Oro, sino contra él.

—Así que apaga la luz —dijo Marvel desde el interruptor junto a la puerta— y luego coge la cámara y se la mete en la mochila. Va todo viento en popa, hasta que coge el reloj y lo menea.

Agitó una muñeca cerca de la oreja, junto a la estantería, buscando con la mirada lo que el ladrón podría haber visto u oído desde aquel sitio. Entonces fue hacia la puerta.

—Y aquí es donde se para.

A su lado, Reynolds cerró los puños. Sabía lo que había pasado. Sabía lo que había visto Ricitos de Oro, lo supo desde la primera vez que vieron la grabación.

Ahora lo único que podía hacer era esperar a que Marvel también lo viera.

El comisario se volvió hacia donde se había girado Ricitos de Oro y miró la repisa de la chimenea.

—Algo aquí... —dijo—. Mirad, fijaos en cómo mira.

Reynolds apretó los dientes tan fuerte que le rechinaron. La foto. ¡La fotografía! ¡La puta fotografía de mierda!

Lo del Brylcreem era una tontería. Las cortinas eran una excusa. Pero la fotografía era culpa suya y solo suya. Compró el marco en HomeFayre y tenía la intención de sustituir la fotografía publicitaria. No era nada importante. Un simple detalle. Pero Reynolds se enorgullecía de acertar en los detalles, de manera que había tenido intención de cambiarla. Por la de Rice y él juntos, quizá.

Por la que fuera, pero pensaba cambiarla.

¡Pero es que había estado desbordado! ¡Había montado la condenada casa él solo! Toda esa decoración, organización y escenografía que había preparado mientras Rice estaba sentada sin mover el culo. ¡Aun así se habría acordado, de no ser porque le llevó demasiado tiempo colgar las cortinas debido a lo pesado de la tela y al taburete cojo, por no haber comido nada desde el almuerzo y porque Rice solo había comprado unos putos Frosties para cenar!

Reynolds tenía ganas de llorar. Tenía muchas ganas. ¡No era justo! ¡No había derecho! Era cuestión de segundos que Marvel viera la fotografía de mentira en el marco, sumara dos y dos y se

pusiera como una fiera y le montara una bronca de dos pares de narices...

Hubo un silencio tan largo y tan cargado que Reynolds tuvo que hacer esfuerzos para no saltar, estrellar el marco contra la chimenea y usar las esquirlas para hacerse el harakiri, de tan tenso y maltratado como se sentía.

Todos se sobresaltaron cuando Marvel golpeó la repisa con tal fuerza que el marco culpable se volcó hacia delante. Lo enderezó y dijo:

—¿Qué coño vio?

—No tengo ni idea, señor —dijo Rice.

—Yo tampoco, señor —dijo Reynolds.

—A saber —dijo Parrott.

Marvel suspiró y recorrió la habitación con la vista una última vez con la expresión de un hombre que contempla su hogar reducido a escombros por un tornado.

Parecía muy perdido y completamente derrotado.

Por fin se pellizcó la nariz y dijo:

—De vuelta a la puta pizarra, entonces.

Y eso fue todo.

Reynolds no daba crédito a su buena suerte.

Acompañó a Marvel a la puerta. Lo miró dar marcha atrás furioso y salir de la calle sin salida con un chirrido de neumáticos a lo Starsky o Hutch. Luego cerró la puerta y se reclinó contra ella.

¡Marvel no lo sabía! ¡No sabía que el marco de fotos era el eslabón perdido en la cadena de desastres! No sabía que Reynolds había jodido toda la operación ni que era la causa de sus continuos fracasos a la hora de atrapar a un ladronzuelo enclenque que estaba dejando a dos cuerpos policiales a la altura del betún.

Reynolds decidió no contárselo.

Volvió al cuarto de estar y se encontró a Elizabeth Rice sosteniendo el marco de HomeFayre con una mano y la fotografía con el balón de playa en la otra.

—Nunca me gustó esta fotografía —dijo y, delante de las narices de Reynolds, la arrugó y la tiró a la chimenea.

Parrott parecía confuso.

Pero Reynolds la miró a los ojos y le dijo:

—A mí tampoco.

Más tarde aquella noche, mientras veía al Middlesex perder ante el Yorkshire en una vergonzosa exhibición de supuesto críquet, Marvel reflexionó sobre lo ocurrido.

La casa señuelo había sido un fracaso.

No sabía por qué lo había sido, pero estaba convencido de que era algo que el equipo Ricitos de Oro había hecho mal.

Él no, en cambio. Él lo había hecho todo bien. No, la había cagado otra persona y cuando descubriera quién y cómo, se las haría pasar canutas.

Apostaba por Reynolds. Después todo, él eligió todo lo de la casa y la amuebló entera. Marvel lo sabía porque lo había pregonado a bombo y platillo, y llegado al extremo de hacer un aparte con él para contarle que Rice había sido una vaga de cojones.

No con esas palabras, claro.

«No ha contribuido de forma significativa a la operación», era como lo había expresado.

El puto listillo.

«Bueno», pensó Marvel, «pues a Reynolds le ha salido el tiro por la culata, porque si lo único que ha aportado Rice es una PlayStation, un abrebotellas y una fotografía suya en bikini, me parece perfecto».

El bateador del Middlesex derribó sus propios travesaños con un golpe temerario más propio de Babe Ruth que de W. G. Grace y Marvel gimió. Apagó el televisor y se sirvió otro whisky contra el cabreo.

Con independencia de quién fuera el culpable, la casa señuelo había fracasado. Lo que significaba que él había fracasado. Y lo peor de todo era que había fracasado justo cuando necesitaba causar una espectacular primera impresión.

Marvel era muy consciente de que un mal caso, un paso mal dado, podía convertir a un policía en un hazmerreír y poner fin a las esperanzas de ascenso que pudiera albergar.

Mientras miraba melancólico su vaso de Jameson, Marvel se vio contra la pared solo semanas después de estar contra una pared

distinta en un cuerpo policial distinto.

Luego apuró su copa y pensó: «A tomar por culo».

Contra la pared, con el agua al cuello, por los pelos... así era como mejor trabajaba. En la policía metropolitana había tenido un índice de resolución de casos que rivalizaba con los mejores del cuerpo. De cualquier cuerpo metropolitano. Y por asesinatos, ¡no por aquella gilipollez de robos con allanamiento! No tenía intención de reconocerse derrotado por un delincuente llamado Ricitos de Oro. Y mucho menos después de solo tres semanas en su nuevo destino en Taunton. O Tiverton. O donde coño estuviera. Con tanta oveja y tanto cielo le resultaba difícil saberlo.

«Seis semanas», pensó. Si la casa señuelo iba a ser un fracaso, seis semanas era un plazo razonable. Suficiente para salvar su reputación. Después de seis semanas se sentiría cómodo diciéndole al superintendente Cullymore que lo habían intentado, pero que seguir adelante podría resultar un experimento demasiado caro para lo exiguo del retorno.

Marvel sumó mentalmente las cantidades aproximadas. La casa señuelo llevaba operativa tres semanas y le estaba costando a la policía de Avon y Somerset alrededor de cuatro mil libras a la semana en gastos de mantenimiento entre el alquiler, las facturas y las horas extra. Seis semanas en lugar de tres significaría gastar veinticuatro mil libras en lugar de doce mil.

«Qué coño», pensó Marvel. «Para eso están los contribuyentes.»

Así que les dijo a Reynolds y Rice que siguieran una semana más o así a ver si conseguían atraer de nuevo a Ricitos de Oro a la casa señuelo.

Y en su siguiente informe al superintendente Cullymore le dijo que todo marchaba a la perfección.

Catherine While estaba comprando y pensando en sexo.

No de una manera sucia, sino científica.

Había llegado a la conclusión de que el embarazo liberaba a la mujer de los grilletes de la sexualidad en todas las situaciones sociales.

Catherine sabía que era joven y razonablemente guapa, y sin embargo los hombres ya no parecían encontrarla atractiva. Habían dejado de coquetear con ella y empezado a mostrarse solícitos. Al principio había echado de menos el ocasional cosquilleo que produce un coqueteo inocente, pero pronto había abrazado el altruismo de la puerta abierta y del asiento cedido en la sala de espera del médico.

También las mujeres eran más amables. Sonreían con mayor facilidad y se mostraban más consideradas con ella y con su espalda, sus pies y su vejiga. Como si su vientre distendido fuera un dirigible amarrado a su cuerpo que anunciara que ya había tenido todo el sexo que iba a necesitar durante un tiempo y por tanto era una hermana a la que proteger y no la competencia.

El sexo se había evaporado y Catherine disfrutaba del mundo más amable que constituía su residuo. Cogió un queso stilton y se preguntó despreocupada si aquel pensamiento era nuevo o solo nuevo para ella.

Fuera como fuese, la hacía sentir mejor respecto a todo. La ayudaba a desprenderse de la inquietud y del miedo. A recordar que la mayoría de las personas eran amables, que la mayoría de los lugares eran seguros... y que la mayoría de las mentiras se quedaban para siempre sin revelar.

Catherine devolvió el stilton a su sitio y regañó al bebé:

—¡No puedes comer queso azul, bobo!

En su lugar metió un trozo de cheddar sano y curado en el carro y fue hasta la sección de carnicería, pero un hombre alto con jersey color vino estaba olisqueando el beicon, así que Catherine se

marchó a la panadería, que era un campo minado de mermelada y cobertura para tartas.

—¿Qué te apetece? —dijo.

Una mujer de mediana edad que estaba a su lado dijo:

—¿Perdón?

Catherine se sonrojó:

—Disculpe, estaba hablando con el bebé.

La mujer miró la barriga de Cathy y rio. Luego se inclinó y le habló directamente al ombligo.

—Me apuesto a que le apetece un buen trocito de carbón, ¿a que sí? Los míos eran unos monstruos del carbón. Terminé con la boca negra como el betún.

Catherine se señaló el vientre con el pulgar.

—¡Pues este se pasó una semana pidiendo judías blancas frías para el desayuno, la comida y la cena!

—¿Qué locura, ¿verdad?

—Una locura, sí —convino Catherine, alegre, y empujó el carro hacia los productos Mr Kiplings; el bebé quería tartaletas de mermelada y almendra.

—No te voy a dar tartaletas —le dijo muy seria—. Puedes comerte una manzana cuando lleguemos a casa. ¡Ñam!

Luego se le borró la sonrisa y suspiró. ¿A quién quería engañar? Hacer la compra no era divertido desde que se había convertido en una carrera de obstáculos con una renuncia tras otra. Su carro contenía tanto verde que era como pasear un invernadero en miniatura por un supermercado.

Quizá iría al café y se daría el capricho de un té con tarta. Si era de zanahoria casi equivaldría a una de las «cinco al día», ¿no?

Quizá debería coger un pastel de pescado.

¡Basta!

De pronto Catherine se sintió muerta de hambre y un poco llorosa. Fue directa a las cajas y pagó medio carro de cosas que no quería. Ya volvería a por el resto cuando tuviera más fuerza de voluntad.

Había caído un chaparrón, pero el sol brillaba de nuevo con furia y el asfalto empezaba a echar vaho alrededor de los coches relucientes.

Catherine abrió el maletero del Volvo verde guisante y sacó la primera bolsa del carro de supermercado. Se rasgó y toda la compra rodó por el aparcamiento. Pimientos y cebollas, repollos y puerros.

Estuvo a punto de llorar.

«A hacer puñetas», pensó. «A la mierda la comida sana, me voy a casa a echarme la siesta.»

Pero entonces, de buenas a primeras, apareció un muchacho que, con agilidad, fue de aquí para allá, se metió debajo de los coches, lo recogió todo y se lo dio a Catherine hasta llenarle los brazos de comida.

—¡Ah!—dijo Catherine—. Gracias.

El chico asintió y, sin ofrecerse ni que se lo pidieran, transfirió de prisa lo que quedaba en el carro al coche.

Catherine empezó a sentirse mejor al ver aquel ejemplo de altruismo con las embarazadas.

—Eres muy amable —dijo cuando el chico hubo terminado—. ¿Trabajas aquí?

—No. —El chico se encogió de hombros—. Solo pasaba.

—Pues qué suerte he tenido —dijo Catherine y se preguntó si debía darle una propina; su abuela le habría dado una. Le habría hecho esperar un siglo mientras rebuscaba una moneda insuficiente.

—Mi abuela te daría una propina —sonrió.

—No quiero propina —dijo el chico y Catherine pensó que iba a irse, pero no lo hizo.

Se quedó allí, pálido y flaco, con sus vaqueros gastados, sus zapatillas Adidas y su sudadera azul con capucha. Había calculado que tendría unos doce años, pero se dio cuenta de que debía de ser mayor, porque empezaba a salirle una débil barba en el mentón y las mejillas. Tenía ojos pequeños color gris pálido y pinta de hambriento.

—¿Me dejas que te invite a un trozo de tarta? —dijo de pronto—. Iba a tomarme yo uno.

Pues claro que se lo iba a tomar. ¿Por qué no iba a hacerlo? ¿Y por qué no invitarlo a él? Devolverle su gesto de amabilidad con otro. Establecer una conexión humana.

Su enorme barriga impedía que la invitación no fuera apropiada. Pero aun así le sorprendió cuando dijo que sí.

Para cuando llevaban cinco minutos haciendo cola con una bandeja, Catherine estaba arrepentida.

El chico no era hablador. Apenas la miraba a los ojos. Avanzaron hasta la caja en silencio y se sentaron también en silencio.

¿Cómo iban a comer tarta juntos?

—Equivale a una pieza de fruta y hortaliza de las cinco diarias —bromeó Catherine mientras le cortaba la punta a su trozo de tarta de zanahoria.

El chico no rio.

—Yo como cinco piezas al día —dijo—. Intento mantenerme sano.

No tenía aspecto saludable. Estaba tan delgado que rayaba en la desnutrición. Y sin embargo no se estaba comiendo la tarta.

«Es probable que se drogue», pensó Catherine y de inmediato se reprendió a sí misma por tener aquel pensamiento tan poco caritativo sobre alguien que le había hecho un favor.

Habló para ahuyentar la sensación de culpa.

—Yo también intento mantenerme sana —dijo—. Por el bebé, claro. Pero incluso cuando no estoy... Ya me entiendes.

El chico señaló el *cappuccino* de Cathy con un gesto de cabeza.

—Mi madre decía que no había que beber café —dijo— cuando se está esperando.

A Catherine le divirtió su uso de la palabra «esperando». Sonaba muy anticuada en aquella boca tan joven.

—Es descafeinado —sonrió.

—Ni fumar —añadió el chico.

—Yo no fumo —dijo asintiendo con la cabeza—. Por suerte. Pero mi madre fumaba cuando me tuvo. Pesé menos de tres kilos.

—¿Eso es malo? —dijo el chico.

—Pues sí, bastante —dijo Cathy—. Claro que ella dice que es normal. Antes la gente no tenía la formación de ahora, ¿no te parece?

«Como si él fuera a saberlo», pensó. Era un niño. Era probable que la idea de «antes» se remontara a las últimas Navidades.

Por primera vez en su vida, Catherine se sintió mayor. Una señora mayor y gorda con andares de pato que trataba maternalmente a desconocidos envalentonada por su asexualidad.

El chico miró fijamente su té, pero no se lo bebió. El silencio se alargó. Catherine se metió un trozo de tarta en la boca y otro más. Quería terminar deprisa para poder irse.

«Tengo que irme corriendo, pero tú quédate y disfruta de la tarta.»

—Yo no sé cuánto pesé —dijo por fin el niño—. Creo que en algún momento lo supe, pero se me ha olvidado.

—Seguro que tu madre lo sabe —dijo Catherine—. ¡Hasta el último gramo!

—Está muerta.

—Ah —dijo Catherine—. Lo siento.

Y era verdad. Sentía que su madre estuviera muerta, pero todavía sentía más haberla mencionado. ¡Qué incómodo!

Hubo un silencio desconcertado y a continuación el chico dijo:

—La asesinaron.

—¡Qué horror!

Fue todo lo que consiguió decir Catherine. ¿Qué otra cosa podía decir? Lo único lógico después de una bomba así era preguntar cuándo, cómo, si habían cogido al asesino y «¿estás bien?». Y no son preguntas que se le hacen a alguien a quien acabas de conocer o con quien te estás tomando un café.

Pero el chico la miró a los ojos por primera vez, como si quisiera que le hiciera preguntas. Como si la desafiara a que las hiciera.

Catherine se mordió el labio. No quería preguntar. No quería saber.

Tenía que reconducir la conversación a un terreno más normal. Habló con rigidez:

—Te acompaño en el sentimiento.

El chico no dio muestras de haberla oído y se limitó a seguir mirándola a la cara. Catherine rehuyó sus ojos y se puso a mirar al mostrador en busca de magdalenas, como si fuera la cosa más natural del mundo cuando alguien te cuenta que han asesinado a su madre.

—Un desconocido la mató con una navaja.

Catherine se sobresaltó.

Se sintió enferma. Indispuesta y mareada. Como un barquito en alta mar. Se aferró a los bordes de la mesa para capear aquella tormenta que había causado ella misma.

—Para —susurró—. Para, por favor.

Pero el chico no paró. Lo que hizo fue inclinarse para salvar el espacio que los separaba y decir en voz baja:

—También estaba embarazada.

La cabeza empezó a darle vueltas. Se agarró al borde de la mesa tan fuerte que se le pusieron los dedos blancos.

—¿Qué? —dijo Catherine acercando la oreja como una persona sorda—. ¿Qué has dicho?

—Me has oído —dijo el chico.

Catherine le había oído. Por eso tenía la boca abierta y se le había acelerado la respiración. De manera inconsciente, colocó una mano protectora sobre su hijo.

—La mataron con esa navaja.

—La navaja... —A Catherine se le quebró la voz. Lo intentó de nuevo—. ¡La navaja que dejaste en mi casa!

—¡No! —El chico pareció sorprendido—. La navaja que encontré en tu casa.

Jack Bright sacó la navaja de la bota de montaña cubierta de barro y frunció el ceño despacio, desconcertado por la constatación.

La empuñadura nacarada centelleaba como aceite en el agua. La cuchilla era serrada por un lado; por el otro, curva hasta un punto cruel.

Notó la mano de Pam en la muñeca; oyó el aullido inhumano de sus vidas desmoronándose y supo, de alguna manera supo, que la navaja, ¡aquella navaja!, había asesinado a su madre.

La dejó caer al suelo con un repiqueteo aterrado y se alejó de rodillas, aturdido por el miedo y por los titubeantes recuerdos.

Entonces un grito de exorcista le hizo levantar la cabeza de golpe:

—¡QUIEN ESTÉ AHÍ MÁS LE VALE MARCHARSE AHORA MISMO DE ESTA CASA!

Catherine se levantó demasiado rápido. Hizo una mueca de dolor cuando se golpeó la barriga con el lateral de la mesa. La gente los miró. Quería abofetear al chico, pero en lugar de ello se inclinó hacia él para que aquello fuera privado.

Civilizado.

Británico.

Su temblor la delató.

—Como vuelvas a acercarte a mí —dijo en voz baja—, llamo a la policía.

El chico la miró con unos ojos tan fríos y grises como el hielo de un lago sucio.

—De eso nada.

Jack echaba chispas.

Había entrado en la casa de Catherine While y dejado una navaja junto a su cama y una nota amenazando con matarla.

Las vería. Llamaría a la policía. La policía investigaría. Atarían cabos. Tirarían de hilos. Por fin cogerían al hombre que mató a su madre.

Jack nunca había tenido dudas sobre nada de esto.

Hasta que no ocurrió.

Ahora no tenía nada. Ni la navaja ni al asesino.

¡Nunca debió haber dejado allí la navaja! Debería habérsela llevado. Debería haber ido derecho a la poli y haberles dicho dónde la había encontrado y lo que significaba... Pero no podía hacer eso porque no sabía lo que significaba. ¿Era Adam While «la voz ahogada»? ¿El «varón sin identificar»? No lo sabía y tampoco sabía cómo averiguarlo. Solo la policía podía hacer eso y Jack no estaba por la labor de pedírselo porque, como decía Louis, siempre terminaban encerrándote por algo. Y si lo encerraban por robar, entonces Joy y Merry estarían en acogida antes de que terminara el día.

Jack no podía dejar que eso ocurriera.

Por eso se suponía que Catherine tenía que llamar a la policía. Contarles lo de la navaja. Lo de la nota. El bizcocho en el suelo de la cocina. La llamada telefónica a altas horas de la noche.

«¿Por qué no llamaba a la policía?»

—¡Mierda! —gritó—. ¡Mierda!

*

Cerca de la comisaría había una cabina de teléfono.

—¿Policía, bomberos o ambulancia?

No podía hablar.

«El teléfono naranja colgando de un cable retorcido.»

—Hola, ¿policía, bomberos o ambulancia?

Respiró hondo.

—Hola.

—¿Necesita a la policía, a los bomberos o una ambulancia, señor?

Jack miró hacia la comisaría.

—Quiero informar... —dijo—. Quiero informar...

¿De qué quería informar? Jack no lo sabía. ¿De un asesinato? No podía informar de un asesinato porque la policía ya tenía esa información. Quería informar de un asesino, pero no tenía pruebas. Sabía dónde estaba la prueba, se lo decía su instinto, y todo tenía sentido en la oscuridad del interior de su cabeza. Pero cuando la sacaba a la luz para verla, la prueba se convertía en polvo, como si fuera uno de los vampiros de Merry.

No podía arriesgarse a perder lo que quedaba de su familia por un puñado de polvo.

—Señor, puede decirme qué clase de emergencia tiene, ¿por favor?

Jack colgó.

Luego estrelló el teléfono contra la pared.

Catherine no recordaba conducir de vuelta a casa desde el supermercado, pero debía haberlo hecho porque allí estaba, en el camino de entrada y temblando con tal violencia que le castañeteaban los dientes y los dedos no conseguían soltar el cinturón de seguridad, con lo que su pánico aumentaba.

¡A tomar por culo a la serenidad máxima! ¡Tenía que contárselo a Adam! ¡Tenía que contárselo a la policía! La asaltó un arrepentimiento intenso por haber quemado la nota en el fregadero. Vio de nuevo el papel convertido en blanda ceniza desaparecer por el desagüe.

¡Idiota!

Pero aún tenía la navaja. La navaja bastaría. Podían sacar el ADN de la navaja. Podían sacarlo de cualquier cosa ¡Y rápido, además! Lo había visto en la televisión. Que cogieran a ese pequeño cabrón. A ese cerdo mentiroso, ladrón y acosador. ¡Si la

hubiera dejado en paz, ella lo dejaría en paz a él, pero ahora le daba igual si le pegaban un tiro en la puta calle!

El cinturón se soltó por fin y salió con esfuerzo del coche.

Necesitó tres intentos para meter la llave temblorosa en la cerradura.

Subió al piso de arriba todo lo deprisa que le permitió el bebé, jadeante tanto por el miedo como por el esfuerzo.

Chips se bajó de la cama, pero no le hizo ni caso. Abrió el cajón de los sujetadores y metió la mano hasta el fondo.

No encontraba la navaja.

Volvió a buscar, esta vez más despacio.

No estaba allí.

Sacó el cajón del todo y lo volcó en la cama.

Una maraña de cables de seda, cintas y lazos.

La navaja no estaba.

Abrió de un tirón el cajón de las bragas. El de los calcetines. El de los jerséis, las camisetas y los vaqueros.

Tampoco estaba allí.

¡Pero tenía que estar! ¡Tenía que estar! La había metido al fondo del todo. Se había caído por dentro. Tenía que...

Sacó todos los cajones y los apiló de cualquier manera encima de la cama en un estrepitoso jenga de algodón y madera, luego se arrodilló con torpeza, sujetándose a la cama para no perder el equilibrio, e inspeccionó el interior de la cómoda de madera.

Estaba vacía.

La navaja había desaparecido.

Ese pequeño cabrón había vuelto a entrar y la había cogido. ¿Cuándo? ¿Por qué? ¿Para tener su supuesta prueba? ¿O solo para volverla loca? ¿Para demostrarle que podía entrar en su casa cuando quisiera? ¿Solo para asustarla?

Había funcionado y estaba funcionando otra vez.

No estaba a salvo.

Su hijo no estaba a salvo.

«¡Nadie estaba a salvo!»

La piel de la nuca de Catherine se erizó con un temor indescriptible.

—¿Buscas esto?

Gritó.

Catherine se llevó una mano al corazón para evitar que se le saliera del pecho.

—¡Dios mío, Adam! ¿Qué haces aquí?

—¿Buscas esto? —repitió él.

Catherine miró la navaja que tenía en la mano. La hoja despiadada. La empuñadura de nácar.

No le dio tiempo a inventarse una mentira.

—Sí.

—¿Qué hace en tu cajón de la ropa interior?

—¿Qué haces tú revolviendo en mi cajón de la ropa interior?

—¡Déjate de gilipolleces, Cath!

Catherine se sorprendió. Adam nunca le había hablado de manera tan grosera. Rara vez decía una palabrota.

Se puso de pie con torpeza, usando la esquina de la cómoda para enderezarse y luego se sentó en el borde de la cama y se apartó el pelo de los ojos.

Adam la miró con atención.

Catherine respiró hondo.

—Alguien la dejó junto a la cama.

—¿Quién?

—No te lo conté porque no quería preocuparte.

—¿Quién?

—Alguien entró en la casa, Adam. Mientras estabas en Chesterfield.

—¿Un ladrón?

—Sí.

—¿Un ladrón entró en casa y dejó este cuchillo junto a tu cama?

—Sí.

—¿Y no me llamaste?

—No quería preocuparte.

—¿Llamaste a la policía?

Catherine vaciló y Adam soltó una risa breve e incrédula.

Porque sonaba de lo más estúpido. Catherine lo supo y notó que se ponía roja de vergüenza.

—¿Qué podrían haber hecho? Lo eché de la casa con ese jarrón horrible que nos regaló Valerie. Ni siquiera llegué a verlo. ¡No se llevó nada!

—¿Así que un ladrón entró en la casa solo para dejar una navaja junto a tu cama?

El sarcasmo en la voz de Adam le escoció.

—Y una nota —dijo desafiante.

—¿Qué decía?

—Adam...

—¿QUÉ COÑO DECÍA LA NOTA?

—«Podría haberte matado.»

Pronunciar estas palabras la conmocionó.

Hubo un silencio estupefacto y Catherine se esforzó por no llorar. Todo aquello era inesperadamente horrible. Adam estaba siendo muy mezquino con ella. Lo miró, deseando que se acercara a ella para abrazarla, que le dijera que la quería, que había hecho lo correcto y que todo saldría bien...

Pero no lo hizo. Se quedó allí, rojo de ira.

—¿Dónde está? —preguntó con frialdad—. Déjame verla.

Por un momento, Catherine se sintió tan confusa que no supo de qué estaba hablando.

—¿El qué?

—La nota.

—La... La quemé.

—¿Que la quemaste?

—La quemé. En el fregadero.

—No te creo.

Catherine pestañeó.

—¿Cómo?

—Me estás mintiendo.

—¡Claro que no!

—¡Claro que sí! —gritó Adam—. No tiene ni pies ni cabeza. Entra un ladrón en casa y no me llamas. Tampoco llamas a la policía. No roba nada, pero deja esta navaja. Al lado de tu cama. Dices que

había una nota, pero que la has quemado. ¡Que no soy imbécil, joder, Catherine!

—Adam.

Quiso cogerle de la mano, pero él la rechazó.

—¿Estás teniendo una aventura?

—¿Cómo?

Catherine estaba perpleja.

—Alguien ha estado en tu habitación y estás mintiendo. ¿Estás teniendo una aventura?

—¿Una aventura?

Intentó asimilar el giro que había tomado la conversación.

—¿Por eso has dejado de acostarte conmigo? ¿Porque te estás acostando con otra persona?

—¡Estoy embarazada de casi ocho meses, Adam!

—Dime la verdad, Cath.

—¡Te la estoy diciendo!

—¿Quién es?

—¡Nadie!

—Tú dime quién es y no me enfadaré. Solo necesito saberlo.

—No es nadie, Adam. Estás siendo ridículo.

—¡No me digas que soy ridículo! —gritó—. ¡Estoy intentando protegerte! ¡A ti y al bebé! Y tú me has estado mintiendo todo este tiempo. ¡Lo sé! ¡Esa llamada de teléfono! Cuando me dijiste que se habían equivocado de número. ¡Me mentiste a la cara! Así que no me digas que soy ridículo, Catherine, y cuéntame la puta verdad.

Le temblaba el labio y en un destello cegador Catherine tuvo la abrumadora sensación de que Adam no estaba solo enfadado...

Estaba asustado.

Le había mentido y por eso había sacado una conclusión equivocada, pero no era una conclusión ilógica, solo ridícula.

Se le encogió el corazón al ver sufrir al hombre que amaba.

—Te estoy diciendo la verdad, Adam. Por favor, créeme. No le conté a nadie lo del ladrón porque no pensé que pudieran hacer nada y me sentía incapaz de enfrentarme a todo el revuelo. El barullo. Pero la ridícula he sido yo, no tú. Ahora me doy cuenta. Créeme, ojalá te hubiera llamado. Ojalá hubiera llamado a la policía.

Pero no lo hice. ¡Y cuanto más tiempo pasaba, más difícil se hacía contárselo a nadie!

Le cogió la mano y esta vez Adam se lo permitió.

—Me siento fatal por haberte mentido. Pero quería olvidarlo todo y estar tranquila. Por el bebé... —Puso con suavidad la mano de Adam sobre su vientre, debajo de la suya—: Por nuestro hijo...

Adam se quedó un momento de pie, con la cabeza gacha.

—¿Quién es?

—¡Por Dios, Adam! ¡No es más que un crío!

Adam retiró la mano.

—¡Has dicho que no lo viste!

Su tono volvía a ser acusador.

—Esa noche —dijo Catherine—. La noche que entró en casa no lo vi.

—¿Pero luego sí?

Catherine suspiró profundo y asintió con la cabeza.

—Hoy —dijo—. Ahora mismo, en el supermercado. Y no es más que un crío, Adam. Un crío flaco y zarrapastroso.

—¿Por qué quedaste con él en el supermercado?

—¡No quedé con él! Se me acercó en el aparcamiento.

Catherine guardó silencio.

Editó mentalmente sus palabras.

No quería decir que había invitado al chico a té y tarta cuando Adam estaba tan sensible ante una posible infidelidad.

—Reconoció que había entrado en la casa.

—¿Qué más?

—Pues... —Catherine vaciló.

—¿Qué más?

—Me contó una historia disparatada sobre que a su madre la habían asesinado con esa navaja...

Miró la navaja, que Adam sujetaba sin fuerza, con la cruel punta dirigida al suelo.

—¿Esta navaja?

Adam parecía confundido. Levantó la navaja para enseñársela a Catherine, como si pudiera haber otra.

Catherine se sorbió las lágrimas.

—Sí. Por eso me vine a casa a buscarla.

—¿Qué ibas a hacer con ella?

—No sé. Llevarla a la policía. Dejar que lo resolvieran ellos. Por lo menos, sacarla de esta casa.

Adam no dijo nada y se limitó a mirar la navaja que tenía en la mano.

—Dijo que la encontró aquí —dijo Catherine con cautela.

Adam asintió, concentrado en la navaja.

—Claro —dijo—. Porque es mía. Pero llevo tanto tiempo sin verla que pensaba que la había perdido, si te soy sincero.

Se sentó al lado de Catherine con un suspiro y le cogió la mano con las suyas.

—Siento haberte gritado, Cath. Me has dado un susto.

—Yo sí que lo siento, Ad. Siento no haberte llamado aquella noche.

—Ahora entiendo lo que pasó —dijo Adam—. Estabas sola y asustada y preocupada por proteger al bebé... Eran demasiadas cosas a la vez.

Catherine asintió con vehemencia. Así era exactamente como se había sentido. Con demasiadas cosas a la vez.

—Tomaste la decisión equivocada, eso es todo.

—Sí. —Catherine asintió con la cabeza.

«Una mala decisión. Con demasiadas consecuencias.»

—Fue él quien llamó aquella noche...

—Eso me pareció —dijo Adam sombrío.

—Y creo que pinchó la rueda de Rhod. Jan encontró una nota en nuestro coche. Decía: «Llama a la policía».

—Suena a persona psicótica —dijo Adam serio.

—Puede. —Cathy asintió, cansada—. O quizá se está vengando porque lo eché de la casa. Sea como sea, si quería asustarme, lo está haciendo de puta madre.

Notó que le temblaba la barbilla y entonces Adam la abrazó. Por fin Catherine permitió que la consolara y se sintió tan bien, tan reconfortada y a salvo, que deseó haber hablado con él semanas atrás.

—¿Por qué estás aquí? —gimoteó pegada a su pecho.

—¿Eh?

—¿Por qué no estás en Cornualles?

—Ah. Los de Hayle cancelaron. Decidí volver y darte una sorpresa.

—¡Y desde luego me la has dado!

Ambos esbozaron sonrisas tímidas y trémulas y Adam le acarició el pelo.

—¿Llamamos a la policía? —susurró Catherine.

Hubo un largo silencio.

—No, si no quieres. Pero creo que yo debería hablar con él.

Catherine se enderezó, sorprendida.

—¿Hablar con el chico?

Adam asintió con firmeza.

—Tenemos que averiguar si es peligroso o solo un matón desagradable que se asustará en cuanto le plante cara alguien de su tamaño.

—¡Del doble de su tamaño! —dijo Catherine—. ¡Podrías aplastarlo!

Adam enarcó una ceja en un gesto jocosos, como dando a entender que era una posibilidad.

—En serio, Adam. No quiero que hagas ninguna... —Iba a decir «tontería», pero cambió a «heroicidad».

—¿Heroicidad? —rio Adam—. ¿Yo?

—No quiero preocuparme por si te denuncia él a la policía.

Adam se llevó dos dedos a la sien.

—Promesa de *scout*.

—¿Cuándo has sido tú *scout*?

—En mi imaginación. Tengo todas las insignias.

Catherine sonrió y Adam la besó.

—No te preocupes —dijo—. Solo quiero hablar con él. Para asegurarme de que no vuelve por aquí.

—¿Crees que volverá? —dijo Rice.

Reynolds miró a Rice por encima de la mesa con el desayuno. Estaba comiéndose un cuenco de sus infernales Frosties. Él había tenido que ir a comprarse yogur, frutos rojos y una buena avena integral.

—No.

—Entonces, ¿qué hacemos aquí?

Reynolds se encogió de hombros.

—En realidad me da igual el tiempo que nos quedemos —dijo Rice y paseó la vista por la cocina—. Esto es más grande que mi casa. Me gusta.

Reynolds añadió sal a sus gachas.

—¿No echas de menos a Eric?

—No —dijo Rice.

Reynolds esperó a que añadiera algo, pero Rice parecía haber decidido que no hacía falta ninguna explicación.

Cosa que no era cierta, de manera que Reynolds preguntó por qué.

—No sé —dijo Rice, igual que una adolescente exasperante.

Reynolds no estaba dispuesto a suplicar. Pero le pareció interesante.

—¿Tienes algún plan apetecible para esta noche? —dijo con tono cuidadosamente neutro; los dos estaban saliendo casi cada noche con la remota esperanza de que volviera Ricitos de Oro.

—Voy al cine —dijo Rice.

—¿Hay alguna peli buena?

—¿Eso qué más da? —dijo Rice con una sonrisa pícara.

Reynolds se levantó y tiró con brusquedad los restos de gachas a la basura. Aquella noche cenaría con su madre.

Otra vez.

Era el cumpleaños de ella y la iba a llevar a un restaurante que servía merluza empanada. Aun así, era mejor que quedarse en casa

y tener que escuchar sus paranoias sobre la niña diabólica de la casa de al lado o sus quejas sobre el cortacésped.

Le sonó el teléfono. Era el señor Passmore para decirle que la compañía de seguros estaba investigando su reclamación.

—Pero si le di el número de denuncia —dijo Reynolds.

—Y yo se lo di al tipo del seguro que vino a verme —dijo el señor Passmore—. Y le conté su teoría sobre Ricitos de Oro y todo eso. Pero ahora me están dando largas.

—¿Con qué argumento?

—Con el argumento de que no quieren pagar, me parece a mí.

—Bueno —dijo Reynolds—, me temo que eso es algo entre usted y su aseguradora, señor Passmore. No tiene nada que ver conmigo.

—Pero es que están diciendo que no fue un robo. Y usted fue quien dijo que lo había sido. ¿Cómo no va a tener nada que ver con usted?

—Una vez emitimos un número de denuncia, se convierte en un asunto entre el dueño de la casa y la aseguradora. Nosotros no participamos en las reclamaciones al seguro a no ser que haya habido una infracción por parte del dueño del inmueble.

—¿Está insinuando que quiero estafar a la compañía de seguros? —dijo con brusquedad el señor Passmore.

—En absoluto.

—Entonces, ¿qué pasa con la investigación?

Reynolds calló un momento. Contarle al señor Passmore la verdad sobre los robos de casas no serviría de nada. Así que habló con cautela.

—No puedo revelar detalles del procedimiento, pero la investigación sobre Ricitos de Oro sigue en marcha.

—¿Y eso incluye mi caso?

—Si su caso resulta estar relacionado con Ricitos de Oro, por supuesto.

—¡Creía que ya había dicho que estaba relacionado!

—Eso todavía hay que determinarlo, señor.

—¿Y cómo lo van a determinar? —dijo el señor Passmore.

—Bueno —dijo Reynolds—. Cuando lo cojamos, se lo preguntaremos.

Hubo un largo silencio al otro lado de la línea.

—Se lo preguntarán.

—Sí, señor.

—Y le creerán y ya está.

—Verá, señor —dijo Reynolds—. Por lo general, cuando un delincuente está detenido y se enfrenta a pruebas que tienen pinta de que van a ser admitidas por un tribunal, pide que se consideren también otros delitos a efectos de la sentencia. Llegado ese punto, al infractor no le interesa decir que no fue autor de un robo en particular, porque eso significa que podrían juzgarlo por él más adelante y condenarlo de manera separada, con lo que tendría que pasar otra temporada en la cárcel.

—Bueno —dijo el señor Passmore—. Pero me sigue llamando mucho la atención que den por buena la palabra de un delincuente.

—Se llama confesión —dijo Reynolds—. Somos muy partidarios de ella.

Si el señor Passmore detectó el sarcasmo, lo pasó por alto.

—¿Y cómo de cerca están de coger a ese Ricitos de Oro?

—Como le he dicho, señor, no puedo...

—De acuerdo, de acuerdo —dijo con impaciencia el señor Passmore—. Así que mientras esperamos a que un ladrón sea detenido y cuente la verdad, yo tengo que soportar que mi compañía de seguros me llame mentiroso, ¿no es así? En realidad, que se lo llame a usted, oficial Reynolds.

—Me han llamado cosas peores —dijo Reynolds, y era verdad.

—¡Pues muy bien! —dijo Passmore y colgó.

Reynolds carraspeó. Luego puso un clip a la bolsa de Frosties y cogió las llaves de su coche.

Rice le guiñó un ojo.

—¿Una cita romántica, Glen?

—No te olvides de dejar la ventana abierta, Michelle.

Jack no recordaba la última vez que no había estado enfadado.

La sensación estaba siempre allí, como una comezón. En ocasiones era leve y podía no hacerle caso. En otras era tan dolorosa que su delgado cuerpo no lograba contenerla y reventaba igual que un forúnculo, vomitando una violencia y un odio amargo que lo vaciaban.

Durante un breve espacio de tiempo.

Siempre volvía a llenarse. Con facilidad, hasta el borde.

Deseaba que parara. Deseaba poder parar él. Cada vez que se despertaba, aún cansado, en la cama limpia y cómoda de unos desconocidos, ansiaba un milagro infantil que hiciera retroceder el reloj a antes del arcén.

En ocasiones tenía la sensación de no haber abandonado nunca aquella carretera. Ni aquel día. Como si se hubiera quedado atrapado allí desde que su madre desapareció y todo lo ocurrido desde entonces fuera un sueño, un espejismo, una vida postiza de la que no sabía cómo escapar.

A veces, la necesidad de liberarse de todo era tan fuerte que hacía la maleta y planeaba un viaje a alguna parte, adonde fuera, a un lugar donde pudiera olvidar su pasado, conseguir un trabajo, volver al colegio, empezar otra vez desde el principio.

No echaría de menos nada.

Ni la casa ni la ciudad.

Ni a Joy, pudriéndose en un sótano de noticias inútiles.

Desde luego no se echaría de menos a sí mismo, al ladronzuelo sucio, furioso y taimado en que se había convertido; a despertarse cada día de una pesadilla sumido en el agotamiento y el dolor y de ahí pasar a la ira, el odio y la destrucción.

Y de nuevo al agotamiento.

En ocasiones se preguntaba qué diría su madre si supiera lo que estaba haciendo.

¡Mierda! Debería irse de aquel lugar. Debería de haberse ido ya.

Merry era la única razón por la que volvía a casa.

Merry, el estorbo, la lectora, la boca que alimentar.

¿Quién le llevaría a Merry libros para leer si no lo hacía él? Libros buenos, no los estúpidos libros infantiles de *Encuentra el perrito* o *El gato en el zapato*. ¿Quién, sino él, entendería que necesitaba vampiros en su vida, a Donald en sus brazos, un hotel para gusanos y un césped que cortar?

Nadie.

Desde luego nadie en los servicios sociales.

No podía abandonarla sin más, porque ya la habían abandonado. Dos veces.

Y eso era lo que más lo enfurecía de todo...

—Joder, cómo odio a mi madre.

Baz estaba jugando en casa de otro niño, así que podía decir palabrotas.

Louis negó con la cabeza.

—No. No la odias.

—No nos quería.

—Claro que os quería —dijo Louis con firmeza—. Lo sabes.

—Y una mierda. Si nos quería, ¿por qué nos dejó?

—Colega —dijo Louis con tiento—, no quería dejaros. La asesinaron.

—Y se lo tenía merecido, joder. Ya ni siquiera me importa. Me da igual quién la mató.

En el silencio desafiante, Louis se acarició la pierna con un pulgar lento, indagador.

Dos chicos del colegio Blundell pasaron con sus uniformes de pijo azules y marrones; llevaban mochilas de cuero brillante a la espalda. Se detuvieron para dar sus bocadillos a los patos y siguieron su camino.

—Durante un tiempo yo también odié a mi madre.

Jack no lo miró.

—Estaba enfadadísimo con ella. No hacían más que detenerla y meterla en la cárcel y me tocaba a mí recoger los platos rotos. Hacer malabares. El negocio, el almacén de madera. Con todo el follón que supone y sin nadie que me ayudara. Porque ya sabes cómo son Tammy y Victor. Y Shawn... ¡joder! A ver, que los quiero a todos, pero son unos putos inútiles.

Jack asintió con la cabeza para demostrarle que estaba de acuerdo.

—La gente piensa que es un camino de rosas que te dejen con un negocio que llevar en el que entra dinero y toda esa mierda, pero no lo es. Es un coñazo. No lo pedí, no lo quería y de repente fue como, ¡me cago en la puta!

Rio. Luego continuó.

—Pero ahora tengo a Baz y sé...

Se interrumpió y se encogió de hombros.

—¿Qué?

Louis siguió hablando más despacio.

—Sé que lo único que quieres es que tus hijos estén a salvo y sean felices, ¿entiendes? Sé que lo haces lo mejor que puedes, pero que no siempre aciertas. ¡Ni siquiera la mitad de las veces! Así que ahora, cuando voy a visitar a mi madre o incluso cuando me llega una carta suya, pues es como si me recordara lo difícil que es y lo mucho que se esfuerza, aunque no deje de cagarla. Y sé que lo intenta porque me quiere. Y entonces toda esa sensación de cabreo desaparece.

Jack miró furioso hacia el canal.

—¿Qué es lo que estás intentando decirme?

—Joder, no lo sé —rio Louis—. Ni siquiera sé si quiero decirte algo. Solo que cuando tienes un hijo de repente te das cuenta de lo fácil que es equivocarse. Y entonces perdonas un poco a tus padres, ¿entiendes?

Jack no dijo nada.

—Pero tú no puedes ir a ver a tu madre ni recibir una carta suya. Así que nunca te recuerda que te quiere porque... Ya me entiendes.

—Se encogió de hombros—. Porque está muerta.

Jack pellizcó la esquina del banco de madera.

—Y eso no es culpa suya —continuó Louis—. Ni tuya tampoco. Es culpa del cabrón que la mató.

Jack asintió con la cabeza.

—Así que si tienes que odiar a alguien —dijo Louis—, ódialo a él.

—Está cortando el césped —dijo la señora Reynolds—. Ven a ver.

Reynolds suspiró y miró al techo de la cocina, luego se levantó, subió sin ganas las escaleras y se reunió con su madre junto a la ventana del dormitorio de atrás, porque sabía que tendría que hacerlo tarde o temprano, así que mejor quitárselo de encima cuanto antes.

Era cierto que en la casa de al lado había una niña pequeña segando con un cortacésped de gran tamaño y motor de gasolina. El asa le llegaba a la altura de la cabeza, tenía los codos juntos y estaba inclinada en un ángulo peligroso para conseguir que la máquina se moviera. A menudo se atascaba y entonces empujaba y tiraba hasta que funcionaba otra vez y la hacía retroceder para no tener que dar la vuelta en cada uno de los extremos del, por fortuna, pequeño jardín. De vez en cuando se detenía y la dejaba encendida para apartar una piedra marrón de gran tamaño de su trayectoria. La segunda vez que lo hizo, Reynolds se dio cuenta de que no era una piedra, sino una tortuga.

—¿Lo ves? —dijo la señora Reynolds en tono acusador.

—No entiendo qué es lo que te preocupa —dijo Reynolds.

Pero su madre estaba decidida a sacar defectos a sus vecinos y si no podía criticar la manera de cortar el césped, disponía de más munición.

—Es que además es una mentirosilla y se cuelga de mi valla igual que un chimpancé. Un día la va a romper y entonces ¿quién la pagará? ¡Desde luego no el zarrapastroso de su hermano!

—¿Por qué no esperas a llegar al río para cruzar ese puente? —dijo Reynolds en tono apaciguador.

Pero no apaciguó a su madre en absoluto. Hizo un sonido «grrr» para indicar que aquello no iba a quedar así y bajó airada a la cocina a terminar de preparar la cena.

Reynolds se quedó un momento más en la ventana.

Miró a la niña pararse para secarse la frente sudorosa con la parte de debajo de su camiseta, dejando ver unas costillas pálidas.

¡Estaba delgada como un alfiler!

Luego se recogió el pelo desgredado color nada detrás de las orejas y se inclinó de nuevo sobre el cortacésped.

—Una cosa sí es verdad —se dijo Reynolds—. Está haciendo un trabajo cojonudo con ese césped.

Llamaron a la puerta.

«Adam.»

Había salido para Ludlow solo cinco minutos antes. Y tenía llave, por supuesto. Aun así, era a quien esperaba ver Catherine cuando abrió la puerta.

Pero era el ladrón.

La conmoción se apoderó de ella y emitió un grito tan audible que al otro lado de la calle, el señor Kent, que estaba lavando el coche, levantó la vista.

—¿Qué quieres?

—La navaja —dijo el chico sin rodeos.

Tenía el mismo aspecto que en el aparcamiento del supermercado. Los mismos vaqueros sucios, la misma sudadera azul. El mismo corte de pelo casero y los mismos ojos gris sucio.

Catherine negó con la cabeza.

—No la tengo.

—¿Dónde está?

—No la tengo.

—¡Mierda!

El chico cambió el peso de una pierna a otra y miró a su alrededor, como si alguien que anduviera por allí pudiera tener una respuesta que le gustara más.

—Esa navaja es de mi marido —dijo Catherine—. Y está muy enfadado con todo este asunto, así que yo de ti, no vendría más por aquí.

—Pero es que la necesito.

—Bueno, pues la ha encontrado y ahora no sé dónde está —dijo Catherine—. Así que mala suerte.

E hizo ademán de cerrar la puerta.

El chico se apresuró a sacar una mano para impedirlo. La puerta rebotó y asustó a Catherine.

—Seguro que la encuentro —dijo el chico—. ¿Puedo pasar?

—¡Pues claro que no! —dijo Catherine incrédula—. Y si no te vas ahora mismo, llamo a la policía.

—Pues adelante —dijo el chico dando un paso atrás—. Llámala.

—Lo voy a hacer.

—¡Pues hazlo!

Catherine vaciló. No había esperado que la conversación tomara ese derrotero. No estaba muy segura de lo que esperaba. ¿Una amenaza, quizá? ¿O una disculpa? Ambas cosas parecían improbables, aunque desde luego no tanto como aquello: ¡un ladrón exigiendo que llamara a la policía!

—Esto es absurdo —dijo—. ¡Haz el favor de irte!

—¿Estás bien, Catherine? —dijo el señor Kent desde el otro lado de la calle; había dejado de lavar el coche y sostenía la gran esponja amarilla con las dos manos cerca del pecho, como un fusil en un desfile militar.

—Creo que sí —dijo Catherine con lo que esperó fuera énfasis suficiente para ponerlo sobre alerta sin invitarlo a intervenir—. Gracias, señor Kent.

Funcionó. El señor Kent siguió lavando el coche, pero de vez en cuando lanzaba una mirada reconfortantemente suspicaz.

Cuando Catherine volvió a mirar al chico, este siguió como si no lo hubiera interrumpido.

—No es absurdo —dijo—. Mi madre fue asesinada. Y la navaja que la mató está en tu casa.

Algo en los ojos del chico y la determinación de su voz eran tan convincentemente sinceros que el enfado de Catherine se esfumó y la única emoción que sintió fue lástima. Fuera lo que fuera lo que le había ocurrido a la madre de aquel chico —ya hubiera muerto asesinada o de cáncer o abandonado a su familia para empezar una nueva vida—, saltaba a la vista que lo había traumatizado.

—¿Cómo se llamaba tu madre? —dijo con amabilidad.

El chico pareció receloso, pero dijo:

—Eileen Bright.

—¿Y tú cómo te llamas?

Jack dudó. Miró de nuevo a su alrededor en busca de una pregunta alternativa. En busca de una mentira, tal vez.

No encontró ninguna de las dos cosas.

—Jack —dijo por fin.

—Jack —dijo Catherine con tono más amable—, esa navaja es de mi marido. ¡Resulta que la había perdido y se alegró mucho de recuperarla! Pero tiene que haber un millón de navajas iguales por ahí.

—No —Jack negó resueltamente con la cabeza—. Es esa.

—¿Cómo lo sabes?

—No sé cómo lo sé. —Frunció el ceño, de pronto flaqueó, se mordió el labio y miró hacia los jardines con los ojos brillantes de lágrimas—. Lo sé y punto.

Catherine se conmovió. Era posible que fuera un ladrón, pero también un niño.

—Pero no es lógico, ¿no? —dijo con suavidad.

—¡Tú sí que no eres lógica! —contestó con brusquedad—. ¡Si fueras lógica, habrías llamado a la policía!

—Puede ser. —Catherine sonrió—. Pero estoy embarazada, por si no te habías dado cuenta. Y en las embarazadas la lógica en ocasiones brilla por su ausencia.

El chico la miró con interés, como si hubiera dicho algo de máxima importancia.

—¿Qué quieres decir?

Catherine se encogió de hombros.

—Que las mujeres embarazadas hacen cosas absurdas.

Luego sonrió a medias, pero el chico, no. Se limitó a fruncir el ceño, como si estuviera pensando en otra cosa. En otra persona.

—Jack —dijo Catherine con firmeza—, tienes que entender que el que entraras en mi casa me trastornó mucho. Tienes mucha suerte de que ni mi marido ni yo queramos prolongar ese trastorno llamando a la policía ahora que estamos a punto de tener un bebé. Lo único que queremos es dejar atrás este asunto, por eso estamos dispuestos a olvidarlo. ¡Pero nos lo estás poniendo muy difícil!

«Ahora sí», pensó Catherine. «Ahora sí que se lo he dejado claro.»

Pero el chico ni siquiera parecía escucharla.

—¿Dices que la navaja la encontró tu marido?

—Sí.

—Entonces debía de estar buscándola.

Catherine lo miró sin comprender.

—Sería lo lógico —dijo el chico despacio, como si pensara en voz alta—. Si la encontró, es que la estaba buscando.

—No entiendo...

—Y eso significa que sabía que no estaba. ¡Así que no podía haberse perdido!

Ahora sí lo entendía.

—Te mintió —dijo el chico y Catherine se sonrojó al caer en la cuenta de ello.

«¿Qué haces tú revolviendo en mi cajón de la ropa interior?»

En lugar de contestar a la pregunta, Adam le había exigido respuestas.

Mariposas empezaron a aletear contra las paredes del estómago y el pecho y le subieron por la garganta.

Solo unos segundos antes había tenido el control de la situación. En cambio ahora se sentía... perdida.

¡Y de pronto era el ladrón el que la miraba a ella con lástima!

—¿Puedo pasar? —dijo.

Catherine vaciló.

Podría haberte matado.

Podría haberla matado.

—¿Por favor? —dijo el chico.

Y Catherine While abrió la puerta y lo dejó pasar.

Jack no recordaba la última vez que había entrado en la casa de un desconocido por la puerta principal.

En la claridad del día, todo parecía distinto. La casa estaba llena de luz, aire, espacio y paz.

Y muy limpia.

El cuarto de estar donde había cogido el teléfono estaba decorado en tonos ciruela. Había una alfombra con forma de gran corazón morado. En el estudio, el portátil que había dejado sobre la mesa de la cocina estaba de vuelta en su sitio. Había dos bandejas metálicas rebosantes de papeles y un rollo de papel de envolver navideño medio desenrollado y apoyado contra la pared.

En la luminosa cocina había un letrero tonto encima del fregadero que decía: *Al agua platos*. Un gato blanco y peludo le rozó la pierna y a continuación corrió a su cuenco y empezó a maullar, lastimero.

Catherine Wood se detuvo en el centro de la habitación. Estaba pálida y confusa. Era ella la que parecía no estar en su casa.

—¿Quieres sentarte? —preguntó Jack con cautela.

Catherine se sentó.

Jack no quería quedarse más de lo necesario. Había esperado pacientemente a que Adam se alejara en la furgoneta blanca con la escarapela roja en la parte trasera, pero estaba acostumbrado a entrar y salir rápido de las casas y empezaba a impacientarse allí quieto.

Miró hacia la puerta principal y las escaleras.

—Voy a buscar la navaja.

—¡No!

—Pero he venido para eso.

—Espera —dijo Catherine—. Déjame pensar.

Jack se irritó. ¿Qué sentido tenía hacerle entrar si no iba a dejarle buscar la navaja? Debería haber entrado sin permiso y haber cogido lo que necesitaba. Y por un instante estuvo a punto de hacerlo, estuvo a punto de correr al piso de arriba y buscar el arma del delito.

¿Qué podía hacer ella?

¿Llamar a la policía?

Pero si llevar él mismo el arma a la policía fuera la mejor solución, Jack lo habría hecho la última vez que estuvo en la casa. Aún existía una posibilidad de intentar convencer a Catherine de que lo hiciera ella.

Sin amenazar con matarla.

Deseó que Louis estuviera allí con su pico de oro. Louis podía convencer a cualquiera de cualquier cosa.

Necesitaba encontrar la navaja. ¡Tenía que conseguir que le creyera!

—Mintió sobre la navaja. Y también fue él quien rajó el neumático de aquel hombre.

—¿Quién? ¿Adam? —Catherine frunció el ceño—. No digas tonterías.

—Lo vi hacerlo. Salió, le clavó un cuchillo dos veces y volvió a entrar.

Catherine While estaba pálida. Se sujetó el vientre como quien se aferra a una roca en un río turbulento.

—Tienes que llamar a la policía —la apremió Jack.

—Me... —empezó a decir Catherine.

Entonces el gato los alertó con un movimiento brusco y Adam While entró en la casa.

Jack se quedó paralizado, con los ojos muy abiertos, y a continuación echó a correr hacia la puerta trasera.

¡Estaba cerrada!

¡Mierda!

Giró la llave y tiró de la puerta.

Entonces algo lo golpeó tan fuerte en la parte de atrás de la cabeza que lo sacó de la casa.

—¡Adam! ¡No!

Jack se tambaleó, cayó sobre una rodilla en las duras baldosas, se levantó y estuvo a punto de perder el equilibrio por el impulso.

Siguió corriendo.

Alguien lo sujetó por la parte de atrás de la sudadera. Jack intentó soltarse. El hombre le golpeó de nuevo. Con fuerza, en el

oído.

—¡Adam, no! —Con voz amortiguada—. ¡Adam, para!

Adam no paró. Siguió sujetando a Jack. Gritó:

—¡Niñato de mierda! ¡Niñato cabrón!

Jack se giró hasta estar frente a él, se agachó y retrocedió hasta salirse de la sudadera y la camiseta, que se quedaron colgando de la mano del hombre mientras él corría desnudo de cintura para arriba y cruzaba el césped, el parterre y llegaba hasta la valla. Se subió y saltó desde ella a los mullidos brazos de los abetos que había detrás.

Un puño de gran tamaño le sujetó un pie e interrumpió su trayectoria. Jack perdió el equilibrio, se tapó la cara y cayó con torpeza, rozando y chocando con la valla.

Se dio de bruces contra el suelo, aturdido y mirando un cielo azul sin nubes.

Entonces Adam While saltó la valla igual que un oso enfadado y Jack se puso de pie y echó a correr otra vez. Cruzó el jardín de los vecinos, rodeó la casa por un lateral y llegó al césped delantero donde una mujer podaba un rosal...

—¡Huy!

... y salió a la calle con las piernas desdibujadas por la velocidad y los pulmones tragando aire a bocanadas, agitando los brazos de tal manera que pensó que era posible que despegara e hiciera el resto del camino a casa volando.

También era posible que muriera.

—¡Pedazo de cabrón! ¡Te voy a matar, joder!

Jack se aventuró a volver la vista. Sin dejar de correr. Su perseguidor era más grande y tenía más años que él, pero la furia le daba fuerzas.

Jack siguió corriendo.

Siguió tomando aire.

Siguió volviendo la vista atrás.

Hasta que, por fin, no hubo nadie.

Solo entonces aminoró el paso. Solo entonces se detuvo para hacer recuento de las heridas, arañazos y futuros moratones en los brazos, el pecho y la espalda, y de la sangre y el pitido en un oído.

Volvió a casa dando un rodeo por el canal, donde se lavó la sangre de la cara y el pecho. El dolor en el oído le provocó una mueca de dolor. Se había hecho daño en la rodilla con las baldosas. Estaba un poco mareado y tenía un dolor punzante en la nuca.

Pero Adam While había matado a su madre.

Ahora Jack sabía que era así. Lo había visto en sus ojos, lo había sentido en sus puños. Las mismas manos brutales que habían matado a su madre y a su hermana nonata lo habían golpeado, agarrado y roto la sudadera por la espalda.

«Lo mataré», pensó y la oleada de placer ardiente que acompañó las palabras lo sorprendió.

Jack estaba acostumbrado a la ira, pero nunca había sido ira asesina.

Ahora sí lo era.

Le bullía la sangre y le temblaban los dedos de impaciencia. Adam While de rodillas. Lo mataría a golpes mientras le suplicaba piedad. Lo golpearía con el martillo, con el lado de la uña primero; le arrancaría trozos de cráneo de la coronilla; le reventaría los sesos; le rompería los dientes; le perforaría los ojos; le arrancaría los huevos a puñados sangrientos. Lo dejaría en la calle para que se lo comieran los cuervos, igual que dejó Adam While a su madre durante nueve días.

Nueve largos días de verano.

Entre los matorrales de un área de descanso. Como si fuera un desecho. Como si fuera basura.

Atravesó el pueblo corriendo, con riachuelos de sangre pálida que le bajaban aún por el pecho y las costillas; los oídos gritaban de dolor a cada paso que daba.

El vagabundo levantó la vista cuando pasó a su lado.

—¡Estás sangrando! —dijo e hizo ademán de levantarse, pero Jack lo dejó atrás y no paró de correr hasta llegar a casa.

El sol se marchaba del cielo, pero oía el cortacésped en la parte de atrás y dio gracias de que Merry no estuviera allí para hacerle preguntas.

Corrió al piso de arriba y cogió su otra sudadera de la percha de detrás de la puerta donde colgaba la ropa para que los ratones no se la mearan.

Cogió la mochila. El martillo. Entraría por la puerta del cuarto de baño. No se lo esperarían. No aquella noche. Mataría a Adam White mientras la estúpida de su mujer no pararía de gritar y desearía haber llamado a la puta policía.

Se olvidó de su agotamiento; se olvidó de su miedo.

Solo sentía furia.

Se colgó la mochila a la espalda y se giró para marcharse.

—Tengo hambre.

«¡Mierda!»

El repentino silencio se debía a la ausencia del cortacésped.

—No quedan cereales —dijo Merry; sujetaba a Donald contra el pecho como un escudo, con las pezuñas escamosas del animal descansando en sus clavículas y la cara vuelta hacia la de ella en un gesto de confianza.

—Pues come otra cosa.

—No hay nada. Y tengo hambre. Todos tenemos.

—Joder, Merry —ladró Jack—. ¡Estás todo el puto día igual!

Merry se encogió de miedo. A Jack le dio igual. Merry lo miró con ojos muy abiertos y asustados para hacerle sentir culpable.

—No es culpa mía —ladró Jack— ¡Deja de darme el coñazo!

—Yo solo...

—Te traeré algo para desayunar, ¿vale?

A Merry le tembló el labio inferior.

—Pero es que tengo hambre ahora.

—Habrá comida por la mañana, Merry, ¡por el amor de Dios!

—Vale. —Merry asintió con tristeza, se subió más a Donald, giró la cabeza y se limpió la nariz en su delgado hombro.

Podía esperar al desayuno.

—¿Y un libro?

—No te pases —dijo Jack y bajó las escaleras como un vendaval.

Catherine While esperó a que Adam volviera a casa, más asustada de lo que había estado en su vida.

No la asustaba la posibilidad de suspender un examen, de estrellarse con el coche o de que la atracaran al volver a casa de hacer la compra. La aterrorizaba su futuro entero y el de su hijo.

Esperó, alerta al más mínimo ruido e inspeccionando con la mirada el jardín, luego la calle, de nuevo el jardín, la calle, en busca de cualquier indicio de Adam o del chico. Llamó al teléfono de Adam. Sonó dentro de la furgoneta aparcada de cualquier manera en el camino de entrada.

Los hechos recientes no dejaban de sucederse dentro de su cabeza como una horrible película que no podía borrar. Nunca había visto a Adam tan enfadado. Nunca había visto a nadie tan enfadado. ¿Y si había alcanzado al chico? ¿Y si lo había molido a golpes? ¿O lo había perseguido hasta las vías del tren, donde había terminado descuartizado, o lo había tirado al canal, donde se había hundido igual que una piedra? ¿Y si los transeúntes habían hecho un arresto ciudadano? ¿Y si mientras ella estaba allí, vacilando, se estaban cerrando unas esposas alrededor de las muñecas de Adam?

O aún peor, ¿y si Jack había matado a Adam? ¿Lo había atacado con un cuchillo o un palo o un trozo de cemento? ¿Y si Adam tardaba tanto en volver sencillamente porque estaba muerto?

Se le llenaron los ojos de lágrimas mientras sus pensamientos volaban de una conclusión atroz a otra.

Si Adam estaba muerto, ¿qué sería de ella?

Si lo detenían acusado de asesinato, ¿qué sería de ella?

En cualquiera de los dos casos, ¿qué sería de ella?

Casi tuvo ganas de reír de lo melodramático que sonaba todo aquello. Y sin embargo no podía pensar en otra cosa a medida que los minutos transcurrían despacio hasta convertirse en partes de una hora, una hora completa, y a continuación en dos. Y Adam seguía sin llegar.

Estuvo a punto de llamar a la policía.

A punto.

Pero si había ocurrido lo peor, no tenía prisa por enterarse. Y si no había ocurrido, entonces no quería que la policía supiera que su musculoso marido de casi un metro noventa había sido atacado por un muchacho flaco al que ahora estaba persiguiendo.

Aulló una sirena de policía y Catherine se paralizó, pero pasó de largo.

No venía por ella.

Y, por favor, que tampoco fuera por su Adam.

Su Adam, que había jurado amarla y honrarla, que había comprado a su bebé microscópico una compota de plátano y un tren que echaba pompas de jabón. Su Adam, que trabajaba duro para pagar las facturas y que había renunciado a su coche deportivo por un sistema de protección contra impactos laterales; que le enviaba postales desde Derby, Warwick y Falmouth con notas jocosas y garabatos divertidos que la hacían reír y sentirse segura y adorada.

Su Adam, que había hecho oídos sordos a sus gritos y súplicas de que parara mientras golpeaba a un niño hasta hacerle sangrar, a quien luego le había arrancado la camiseta por detrás y lo había perseguido por encima de la valla y calle abajo...

Igual que un demente.

Se hizo de noche y Catherine rezó. Se sentía estúpida, pero lo hizo de todas maneras por primera vez desde la infancia. Rogó a una deidad desairada que le hiciera aquel único favor: que Adam volviera a casa sano y salvo y sin haber hecho nada —nunca— que pudieran lamentar algún día.

Jack salió de casa enfadado con Merry. Pero para cuando entró en la casa de Brooksia Close, solo estaba enfadado consigo mismo.

Era culpa suya que Merry tuviera hambre. Tenía la cabeza en otra parte. Así había sido desde que encontró la navaja. No había trabajado tanto como antes. No había llevado comida. Ni libros. Había perdido de vista lo importante.

Apretó los dientes. Estar a cargo no daba tregua.

No le extrañaba que su padre hubiera tirado la toalla.

Había poco que elegir en la cocina de la familia Williams, que se había ido a Disneyland París y cuyos armarios estaban llenos de comida basura.

Jack terminó por meter una bolsa de naranjas y un cartón de leche en su mochila. Sacó el resto de porquerías del frigorífico, las metió en la lavadora y lo consideró un favor personal.

Al final de la escalera había una estantería y la inspeccionó, sacó los libros que no le interesaban a manotazos furiosos y los tiró al suelo para a continuación pisarlos mientras miraba otros sin importarle las cubiertas arrancadas ni las páginas rotas.

Solo había dos libros de vampiros y Merry los había leído ambos, pero encontró *It*, de Stephen King. Era bueno y gordo y ¿por qué no? Merry podía empezar con los payasos.

Él no había leído el libro, pero con unos ocho años había visto la película para televisión con su padre y los dos se habían muerto de miedo. El horror que acechaba detrás de cada esquina de apariencia normal... Después su madre había gritado que era demasiado pequeño para ver aquella película, pero había sido demasiado tarde y Jack se alegró. La película se había convertido en algo que habían compartido su padre y él.

Pensaba que eso había significado algo, pero aun así él los abandonó.

De pronto este hecho golpeó a Jack como un puñetazo físico. Las resbaladizas cubiertas de los libros le hicieron tambalearse a un

lado y se sujetó al pasamanos para recuperar el equilibrio, doblado y sin aliento por el desamparo.

«Echaba de menos a su padre.»

Echaba de menos las partes amables, divertidas y fuertes de él que casi había olvidado que existían antes de que llegaran la debilidad, el miedo y el llanto. Echaba de menos cómo, cuando eran pequeños, Joy y él trepaban por él como monos por un árbol; cómo había envuelto con gran cuidado a Loopy el jerbo en un pañuelo de papel y desperdigado algunas semillas de girasol en la caja de zapatos en la que lo habían enterrado; aquella vez que Jack hizo una quemadura en la alfombra con una lupa y su padre tapó el agujero con el sofá para que mamá no lo viera. Y el día que Jack aprendió a montar en bicicleta en el parque, con la mano de su padre que primero estaba y luego no, pero seguía cerca por si Jack necesitaba que lo cogiera...

Le entró el pánico.

Estaba en el rellano de unos desconocidos sintiéndose tan mareado como un niño pequeño en una bicicleta a gran velocidad y al minuto resbaló con unos libros y estuvo a punto de caer por las escaleras con las prisas por salir de la casa.

Pasaba la medianoche y el único sonido en todo Tiverton eran sus pisadas de suela de goma cruzando Pannier Market. Dejó atrás la calle curva del *pub* Half Moon y bajó por Gold Street, donde una lechuza lo sobrevoló tan cerca que podría haber tocado sus pálidas plumas con los dedos, antes de que inclinara un ala a modo de saludo a la estatua de Eduardo VII y desapareciera sobre las aguas del canal.

Siguió corriendo, todavía sin saber por qué, solo que Merry tenía hambre ahora, ¿o no? ¡Tenía hambre ahora! Y su deber era cuidarla. Su deber era cogerla para que no tropezara y cayera.

Atajó por el aparcamiento del supermercado, donde un único carro furtivo bajo una luz de seguridad era la estrella de la función. Dejó atrás la tienda que vendía coches que nadie podía permitirse y llegó por fin, jadeando, a su casa.

Se detuvo ante la puerta delantera recién pintada. Dejó caer el libro y la mochila. No sentía las piernas.

El ventanillo de cristal estaba roto.

Y por él vio que la casa estaba en llamas.

Era ya casi la una de la madrugada cuando entró Adam por la puerta principal y al momento Catherine lo atacó.

—¡Nunca EN LA VIDA! —gritó agitando los brazos—. ¡Nunca EN LA VIDA vuelvas a hacerme eso! ¡Estaba que me subía por las paredes! ¿Y si no vuelves? ¿Y si te hubiera apuñalado? ¿O tú lo hubieras matado a él? ¿Qué habría sido del bebé y de mí? ¿Qué habría sido de no-so-tros?

Lo abofeteó con cada sílaba, en los brazos y en los hombros, furiosa de alivio hasta que se quedó sin energías y cayó en sus brazos y lloró como una magdalena.

—¡Casi me muero de miedo, joder! —sollozó—. ¡Machito capullo!

—Lo siento, Cath —dijo Adam mientras le acariciaba con suavidad el pelo, la espalda, el vientre—. Salté sin pensarlo. Es verdad que he sido un machito y un capullo. Siento muchísimo haberte asustado.

La tranquilizó y le habló en susurros hasta que por fin dejó de llorar, luego preparó té para los dos y se lo bebieron en la mesa de la cocina, mal sentados en sillas de madera en lugar de relajarse en el salón, porque eso habría resultado demasiado indulgente.

—¿Dónde has estado?

—No conseguí coger a ese cabroncete...

—Gracias a Dios.

—Así que me fui al *pub*.

Cath se sorprendió. Adam no era nada bebedor y no le olía el aliento a alcohol. Claro que ella llevaba toda la noche con la nariz llena de lágrimas.

—¿Qué *pub*?

—El Half Moon.

Así que había llegado corriendo hasta el centro. Debía haberse esforzado mucho por atrapar al chico. Debía haber estado muy enfadado.

Catherine se estremeció al pensar en lo que podría haber pasado.

—¿Y cómo es que estás aquí? —dijo cuando cayó en la cuenta—. ¿Y no en Ludlow?

Adam suspiró y se frotó la cara con las manos en un gesto de cansancio.

—Sabía que pasaba algo, Catherine. Estaba vigilando la casa.

Cath abrió mucho los ojos.

—¿Me estabas espiando?

—Pues claro que no —dijo Adam, sorprendido—. ¡Eres mi mujer! Quería asegurarme de que estabas bien. Estaba preocupado por ti y con razón, evidentemente. ¡Ese chico amenazó con matarte, Catherine! ¡Y estaba en nuestra casa! ¡¿Qué habría pasado si no llego a estar yo aquí?!

Catherine se mordió el labio.

—No lo sé.

—Bueno, pues no tenía ninguna intención de quedarme esperando a ver qué pasaba.

—Pero ¿y el trabajo?

—Por el trabajo déjame que me preocupe yo —dijo Adam—. He hecho tantas horas extra que me deben un mes.

Catherine vaciló. Adam no era más que un comercial. No era insustituible.

Luego decidió dejarlo correr y asintió con la cabeza, aturdida. Dejaría que fuera Adam quien se preocupara por su trabajo. No le quedaba otra; no tenía capacidad para más preocupaciones.

Adam le puso una mano encima de la suya y Catherine no la apartó.

Él exhaló un suspiro exagerado, liberador.

—En cualquier caso, se ha llevado un bonito manotazo en la cabeza y un buen susto. No creo que vuelva por aquí. Y si vuelve, llamaremos a la policía y que detengan a ese cabroncete, ¿trato hecho?

Sonrió para tranquilizar a Catherine y esta le miró a los ojos. Eran tan amables que le costaba relacionarlos con la manera en que había atacado a Jack.

—Trato hecho —susurró.

—Bien —dijo Adam y subieron juntos al piso de arriba.

Mientras Adam se duchaba, Catherine se preparó para acostarse. Sacó el camisón, tan grande que parecía una sábana, y lo extendió delante de ella en la cama, sin verlo.

Luego cogió el teléfono y llamó a Jan. Se disculpó por la hora. No pasaba nada, Jan estaba despierta.

—Qué bien —dijo Catherine y a continuación se calló, sin saber qué decir.

—¿Estás bien, Cath?

—Sí —dijo—. Es que... ¿qué tal Rhod?

—¡Genial! —dijo Jan con entusiasmo—. Creo que por fin he encontrado a mi media naranja, de verdad.

—Me alegro muchísimo por ti —Catherine se oyó decir—. Es una noticia fantástica.

—¡Gracias! —dijo Jan y parloteó un rato sobre lo bien que la trataba Rhod y lo mucho que ganaba con su trabajo, fuera cual fuera, porque todavía no estaba muy segura, ja, ja, ja, ja.

—¿Qué pasó al final con la rueda?

Hubo una pausa de confusión mientras Jan dejaba de hablar de su glorioso futuro con Rhod y asimilaba la pregunta de Catherine sobre un neumático pinchado.

—Ah —dijo con tono algo decepcionado—. No fue un pinchazo. La habían rajado.

Catherine se volvió despacio y miró el espejo de la pared junto a la cama.

—¿En serio?

—¡Sí! ¿Te lo puedes creer? En esa callecita tan tranquila justo al salir de tu casa. ¡Dijeron que le habían atravesado la goma dos veces con algo muy afilado! Así que el seguro no la pagó, claro.

—Claro —dijo Catherine.

Otro silencio.

No supo muy bien cómo terminó la conversación con Jan, solo que había colgado.

Se desnudó despacio. En el cuarto de baño, la ducha se cerró y oyó los soniditos de Adam mientras se secaba; tarareaba trozos de una canción, algo de los Beatles y a continuación se lavaba los dientes.

Catherine se detuvo desnuda en la media luz del pasillo y se miró la enorme barriga, brillante y dilatada para alojar al bebé que tanta ilusión les hacía. Era una imagen de la que había disfrutado muchas, muchas veces en los últimos meses, asombrada por el cada vez más hinchado vientre y sus cada vez más pequeños pies.

Siempre sentía felicidad y asombro.

Pero aquella noche la alegría no asomaba por ninguna parte. Y el asombro, tampoco.

En lugar de ello, las palabras de Jack Bright se retorcían y enroscaban dentro de su cabeza. Esas que la habían llevado a invitarlo a entrar en su casa igual que a un vampiro...

«Si la encontró, es que la estaba buscando.»

Adam dijo que la navaja se había perdido. Pero sabía que alguien se la llevó. La había buscado lo suficiente para encontrarla en el cajón de su ropa interior.

Y luego le mintió al respecto.

De manera que aquella noche Catherine se miró la barriga dilatada no con alegría, sino con una extraña desazón.

Porque, por primera vez, junto a su querido niño crecía una diminuta semilla de duda.

Y odiaba a Jack Bright por haberla plantado.

Jack se sacó la llave por el cuello y contuvo el aliento cuando la cuerda le arañó la oreja dolorida; el humo le hizo toser.

Abrió la puerta de un empujón y las llamas lo saludaron como perros felices antes de que la puerta chocara con algo y rebotara, envolviéndolo en una nube de humo gris igual que el genio de una lámpara.

¡Joy y sus putos periódicos!

—¡Joy! —gritó—. ¡Merry!

Se cubrió la cara con el brazo herido, corrió a través del fuego y cayó a cuatro patas al suelo, donde recuperó el aliento y la vista.

El fuego estaba detrás de la puerta, las llamas lamían las paredes casi hasta el techo y reptaban por la alfombra, pero el humo era espeso y sofocante y se dirigía hacia las escaleras.

Jack se dobló por la tos. Buscó a tientas el pomo de la puerta del cuarto de estar y la cerró para detener el avance del fuego. Si entraba allí, sería imposible salvar la casa.

Subió las escaleras a gatas para mantenerse lejos del fuego y sin dejar de toser.

—¡Merry! —graznó cuando estuvo arriba—. ¡Hay un incendio en la casa!

El cuarto de Merry ya estaba borroso por el humo. Merry estaba dentro, casi enterrada en su lecho de periódicos.

Jack la zarandeó con fuerza, aterrorizado de que pudiera ser demasiado tarde, de que no se despertara.

—¿Qué pasa? —dijo Merry malhumorada.

—¡Se ha incendiado la casa!

Jack la sacó de su nido, la arrastró por la muñeca hasta el cuarto de baño y cerró de un portazo.

—Huele mucho —bostezó Merry y a continuación tosió.

—Es por el humo —dijo Jack, cogió una toalla y la mojó en el lavabo, luego abrió la ventana y subió a Merry al alféizar.

—Sal por la ventana, baja por el tejado de la cocina hasta el jardín y mantente lejos de la casa. ¿Entendido?

—¿Por qué no me puedo quedar aquí? —dijo Merry—. ¡El incendio está allí!

—Porque el fuego vendrá y te alcanzará.

—¡El fuego no se puede mover! —dijo Merry con expresión escéptica.

—Claro que puede —dijo Jack—. Más deprisa de lo que tú puedes correr.

Merry abrió mucho los ojos por el miedo.

—¿Y qué pasa con Donald?

—No le pasará nada.

Merry empezó a llorar.

—¡Pero Donald no puede correr y el fuego lo alcanzará!

Jack vaciló. Luego gritó.

—¡Mierda!

Tomó aire y volvió al rellano de la escalera.

El humo allí se había espesado. Dio dos pasos y tropezó con algo, que resultó ser Donald, que huía despacio.

La cara de Merry se iluminó cuando Jack le apretó el caparazón en forma de rígida cúpula del animal contra el pecho. Luego se subió al borde de la bañera, cogió a Merry por las axilas y la bajó a ella y a Donald desde la ventana hasta la suave pendiente del tejado adosado.

—Siéntate —le dijo—. Ten cuidado.

Merry se volvió y lo miró, con una mano en el alféizar y la otra sujetando a Donald.

—¿Tú adónde vas? —dijo.

—A buscar a Joy.

—Pero ¿y el fuego?

—¡Tú vete! —dijo Jack—. ¡Y no vuelvas!

Cerró la ventana para que Merry no pudiera entrar, luego se detuvo un instante para estudiar la situación y tomar decisiones.

La bolsa con el dinero estaba escondida encima del armario de su habitación. ¿Tenía tiempo de cogerla y tirarla por la ventana detrás de Merry?

No.

«Mierda.»

Jack se tapó la cabeza con la toalla chorreante y corrió al piso de abajo.

Las llamas habían trazado un arco alrededor de la puerta principal, pero se estaban tomando su tiempo para avanzar por el pasillo. Sin embargo, el humo trepaba ávido a su espalda cuando Jack entró en el cuarto de estar, invadiéndolo, subiendo por entre los pasadizos de periódico y deslizándose por las paredes de los túneles igual que una grisácea partida de búsqueda. Jack le cerró la puerta, pero había penetrado lo suficiente como para hacerle toser y vio que también se colaba por debajo de la puerta y por entre las bisagras.

—¡Joy! —gritó a la pared, pero tosió tan fuerte al decir la palabra que era posible que Joy no la oyera.

Confió en que fuera esa la razón de que no contestara.

Empujó la pared de periódicos. No se movieron. Ni un milímetro.

—¡Joy!

Se puso a cuatro patas.

Cuando se adentró en el túnel se dio cuenta de lo estrecho que era. Tuvo que tumbarse y darse impulso con los codos igual que un soldado bajo la alambrada, solo que las paredes del túnel eran tan estrechas que incluso ese movimiento era difícil. Los periódicos le rozaban los hombros, las caderas y la cabeza. Pensaba que el túnel sería frágil y fácil de derribar, pero ahora que estaba dentro lo notaba de lo más sólido. La parte delantera del cuarto de estar se encontraba solo a unos metros al otro lado de la pared de periódicos y sin embargo tenía la impresión de que en cualquier momento podía quedarse atascado, incapaz ni de avanzar ni de retroceder. De que se ahogaría allí y luego se quemaría y los bomberos tendrían que sacar su cuerpo calcinado tirando de los tobillos.

Confió en que Merry hubiera aterrizado a salvo en el jardín.

La toalla mojada lo ayudaba a respirar, pero no a ver. Se la pasó por los ojos, pero se le llenaron otra vez de lágrimas mientras el humo y las cenizas asesinas llenaban el aire.

—¡Joy! —intentó de nuevo.

Nada. Siguió avanzando.

No pudo llevarle más de veinte segundos pasar al otro lado de la pared de periódicos, pero le pareció una eternidad.

Por fin sacó los hombros, tiró de las piernas y se puso de pie. Se quitó la toalla para mirar a su alrededor. La luz de la calle entraba por la ventana que Joy había robado al resto de la casa e iluminaba su mitad de la habitación.

No estaba allí. Había una cama estrecha hecha de pilas ordenadas de periódicos. Encima estaba el edredón de Joy. Bambi y Tambor. Jack llevaba años sin verlo, pero lo reconoció enseguida. Junto a la cama estaba la cuna comprada para el nuevo hermanito, aunque ahora solo dormía en ella la vieja muñeca de Joy, Martha.

El humo flotaba perezoso sobre el muro de papel igual que nubes de tormenta y Jack se dobló por la tos.

—¡Joy! —gritó; estaba enfadado y, de pronto, también asustado.

No podía volver por el túnel. Tendría que salir por la ventana. Y rodear la casa para coger la manguera. Tendría que correr hasta el final de la hilera de casas para trepar por la valla del jardín desde la orilla del río. Perdería minutos vitales. Pero a aquellas alturas era la única opción.

La ventana estaba cerrada con llave.

Desesperado, tiró de la manija.

Siguió cerrada. ¿Dónde estaba la llave?! ¿Había llave para esa ventana? Cegado por el humo acre, buscó a tientas en el alféizar. Solo había periódicos, que cayeron al suelo.

Idiotizado por el pánico, se agachó para recogerlos. Tosió, aspiró humo y volvió a toser. Cayó de rodillas y luego a cuatro patas y entonces se dio cuenta de que ya no estaba recogiendo periódicos, sino asfixiándose, allí, en la misma ventana bajo la que se había acuclillado con Joy y Merry el día que conocieron a Louis Bridge.

Ahora que sabía que se estaba muriendo, Jack decidió levantarse.

En su cabeza era lo que estaba haciendo, pero en la realidad se hundió todavía más hasta apoyarse en codos y rodillas para a continuación desplomarse contra la pared, sin sentir nada en la parte externa del cuerpo, pero con un enorme dolor sordo en el centro del pecho, donde sus pulmones ya no respiraban aire, sino humo, ceniza y sustancias químicas de la moqueta...

«Menuda estupidez», pensó mientras se deslizaba por la pared hasta apoyar en el suelo la nariz, los labios, la mejilla, la oreja...

«Menuda estupidez dejarme a mí a cargo.»

El agua fría golpeó a Jack en la cara y le hizo escupir, darse la vuelta y toser una y otra vez.

—Te dije que no estaba muerto —dijo Merry.

La rociada le heló el oído y le bajó en cascada por el cuello, la espalda y el pecho, empapándolo, ahogándolo.

Se cubrió la cabeza con las manos y gritó:

—¡Cerrad el agua! ¡Cerradla!

—¡Ciérrala! —gritó Merry y por fin dejó de empaparle, aunque todavía la oía correr cerca.

Jack boqueó y se secó los ojos. Joy estaba en el centro de su habitación de papel, iluminada por la luz de la calle con la manguera del jardín en la mano. El chorro plateado florecía en el aire y bajaba igual que un paraguas líquido que derramaba agua a su alrededor. Tenía la cara blanca, los labios morados y llevaba el mismo camisón rosa que la última vez que Jack la había visto, pero ya tan sucio que estaba gris y tan mojado que chorreaba agua en los pies descalzos.

Sus ojos pálidos, la única parte de su cuerpo que parecía viva, lo taladraron.

Jack tiritó en el agua gélida que había formado un charco a su alrededor y graznó a Merry:

—Te dije que te quedaras fuera de la casa.

—Joy y yo hemos apagado el incendio con la manguera. —Merry se encogió de hombros—. Y me he hecho un corte en el pie.

Lo levantó para enseñárselo. La raja bajo la almohadilla del pie aún sangraba. Jack se sentó, despacio y empapado.

—¿Cómo te has hecho eso?

—Había cristales en el recibidor. —Merry le enseñó un trozo de cristal, pero no era del ventanillo; era grueso y marrón oscuro, el culo de una botella. La mayor parte de la etiqueta se había quemado, pero Jack consiguió leer el «ness» de «Guinness».

No necesitó llevárselo a la nariz para oler la gasolina.

«Adam While.»

Era demasiada coincidencia. Jack creía que lo había dejado atrás. Pensaba que había ganado. Pero, en algún momento, While

debió de haber dejado de intentar alcanzarlo y empezado a esconderse y seguirlo.

De pronto sintió zozobra por Catherine While. ¿Sabía lo que había hecho su marido? ¿De lo que era capaz?

—Te odio —dijo Joy.

—Y yo a ti —dijo Jack cansado, se inclinó hacia delante en el papel mojado y se arrodilló con dificultad.

—Mierda —dijo—. Menudo de...

Joy le pegó. No con una mano ni con un brazo, sino con todo el cuerpo. Lo empujó, lo arañó, lo mordió y le tiró del pelo, todo ello con la manguera que seguía echando agua en la mano. Era como si te revolcara una ola y chocaras contra las rocas: tan húmedo, tan frío y tan desconcertante que Jack pensó que iba ahogarse allí mismo, en el cuarto de estar.

—¡Aaaah! —gritó Joy—. ¡AAAAAH!

Jack cayó de espaldas e intentó apartarla de un empujón, pero Joy se colocó encima de su pecho a horcajadas y le clavó las rodillas mientras le golpeaba la cabeza con la boca de la manguera de manera que cada embestida era fría y caliente a la vez. Jack se tapó la cara y trató de esquivar los ataques mientras Joy seguía escupiéndole.

—¡No deberías estar a cargo! ¡Dijiste que la encontraríamos y no lo hicimos! ¡Prometiste que todo saldría bien y no es así y te odio! ¡TE ODIÓ!

—¡Para! —gritó Merry desde un lugar muy lejano—. ¡Joy! ¡Para! Y por fin Joy paró.

Jack escupió. Joy estaba inclinada sobre él; el agua le chorreaba de la cara y caía en las manos con las que se protegía Jack.

—No quiero estar a cargo —dijo—. Pero alguien tenía que hacerlo.

—Papá estaba a cargo.

—Pero lo hacía de puta pena. Era un llorica.

—¡Eso es porque estaba muy triste! —gritó Joy.

—¡Yo también estaba triste! —contestó Jack también gritando—. ¡Pero no me emborrachaba cada noche! ¡No me quedé sin trabajo! ¡No me largué un puto día a comprar leche y no volví! Me quedé aquí y lo hice lo mejor que pude.

—Pero... —empezó a decir Joy y entonces se le empezó a desdibujar la boca, iba a ponerse a llorar. Jack recordó cuando no hacía más que llorar todo el tiempo para salirse con la suya. Ahora ninguno lloraba. Nunca les servía de nada.

Joy se le sentó en el estómago. Se secó la cara mojada con el brazo húmedo y miró cómo la habitación de papel se derretía despacio a medida que de la manguera salía más y más agua.

—Pero... —dijo—. Tu «lo mejor que pude» no me gusta.

—A mí tampoco —lloriqueó Merry—. Ni a Donald.

Jack no supo qué decir. No sabía qué hacer. Solo sabía que había fracasado y que se sentía una mierda.

Joy se separó despacio de él y se alejó reptando por el túnel con la manguera.

—¿Vamos a tener que mudarnos? —dijo Merry mirando a su alrededor con expresión infeliz—. Porque acabo de cortar el césped.

—No —dijo Jack—. Todo irá bien.

Las palabras le sonaron huecas, a una promesa que no había logrado cumplir.

Suspiró y se sentó con un chapoteo en un charco de agua sucia. El humo empezaba a retirarse y gracias a la luz de la calle vio que las paredes del cuartito de Joy estaban festoneadas con cientos de recortes de periódico. Quizá miles, que colgaban de las pilas igual que escamas de pez.

Esa debía de ser la explicación a todos esos agujeros. Jack imaginó a Joy inclinada toda la noche sobre los periódicos, murmurando y recortando igual que el enano saltarín.

«Menuda locura.»

Pero al mirarlos, Jack se dio cuenta de que los recortes no eran locuras sin más.

Eran todos sobre su madre.

Titulares, artículos y diminutos trocitos de información.

Futura madre, futura madre, futura madre...

Y fotografías. La de su padre llorando. «Joy abandonada.» La fotografía pequeña y borrosa de su madre, repetida por las paredes.

Había otras que no conocía. Imágenes que le despertaban recuerdos que habría jurado haber perdido para siempre. Fotografías de Llamadme Ralph y su enorme bigote. De Merry

acurrucada en la curva del brazo de su padre delante de la puerta principal azul y desconchada. Del ataúd de su madre, cubierto de margaritas. Jack recordaba que habían cogido las flores de la hierba cerca de la rotonda. Él no había querido hacerlo. No había querido simular que el mundo era otra cosa excepto cruel y feo.

Sus ojos recorrieron las paredes, buscando con avidez la fotografía de todos juntos, con el pelo en los ojos, pero no estaba.

De manera que así es como se pasaba la vida Joy, recordando los últimos días de su vida anterior.

Por primera vez, Jack sintió lástima de ella.

Por primera vez se dio cuenta de que no estaba loca, tan solo tenía el corazón roto.

Y por primera vez se preguntó si las dos cosas no serían lo mismo...

Alguien llamó a la puerta.

Jack y Merry se miraron con los ojos como platos. Jack fue hacia el túnel, pero antes de que pudiera meterse, oyeron a Joy abrir la puerta.

—Mierda —susurró Jack.

Merry y él se quedaron sentados uno frente al otro con las piernas a lo indio, escuchando.

—Hola, guapa. ¿Todo bien?

—¡La señora Reynolds! —dijo Merry con un susurro teatral.

—¡Shhhh! —dijo Jack poniéndole un dedo en los labios; Merry lo apartó de un manotazo y dijo en voz alta:

—¡Estoy susurrando!

—Sí —dijo Joy—. Todo bien.

Hubo una larga pausa y Jack imaginó a la mujer mirando a Joy de arriba abajo, preguntándose qué entendía por «todo bien».

—¿Ha habido un incendio?

—Sí —dijo Joy—. Pero papá lo ha apagado. Gracias.

Merry rio y, en lugar de enfadarse con ella, Jack rio también.

—Ah, bueno —dijo la señora Reynolds dubitativa—. Mientras esté todo bien...

—Sí —dijo Joy—, pero gracias por venir.

Oyeron a la señora Reynolds pasar junto a la ventana y a continuación la puerta de su casa abrirse y cerrarse.

—Dijiste que le arreglarías el cortacésped —le recordó Merry.

—¡Eso lo dijiste tú! —dijo Jack mientras se escurría la parte de abajo de la camiseta.

—Esa es mamá —dijo Merry tocando una de las fotografías pequeñas y borrosas junto a la cabeza de Jack—. Me acuerdo de ella. —Y, acto seguido, antes de que Jack pudiera llevarle la contraria, lo miró furiosa e insistió—: Es cierto.

Pero Jack se limitó a asentir en silencio. No tenía ánimos para ponerse a discutir con Merry. Que imaginara acordarse de su madre. «Qué tiene de malo», pensó. Que imaginara todo lo que quisiera.

—Se despidió con la mano y yo no quería que se fuera —dijo Merry.

—¿Cuándo? —dijo Jack.

—Ese día, cuando íbamos andando y hacía tanto calor y tú me llevabas en brazos, ¿te acuerdas?

Jack asintió de nuevo, distraído. Merry estaba contando lo que había oído, leído e imaginado a lo largo de los años. De pronto se preguntó si así era como construía todo el mundo su pasado, con las experiencias de otros, con fotografías, titulares y retazos de realidad, todos mezclados hasta formar recuerdos que después se adjudicaban. Por primera vez pensó que la fotografía de todos juntos, felices, con el viento agitándoles el pelo, podía también no haber existido. Quizá estaba solo en su cabeza y la había imaginado en la nevera y el marquito que había robado de HomeFayre se quedaría vacío para siempre.

Tuvo un escalofrío. Tenía que levantarse y ponerse ropa seca.

Pero Merry seguía hablando con el dedo en la pequeña fotografía:

—... y el zorro con las tripas fuera y Joy echó a los pájaros y mamá estaba en aquel coche...

—¿Qué coche?

—Ya lo sabes —dijo Merry—. El coche que empezó a frenar. El que iba en dirección contraria.

Fue como una bofetada.

Había olvidado el coche que frenaba. Lo había olvidado. ¡Jamás había hablado de él! Jamás había pensado en él desde aquel momento hasta ahora y, sin embargo, al instante estuvo allí de vuelta, en el arcén, donde había estado mil veces antes y una vez más sintió el calor que le atravesaba las suelas de los zapatos, el sol en la cara y el peso plúmbeo de su hermana en el hombro, lloriqueando y retorciéndose...

—¿Qué hacía mamá? —susurró.

—Decirnos adiós con la mano —dijo Merry y levantó sus deditos en doloroso recuerdo—. Y yo dije: «¡Mamá! ¡Mamá!».

A Jack le latía tan fuerte el corazón que casi le dolía.

Ahora se acordaba. Lo recordaba todo. El coche que se detenía... El conductor lo había mirado y él había apartado la vista. Temblando de miedo.

Pero Merry no había apartado la vista. Colgada de su hombro, mirando hacia la carretera al ver el coche coger velocidad otra vez, Merry había llorado y tendido la mano en busca de algo.

O de alguien...

«¡Mamá! ¡Mamá!»

Alguien pequeño y borroso.

Jack se sintió mareado. Se inclinó hacia delante hasta ponerse de rodillas, luchando por respirar. Luego apoyó la frente en el suelo de papel húmedo, como si rezara.

—¿Qué pasa? —dijo Merry.

—Me encuentro mal —dijo Jack ahogándose—. Me encuentro mal.

Merry le dio unas palmaditas cariñosas en la espalda.

—Tranquilo, tranquilo —dijo, igual que le decía su madre a Jack.

A Jack y a todos.

Merry solo tenía dos años cuando desapareció.

Pero se acordaba.

Todos lo hacían.

Baz estaba subido a un viejo triciclo oxidado describiendo lentos círculos alrededor de un precario montón de madera. Vio a Jack antes que Louis y lo saludó.

—¡Ja! —dijo—. ¡Ja!

Jack nunca había estado en Bridge Fencing. A Louis no le gustaba que los chicos fueran allí, que se mezclaran honrados con delincuentes. Estaba en el centro del almacén hablando con un hombre alto y gordo y con otro bajo y flaco cuando Jack se detuvo a su lado.

—Sé quién mató a mi madre.

Hubo un silencio como plomo.

A continuación:

—No te preocupes —dijo el hombre alto y gordo—. No hay prisa.

—Gracias, colega —dijo Louis y cogió a Jack del codo y medio lo condujo, medio lo empujó al cobertizo de madera que usaba de oficina.

Se volvió enfadado, pero Jack no le dejó ni hablar:

—He encontrado la navaja que mató a mi madre.

—¿Que has encontrado qué? —dijo Louis—. ¿Dónde?

—En una casa de las urbanizaciones.

—¿La casa de quién?

—De un hombre llamado Adam While.

—Déjame verla.

—No la tengo —dijo Jack—. La dejé allí.

—¿Se puede saber por qué?

—No sabía qué hacer. Él no estaba, así que la dejé junto a la cama de su mujer con una nota. Pensé que llamaría a la policía, pero no lo hizo.

—¿Por qué no?

—¡No lo sé! —exclamó Jack—. Y ahora Adam While está intentando matarme.

—¿Ah, sí?

—Anoche. Le prendió fuego a mi casa.

—¿Cómo que fuego? ¿Y cómo está la casa?

—Hecha una pena, pero nada más. Joy y Merry están bien.

Louis asintió con la cabeza.

—¿Cómo sabes que es la misma navaja?

—Lo sé —dijo Jack—. No sé cómo. Pero estoy seguro.

Louis frunció el ceño.

—Espera un momento —dijo—. ¿Dices que había alguien dentro cuando entraste en la casa?

—Sí. Su mujer.

—¡El gilipollas de Shawn! —dijo Louis furioso—. Le voy a cortar los huevos. ¡Eso es robo con agravante! ¡Eso es una pu...! —Se interrumpió y los dos miraron hacia la puerta, donde Baz estaba sentado en su triciclo, mirándolos con interés.

—... puñetería —terminó de decir Louis y meneó los dedos a Baz.

Baz rio y se contoneó.

—Ja, ¡estoy montando en bici!

—Eso es *baz-tástico* —le dijo Jack.

Baz rio.

—¡Mírame!

—Te estoy mirando.

Los dos miraron a Baz alejarse pedaleando hasta que estuvo demasiado lejos para oírlos.

—Lo de Shawn da igual —dijo Jack—. Lo importante es ¿qué hago ahora?

—Pues, desde luego, ir a la policía no —dijo Louis cortante.

Jack no dijo nada.

—¿No habrás ido ya?

Jack se mordió el labio.

—No, pero es peligroso, Louis. Se lo vi en los ojos. Me pegó y me persiguió por todo el pueblo. Y luego me siguió a casa como un chiflado y le prendió fuego con Joy y Merry dentro. ¡Podrían haber muerto!

Louis frunció el ceño. Miró en dirección a Baz, en la otra punta del almacén. Luego dijo:

—Escucha, colega. Vamos a ocuparnos de ese cabrón. Pero tú no vayas a la policía. Piensas que vas a una cosa, pero terminarán

por sonsacarte lo de Ricitos de Oro y entonces estarás jodido. Y si tú estás jodido, ¡lo estoy yo y lo están los chicos!

—¿Y qué pasa con su mujer?

—Su mujer puede cuidarse sola.

—No. No puede.

—¿Por qué no?

—Está embarazada.

—¡Mierda! —dijo Louis—. No es tu madre, Jack.

—¡Eso ya lo sé! —dijo Jack furioso—. Pero aun así...

—Escúchame —Louis bajó la voz, amenazador—, haz lo que te dé la gana. Pero como me cargues esto a mí, hemos terminado, ¿lo entiendes?

—Pero es que tengo que encontrar a quien la mató, Louis. No sé cómo. Solo sé que es la única manera de que esto termine. Lo de robar, mentir y esconderme. ¡Necesito que se termine! ¿Te acuerdas de lo que dijiste de Baz? Tenías razón. Solo quiero que Joy y Merry sean felices y estén a salvo. Quiero que tengan camas y una bañera y que vayan al colegio... ¡Incluso si eso significa ir a la cárcel! Y quiero poder dormir sin soñar con ella todas las putas noches.

—Ayyyy. ¡Joder!

Louis le dio a la pared un puñetazo tan fuerte que Jack se sobresaltó y Baz se paró en seco y miró hacia el cobertizo, pestañeando en la luz del sol.

Entonces Louis se acercó más a Jack. Lo bastante para pegarle de haber querido hacerlo.

—Este sitio es mi puta vida —dijo—. No te quiero volver a ver por aquí.

Luego empezó a cruzar el almacén. Al pasar, levantó a Baz del triciclo y se lo llevó sin que dejara de retorcerse en sus brazos hacia los dos pacientes clientes que esperaban en el cobertizo de la madera.

Jack miró a su amigo desaparecer en la oscuridad.

El oficial Reynolds pasó una velada tranquila en casa.

Abrió una botella de borgoña blanco y se preparó unas tiras de pollo y espinacas rehogadas, con tartaleta de limón de postre.

Puso la mesa y comió sentado —«Como una persona», decía siempre su madre— y luego vio *University Challenge*. Aquella semana era St Hilda's College, de Oxford, contra Hull. Era una competición tan poco igualada como sonaba. Reynolds consiguió más puntos él solo que Hull como equipo y para cuando terminó el programa a los nortños los habían mandado a casa igual que a una colección de doncellas embarazadas.

Reynolds rellenó su copa y abrió el libro. Era un libro maravilloso sobre Churchill. No había leído uno mejor.

Se preguntó qué estaría haciendo Elizabeth Rice.

Probablemente algún plan pedestre con Eric, supuso. *Paintball*. O ir al *pub*.

Se preguntó a qué *pub*.

Cerró el libro y se acostó pronto.

El oficial Reynolds se despertó a las cuatro, pensando en el señor Passmore y su reclamación al seguro. Pobre hombre. ¡Primero el trauma del robo y luego los cabrones de la compañía de seguros intentando desestimar su reclamación! El bien afinado sentido de la justicia de Reynolds se sentía ofendido.

Más tarde, de camino a la casa señuelo, llamó al comisario Marvel y le pidió consejo.

—Parece que la compañía de seguros está poniendo pegas, señor. Me preguntaba si podíamos hacer algo para ayudar.

—¡A mí no me metas en eso! —gruñó Marvel—. Cuando una compañía de seguros deniega una indemnización es que tiene motivos. No te metas.

«“No te metas”, qué sentimiento tan bonito para un agente de la ley», pensó Reynolds.

—Pero si es el caso Ricitos de Oro...

—Que no lo es —dijo Marvel.

Reynolds frunció el ceño. Si no era el caso Ricitos de Oro, entonces había cometido una terrible equivocación. Dos terribles equivocaciones, en realidad. Primero, al tratarlo como si así fuera y, en segundo lugar y mucho peor, al decirle al señor Passmore que lo era. Dos equivocaciones terribles, cuando no estaba acostumbrado a cometer ninguna. De manera que consideraba hartamente improbable el haber cometido una ahora.

—Odio insistir, señor...

—Mira —le interrumpió Marvel—, dijiste que el periódico local lleva un año cubriendo esta historia, ¿verdad?

—Verdad —dijo Reynolds.

—De manera que habrán publicado muchos de los detalles.

—Verdad —volvió a decir Reynolds, aunque deseó que Marvel dejara de decir «¿verdad?» al final de cada frase, puesto que lo obligaba a él a contestar repitiendo la palabra como si fuera del este de Londres.

—Así que cualquiera puede haber imitado a Ricitos de Oro, ¿verdad?

Reynolds se resistió a otro «verdad», pero al final tuvo que hacerlo porque lo que Marvel decía era cierto.

—Verdad.

—Incluido Passmore —continuó Marvel—. Veamos, sabe que roba comida, pero no que Ricitos de Oro roba solo alimentos saludables. No sabe que Ricitos de Oro elige chalés independientes cuando él vive en un adosado. Sabe que Ricitos de Oro duerme en las casas que roba, pero no que se acuesta siempre en las camas de niños... ¿Ves por dónde voy?

Reynolds lo veía.

—Pero el argumento decisivo es lo que dijo la niña que tenía eso en el labio.

«La niñita del sofá con los labios cuarteados por el sol.»

—¿Qué dijo? —preguntó Reynolds.

—Dijo: «Pero ese televisor está roto». Como si lo estuviera de antes.

Reynolds apenas recordaba aquello. Pero se trataba de una niña confundida. ¡No algo en lo que basar una decisión policial!

—Ni me habría fijado —dijo Marvel—, de no ser porque su padre saltó en cuanto lo dijo, como si quisiera tapar el error.

Reynolds asintió despacio con la cabeza. De eso sí se acordaba. Del señor Passmore metiéndose en la conversación y ahogando a su hija en retórica airada sobre los ladrones. Antes no había reparado en la ambigüedad del comentario de la niña ni en la prisa de su padre por reaccionar de manera que las palabras encajaran en su versión de los hechos.

—Pero el televisor estaba roto —dijo Reynolds.

—No digo que no —dijo Marvel—. Solo digo que no lo rompió un ladrón. Mi teoría es que el televisor nuevo se rompió y Passmore hizo el resto para que pareciera un robo de Ricitos de Oro, pero el perito de la aseguradora se olió el pastel. ¡Y ahora se está cagando vivo porque ha destrozado su propia casa y no va a ver un céntimo del seguro!

Marvel rio enérgicamente y colgó.

Reynolds aparcó a la entrada de la casa señuelo detrás del pequeño y maltrecho Toyota de Rice y permaneció dentro del coche un momento, preocupado. Había esperado que Marvel le soltara un rollo sobre corazonadas e instintos, pero la lógica del comisario era irritantemente lógica y su memoria, excelente. Lo que era peor, las sospechas de Marvel tenían su origen en una cuestión semántica, algo que Reynolds consideraba su territorio particular.

Era humillante.

Le resultaba insoportable considerar siquiera la posibilidad, pero quizá se había equivocado. Le gustaba hacerlo todo bien. La idea de haber hecho algo mal le resultaba desconcertante. Y la idea de que alguien supiera que había hecho algo mal, insoportable.

Se pasó una mano, preocupado, por el pelo y frunció el ceño. Parecía tener menos pelo que de costumbre. Y sabía cuánto tenía normalmente, porque lo comprobaba a menudo.

Rice había dicho que se le caía pelo cuando se duchaba.

De pronto, Reynolds sintió la necesidad de mirarse al espejo.

Sin perder un instante.

Abrió la puerta del coche.

—Hola, Glen —dijo la mujer que vivía en la casa de al lado.

—¿Qué? —dijo Reynolds.

—Hola —dijo la mujer, esta vez con una sonrisa insegura.

—Hola —dijo Reynolds con sequedad y cerró la puerta, entró apresurado y subió corriendo al piso de arriba. El espejo del baño seguía en el alféizar, donde lo había apoyado. Lo cogió y cayó en la cuenta de que detrás había una cámara que se suponía no tenía que estar tapada.

«Ups.» No era de extrañar que no hubieran visto entrar a Ricitos de Oro hasta que lo grabaron las cámaras del salón.

Demasiado tarde para preocuparse por eso. Reynolds buscó un buen ángulo para examinarse la parte posterior de la cabeza, pero para eso necesitaba dos espejos.

—¡Hola! —dijo Rice desde el piso de abajo—. ¿Eres tú?

Que pregunta más estúpida. No se molestó en contestar.

Ella tenía un espejo en su habitación.

Reynolds entró en la habitación de Rice y la cruzó para ir hasta el espejo del armario. Se giró, posicionó ambos espejos y frunció el ceño.

Sí que tenía el pelo...

Reynolds se quedó helado mirando la imagen en el espejo.

A su espalda, en la cama, alguien se movió. Luego se quedó quieto otra vez.

«¡Eric!»

Ay, Dios. ¡Rice se había traído a Eric a casa con ella! ¡Cuando se suponía que tenían que estar fuera, siendo robados! Sabía que no habría nadie y se había llevado al cabeza de huevo de su novio y follado con él en su camita individual. ¡Al menos confió en que hubieran follado! Y ahora Eric estaba dormido en la habitación que habían preparado para su hijo imaginario.

A Reynolds aquello le dolió.

Era absurdo, pero le dolió.

Él era Glen y ella era Michelle y ahora había traído a otro hombre a su hogar de mentira y era como si hubiera sido infiel a su esposo de mentira. Sabía que no tenía derecho a sentirse ofendido, pero aun así, lo estaba.

Se quedó unos instantes con el espejo en la mano sin saber qué hacer.

¿Actuar como si no lo hubiera visto?

¿Bajar y pedirle explicaciones a Rice?

¿O despertar a Eric y exigirle que se fuera?

Pero ¿y si Eric le daba un puñetazo? Reynolds pensaba que era una posibilidad real, sobre todo si había visto las fotografías de Glen y Michelle envueltos juntos en aquel terciopelo verde tan hogareño.

¿Igual debía salir sin hacer ruido de la habitación y simular que no había pasado nada?

Entonces se le tensó la espalda.

De una cosa sí estaba seguro. Elizabeth Rice había sobrepasado, y mucho, los límites de la conducta profesional. Aquel era un lugar de trabajo y Reynolds sabía que tenía el derecho tanto profesional como moral de despertar a ese musculitos sin cuello y echarlo a patadas de la casa señuelo.

De hecho, sería algo que le proporcionaría una inmensa satisfacción.

Fue hasta la cama, apoyó una mano firme en el hombro del tipo y lo zarandó con fuerza.

—¡Arriba!

En cuanto lo tocó, Reynolds supo que no era Eric. Ni siquiera era un adulto. El hombro era demasiado pequeño, el cuerpo se dejaba zarandear con demasiada facilidad.

Y la cabeza sobre la almohada era demasiado...

... rubia.

La sala de interrogatorios de la comisaría de Tiverton era diminuta, pero tenía muchos usos. Había una mesa, pequeña y de formica, pegada contra una pared. La pared contraria estaba cubierta de estanterías de metal llenas de papel para fotocopias, libretas y rollos de papel higiénico casi hasta la altura de un ventanuco alto y estrecho situado bajo el techo. En el escurrer platos de un fregadero pequeño y mugriento había una vieja cafetera y tres tazas. Detrás de la puerta hacían guardia una escoba, una fregona y un cubo, mientras que una fotocopidora zumbaba suavemente junto a la pared del fondo.

Era como la navaja suiza de las habitaciones.

—Voy a despejar un poco esto —dijo el agente Parrott y quitó varias cajas de bolígrafos Bic de la pequeña mesa, luego, con gesto hospitalario, abrió tres sillas plegables.

—¿No hay más sillas? —dijo Marvel.

—¡Y bastante que tenemos estas! —dijo Parrott a la defensiva—. Casi siempre estamos uno o dos por turno y no hay tiempo para sentarse.

Marvel lo dejó estar y tomó asiento. La silla era poco mejor que un taburete. Dura, desigual y bailaba cada vez que se movía, lo que le hacía sentir como un elefante en una cuerda floja. Reynolds se sentó a su lado y el chico, enfrente. En la mesa entre ellos había una grabadora, pero Marvel no la tocó.

Marvel señaló la cafetera eléctrica con el pulgar.

—Encienda eso, Rice.

—Sí, señor.

Parrott se había situado en la puerta, pero sus manos entrelazadas casi tocaban la nuca del chico y la fregona se le apoyaba en el hombro igual que una novia con rastas.

—Espere fuera, Parrott. Aquí no hay sitio.

Parrott pareció decepcionado, pero dijo:

—Sí, señor.

Y salió.

Marvel se inclinó con torpeza hacia delante y apoyó los codos en la mesa.

—No podemos interrogarte formalmente sin que esté presente un padre o tutor legal —empezó a decir.

—Eso da igual —dijo el chico—. Quiero hablar.

—Hasta que no venga uno de tus padres o un representante legal, no quiero oírlo.

El chico se encogió de hombros.

—Pues voy a decirlo de todas maneras.

—Pero a no ser que estés representado, salvaguardado legalmente y la entrevista se grabe, lo que digas no podrá admitirse como prueba.

—Por mí, estupendo.

El chico se encogió de hombros y esbozó una sonrisa muy leve.

Marvel lo miró furioso.

Aquel asunto de Ricitos de Oro estaba resultando de lo menos satisfactorio. Para empezar, no tenía ninguna gracia enterarse de que un niño había sido más listo que todos ellos. Tenía catorce años tirando a doce y era más flaco que un palo, con pelo rubio sucio y cara recubierta de pelusa igual que un melocotón. ¡Y lo habían cogido de pura chiripa! Había vuelto a entrar en la casa señuelo, ¡aunque a saber por qué las putas cámaras de última generación no lo grababan nunca! ¡Y se había quedado dormido! Podría haber limpiado la casa sin que se enteraran.

El chico ni siquiera había intentado escapar cuando Reynolds lo encontró. El oficial intentaba hacer pasar sus actos por una muestra de gran trabajo policial por su parte, pero Marvel se dio cuenta de que lo único que hizo fue despertarlo, ¡como si fuera la hora de ir al colegio!

De manera que el mito de Ricitos de Oro quedó reducido a un triste y vergonzoso fiasco. No era un ladrón de guante blanco tipo Raffles, sino un ladronzuelo holgazán que se había quedado dormido en la cama equivocada.

Marvel lamentaba haberse metido en aquello.

—¿Podemos preguntarle por la casa de los Passmore, señor? —dijo Reynolds.

—Pregúntale lo que quieras —bufó Marvel—. No vamos a poder usar nada.

Reynolds frunció los labios.

—¿Cómo te llamas? —dijo Marvel.

No esperaba respuesta, pero la obtuvo.

—Jack Bright.

—¿Es tu nombre real?

—Sí.

—¿Y qué te pasó esta mañana, Jack? —dijo Marvel—. ¿No te sonó el despertador?

—No me pasó nada, señor —dijo el chico.

—Ahhh —dijo Reynolds, sarcástico—. Así que querías que te cogiera.

—Sí.

—Tonterías —dijo Reynolds—. Nadie quiere que lo cojan.

El chico se encogió de hombros.

—Bueno. Yo sí.

—Si querías que te cogiéramos —dijo Marvel—, ¿por qué no te entregaste?

—Porque quiero hacer un trato. Y si creen que soy Ricitos de Oro, entonces eso me da algo de... —titubeó en busca de la expresión adecuada.

—¿Poder negociador? —dijo Marvel.

—Eso. —Asintió con la cabeza—. Poder negociador.

—Pero eres Ricitos de Oro —dijo Reynolds impaciente—, ¿no? Jack se encogió de hombros.

—Solo dime si robaste una casa en St Peter Street, te llevaste una cámara y rompiste un televisor Sony nuevo de pantalla grande. Y cogiste unas *pizzas* del congelador.

El chico negó con la cabeza.

—Yo no como *pizza*.

Marvel se rio de Reynolds.

—¡Sin duda es Ricitos de Oro!

Luego se volvió a Jack Bright.

—¿Qué tipo de trato? ¿Qué es tan importante para que estés dispuesto a arriesgarte a que te condenen por todos esos robos de casas?

De pronto el chico enmudeció. Se le ensombreció el semblante y a Marvel le sorprendió ver que le temblaba el labio inferior, como si fuera a echarse a llorar. Fue momentáneo, pero pareció sincero.

Por fin el chico hizo una inspiración temblorosa y profunda y dijo:
—Asesinato.

Los pelos de la nuca de Marvel se pusieron alerta.

«Asesinato.»

—¡Tonterías! —dijo Reynolds—. Te he cogido con las manos en la masa. No puedes intentar escabullirte ahora distrayéndonos con alguna mentira absurda.

Pero Marvel se reclinó en su silla y miró al chico con ojos nuevos.

—Por favor —le dijo con un elaborado gesto de la mano—, entreténnos un rato.

De manera que Jack Bright les habló del asesinato de su madre.

Para su asombro, lo recordaban. Incluso Marvel, quien al parecer vivía entonces en Londres. Jack estaba tan acostumbrado a ser invisible que ver las serias inclinaciones de cabeza y los murmullos de comprensión le resultó una experiencia extrañamente alentadora.

Facilitaba las cosas. Le hacía sentirse más seguro.

Les contó lo que creía que debían saber. No todo. Les habló de la educación en casa, de la marcha de su padre, de sus hermanas. De cómo habían ido desapareciendo poco a poco los tres.

Dejó fuera a Louis Bridge el Lampiño. Los periódicos. El vandalismo.

Cosa curiosa, el recuerdo de fotografías rotas, juguetes destrozados y carteles arrancados de las paredes le hizo sentir peor que el robo de joyas y teléfonos por valor de miles de libras. No quería oír esos recuerdos en voz alta.

Pero sí les contó lo de los robos.

Mientras hablaba, observó sus caras. Marvel parecía atento; Reynolds, escéptico; Rice, compasiva.

Cuando explicó cómo encontró el arma del delito en la bota de montaña de Adam While, Marvel se movió en su silla como si estuviera deseando poder levantarse de ella.

Interrumpió a Jack:

—¿Dónde está ahora la navaja?

Jack vaciló.

—La dejé allí.

—¿En la casa? ¿Por qué?

—Porque... si sacaba la navaja de la casa, ¿cómo podía probar que había estado allí? Y aunque me creyeran, estaría de mierda hasta el cuello por robo con allanamiento.

—Cierto —dijo Marvel—. Pero ahora también estás de mierda hasta el cuello.

—No tenía elección. —Jack se encogió de hombros con tristeza—. Dejé la navaja cerca de la cama de la señora While. Y una nota amenazando con matarla. ¡Pero no iba a hacerlo! Pensé que llamaría a la policía, pero no lo hizo.

Los tres policías intercambiaron miradas de sorpresa.

—¡Y me hizo pensar que igual están juntos en esto! Y luego reflexioné: «¡Lo mismo se deshacen de la navaja y entonces nunca la encontraré y saldrá impune del asesinato de mi madre!».

Se interrumpió un momento, con el corazón acelerado, apremiándolo.

Se serenó.

Siguió hablando.

—Así que volví a buscarla, pero él ya la había encontrado y su mujer no la tenía y luego se presentó, aunque se suponía que tenía que estar trabajando y me pegó y me persiguió... —Se llevó una mano a la oreja en un gesto inconsciente—. Después de eso, intentó quemar mi casa, así que...

—¿Intentó quemar tu casa? —dijo Marvel.

—Hace dos noches. Metió una bomba de gasolina por la puerta principal.

—¿Hubo heridos?

—No —dijo Jack—. Lo apagamos.

—¿Tienes alguna prueba de que fuera Adam While?

—No —dijo Jack—, no puedo probar nada. Por eso tienen que intervenir ustedes.

Miró a Marvel con atención, pero este se limitó a encogerse de hombros y cruzar los brazos.

—Igual no quiero intervenir. Igual no tengo tiempo de meterme con un asesinato sin resolver cuando tengo cien expedientes de robo abiertos.

Enarcó una ceja y miró con elocuencia a Jack, quien se limitó a fruncir los labios. Marvel podía ser un peso pesado de la policía, pero Jack no estaba dispuesto a dejarse provocar y perder así su ventaja negociadora.

Marvel rio un poco.

—De acuerdo —dijo—. Pero al menos dime por qué te marchaste tan deprisa de la casa señuelo la primera vez que entraste.

—Casa señuelo —dijo Jack paladeando las palabras—. ¿Es eso lo que es? —Luego asintió cauteloso con la cabeza—. No está mal.

Marvel se encogió de hombros.

—Entonces ¿por qué no te cogimos?

Reynolds interrumpió.

—Señor, ¿no deberíamos tener cuidado con las preguntas capciosas en el caso Ricitos de Oro? Sobre todo cuando se trata de un menor...

—A tomar por culo Ricitos de Oro —dijo Marvel y Jack sonrió.

—La fotografía de la repisa de la chimenea no era de verdad —dijo—. Era la que viene con el marco. La de los dos niños con un balón de playa, ¿sabe lo que le digo?

Marvel miró a Reynolds, quien se puso rojo como la grana.

—Bueno —dijo Marvel—, ahora sí lo sé... —Se inclinó hacia delante—. Entonces, ¿qué te hace pensar que la navaja que encontraste en la bota de Adam While es el arma del delito?

Jack sacó el mentón en un gesto defensivo.

—Lo sé y punto.

—Eso no nos ayuda demasiado, ¿no te parece?

—Lo supe en cuanto la vi. ¡Fue casi como si lo sintiera también! Tenía un mango blanco, hecho de alguna clase de concha, creo, azul y blanco como las nubes, y la hoja es curva por un lado y como dentada por el otro.

—¿Serrada?

—Sí, serrada.

Marvel se encogió de hombros.

—Suenan a navaja normal y corriente.

—No es una normal y corriente —dijo Jack furioso—. ¡Es la navaja que mató a mi madre!

Hubo un momento de silencio.

—Pongamos que es verdad —dijo Marvel pellizcándose la nariz—. ¿Por qué iba Adam While a conservarla si lo vincula con un asesinato? El arma del delito es lo primero de lo que se deshace el asesino. Conservarla no tiene ningún sentido.

Jack sabía que no tenía ningún sentido. Se esforzó por no dar rienda suelta a su frustración.

—Ya lo sé —dijo—, pero la escondió. Como si fuera importante. Como si fuera un secreto. Y mintió a su mujer al respecto. Dijo que la había perdido, ¡pero sabía que no estaba en la bota y se puso a buscarla! Tengo la sensación...

—Las sensaciones no son hechos —interrumpió Reynolds.

—¡Pero a veces lo parecen! —contestó Jack gritando.

Marvel resopló y estuvo a punto de reír y Jack se secó las palmas sudorosas en los vaqueros.

—Quiero hacer un trato.

Marvel lo miró con aspereza.

—¿Qué clase de trato?

—Si estoy equivocado respecto a la navaja, me declararé culpable de todo lo de Ricitos de Oro.

—¿Y si estás en lo cierto? —dijo Marvel.

—Arrestáis a Adam While —dijo Jack— en lugar de a mí.

Jack se dio cuenta de que Marvel estaba interesado.

—¿En lugar de? —dijo Reynolds y se volvió hacia Marvel—. Pero entonces, ¿qué pasa con el caso Ricitos de Oro?

Marvel habló con cautela.

—Creo que tengo que hablar con el oficial a cargo de la investigación del caso de Eileen Bright.

—Señor —dijo Reynolds con tiento, pero Marvel se limitó a ponerse de pie.

—Espera aquí —le dijo a Jack y a continuación, a Rice—: Tráele algo de desayunar.

—¿Y qué pasa con el trato? —dijo Jack.

—Habla de ello cuando vuelva.

—Señor —repitió Reynolds.

—¿Lo promete? —dijo Jack.

Marvel volvió a resoplar.

—Esto no es jardín de infancia.

—¿Lo promete?

—Lo prometo —dijo Marvel—. ¿Contento?

El comisario John Marvel salió de la habitación con el ceño fruncido, pero a paso ligero y con un hormigueo de emoción en el estómago. Le habría dado igual el trato que hubiera querido hacer Jack. Le habría dicho que sí.

Ese chico le había traído un asesinato.

—Llámame Ralph —dijo el comisario Stourbridge y estrechó la mano de Marvel con expansiva cordialidad.

Marvel frunció el ceño. Le desagradaba la familiaridad en general y los nombres de pila en particular. Lo incomodaban y no los usaba. También le desagradaba el vello facial y Stourbridge tenía un bigote ridículamente poblado que parecía postizo.

De manera que habían empezado con mal pie, pero era el único pie con el que sabía empezar Marvel.

—Soy Marvel —dijo secamente—. Estoy interesado en el caso de Eileen Bright.

De inmediato, la cara grande y franca de Stourbridge se ensombreció y el bigote cayó.

—Ah —dijo—. Un caso muy triste.

—Todos los asesinatos sin resolver son muy tristes —dijo Marvel y el bigote pareció sorprendido y, a continuación, un poco dolido.

—Para ser exactos —dijo Stourbridge envarado—, el caso era solo mitad nuestro. Devon y Cornualles tenían a la persona desaparecida y nosotros encontramos el cadáver. No se llegó a determinar dónde se produjo en realidad el asesinato.

Ahora que Stourbridge no parecía tan contento, el estado de ánimo general de Marvel mejoró.

—¿Has oído alguna vez el nombre de Adam While?

—¿Adam While? —Stourbridge pareció sorprendido—. Sí, pero no durante mucho tiempo. Lo encontraron cerca de la escena del crimen aproximadamente una semana después de que apareciera el cuerpo.

Ahora le tocó a Marvel sorprenderse.

—¿Cómo de cerca?

—En la misma área de descanso. Dijo que se había parado a hacer pis, pero lo trajimos para interrogarlo. No teníamos motivos para retenerlo ni para acusarlo, así que lo soltamos. Solo estuvo unas horas detenido.

Marvel gruñó. Puede que fuera una coincidencia, pero él no era de los que desprecian las coincidencias. Jamás había trabajado en un caso en el que la coincidencia no hubiera desempeñado un papel, ya fuera a la hora de cometer el delito o de encontrar al culpable.

—¿Se hizo público en algún momento el nombre de While?

—No, por Dios —dijo Stourbridge—. Por entonces estaban los ánimos muy caldeados con este caso. ¡No había razones para desatar una caza de brujas! Lo trajimos aquí, lo descartamos y lo soltamos.

—¿Se habló de él a la familia de Eileen Bright en algún momento?

Stourbridge negó con la cabeza.

—Hace ya mucho tiempo de eso, pero creo que no. No había ninguna razón para hacerlo.

Stourbridge se revolvió en la silla y frunció el ceño.

—¿Por qué te interesa el caso, John?

Marvel le lanzó una mirada de advertencia sobre el uso de los nombres de pila, pero Stourbridge la interpretó mal y lo que hizo fue suavizar el tono de voz para mostrarse más amable.

—Pareces preocupado...

—No estoy preocupado —dijo Marvel—. Me limito a hacer mi trabajo.

Hubo un silencio incómodo y luego Stourbridge dijo:

—Tengo el expediente Bright aquí mismo, por si quieres consultarlo.

Sin esperar a que Marvel dijera si quería o no, Stourbridge abrió el último cajón de la derecha de su escritorio y sacó una carpeta gris muy abultada.

—Lo guardo aquí —dijo—, para... ya sabes...

No terminó la frase, pero Marvel sabía a qué se refería. El último cajón derecho de su mesa de la comisaría de Lewisham era donde guardaba los expedientes de los pocos casos que seguían abiertos y sin resolver. Cada semana —en ocasiones más a menudo—, a la hora del almuerzo o cuando los demás se marchaban a casa, sacaba uno y lo estudiaba obsesivamente. Era como pellizcarse las costras de sus fracasos.

La fotografía pegada a la pared de su casa junto a la puerta principal, la de la niña en una bicicleta BMX, había salido de una carpeta igual que la que Ralph Stourbridge le brindaba ahora. Se llamaba Edie Evans y Marvel pensaba en ella todos los días.

—Gracias —dijo y le cogió la carpeta a Stourbridge; no preguntó si podía llevársela, él no habría permitido a nadie llevarse sus carpetas.

—¿Te apetece un té o un café? —dijo Stourbridge señalando la puerta.

—Sí, gracias —dijo Marvel—. Me da igual lo que sea, pero con dos azucarillos.

Marvel se sentó en la silla de Stourbridge y empezó a revisar el expediente. Estaba bien organizado y enseguida se dio cuenta de que el comisario había hecho un trabajo meticuloso. Incluso había fotografías de Arthur Bright y de cada uno de sus hijos. Bright parecía contento y ajeno al desastre que se avecinaba. Marvel apenas reconoció al colegial sonriente que era Jack. El pelo bien cortado; el ceño sin fruncir.

Encontró enseguida el registro de la breve detención de Adam While. Había una fotografía en la que daba la impresión de estar cansado y algo molesto, con el pelo levantado en uno de los lados de la frente, como si se lo hubiera estado mesando en su irritación. Estaba recién afeitado y llevaba gafas de montura metálica, camisa y corbata. Tenía aspecto de hombre de negocios que llega tarde a un tren.

Había una breve nota mecanografiada.

El señor Adam While, varón de 35 años con domicilio en Leaburn Road, Tiverton, fue detenido sin oponer resistencia a las 11.20 del 6 de septiembre de 1998 en el área de descanso donde se encontró el cuerpo de la señora Eileen Bright el 29 de agosto de 1998. En el registro de la persona y del coche del señor While (ver apéndice C), no se encontró nada de relevancia. El señor While fue interrogado el 6 de septiembre (ver apéndice D) y puesto en libertad a las 19.25 de ese mismo día sin arresto, cargos ni fianza. SMA.

SMA.

Sin medidas adicionales.

Desde luego no las hubo.

Antes de que a Marvel le diera tiempo a ver los apéndices, volvió Stourbridge y dejó una taza de té junto a él.

—Gracias —dijo Marvel—. ¿La víctima fue agredida sexualmente?

—No.

—¿Y murió de una única puñalada?

—En el estómago —dijo Stourbridge—. Se desangró.

Hubo otro silencio, pero esta vez no resultó en absoluto incómodo. Esta vez Marvel sabía que allí había dos policías pensando lo mismo: el horror de apuñalar a una mujer embarazada en el estómago.

Al menos era lo que estaba pensando él.

—¿Este While se ha metido en problemas antes o después de aquello?

—Nunca, ni siquiera de adolescente. Buena casa, buen trabajo, casado. No teníamos por dónde agarrarnos para acusarlo. Y créeme, de haber podido, lo habríamos hecho.

Marvel hizo una mueca. Aquello tenía pinta de que While había estado en el lugar equivocado a la hora equivocada. Pero luego estaba esa coincidencia. Jack Bright y Adam While. Conectados a lo largo de los años.

«Tenía que haber una explicación...»

Así que John Marvel hizo algo que rara vez hacía.

Contó lo que sabía.

—El hijo de Eileen Bright dice que entró en la casa de Adam While y encontró el arma del delito.

El bigote de Stourbridge se erizó visiblemente.

—¿El hijo? No puede tener más de...

—Catorce años —le informó Marvel.

—¡Catorce! —dijo Stourbridge—. Cómo pasa el tiempo.

—Dice que encontró la navaja en la puntera de una bota en el armario de While.

—Eso es imposible —dijo Stourbridge.

—¿Por qué?

—Porque está abajo, en el cuarto de las pruebas.

Aquello fue para Marvel como un puñetazo inesperado. Casi había creído al chico. Casi se había tragado su historia. Ahora se sentía estúpido y engañado.

—Mierda —dijo y miró furioso a Stourbridge, como si fuera su culpa.

—La encontramos horas después de encontrar el cadáver —dijo Stourbridge con tono de disculpa—. Estará en el expediente. —Alargó una mano—. ¿Puedo?

Marvel le dio la carpeta y Stourbridge no tardó en localizar la información.

—A las diecisiete cuarenta y cinco del día veintinueve. Estaba a menos de veinte metros del cadáver.

—Y a While lo detuvisteis el seis de septiembre.

—Correcto.

—¿Cómo supisteis que estaba allí?

—Tuvimos cámaras y vigilancia en el área de descanso durante la búsqueda y un mes después de su reapertura.

—¿Y antes no?

—De haber habido cámaras antes, no estaríamos teniendo esta conversación —dijo Stourbridge sin entonación—. Después de la búsqueda se pararon unos cuantos coches, hubo personas que se bajaron a tirar basura o a pasear el perro. Por la noche aparcaban camioneros para dormir. Unos cuantos hicieron pis. While fue el único que cruzó el quitamiedos y se quedó un rato.

—¿Cómo es el terreno?

—Hierba alta, arbustos. Hace pendiente desde la carretera. Esas áreas de descanso de las autopistas son más grandes de lo que uno supone. Más o menos estamos hablando del tamaño de un campo de fútbol.

—¡Tuvisteis suerte con la navaja entonces!

—Fue en lo único que la tuvimos, si te digo la verdad. El asesino podría haberla tirado en cualquier sitio entre aquí y Escocia.

Marvel frunció los labios y a continuación preguntó:

—¿Quién encontró el cuerpo?

—Un camionero llamado Royston Ash. Otro de los que se paró a mear.

—¿Lo descartasteis como sospechoso?

Stourbridge asintió con la cabeza.

—Dijo que se bajó a mirar simplemente porque con los años había recogido un montón de cosas de las áreas de descanso. Recuerdo que incluso confesó haberse quedado con un par de bolsas de hojas cannabis que encontró cerca de Cambridge. Admitió que lo había metido en una bolsa de la compra y se lo había vendido a sus colegas. En cualquier caso, solo se acercó unos metros porque el olor lo previno. Estaba traumatizado por haber encontrado el cadáver y quería ayudar. Me pareció sincero.

Marvel asintió con la cabeza. Valoraba las corazonadas y respetaba las de los colegas.

—¿Cuánto tiempo llevaba allí?

—Bastante.

—¿Así que es probable que la mataran al poco de llevársela?

—Eso suponemos. No había indicios de que la hubieran retenido en otra parte.

—Así que fue un acto impulsivo —dijo Marvel.

Stourbridge asintió.

—La pobre mujer estaba en el lugar equivocado en el momento equivocado.

—¿Le enseñasteis la navaja a While?

—Sí. No hubo reacción. No creo que la hubiera visto antes. Pero ya sabes cómo son estas cosas. Estábamos dando palos de ciego.

Stourbridge suspiró y Marvel percibió su dolor. Se daba cuenta de que el caso de Eileen Bright había sido duro. Dos fuerzas policiales, dos escenarios del crimen con más de una semana entre medias, ningún testigo. No era de extrañar que hubieran hecho pasar un mal rato a While.

Tampoco que no hubieran tenido razones para retenerlo.

«El cebo hace la pesca.»

—¿Cuándo reabrieron el área de descanso?

Stourbridge consultó la carpeta un momento.

—La tarde del cinco.

Marvel sintió un hormigueo. No uno grande, sino pequeño, pero un hormigueo, al fin y al cabo.

—¿Así que While fue detenido en el área de descanso el primer día en que se podía estar legalmente allí?

—Así es.

—¿Para entonces habíais dado ya a la prensa la descripción de la navaja?

—No. Lo mantuvimos en secreto.

—Para que el asesino no supiera que había aparecido.

—Exacto. De hecho, nunca lo hicimos público. Es lo único que tenemos que puede vincular al asesino con el crimen.

—Entonces ¿cómo coño podía saber Jack Bright el aspecto que tenía la navaja?

Stourbridge negó con la cabeza.

—No tengo ni idea.

Marvel frunció el ceño.

—¿Puedo verla?

El depósito de pruebas en Taunton era un lugar luminoso y amplio, completamente distinto de la lóbrega caverna en el sótano de la vieja comisaría de Lewisham.

El comisario Stourbridge no dejó de hablar mientras guiaba a Marvel por las estanterías pulcramente señalizadas.

—¿Dices que entró en la casa de While?

—Sí —dijo Marvel—. Al parecer lleva manteniendo a la familia más de un año a base de robar casas.

—Jesús —dijo Stourbridge arrugando el ceño—. Me acuerdo de él. Pobre chaval. ¿Qué pasó con el padre?

—Se fue.

Stourbridge aspiró aire entre dientes.

—Vaya mierda.

Marvel no hizo ningún comentario sobre el hecho de que un padre abandonara a sus hijos, pero le gustó más Stourbridge ahora que había dicho «mierda».

Stourbridge sabía muy bien adónde iba. Marvel se dio cuenta de que visitaba aquel lugar a menudo. Se detuvieron ante una hilera de cajas y Stourbridge abrió una sin dudar y le dio una bolsa de pruebas a Marvel.

Por segunda vez aquel día, se le erizaron los pelos de la nuca.

Incluso a través del plástico transparente la navaja resultaba amenazadora. Estaba abierta, de manera que las lujosas cachas no ocultaban su verdadero fin, que era la inmediata y despiadada imposición de la muerte. Curva por un lado, serrada por el otro, tal y como había dicho el chico. Pero sobre todo Marvel se fijó en un pequeño pero reluciente diamante incrustado en el perno para el pulgar.

Y entre la hoja y el mango había una costra negra de sangre seca...

—¿Se encontró abierta así?

—Sí.

—¿La limpiaron?

—Sí —dijo Stourbridge—. Pero luego la tiraron de cualquier manera.

Marvel comprendió lo que quería decir. Limpiar las huellas de la navaja indicaba control; tirarla cerca del cuerpo indicaba pánico.

—Qué raro —dijo.

—No más raro que acuchillar en el estómago a una mujer embarazada.

—En eso tienes razón —dijo Marvel.

Le ponía nervioso. Aquel crimen era tan... personal.

—¿Estáis seguros de que no fue el marido?

—Razonablemente seguros —Stourbridge suspiró—. Claro que yo nunca estoy seguro de nada hasta que el jurado dice: «Culpable».

Marvel recibió aquella sutileza legal con un bufido.

—Arthur Bright estuvo destrozado desde el primer día. Su mujer desaparecida y tres niños traumatizados. Sospecho que ni siquiera se le ocurrió que podía ser sospechoso. Creo que estaba convencido de que todo era un error y de que su mujer volvería a casa en cualquier momento. Cuando encontramos el cuerpo, se hundió y, por lo que me has dicho de que abandonó a los niños, es probable que no se recuperara...

Stourbridge se interrumpió con la boca abierta y la vista fija en la navaja dentro de la bolsa.

A continuación, volvió a decir «mierda».

—¿Qué pasa? —dijo Marvel.

—Me acabo de acordar de una cosa. —Stourbridge se revolvió incómodo y se alisó las puntas del bigote—. Me llevé la navaja conmigo cuando fui a decirle a Arthur Bright que había aparecido el cuerpo de su mujer. Para ver cómo reaccionaba. Táctica de choque, ya sabes. Pero estaba dando palos de ciego.

Miró avergonzado a Marvel, pero este se limitó a encogerse de hombros. En ocasiones tenías que arremeter contra una persona para mirar dentro de ella y saber si era culpable. Si lo era, entonces habías hecho tu trabajo. Si no lo era... también.

En los dos casos, esa persona terminaba rota.

Eran daños colaterales.

Stourbridge continuó.

—Me llevé la navaja en la bolsa tal cual. Tendría que haberla metido en una caja o algo, pero no lo hice. Y el chico estaba allí.

—¿Crees que la vio? —dijo Marvel.

—Eso creo. La agente que me acompañó dijo que se alteró mucho. Tuvo que sujetarlo para que no me siguiera.

—Así que por eso sabe cómo es.

Stourbridge se frotó la mandíbula como si le dolieran las muelas.

—No fue mi mejor momento.

Marvel no hizo comentario alguno. Él había tenido muchos momentos malos. Era un detective de homicidios. Los intereses del cadáver eran lo primero. Cambió de tema con un tacto poco habitual en él.

—¿Cuál fue el móvil?

Stourbridge lo miró agradecido.

—El único móvil que se nos ocurrió fue robo. Eileen Bright llevaba bolso cuando salió de casa. Iba a llevar a los niños a comprar zapatos para el colegio en Exeter y se paró a echar gasolina en la intersección con la M5. Buscamos huellas dactilares en todos los lugares del delito: el secuestro, el coche y donde se tiró el cuerpo. Así es como encontramos la navaja, pero el bolso nunca apareció.

—El robo parece lógico.

—Sí —dijo Stourbridge—. Pero no usaron la tarjeta de crédito, así que...

Se encogió de hombros y Marvel asintió con la cabeza. En ocasiones las cosas no encajaban. O sí, pero nunca llegabas a descubrir cómo exactamente. Era la naturaleza del asesinato.

—¿Podría quedarme con una copia del expediente?

—Claro —dijo Stourbridge—. Haré que te la manden.

—Estupendo. ¿Y puedo llevarme esto prestado? —dijo Marvel levantando la bolsa con la navaja.

Stourbridge vaciló. Marvel se dio cuenta de que no quería desprenderse del arma del delito.

No servía de nada donde estaba, pero aun así lo comprendía. Cuando un caso estaba sin resolver, cada pista, por pequeña que fuera, podía resultar vital. La compulsión por conservar cada cosa era extrema.

En especial cuando esa cosa era el arma con la que se había cometido un asesinato.

De manera que comprendía a Stourbridge, pero no estaba dispuesto a que se le notara. De lo contrario, no conseguiría lo que quería.

Por fin, el hombretón suspiró y dijo:

—Por el amor de Dios, no la pierdas.

Stourbridge acompañó a Marvel a su coche y se estrecharon la mano.

—Gracias —dijo Marvel.

—Si en algún momento quieres intercambiar impresiones, llámame —dijo Stourbridge—. Ese caso no se me va de la cabeza. Así que me vendrá bien hablar con alguien que lo vea con ojos nuevos.

—Lo haré —dijo Marvel y se subió al coche; consultó su reloj, tardaría treinta minutos en volver a Tiverton, así que estaba dentro del plazo prometido, aunque no fuera con la noticia que el chico esperaba.

—Ah, y da recuerdos a Jack —dijo Stourbridge—. Siento que se haya torcido, pero nunca es tarde para enderezarse.

—Lo haré —dijo Marvel aunque, por su experiencia, una vez un chico se había torcido, le costaba encontrar el camino recto.

Jack encontraba a su madre.

Él estaba en el arcén y ella iba a su lado, en un coche, mirando por la ventanilla del acompañante, sonriendo y sacando un brazo desnudo, dando palmaditas de vez en cuando a la puerta metálica como para animarlo a no quedarse atrás.

¡Era todo tan nítido! Incluso el vello finísimo y dorado de su brazo que temblaba en la brisa creada por la cámara lenta.

El anillo de casada hacía un levísimo «clinc» contra la puerta.

Jack no veía quién conducía el coche, pero sabía que no era su padre.

«Más despacio», decía él.

«Más deprisa», decía ella.

Como respuesta, el conductor pisaba el acelerador y el coche circulaba algo más rápido.

Jack echaba a correr.

«¡Espera!», decía.

«Eres demasiado lento», decía ella y el coche volvía a acelerar, de manera que ahora Jack corría por el arcén y llovía, pero solo de las rodillas para abajo, por lo que sus zapatillas chapoteaban y salpicaban, pero el resto del cuerpo se torraba bajo el sol de agosto.

El coche se alejaba y su madre volvía la vista y daba palmaditas en la puerta.

«Clic, clic, clic.»

Jack corría detrás del coche y el aire ardiente le taladraba los pulmones.

«¡Mamá! ¡Espera! ¡Llama a la policía!»

Su madre encogía su brazo desnudo y sonreía con cierta tristeza.

«Es demasiado tarde», decía, y el coche se hacía cada vez más pequeño y el ruido del motor se apagaba en la distancia...

Jack se despertó sobresaltado, con la cara contra la superficie fresca de la mesa de formica, cerca de un Big Mac sin comer y un

vaso de Pepsi, sentado en un charco de su propio sudor.

Se enderezó, desorientado y respirando con fuerza. Las pesadillas lo dejaban sin fuerzas y siempre tardaba unos instantes en abandonar el sueño y volver a la realidad.

—¿Estás bien? —dijo la agente Rice.

Pero antes de que pudiera recobrar la compostura, se abrió la puerta y entró Marvel.

Se sentó y apartó la caja de la hamburguesa y la Pepsi mojada, luego dejó una bolsa de plástico transparente encima de la mesa de formica, entre los dos.

Jack lo miró con feliz asombro.

—¡La ha encontrado!

Marvel carraspeó.

—Es el arma del delito...

—¡Lo sé! La...

Pero Marvel levantó la mano y siguió hablando.

—Lleva tres años en el depósito de pruebas de la policía de Taunton.

Jack arrugó el ceño y negó con la cabeza. ¡Eso no podía ser verdad! Si era verdad, entonces todo lo demás era... mentira.

—Pero... —dijo titubeante— es la navaja de Adam While.

—No, no lo es —dijo Marvel—. ¿Te acuerdas del comisario Stourbridge?

Jack pensó un momento y luego dijo, inseguro:

—¿Llamadme Ralph?

Marvel asintió con la cabeza.

—Me ha dicho que el día que encontraron esta navaja la llevó a tu casa para enseñársela a tu padre. Cree que fue entonces cuando la viste. ¿Lo recuerdas?

Jack miró la navaja fijamente.

—No... No lo sé —dijo—. No me acuerdo.

—Puede que la navaja de Adam While sea idéntica a esta. Seguramente hay mil iguales —dijo Marvel—. Pero su navaja no mató a tu madre.

Jack sintió frío y calor. Si había mil navajas como la que tenía Adam While en su casa, entonces todo lo que había hecho, todos los riesgos que había corrido, no había servido de nada.

—¡Pero... pero es la misma navaja! —balbuceó—. ¡Aunque sean diferentes, son la misma! ¿¡Tiene que haber una relación!? Porque... ¿por qué la iba a esconder en la bota? ¡Y mintió sobre ella a su mujer! ¿Por qué iba a mentir si no significaba nada? ¿Por qué?

—No sé por qué —dijo Marvel—. Lo que sí sé es que no es el arma del delito.

Jack fue levemente consciente de la mano comprensiva de Rice en su hombro y quiso llorar o chillar, pero ni siquiera tenía energías para liberarse de ella.

—¿Qué pasa con nuestro trato? —dijo en voz baja.

Marvel suspiró y negó con la cabeza y Jack se sintió como si se precipitara por el espacio, a años luz de nada a lo que sujetarse.

La había cagado. Se había quedado sin poder negociador. No tenía nada que ofrecer. Se había jugado el futuro de su familia a un trato con la policía y había perdido. Louis tenía razón. Lo encerrarían por algo. Y Joy también tenía razón. Se le daba de puta pena estar a cargo. Peor incluso que a su padre.

Ahora lo separarían de los fragmentos que quedaban de su familia rota, que también se dispersaría. Para siempre.

Un dolor repentino e intenso le provocó una mueca y se llevó la mano al pecho, justo en el centro, en el estrecho espacio entre las costillas.

«Así es como se sintió mamá.»

Jack lo supo de repente. Tan seguro como que estaba respirando.

También ella estaba a cargo aquella tarde soleada de agosto hacía toda una vida. También ella puso en peligro el futuro de su familia sin ser ni siquiera consciente y sin imaginar que podía perder. Nunca concibió que un desconocido en un coche se detendría a ayudarla y en lugar de ello se la llevaría y le clavaría una navaja —¡AQUELLA NAVAJA!— a ella y a su hija aún no nacida.

Porque ¿quién podía imaginar una cosa así?

Nadie.

Su madre se equivocó. ¿Y quién podía culparla?

Nadie. ¡Nadie!

Ni siquiera él.

Y Jack también supo que cuando su madre por fin comprendió lo que le estaba ocurriendo, lo que les estaba ocurriendo a todos, había sentido ese mismo horror. El mismo miedo. La misma dolorosa culpa. La misma insoportable tristeza.

—¡Mamá!

La palabra salió de un lugar tan profundo y oscuro del interior de Jack Bright que le arañó la garganta y resonó áspera en la pequeña habitación donde zumbaba la fotocopidora.

Luego apoyó la cabeza en los brazos y lloró.

Lo encerraron.

La comisaría era tan pequeña que el calabozo era poco más que una réplica de la sala de interrogatorios, pero con una mirilla y una ranura, y sin la fotocopidora.

Sin embargo, alguien de la comisaría había dedicado tiempo a hacerlo más confortable de lo habitual. En el banco-guion-cama había un colchón individual. Había una caja de ceras gastadas con las que los prisioneros podían dibujar o escribir en las paredes, algo que al parecer hacían con talento y suciedad a partes desiguales, y en el alféizar del ventanuco alargado y situado cerca del techo había un ramo de flores artificiales en un jarrón de plástico que los prisioneros no podían alcanzar, pero sí contemplar, siempre que tuvieran vista de lince.

—Bueno, no está tan mal, ¿verdad? —dijo Rice en tono alentador—. Hay ceras.

Jack caminó hasta el centro de la habitación, callado y aturdido.

Desde el umbral, Reynolds dijo:

—La cama tiene el tamaño perfecto para ti, Ricitos de Oro.

—Eso es un poco mezquino, ¿no? —dijo Rice con sequedad.

—Eso es un poco mezquino, ¿no, «señor»? —se apresuró a replicar Reynolds.

—Jack —dijo Marvel y a continuación lo repitió—: ¿Jack?

Cuando Jack se volvió a mirarlo, continuó.

—Cuando llegue el abogado de oficio, te tomaremos declaración, ¿de acuerdo? Hasta entonces, échate un sueñecito. Estás hecho una pena.

—Pero es que tengo que ir a casa —dijo Jack—. Solo tienen naranjas.

Rice le tocó el brazo con suavidad.

—Voy a llamar a los servicios sociales, ¿de acuerdo? Ellos se ocuparán de todo.

Jack le apartó la mano, enfadado.

—¡Las pondrán en acogida! —gritó—. ¡Tengo que ir a casa!
¡Estoy a cargo!

—Lo siento, Jack —dijo Rice.

Parrott cerró la puerta y echó la llave.

A la puerta del calabozo, Marvel se volvió hacia Reynolds:

—Parrott y tú volved a la casa señuelo y empezad a
desmantelarla.

—Sí, señor.

—Parrott, ¿hay caja fuerte aquí?

—Sí, señor. Detrás de la recepción.

Marvel le dio la navaja.

—Asegúrate de guardarla antes de irte.

—Sí, señor.

Parrott desapareció por el lóbrego pasillo.

—Rice, que alguien recoja a las niñas.

Rice hizo una mueca.

—Pero, señor...

Sonó el teléfono de Marvel y este contestó.

—Hola, John —dijo irritablemente Ralph Stourbridge—. ¿Me
equivoco o mencionaste a la mujer de Adam While?

—Sí la mencioné —dijo Marvel—. ¿Por qué?

—Bueno, estaba aburriendo a un colega ahora mismo con el
caso y resulta que conoce a una prima de la señora While. Dice que
la señora While dejó a su marido el día que lo encontramos en el
área de descanso.

Hubo un silencio cargado de tensión.

—¿El mismo día? —dijo Marvel incrédulo.

—El mismo día —dijo Stourbridge—. Y te voy a decir una cosa,
John, eso me da que pensar...

—Sí —dijo Marvel—. A mí también.

La mujer de Adam While abrió la puerta y parecía una ballena.

Estaba embarazadísima.

—¿Señora While? —dijo Marvel.

—¿Sí?

—Soy el comisario Marvel. ¿Puedo pasar?

La señora While pareció inquieta.

—¿Por qué? —dijo—. ¿Ha pasado algo?

—No —dijo Marvel—. Nada.

Abrió la puerta, reacia.

A Marvel siempre lo maravillaba comprobar cómo decir que no había pasado nada tranquilizaba a la gente hasta el punto de volverla dócil. Incluso cuando había pasado de todo. En ese sentido, Marvel no tenía escrúpulos a la hora de decir una mentira piadosa ni una maliciosa, tampoco. El objetivo era entrar y sentarse con la persona. Si conseguías que te ofreciera una taza de té, obtener una confesión era cuestión de tiempo.

Marvel se enorgullecía de su destreza como interrogador. De camino allí, en el coche, decidió referirse solo al periodo inmediatamente posterior al asesinato de Eileen Bright. A no ser que surgiera en el curso de la conversación, no tenía intención de abordar el robo ahora que estaba claro que la navaja que había encontrado Jack Bright era una pista falsa. Aun así, una pista falsa que había desencadenado todo lo demás.

La señora While era bonita, pero emanaba un nerviosismo que hizo sospechar a Marvel. Eso le gustó. La sospecha era su estado mental preferido y le gustaba saber que podía tener una razón válida para pensar lo peor de las personas.

La siguió a la cocina con la esperanza de que pusiera agua a hervir.

Catherine no puso agua hervir. Pero los pensamientos sí le bullían.

El policía había dicho que no había pasado nada. Pero ¿cuándo fue la última vez que alguien envió a la policía a dar una buena noticia? Así pues, aunque hubiera dicho que no pasaba nada, saltaba a la vista que sí.

Adam y el chico. Tenía que ser eso.

¿Qué había hecho alguno de los dos?

Pero si algo había pasado, sin duda el policía habría estado obligado por ley a usar otra expresión, aunque fuera ambigua. Quizá «Nada serio» o «Ha ocurrido un incidente». Algo así.

De manera que lo llevó a la cocina, en realidad porque no sabía qué otra cosa hacer y también porque eso le daba algo de tiempo para procesar esas ideas en su nerviosa cabeza.

—¿Le importa si me siento? —preguntó.

Se tocó la parte superior de la barriga y dirigió una sonrisa cómplice a Marvel, pero este no se la devolvió. Se limitó a hacer una breve inclinación de cabeza para indicar que no tenía inconveniente.

«¡Qué maleducado!»

Catherine se había acostumbrado tanto a que las personas mostraran deferencia con ella debido a su embarazo que experimentó una chispa de rencor ante la falta de interés de aquel hombre.

No le ofreció asiento.

A él no pareció importarle. Se quedó de pie en medio de la cocina, sacó una libreta y pasó las páginas.

—Quería hacerle unas preguntas sobre su marido.

El corazón de Catherine dio un brinco.

—¿Por qué? —dijo—. ¿Qué ha pasado? ¿Está bien? Ha dicho que no había pasado nada. Pero sí ha pasado, ¿verdad? ¿El qué?

El comisario levantó la mano como si ella fuera un collie y él, un pastor. Aquello la irritó.

—No se asuste —dijo él con firmeza.

—No estoy asustada —replicó con brusquedad.

Aunque sí lo estaba. Un poco.

—Por lo que sé, el señor While está perfectamente. Solo estoy atando algunos cabos de un caso antiguo.

—¿Qué caso?

—Es muy sencillo —dijo Marvel—. Tengo entendido que cuando el señor While fue interrogado sobre el incidente ocurrido en la M5 hace unos años, usted abandonó el domicilio familiar.

—¿El incidente?

—Sí —dijo el policía—. El comisario Stourbridge me dice que usted abandonó el domicilio conyugal el mismo día que interrogaron a su marido. Me pregunto si podría explicarme por qué.

Catherine frunció el ceño.

—Lo siento —dijo—, pero no tengo ni la más remota idea de lo que está hablando. Y que me lo repita cambiando el orden de la frase no ayuda.

Esbozó una sonrisa fugaz, pero el policía suspiró como si ella estuviera siendo una estúpida, cuando en verdad era él quien estaba diciendo cosas sin sentido.

No le caía bien.

Nada bien.

—Mire, no sé qué está pasando aquí —dijo abruptamente—, pero estoy embarazada de ocho meses, por si no se ha dado cuenta, y no me conviene estresarme, señor Marble...

—Marvel —dijo Marvel.

—¡Lo que sea! —dijo Catherine—. ¡No sé de qué me está hablando!

—Mire, señora While, no es nada grave. Solo me gustaría saber por qué dejó a su marido ese día y por qué volvió con él.

—¡Nunca he dejado a mi marido! —dijo Catherine—. ¡Ningún día! ¡Nunca me fui, así que nunca volví! ¿Y se puede saber quién es ese tal comisario Stourbridge? ¡No he oído hablar de ese hombre en mi vida!

—El comisario Stourbridge era el detective a cargo de la investigación por el asesinato de Eileen Bright.

El bebé se convirtió en plomo frío dentro del vientre de Catherine.

Hubo un ruido atronador en su cabeza, como si sus pensamientos fueran una ola gigante rompiendo en la playa de su cerebro.

«Eileen Bright. La madre del chico. La madre embarazada del chico. La que dijo que fue asesinada con la navaja que había dejado junto a su cama.»

«La navaja que ella había escondido y que Adam había encontrado.»

«¿O fue al revés?»

Jack Bright había tenido fijación con aquello y ahora aquel policía gordo y feo, también. Era un error. Un malentendido. Estaba segura de ello, pero no conseguía saber si lo que decía aquel hombre era falso por completo o solo en parte.

La cabeza le zumbaba igual que una radio barata.

—No sé de qué está hablando. —Se levantó mareada y se aferró a la esquina de la mesa para conservar el equilibrio—. Creo que debería volver cuando esté Adam en casa.

—No quiero hablar con Adam —dijo Marvel—, sino con usted.

—No —dijo Catherine negando despacio con la cabeza—. ¡Tiene que hablar con Adam de esto! ¡Tiene que volver en otro momento!

—No. Usted tiene que contestar a mis preguntas, señora While. Puede hacerlo aquí o puede venir a la comisaría. Cualquier otra cosa se considerará obstrucción a la justicia.

—¡No pienso ir a ninguna parte! —dijo Catherine sintiendo crecer el pánico en su interior—. ¡No sé de qué está hablando y no pienso ir a ninguna parte!

Intentó rodear a Marvel para salir, pero este la sujetó del brazo.

—¡Váyase! —gritó Catherine—. ¡Déjeme en paz!

Se sacudió para liberarse de él y lo abofeteó con el dorso de la mano, arañándole la frente con el anillo de compromiso. Él le sujetó el brazo con puño de hierro y la obligó a sentarse otra vez.

Catherine chilló.

—¡Cómo se atreve! —gritó—. ¡Suélteme! ¡Lo voy a denunciar! ¡Estoy embarazada! ¿Será cretino? ¿Es que no ve que estoy embarazada, joder?

—¿Y qué? —dijo Marvel—. Enhorabuena por ser un mamífero.

Catherine estalló en lágrimas de humillación y de furia. Giró el cuello y mordió a Marvel en el brazo, pero este la vio venir y solo consiguió hacerle un desgarrón en la manga de la camisa.

Entonces, como en una dimensión paralela, Catherine notó que le ponía unas esposas. ¡Como si fuera una delincuente! ¡O el personaje de una telenovela! La obligó a doblarse sobre su gigantesca barriga y le juntó las manos detrás de la espalda.

—Por favor, no —gimoteó—. ¡Está haciendo daño a mi bebé!
Marvel reculó. La soltó y la miró, colorado y jadeando. El anillo de Catherine le había herido encima del ojo y sangraba. Habló sin aliento, a trompicones.

—Angela While —dijo—, queda usted detenida por... obstrucción a la justicia. Y por... resistirse a la autoridad.

—Yo no soy Angela While —sollozó Catherine.

—¿Cómo?

—Me llamo Catherine While.

Se miraron los dos, momentáneamente unidos por un sentimiento de confusión.

Entonces él dijo: «Mierda» y Catherine fue consciente de estar poniéndose pálida. Con la voz alterada, dijo:

—¿Quién cojones es Angela While?

Marvel tardó media hora en conseguir hablar con Ralph Stourbridge.

—Nos hemos equivocado de señora While —dijo cuando por fin lo consiguió.

—No sabía que hubiera más de una.

—Pues por lo menos hay dos —dijo Marvel—. Y esta está furiosa de cojones.

Jack encontraba a su madre.

Estaba debajo del manzano en el arcén, sentada con la espalda contra el quitamiedos, examinando las pequeñas frutas rojas como si buscara gusanos.

Jack frenaba la bicicleta en el borde de la sombra que proyectaba el árbol en el asfalto.

Una línea que no podía traspasar.

—Hola —decía—. ¿Cómo estás?

—Llenas de gusanos —decía ella y tiraba las manzanas a la carretera, donde rodaban y rebotaban igual que quesos.

—No subas al coche —decía Jack.

—¿Qué coche? —decía ella y Merry, quien de repente estaba al lado de Jack, decía:

—Ese coche. —Y un coche azul se detenía.

Merry corría hacia él.

—¡No subas al coche! —gritaba Jack.

Pero su madre se ponía de pie, se limpiaba las manos en la parte delantera de su vestido blanco de verano, seguía a Merry y las dos se subían al coche.

«¡NO!»

Sonido de coche que se aleja.

Jack pedaleaba detrás de él, pero se le había olvidado montar en bicicleta y no hacía más que volcarse hacia un lado, por lo que tenía que apoyar un pie en el suelo y subir el pedal igual que un niño pequeño sin un padre que lo coja cuando se cae.

Al final se detenía en el asfalto polvoriento y miraba el coche azul desaparecer detrás de la curva.

Por la ventanilla trasera, Merry levantaba una única y triste mano a modo de despedida.

«¡Mamá!»

La palabra en sus labios lo despertó en el minúsculo calabozo, acurrucado y tiritando por el sudor. Se sentó despacio en el estrecho banco y esperó a que la pesadilla se disolviera a su alrededor. Pero

tardó mucho en desaparecer e incluso cuando supo que estaba completamente despierto, la dolorosa sensación de fracaso permanecía.

Jack miró el jarroncito con flores artificiales en el alféizar cerca del techo.

Ahora era él quien necesitaba que lo cogieran.

Marvel llamó a la puerta de la señora Angela While en Taunton. Resultó ser una versión ligeramente mayor de la nueva señora While. El mismo pelo rubio hasta los hombros, los mismos ojos azules, la misma cara redondeada.

Distinto talle.

—¿Señora Angela While? —dijo Marvel con cautela.

Y cuando esta asintió con la cabeza, dijo:

—Comisario Marvel. ¿Puedo pasar?

La casa era un caos creado por, y dividido a partes iguales entre, un niño pequeño y un perro de gran tamaño.

—Este es Robbie —dijo Angela While, como si a Marvel le importara una mierda—. Y este, Brutus.

Parecía tan embelesada con los dos que no dio muestras de reparar en lo poco que le interesaban a Marvel. Le sonrió radiante y le preguntó en qué podía ayudarlo.

—He venido por Adam While —dijo este—. ¿Su marido? —preguntó, solo para asegurarse.

—Exmarido —dijo Angela.

Marvel sintió que el mundo recuperaba una pizca de equilibrio.

—Exmarido —repitió—. Tengo unas cuantas preguntas sobre un caso sin resolver.

La sonrisa de Angela desapareció.

—¿Eileen Bright?

Marvel tuvo un escalofrío de emoción. Un comentario suyo al azar, Ralph Stourbridge cavilando con un colega y de pronto había nuevas pistas sobre un asesinato.

Parecía magia.

Atacó enseguida, aprovechando el desconcierto de Angela While.

—Tengo entendido que dejó usted a su marido el día que lo interrogaron sobre el caso. ¿Por qué?

La mujer abrió la boca, pero no contestó enseguida.

En lugar de ello, se sentó, atrajo a su hijo hacia sí y lo abrazó hasta que protestó. El perro se acercó, preocupado, y Angela While le puso una mano sobre la cabeza. Marvel pensó que parecía un cuadro victoriano, de esos que cuentan una historia y tienen un título acorde. *Esperando malas noticias* o *El telegrama*. Solo que con piezas de Lego por el suelo y una televisión con dibujos animados de fondo.

Luego Robbie se liberó de los brazos de su madre y volvió a sus juguetes y el perro también se apartó y se dedicó a olisquear la pernera del pantalón de Marvel como si tuviera intención de quedársela.

Marvel siseó con aspereza y Brutus salió de la habitación. Un minuto más tarde, Marvel lo oyó beber agua a lametazos grandes y espaciados.

Angela While lo miró a cámara lenta, con expresión de no entender.

—Dejó a Adam —le recordó Marvel—. ¿Por qué?

—Él... —dijo y a continuación se paró.

—Yo... —empezó y se detuvo de nuevo.

«A la tercera va la vencida», pensó Marvel, impaciente.

—No tengo pruebas —consiguió decir por fin Angela While—. De nada. Es importante que entienda eso. De haber tenido pruebas, habría ido a la policía en su momento. Pero no las tenía y sigo sin tenerlas.

«Se acabó la magia», pensó Marvel.

—Cuénteme lo que le parezca bien —dijo—. Estoy aquí para escuchar.

Por supuesto, eso era mentira. Marvel habría estado encantado de detenerla, a ella, al niño y al perro también, de creer que ayudaría a la investigación. Pero con los años había aprendido que eran muy pocas las ocasiones en que hacía falta ser sincero con las personas. Era mejor decirles exactamente lo que querían oír para así poder tener alguna posibilidad de oír lo que quería oír.

—El día que desapareció Eileen Bright —dijo Angela— tuvimos una discusión.

—¿Sobre qué? —dijo Marvel y se sentó en una silla sin esperar invitación, le pareció de lo más natural.

Angela apenas reparó en el gesto. Hablaba con los ojos casi fijos en su hijo, que estaba construyendo algo irreconocible, encajando piezas a la fuerza con los dientes apretados y los puños cerrados en lugar de ensamblarlas con facilidad, como hacían los niños sonrientes de la caja. Marvel se preguntó si le pasaba algo al Lego o al niño.

Angela While bajó la voz, miró a su hijo con intensidad y dijo:

—Estaba embarazada.

Marvel se estremeció como hacía siempre que esas cosas que parecían no tener relación de pronto encajaban.

Angela While había estado embarazada; Eileen Bright había estado embarazada; la nueva señora While estaba embarazada. Tenía que ser importante. Necesitaba saber de qué manera.

—Y a Adam se le metió en la cabeza que le había sido infiel. Menuda ridiculez. Era imposible que el niño no fuera hijo suyo. Imposible. ¡Él lo sabía! Pero se volvió loco. Como una auténtica regadera.

Rio a medias por cómo había pronunciado la expresión, pero fue una risa nerviosa, sin alegría.

—¿Le pegó alguna vez?

—Solo una. —Se tocó la mejilla, recordando exactamente el lugar a pesar de los muchos años transcurridos—. Siempre tuvo mal genio. No saltaba a menudo, pero cuando lo hacía, la montaba buena.

—¿Qué pasó? —dijo Marvel.

—Habíamos comido con algunos amigos en el Feathers y alguien hizo una broma. Un chiste tonto sobre que el niño se iba a parecer al lechero. Ya sabe, esas cosas que se dicen. Tonterías. Pero Adam se obsesionó. Cuando llegamos a casa, no dejó de hablar de ello y de enfadarse cada vez más hasta que yo me enfadé también y entonces me dio una bofetada. Yo se la devolví y le dije que se fuera, cosa que hizo.

—¿Cuánto tiempo estuvo fuera?

—No lo sé. ¿Horas? Y cuando volvió traía flores, bombones y un regalo ridículo para el niño. Una de esas espadas luminosas de *Star Wars* o de *Star Trek*. ¡Y ni siquiera había nacido!

—¿Notó algo extraño en el comportamiento de Adam cuando volvió a casa?

—No. —Angela suspiró—. Solo muchos «lo siento» y «te quiero». Hizo una pausa y se encogió de hombros.

—Nos reconciamos y seguimos con nuestra vida y cuando más tarde oí en las noticias que habían encontrado el cadáver de Eileen Bright, no se me ocurrió que hubiera ninguna relación. Solo me fijé porque también estaba embarazada. Qué horror.

Se estremeció y se frotó los brazos.

—Entonces, ¿por qué se fue usted?

Angela arrugó la cara como si estuviera intentando decidirse. Por fin dijo:

—Bueno, tenía una navaja...

Marvel sintió un cosquilleo en la nuca.

—¿Qué clase de navaja?

—Como un cortaplumas caro. Pero más grande. Al parecer costaba un dineral.

—¿Era como esta? —Marvel le enseñó la fotografía del arma homicida.

—Sí, como esa. No sabría decir si era exactamente esa, porque las navajas no me interesan una mierda, pero era muy parecida, con el mango nacarado. Siempre estaba jugueteando con ella y afilándola y limpiándola. Ya sabe cómo son los hombres con esas cosas... No se lo tome a mal. ¡Me ponía nerviosísima! Pero bueno, el caso es que antes de abandonarlo me di cuenta de una cosa: de pronto ya no tenía la navaja.

—¿Se refiere a cuando Eileen Bright fue asesinada?

—Por esa época más o menos. No puedo estar segura, por eso digo que no tengo pruebas ni nada, ¿entiende? No recuerdo las fechas exactas y nunca me fijé lo bastante en la navaja como para estar segura. Simplemente me di cuenta de que no se pasaba el día mimando la navaja como si fuera un bebé y que cuando le pregunté si la había perdido, me dijo que no, que la tenía en el piso de arriba. Pero créame, si esa navaja estaba en alguna parte de la casa, era en su bolsillo. Así que pensé que la había perdido, pero que no quería contármelo porque al parecer costó mucho dinero. Como si

eso me importara. Adam tenía un buen trabajo y nunca nos faltó nada. Y además tampoco era mi dinero, ¿no?

—No —estuvo de acuerdo Marvel.

Angela continuó.

—Bueno, pues pasó eso y no volví a pensar en ello hasta que, unos días más tarde, me llamó y me dijo que la policía lo estaba interrogando y pensé: «¿Qué coño?». No tenía ni idea de lo que podía estar pasando. Ni idea. Me dijo que lo único que hizo fue parar en la autopista para hacer pis y pensé, «¿es eso un delito?». A ver, todo el mundo ha hecho pis alguna vez al borde de la carretera, ¿no? Pero entonces dijo que había sido cerca de donde encontraron el cuerpo de Eileen Bright y... bueno... de repente todo me encajó. Ya sabe, que me pegara aquella vez, los celos y la discusión por el bebé, la navaja desaparecida, que lo encontraran en el mismo sitio en que apareció el cuerpo...

A medida que recitaba la lista de cosas, su voz se volvió cantarina. Luego suspiró y miró a Marvel sin pestañear.

—Ni siquiera esperé a que volviera a casa. Cogí unas cuantas cosas y me fui donde mi madre. Al principio no dejaba de llamar, de suplicarme, pero me negué a verlo. Luego, unas semanas más tarde, se presentó en casa de mi madre con la dichosa navaja, diciendo que la había encontrado. ¡Como si eso fuera a cambiar algo! Porque el problema no era la navaja. Lo nuestro se había terminado porque en mi corazón sentía...

Se interrumpió otra vez.

—¿Que la mató? —dijo Marvel.

—¡Uy, no! —Angela puso mala cara y a continuación bajó la voz a un susurro—. Pero sentía que era capaz de matar. —Acarició el pelo a su hijo y se encogió de hombros—. Y con eso era suficiente.

Marvel asintió con la cabeza. Cerró su libreta y se levantó.

Pero Angela While no levantó la vista. Siguió acariciando al niño. Bañándolo de amor con cada roce de las yemas de sus dedos como solo puede hacer un progenitor.

Y como solo puede hacer un hijo, Robbie hizo caso omiso de ella y siguió metiendo por la fuerza unas piezas de Lego en otras.

—¡Mira! —dijo sosteniendo un bloque de ladrillos de colores.

—Está genial, cariño —dijo Angela con una sonrisa deslumbrante.

Marvel no sabía cómo conseguían hacer eso las madres.

—¿Ve Adam a su hijo?

Angela negó con la cabeza y bajó la voz.

—No. Y no quiero que lo vea. Lo llamé cuando nació Robbie. Porque, a ver, él tiene derecho, ¿no? Pero dijo que no le interesaba... —Rio con amargura y se sonó la nariz en un pañuelo de papel que se sacó de la manga del jersey—. Dijo que iba a empezar una nueva vida y a hacerlo mejor.

—¿Hacer qué mejor? —dijo Marvel.

—¿Quién sabe? —Angela suspiró—. Solo me alegro de que no lo haga con nosotros.

Marvel no regresó a Tiverton hasta que el sol se hubo escondido detrás de las colinas de Exmoor.

Después de ver a Angela While, llamó a Ralph Stourbridge y le informó de los acontecimientos del día. No le había contado todo, por supuesto. Por ejemplo, no le dijo que había sujetado y esposado a la mujer equivocada. A la mujer embarazada equivocada.

Ni que la había llamado mamífero. No era un insulto sexista oficial, evidentemente, como «zorra» o «vaca». Pero a Marvel no le habría gustado nada oírlo durante una comisión disciplinaria, que es donde habría terminado si Catherine While no le hubiera arañado en la frente con su anillo de compromiso en un afortunado golpe de revés.

Marvel se aseguró de que comprendía que tenía mucha suerte de que estuviera dispuesto a pasar por alto la agresión a un agente de policía mientras se resistía a que la detuvieran. Claro que ella no parecía interesada en presentar una queja sobre el pequeño forcejeo que mantuvieron. Al parecer la había consternado tanto enterarse de que su marido no era una virgen dentro de una urna de cristal antes de conocerse que solo quería que Marvel saliera de la casa para ponerse a llorar y a conspirar.

O lo que fuera que hiciera una mujer cuando se sentía despechada.

En cualquier caso, Marvel tenía que reconocer que se había librado por los pelos. Claro que en peores se las había visto. Era normal que un hombre como él, que se arriesgaba y actuaba por instinto, cometiera equivocaciones en su carrera profesional, y esta era una más. Aunque sin duda sería una buena historia con la que entretener a sus amigos en el *pub*. Si es que encontraba un *pub* decente en aquel poblacho de mierda lleno de ovejas.

Y si hacía amigos.

Qué coño. ¡Le daba igual! Librarse por los pelos siempre le hacía sentirse vivo de la manera que solo lo consiguen las experiencias cercanas a la muerte. Nada hacía latir su corazón como evitar un

precipicio, esquivar una bala o que se terminara una aventura amorosa.

Sacó un cigarrillo del paquete y se lo puso entre los labios, disfrutando del sucio sabor químico del filtro. No tenía cerillas, pero de momento aquello bastaba.

Subió el coche a la acera de la puerta de la comisaría y lo aparcó allí. En la comisaría no había aparcamiento y no tenía tiempo de dejar el coche en el supermercado y salir por el parque como hacía todo el mundo.

Miró la hora. Aún era de día, gracias al verano, y el aire seguía siendo cálido y el cielo, un poco azul. Marvel hizo una mueca de desagrado cuando una oveja baló a una distancia preocupantemente escasa. Apagó el motor y se quedó allí sentado mientras barajaba un millón de combinaciones en su cabeza.

Investigar un asesinato era como hacer un puzle en la oscuridad. Siempre buscando a tientas, probando, cambiando. Coger una pieza, dejarla, volverla a coger. Así todo el rato.

Intentando que encajaran.

Marvel se sentía ahora más cerca de ver el dibujo completo de lo que había estado Stourbridge jamás.

Pero también más lejos, porque la imagen se la había dibujado un mentiroso. Un ladrón en serie que dio por hecho haber encontrado la navaja que mató a su madre en una de las casas que había robado.

Marvel resopló. Aquella podía muy bien ser la mayor coincidencia que se había encontrado en sus veintidós años en homicidios. O quizá eran figuraciones retorcidas de un delincuente trastornado.

De no haber estado tan desesperado por investigar un asesinato, habría optado por lo segundo.

Pero quería un asesinato.

Lo quería y mucho.

De manera que estaba preparado para considerar la primera opción y escarbar más hondo, arriesgarse más.

Cuando se trataba de resolver un crimen, Marvel tenía una técnica única. Le gustaba pensar que todo el humo era fuego, solo para comprobar adónde lo llevaba.

Así que...

Adam While atacó a Jack Bright y prendió fuego a su casa.

Una mujer que había amado a Adam While lo creyó capaz de asesinar y While había ocultado ese pasado a la mujer que lo amaba ahora.

While se había mostrado celoso y enfadado con su mujer embarazada el mismo día que mataron con una navaja a Eileen Bright, embarazada.

Lo habían encontrado en el área de descanso donde apareció la navaja, cerca del cuerpo. Y tenía una navaja muy parecida.

Seguía teniendo la navaja.

Solo que no era la navaja correcta.

—¡Mierda! —gritó Marvel al volante—. ¡Me cago en la puta!

La ventanilla estaba bajada y una mujer que empujaba un carrito de supermercado dijo:

—¡No hace falta usar ese vocabulario!

—¡Y usted qué sabrá! —le contestó Marvel, luego sacó la cabeza por la ventanilla y le gritó—: ¡Oiga! ¿Está usted robando ese carrito?

La mujer se alejó corriendo sin dejar de mirar hacia atrás.

Marvel desistió y volvió a fijar la vista furioso en el volante. Lo mirara como lo mirara, el chico era la clave.

No había casi duda de que era Ricitos de Oro y, con su colaboración, el caso estaría cerrado en un periquete. De hecho, habría más de cien casos cerrados. Montones de robos en domicilios que eliminar de los expedientes abiertos y que subirían la tasa de resolución de casos en un instante. Significaría que el primer caso de Marvel en el nuevo cuerpo habría sido un éxito absoluto. Lo ayudaría mucho a lograr ese estatus que tanto ansiaba, sin necesidad de años de duro trabajo.

Solo había un problema.

Marvel no podía detener a Adam While por el asesinato de Eileen Bright. Sin un vínculo con el arma homicida, lo único que tenía contra While era la misma ausencia de pruebas que tuvo Stourbridge tres años antes.

Además de una exmujer con un presentimiento.

Marvel bajó del coche y cerró de un portazo. Estuvo a punto de chocar con Reynolds nada más cruzar la puerta acristalada de la pequeña comisaría.

—¿Ha habido suerte, señor?

—Algo.

—¿Lo bastante como para detener a Adam While?

—No —dijo Marvel con sequedad—. ¿Habéis terminado en la casa?

—Casi, señor. Todo lo que hay que devolver a Exeter está en la furgoneta. Solo quedan objetos personales y ropa de Rice y mía que recogeremos mañana.

—Bien —dijo Marvel—. Te dije que la casa señuelo funcionaría.

—Lo dijo —dijo Reynolds—. Y así ha sido.

—¿Dónde está Parrott?

—Se marchó cuando terminó nuestro turno.

Marvel pasó por alto el hecho de que Reynolds siguiera allí después de terminado su turno.

—¿Ha llegado el abogado de oficio?

—Parece que tiene problemas con el coche, señor —dijo Reynolds—. Me preocupa un poco estar reteniendo al chico tanto tiempo sin un representante legal.

—Ya hemos pedido un abogado —dijo Marvel, irritado—. No es culpa nuestra si se lo toma con calma.

Entró Elizabeth Rice con una gran bolsa de manzanas y un sándwich.

—Es para Jack —dijo—. No come comida de McDonald's.

—Te lo dije —dijo Reynolds.

Rice hizo como que no lo había oído y cogió la llave del calabozo de la agente de nariz rubicunda que estaba en recepción. Desapareció por el pasillo.

—Menuda vida que ha llevado —dijo Reynolds pensativo—. Un chico de su edad manteniendo a su familia a base de robar. Es dickensiano, ¿verdad?

Marvel gruñó.

Rice gritó alguna cosa.

Marvel y Reynolds se miraron con el ceño fruncido.

—¿Qué ha dicho? —dijo Marvel.

—No lo he entendido —dijo Reynolds.

Los dos echaron a andar por el pasillo.

—¡Rice! —dijo Reynolds y medio echó a correr—. ¡Rice!

Rice estaba en el calabozo con las manzanas y el sándwich.
—¡Se ha ido!

—¿¡Unas monedas!?... ¿¡Unas monedas!?

Pasaron pies. Alguien dejó caer algo en el envase de helado.

—Gracias —dijo el vagabundo.

Más pies.

Se detuvieron.

—¿¡Unas monedas!?

Pero no hubo el correspondiente ruido de dinero en el envase.

El indigente levantó la vista y dio un respingo a la vez que cogía el envase y se lo pegaba al pecho mientras encorvaba un hombro para protegerse la oreja.

Pero el chico no le pegó.

En lugar de ello, le tiró algo.

¡Una serpiente!

El hombre gritó de miedo cuando se posó en su regazo con sus rayas venenosas.

Pero no era una serpiente. Era una corbata. De seda roja con rayas muy blancas.

—Necesitamos un adulto que viva con nosotros —dijo Jack—. Si todavía quieres volver a casa.

—¿Cómo coño? —dijo Marvel.

El colchón estaba apoyado de cualquier manera contra la pared bajo la ventana, pero esta seguía cerrada. Había flores artificiales y ceras por el suelo.

—¿Cómo coño? —repitió Marvel.

Pero al cabo de un rato lo entendieron.

Jack Bright había apoyado el colchón contra la pared debajo de la ventana y se había subido a él, o había saltado desde él, para alcanzar las flores del alféizar. Había hecho una ganzúa con el tallo de alambre de una de las flores y abierto la puerta del calabozo. Después se las había arreglado para pasar por delante de la recepción y salir por la puerta principal.

—Vamos a coger a ese cabroncete —dijo Marvel.

Como tenía el coche aparcado en la puerta, se metieron todos en él, Rice todavía con las manzanas y el sándwich.

Marvel arrancó el motor.

—¿Adónde vamos, Reynolds?

—¿Señor?

—¿Cuál es la dirección?

—Esto... No lo sé, señor.

Marvel lo miró fijamente.

—¿No te sabes su dirección?

—No.

—Pero si eres el oficial encargado de su arresto.

Ahora tanto Marvel como Rice miraron a Reynolds, que empezó a sudar.

—¿No le pediste la dirección?

—No, señor.

Hubo un silencio tenso y a continuación Marvel dijo:

—Por favor, dime que le leíste sus derechos.

—Señor... —empezó a decir Reynolds y Marvel dio un puñetazo tan fuerte al salpicadero que este crujió.

—¡Serás gilipollas, Reynolds!

—Señor, es que... era una situación rara. No fue una detención normal, como muy bien sabe. Lo que quiero decir es que el chico estaba en la cama y... Vaya, que fue todo muy raro y reconozco que me descolocó un poco.

—Y entonces ¿qué son esas chorradas en tu libreta sobre capturar a Ricitos de Oro sin ayuda? La gilipollez esa de «Me abalancé sin hacer ruido». ¡Cuando resulta que no solo no te abalanzaste, sino que ni siquiera le leíste sus derechos a ese niñato de mierda! ¡Lo que significa que no ha huido de la justicia, puesto que no estaba retenido legalmente! ¡Por Dios! ¡Volvemos a estar en la puta casilla uno! ¡No! ¡En la casilla menos uno, porque ahora sabe que vamos tras él!

—Pido disculpas, señor —dijo Reynolds envarado y en un tono que daba a entender que era hora de que Marvel se sobrepusiera.

—¡A tomar por culo tu disculpa! —gritó Marvel—. ¡A tomar por culo! Y no pienso llamar a Stourbridge. Lo llamas tú, le pides la dirección y le explicas cómo el principal sospechoso del caso Ricitos de Oro se ha escapado del calabozo y ahora no sabemos dónde encontrarlo porque la cagaste con el arresto.

—Señor —dijo Rice desde el asiento trasero.

—¿Qué? —dijo Marvel con brusquedad.

—¿Quizá Toby sepa la dirección?

—¿Quién cojones es Toby?

—El agente Parrott, señor —dijo Rice—. Lleva aquí la tira de años y aunque no participó en la detención, seguro que sabe dónde viven los Bright. ¿O no?

Hubo un breve silencio y a continuación Marvel dijo:

—Buena idea, Rice. ¿Dónde está Parrott?

—Imagino que se ha ido a casa, señor —dijo Reynolds.

—Pues imagínate que lo llamas —dijo Marvel—. E imagina también que le dices que necesitas que te salve el culo.

—¿Y tú quién eres? —dijo Merry suspicaz desde la puerta del cuarto de estar y entonces, antes de que al hombre le diera tiempo a contestar, sus ojos se posaron en el envase—. ¿Tienes helado?

—No —dijo él—. Lo siento. —Miró a Jack—. Debería haber traído helado —dijo—. Debería haber traído algo.

—No importa —dijo Jack—. No esperábamos nada de ti.

—¿Quién eres? —volvió a decir Merry.

—Es papá —dijo Jack sin rodeos.

Merry miró al hombre con el ceño fruncido. Se quitó los dientes de vampiro y lo examinó de arriba a abajo.

La barba. La ropa sucia. La corbata roja de seda alrededor del cuello.

—¡Qué alta estás, Merry! —El padre dio un paso hacia ella, pero Merry rodeó el marco de la puerta y se metió en la habitación para mantener la distancia.

El padre se detuvo, se tocó la mejilla y miró a Jack.

—Es por la barba. Me la afeitaré.

Sonrió vacilante. Sus hijos, no.

Paseó la vista por el recibidor quemado, la moqueta rugosa, la puerta principal con la pintura levantada. Luego miró de nuevo a Merry.

—¿Qué estás leyendo?

Merry miró el libro que tenía en la mano, con el dedo a modo de marcapáginas, y le leyó la cubierta.

—*It*, de Stephen King.

El padre frunció el ceño.

—¿No eres un poco pequeña para leer eso?

—Trata de payasos en las alcantarillas —dijo Merry con desdén—. No es real.

El padre rio, inseguro.

—Os he echado de menos —dijo—. Os he echado muchísimo de menos.

Habló con una voz llena de emoción, pero nadie se hizo eco de sus palabras.

—¿Dónde has estado? —preguntó Merry.

—Bueno... He estado fuera un tiempo.

—Mucho tiempo —le corrigió Merry.

—Tienes razón. Demasiado. Lo siento muchísimo.

—¿Estabas triste? Joy dijo que estabas triste.

—Sí, lo estaba —asintió—. Muy muy triste. Me sentía... Bueno, da igual cómo me sintiera. No debería haberme ido. Pero no ha habido un solo día que no haya pensado en vosotros ni os haya echado de menos y quería volver a veros.

»Habría venido antes, pero... —Se encogió de hombros y miró a Jack—. Pero lo entiendo. De verdad que lo entiendo.

Luego se enderezó y se alisó la corbata, como preparándose para una entrevista de trabajo.

—Pero ahora estoy en casa. Esta vez lo voy a hacer mejor, lo prometo.

Sonrió a Merry, pero esta se limitó a mirarlo con inexpresiva solemnidad.

Jack abrió su mochila.

—Te he traído un traje —dijo—. Para que puedas conseguir un trabajo.

Lo colgó encima de la puerta del cuarto de estar. Era bonito. Gris claro.

—Gracias.

—Los zapatos tendrás que comprártelos tú.

—¿Papá?

Todos levantaron la vista.

Joy estaba en la puerta del cuarto de estar, sucísima y resplandeciente de alegría.

Se tiró a los brazos de su padre y este la cogió.

Toby Parrott tardó quince largos minutos en coger en teléfono. Marvel lo supo con exactitud porque no dejó de ordenar al cada vez más sudoroso Reynolds que siguiera marcando el número mientras esperaban en el coche.

Durante la espera, Marvel planeó su estrategia.

No sabía quién abriría la puerta en la casa de los Bright, pero sí sabía que no tenía orden judicial. En otras circunstancias habría exigido entrar para buscar a un prisionero huido mientras estaba retenido legalmente. Pero ahora, gracias a Reynolds, el prisionero nunca estuvo retenido legalmente y, por lo tanto, no se podía decir que hubiera huido. Joder, si es que si se le antojaba, Jack Bright podía demandar a dos fuerzas policiales por retenerlo en un calabozo sin haberlo detenido, sin presentar cargos y sin un representante legal. Y siendo menor, además.

De modo que, aunque era algo contrario a su naturaleza, Marvel sabía que tenía que proceder con sumo cuidado. Ser cordial. Buscar consentimiento.

Era irritante, pero así estaban las cosas.

Cuando por fin Parrott contestó el teléfono, Reynolds habló en frases susurradas, entrecortadas, y al minuto colgó.

—Está en Blundell's Road —dijo—. No sabe el número, pero dice que reconocerá la casa cuando la vea, así que se reunirá con nosotros en el concesionario que hay allí.

Marvel arrancó el motor, el coche bajó de la acera y trazó un semicírculo con un chirrido de ruedas. Miró la rodilla del oficial, que se movía nerviosa.

—¿Estás contento, Reynolds? —dijo—. ¡Vas poder coger a Ricitos de Oro dos veces!

En el cálido crepúsculo estival fueron sacando fajos de periódicos de la casa al jardín.

Al principio fue un proceso lento: arrancar gruesos pedazos de papel impreso de las paredes del cañón y llevarlos fuera, donde Arthur Bright estaba formando una cuidada pirámide en el centro del jardín. Pero cuanto más descendía la pared del cañón, más se entusiasmaba Joy y su entusiasmo era contagioso, de manera que a los pocos minutos los tres hermanos entraban y salían corriendo por la puerta trasera, riendo y chocándose en el umbral, chillando cuando veían escabullirse a una araña y resbalando y patinando con ejemplares caídos de *The Times*, del *Daily Mail* y de la *Tiverton Gazette*.

De manera lenta pero segura, una de las paredes del cañón desapareció de la cocina y dejó una ancha franja de pálido suelo.

Mientras Joy y Merry seguían sacando periódicos, Jack se detuvo y miró el suelo, asombrado de que llevara allí todo ese tiempo y de lo fácil que había sido encontrarlo. Luego cogió otro montón de periódicos de la encimera y salió.

Hubo un momento en que Arthur levantó una mano.

—Creo que por ahora es suficiente. —Sonrió.

Jack, Joy y Merry lo vieron, con ojos brillantes y sin aliento, meterse la mano en el bolsillo y sacar una caja de cerillas.

—Ahora, apartaos —dijo.

Anocheecía cuando Toby Parrott los saludó con la mano bajo la luz que salía del concesionario lleno de coches de lujo. Marvel no había visto un solo coche de lujo en las calles de Tiverton y tomó nota mental de sospechar muchísimo del vendedor en cuanto tuviera ocasión.

Parrott corrió hacia ellos vestido con un chándal muy desgastado, lleno de pelotillas y pesquero. Se subió a la parte de atrás con Rice y Marvel condujo despacio por Blundell's Road.

—Creo que es esa —dijo Toby Parrott señalando una casa.

—¿Estás seguro? —dijo Reynolds.

—Todo lo seguro que se puede estar.

—Si no es esa, podemos llamar a las puertas de los vecinos —dijo Rice—. Alguien los conocerá.

—No son horas ya para hacer eso, ¿no? —dijo Reynolds.

Marvel lo miró con desdén por el espejo retrovisor.

—¿Se puede saber qué te pasa, tío? ¡Somos la policía!

Aparcó de cualquier manera y salieron todos del coche. Marvel miró la pulcra casita adosada. No era lo que había esperado. Pero nada de lo relacionado con Ricitos de Oro lo había sido.

Las ventanas estaban limpias y había una franja de más de un metro de césped cuidado detrás de un murete.

«Como los chorros del oro», pensó.

Husmeó el aire.

—¿Es humo?

El ventanillo de cristal de la puerta estaba roto y al otro lado oían a una niña llorar como si se le estuviera rompiendo el corazón.

Marvel fue hasta la puerta. Vaciló un segundo, luego se inclinó y miró por el ventanillo. Dentro estaba muy oscuro, pero logró distinguir a una niña pequeña sentada en el suelo del recibidor, estrechando un balón de fútbol contra el pecho y llorando como una magdalena.

Marvel llamó a la puerta. El llanto no cesó.

Llamó otra vez, más fuerte.

Arrugó la nariz y miró a Rice y a Reynolds, a quienes se había unido Parrott.

Rice cruzó la calle para ver mejor la casa.

—¡Algo se está quemando en la parte de atrás, señor!

Marvel aporreó la puerta.

—¡Eh! —le dijo a la niña—. ¿Estás bien?

La niña se volvió a mirarlo y, despacio, negó con la cabeza.

—¡No! —gimió y siguió llorando.

—Mierda —dijo Marvel—. ¡Apártate!

Retrocedió unos pasos y corrió hacia la puerta. Chocó contra ella con fuerza y rebotó, tambaleándose hacia atrás con los brazos en el aire.

Reynolds lo sujetó y evitó que tropezara con el murete en el instante preciso en que un hombre demacrado y sin afeitar con una camisa caqui y una corbata de seda roja abría la puerta.

—Hola.

Marvel buscó con torpeza su identificación.

—¿Señor Bright?

—Sí.

—Estamos buscando a Jack.

—Un momento —dijo Bright y volvió la vista, distraído, a la niña que lloraba en el suelo.

Se volvió, la levantó y regresó a la puerta con ella sentada en la curva del codo, aún llorando y con la cabeza apoyada en su hombro. Marvel vio que lo que sujetaba no era un balón de fútbol, sino una tortuga de gran tamaño con expresión paciente, como si ya hubiera vivido todo aquello.

—Está disgustada por el césped —dijo Bright crípticamente.

—¡Lo acabo de cortar! —gimió la niña cubierta de lágrimas—. ¡Y ahora se está quemando!

—Volverá a crecer, Merry. Te lo prometo. —Bright le dio unas palmaditas en la espalda y le explicó a Marvel—. Estamos haciendo un poco de limpieza.

Sonrió y Marvel trató de hacer lo mismo, aunque la demora le estaba poniendo nervioso. «Sé cordial», se recordó. «O pondrán una demanda.»

Bright apartó un poco a su hija para poder verle la cara.

—Le estás llenando los ojos de sal a Donald.

La niña dejó de llorar y se sorbió los mocos mirando a la tortuga. La dejó en el suelo y entró en la casa.

Marvel abrió la boca para preguntar de nuevo por Jack, pero antes de que pudiera hablar, Reynolds dijo:

—¡Esa corbata es mía!

—Reynolds... —dijo Marvel con sequedad.

Pero Reynolds se inclinó para mirar detrás del señor Bright y dijo:

—¡Y ese es mi traje!

Y antes de que Marvel pudiera detenerlo, Reynolds apartó con un hombro al sorprendido señor Bright y cogió un traje gris claro de donde estaba colgado en la puerta del cuarto de estar.

—¡Oiga, no puede entrar aquí! —dijo Arthur Bright—. ¿No necesitan una orden judicial o algo?

«¡Mierda!» Ya había salido la dichosa orden. Marvel miró furioso a Reynolds, pero este abrió desafiante la chaqueta para mostrar una etiqueta con un nombre cosida en el forro.

REYNOLDS.

—¿Ven? —dijo.

Y entonces, muy despacio, Marvel sonrió.

—Señor Bright —dijo—, hemos venido a registrar su casa en aplicación de la Ley de Delitos contra la Propiedad de mil novecientos sesenta y ocho, puesto que hay objetos robados a la vista y existe la duda razonable de que en el interior haya más objetos robados, o se encuentre el autor del delito de robo, durante la comisión del cual han podido ser substraídos dichos objetos. ¿Lo entiende?

—No —dijo Bright con expresión perpleja—. ¿Hay alguien que sí?

Jack se sentó en la hierba y miró a Joy bailar alrededor del fuego. De cuando en cuando echaba un fajo de periódicos a la hoguera o la atizaba con un rastrillo viejo y reía al ver las chispas que explotaban en el pálido cielo nocturno.

Delicados pétalos grises de ceniza caían a su alrededor como suave nieve.

Merry salió de la casa y dejó a Donald en su corralito, bien lejos de las llamas.

—¿Por qué te busca la policía?

—¿Qué? —dijo Jack—. ¿Dónde?

Merry señaló con el dedo.

—Están en la puerta principal.

Jack se puso enseguida de pie. Por entre las llamas vio sombras oscuras moverse por la casa y el miedo le atenazó la garganta.

«Esos cabrones siempre terminan encerrándote por algo.»

Durante un único y estremecedor momento se quedó allí, paralizado por el pánico.

Luego abrazó con fuerza a Merry.

—No digas nada —dijo.

A continuación saltó la valla al jardín de la señora Reynolds.

Jack corrió a la puerta y llamó fuerte.

La señora Reynolds no contestó.

Llamó de nuevo, mirando desesperado al otro lado de la valla y hacia la ventana de su cuarto, en cuyo alféizar seguía el marquito de fotos vacío. Si alguien miraba ahora por esa ventana, lo vería encogido ante aquella puerta y no podría hacer nada al respecto.

Llamó otra vez. «¡Venga!», gritó en su cabeza. «¡Venga!»

Entonces la señora Reynolds vino. La vio a través del cristal. No parecía contenta de verlo y, por un momento atroz, Jack pensó que iba a hacerle un gesto para que se fuera y negarse a abrir.

Trató de no parecer preocupado. Y de no dar la impresión de estar huyendo de la policía. Serenó la respiración. Enderezó la espalda. Se obligó a sonreír.

Con el ceño fruncido, la anciana señora quitó el cierre de la puerta y la abrió.

—¿Qué quieres? —dijo.

—Hola —dijo Jack—. He venido a arreglarle el cortacésped.

Jack Bright no estaba en la casa.

No era una casa fácil de registrar y les llevó más tiempo del esperado. Todas las habitaciones eran un laberinto de paredes hechas de periódico, túneles y caminos sin salida. Y cuando pensaban que habían agotado la búsqueda, se daban cuenta de que una pila de papel era una cama y tenían que mirar debajo o de que una pared escondía un armario que no podían abrir.

Parrott vio un ratón y la casa entera olía a moho. Y a algo más que Marvel no quería identificar. No era de extrañar que Jack Bright quisiera escapar del radar de las autoridades manteniendo el césped cortado y las ventanas limpias. El interior de la casa no era apto para perros y mucho menos para niños.

En el dormitorio del fondo Marvel encontró un marco de fotos vacío y, en el suelo, la fotografía arrugada de dos niños y un balón

de playa.

A pesar de todo, se le escapó una carcajada breve y amarga.

Ahora estaba en penumbra, con ceniza cayendo a su alrededor y mirando furioso el fuego que chisporroteaba en el jardín.

Ese cabroncete les había dado esquinazo. No tenía ninguna duda de que Jack había estado allí recientemente. Tan recientemente que era probable que el tiempo que les había hecho perder Arthur Bright en la puerta hubiera sido decisivo.

Las dos hermanas lo miraban en silencio.

—¿Dónde está vuestro hermano? —quiso saber.

—No lo sé —dijo la mayor.

—Yo tampoco lo sé —dijo la niña de la tortuga.

Marvel frunció los labios.

—¿Queréis diez libras? —dijo—. ¿Cada una?

—No —dijo la hija mayor mientras la pequeña decía:

—Sí, por favor.

De manera que Marvel miró solo a la pequeña. Se inclinó y apoyó las manos en las rodillas para estar a su misma altura.

—Si me dices dónde está tu hermano, te doy diez libras.

—Mmmm... —La niña arrugó la cara como si estuviera pensando.

—Por cinco libras te cuento cosas de vampiros —dijo levantando cinco deditos por si Marvel no sabía contar—. O de gusanos, por tres.

Marvel se enderezó. Se sacudió ceniza de los hombros y volvió a la casa, gritando:

—¡Registrad otra vez!

*

Como ocurre con muchas cosas en la vida, al cortacésped de la señora Reynolds no le pasaba nada que no pudiera arreglarse con una buena limpieza y un poco de lubricante WD40.

Jack se sentó en una lata vieja de pintura y usó un cincel que encontró en una caja de herramientas para raspar varias temporadas de hierba tiesa y reseca del interior de la falda del cortacésped.

Había cerrado la puerta del cobertizo. Le había dicho a la señora Reynolds que era para que no entrara ceniza. Nada más cerrar, se había quedado con la oreja pegada a la madera tratando de oír lo que ocurría en la casa de al lado.

Pero con la puerta cerrada no oía gran cosa, de manera que encendió la luz, colocó el cortacésped sobre el lado bueno para que el aceite no manchara el filtro de aire y se puso a trabajar.

Una vez limpió el interior de la falda, vio que había más hierbas largas enroscadas en el eje de la cuchilla. Eso la ralentizaba y hacía que se atascara. Las fue cortando y retirando con cuidado.

Cayó en la cuenta de que se estaba divirtiendo. Mejor aún, se sentía él mismo por primera vez en años. Como un niño que ayuda a una vecina. Era una sensación agradable.

Se sobresaltó cuando la señora Reynolds abrió la puerta. No dijo nada. Se quedó mirando cómo Jack rociaba el eje ya limpio con lubricante para que la cuchilla girara con facilidad.

—¿Qué tal está tu hermana?

—¿Cuál de ellas? —dijo Jack.

—La cazavampiros.

Jack sonrió.

—Ahora le ha dado por los payasos siniestros. Ella es así. Descubre una cosa nueva y lo quiere saber todo sobre ella. Se lee todo lo que encuentra. Tengo que estar siempre trayéndole libros porque se los termina enseguida.

Limpió el enchufe y rellenó el filtro del aceite.

—Llevo semanas pidiéndole a mi hijo que haga esto —dijo la señora Reynolds—. No hay manera.

Jack se puso de pie, colocó bien el cortacésped y tiró de la cuerda de arranque. Enseguida se puso a rugir, pero solo un instante, porque Jack la apagó para que el cobertizo no se llenara de gases de escape.

—Es un buen cortacésped —dijo Jack—. Debería durar años. Pero hay que mantenerlo limpio por debajo, si no, la hierba muerta lo atasca.

—¡Hola!

Jack miró hacia la puerta, sobresaltado. «¡Marvel!»

La señora Reynolds salió dejando la puerta del cobertizo entreabierta y Jack atisbó fugazmente a Marvel mirando por encima de la valla. Se agachó de inmediato para salir de su campo de visión. Si Marvel se acercaba mucho más, o la puerta se abría un poco, no tendría dónde esconderse.

Veía al comisario por la rendija de la puerta, apoyado en la valla con una mano y sosteniendo su identificación con la otra. Debía de haberse subido al invernadero. Jack frunció los labios. ¡Más le valía no romperlo!

—Estamos buscando a su vecino —dijo Marvel—. Jack Bright. ¿Lo conoce?

Jack contuvo la respiración.

—Sí, claro —dijo la señora Reynolds mientras miraba la identificación y luego dijo—: Mi hijo también es policía.

Marvel hizo como si no la hubiera oído.

—¿Ha visto a Jack esta tarde?

—¿Por qué? —preguntó la señora Reynolds, suspicaz—. ¿Qué ha hecho?

—Se lo busca por robo con allanamiento.

—¡Robo con allanamiento! —dijo la señora Reynolds con tono escandalizado y miró hacia el cobertizo.

Jack se encogió de miedo y deseó (suplicó mentalmente) que la señora Reynolds apartara la vista, pero en lugar de ello, la anciana fue derecha hacia él. Por la rendija, Jack la vio acercarse cada vez más y tenía los dientes tan apretados que le dolía la mandíbula; mientras, sus esperanzas desaparecían igual que agua por un sumidero.

La señora Reynolds puso la mano en la puerta del cobertizo.

Y la cerró.

Jack parpadeó, atónito. Oyó girar la llave en la cerradura y a continuación el ruido de una maceta que arañaba el suelo al ser cambiada de sitio.

—Me parece que está usted equivocado —dijo—. Por aquí nadie roba nada.

Jack esperó a que volviera la señora Reynolds.

Arrimó la lata de pintura a la pared del cobertizo para poder recostarse y cerrar los ojos. Los gases de escape se habían disipado y podía oler la madera. Cuando se estaba dejando llevar por el sueño, le vino a la cabeza el almacén de madera.

«No vuelvas por aquí.»

El recuerdo le provocó una mueca de dolor y a continuación volvió a relajarse. La cabeza se le dobló hacia el pecho. Estaba muy cansado. Se sentía capaz de dormir por Inglaterra entera.

Estaba casi dormido, en ese maravilloso umbral entre dos mundos crueles, cuando oyó un arañazo metálico y la señora Reynolds abrió la puerta.

Jack se puso de pie enseguida y los dos se miraron.

—Ven conmigo —dijo por fin ella.

La siguió a través del patio hasta la puerta trasera de la casa.

—Quítate los zapatos, por favor.

Jack lo hizo y cruzó la cocina reluciente hasta un cuarto de estar tan ligero y floral que era como tener el verano dentro de casa.

La señora Reynolds señaló un pequeño sofá de terciopelo crema y Jack se sentó despacio y se puso las zapatillas sucias encima de las rodillas. La señora Reynolds llevaba mocasines de piel blancos y suelas inmaculadas.

—Me gusta tener limpia la moqueta —dijo y Jack pensó en todo el café que había derramado, el vino tinto que había tirado y la comida que había pisado en innumerables moquetas durante el último año. Moquetas que, supuso ahora, pertenecían a personas como la señora Reynolds, quien no lo delató a Marvel a pesar de que su hijo era policía.

Se ruborizó de vergüenza. Ninguna de esas cosas le había devuelto lo que había perdido.

—¿Robas casas? —dijo la señora Reynolds, sorprendiendo a Jack con su franqueza.

Este tomó aire y se preparó para mentir. Luego dijo:

—Robaba.

—Pero ya no —dijo la señora Reynolds y juntó las manos con firmeza, como si su decisión ya estuviera tomada y la de Jack fuera una mera formalidad.

Luego se levantó y fue a la repisa de la chimenea, donde había una colección ecléctica de figuritas de porcelana. Damas elegantes, pastores con flautas, arlequines, toreros...

Jack pensó en su martillo. En cómo quedarían reducidas a polvo.

La señora Reynolds cogió una de las figuritas y se la dio a Jack.

—Es para tu hermana —dijo.

Era un payaso. De diez centímetros de altura y rostro triste, con una flor amarilla gigante, pantalones holgados de cuadros y un ramillete de globos atado a un grueso cordel de porcelana color rojo.

Jack levantó la vista, pero la señora Reynolds ya se dirigía a la puerta principal. La siguió y al llegar al recibidor se metió el payaso en el bolsillo para poder ponerse las zapatillas.

—Creo que deberías salir por delante, por si alguien te está esperando en tu casa. ¿No te parece?

Jack no lo había pensado. Pero la señora Reynolds tenía razón.

—Sí —dijo asintiendo con la cabeza.

—¿Cuántos periódicos va a quemar tu padre?

Jack miró a la señora Reynolds con los ojos muy abiertos y dijo:

—Muchos.

La señora Reynolds frunció los labios y dijo.

—Puf.

Luego abrió la puerta, se asomó para asegurarse de que el camino estaba despejado e indicó a Jack que saliera.

Este se volvió para darle las gracias, pero la señora Reynolds ya le había cerrado la puerta en las narices.

—¿Por qué no me contaste que ya habías estado casado?

Adam llegó a casa con un caballito de juguete con ruedas. Llamó y, al abrir la puerta, Catherine se lo encontró allí, solo. Luego Adam relinchó desde la esquina y apareció riendo. La besó como si hubiera estado fuera un año y besó al bebé a través de la parte alta de la barriga de su madre para, a continuación, llevar el caballo a la cocina, inclinado sobre él igual que un enorme niño jorobado y sin dejar de hablar.

—Me lo ha dado un representante de Blue Circle. Es de la campaña de *marketing* del año pasado, al parecer. ¿A que es genial? Va a estar años galopando en él. También deberíamos apuntarlo a clases de equitación. O a ella. Más adelante, claro. Pero esto será una manera estupenda de empezar, ¿a que sí? Y encima gratis. No podía rechazarlo, ¿verdad que no?

Catherine lo siguió.

Fría.

Callada.

Había practicado la frase para no titubear y respiró hondo para poder decirla entera sin que le temblara la voz.

—¿Por qué no me contaste que ya habías estado casado?

—¿Qué?

Adam no la miró; le habló al caballo.

—¿Por qué no me contaste que ya habías estado casado?

Despacio, Adam se puso recto y la miró a los ojos.

Si decía «Para protegerte» o si trataba de negarlo, lo mataría. Pero dijo: «No lo sé». Luego miró el jardín por la ventana, negó con la cabeza y dijo.

—La verdad es que no lo sé.

Catherine sí titubeó entonces, pero no por las razones que había imaginado. De pronto se sentía triste, más que enfadada, y tuvo que resistirse al impulso de echarle los brazos al cuello y decirle que le quería y que no importaba.

Pero debía continuar, porque sí tenía importancia y necesitaba saber.

—Angela —dijo, odiando el nombre.

—Sí —dijo Adam—. ¿Cómo te has enterado?

—Ha venido un agente de policía.

Adam parpadeó sorprendido.

—¿Por el robo?

—No —dijo Catherine—. Por Eileen Bright.

Adam se encogió. Delante de los ojos de Catherine todo en él pareció volverse más menudo y débil. Más pálido. Estaba, en todos los sentidos, empequeñecido.

Adam se inclinó, apoyó los codos en la encimera de la cocina y se frotó la cara como si estuviera muy muy cansado.

—Tenía demasiado miedo para contártelo —suspiró por fin.

—¿Miedo de qué? —dijo Catherine.

—De que me dejaras.

—¿De que te dejara?

Adam se enderezó.

—Ella lo hizo. Angela me dejó después de aquello.

—¿Después de qué?

—De que me interrogaran.

—¡Pero no hiciste nada malo!

Adam se encogió de hombros.

—Aun así, me dejó.

Luego se lo contó. Le habló de un día abrasador en un área de descanso. De subir al asiento trasero de un coche patrulla, abochornado y pesaroso. De las seis horas más largas y peores de su vida, en las que pasó de estar confuso a ofendido, de enfadado a asustado y de ahí a cada vez más asustado.

—No puedo explicarte lo aterrador que fue, Cath —susurró Adam apartando la vista con un nudo en la garganta; cogió una naranja del frutero del rincón y la aplastó como si fuera una pelota para el estrés—. ¡Es que me paro a hacer pis en un área de descanso y de repente soy sospechoso de asesinato! Al principio parecía una broma, luego una equivocación absurda, hasta que me di cuenta de que iban en serio, de que pensaban de verdad que podía haber

tenido algo que ver con el asesinato de una persona. Una mujer. Una mujer embarazada. ¡Joder!

Miró a Catherine y esta vio en su cara la misma sorpresa y furia que debió de haber sentido entonces y que estaban bajo la superficie, preparadas para aflorar en cualquier momento, a pesar de los años transcurridos. Y ahora las lágrimas amenazaban con brotar de sus ojos.

—Adam... —murmuró.

Este se secó la cara con la manga.

—Me quería morir. Te lo juro, Cath. En ese momento preferiría haber muerto que dejar que aquellas personas intentaran hacerme decir que había hecho aquello. ¡Aquella cosa cruel y atroz!

Catherine asintió con la cabeza. Su propio recuerdo difuso del asesinato la hizo estremecerse incluso después de tanto tiempo.

—Y entonces, cuando por fin terminó todo, volví a casa y me había dejado. ¡Se había ido! Hizo las maletas, se largó y adiós a mi matrimonio. De repente había perdido todo lo que tenía. De no ser porque mi padre me ayudó, también habría perdido la casa. De hecho, tuve que pedirle dinero prestado para pagar a Angie. Por eso tenía tantas deudas cuando nos conocimos. Por eso me ha costado tanto trabajo...

Catherine lo interrumpió.

—Pero es que no lo entiendo. ¿Quieres decir que hasta entonces tu matrimonio iba perfectamente?

—¡Por supuesto!

—¿Y por qué iba a dejarte por una cosa así?

—¡Eso pregúntaselo a ella! —dijo Adam enfadado—. Supongo que fue lo bastante estúpida para creérselo. Pensaría: «Si la policía lo está interrogando, debe de ser culpable, ¿no?». No he matado a nadie en mi vida. ¡Tú me conoces, Cath! Sabes que soy incapaz de hacer algo así.

Catherine no dijo nada. Quería estar de parte de Adam. Pero le había mentado. Había estado casado. Lo habían interrogado sobre un asesinato. Le había mentado.

—Cath —dijo Adam con tono apremiante—, es como lo que dijiste tú del robo. Tomaste una mala decisión: no contármelo. Y después de eso, todo se complicó.

Catherine asintió despacio. Ella también le había mentido.

—Si te hubiera dicho que estuve casado, habrías querido saber más. Habrías querido saber lo que había pasado y si te hubiera contado la verdad, es posible que también me hubieras dejado. ¿Y por qué no? ¡Esa zorra lo hizo! Porque si hay humo, es que también hay fuego, ¿verdad? Y a tomar por culo eso de que uno es inocente hasta que se demuestre lo contrario porque, créeme, nadie se lo cree. Y menos que nadie los cabrones de recursos humanos del sitio donde ganaba tres veces lo que gano ahora. ¡Joder! Soy licenciado en Geografía, Cath. ¿Crees que me gusta conducir una furgoneta y vender pienso a granjeros? Antes era agrimensor. Dirigía una oficina entera en Weston. Pero de repente los de recursos humanos decidieron que es mala idea emplear a un hombre que ha sido interrogado por un asesinato. Ni detenido ni acusado ni juzgado ni condenado, joder. Solo interrogado y luego puesto en libertad.

»¡Fue un error! —gritó—. No un error mío, sino suyo. Pero ellos no son los que han sufrido por él. El sufrimiento ha sido todo para mí.

El mentón de Adam subía y bajaba furioso al evocar recuerdos.

—Así que perdí a mi mujer y mi trabajo y me endeudé. Y pensaba que mi vida se había terminado...

Le cogió la mano a Catherine y habló con calma.

—Hasta que te conocí, Cath. Tú me salvaste, te lo digo en serio. Me diste la oportunidad de empezar de cero y ahora estamos construyendo una vida nueva juntos y lo único que quiero es cuidaros a ti y al bebé y trabajar muy duro para daros lo que os merecéis, porque soy muy afortunado de teneros y también de tener otra oportunidad de hacer bien las cosas.

Adam negó la cabeza con asombro. Luego su voz se tornó de nuevo amarga.

—Y entonces ese niño cabrón se mete en casa y de pronto vuelvo a tener miedo de que ocurra otra vez lo mismo. Hace amenazas y acusaciones. Te miente. Dice que es el hijo de Eileen Bright, pero ¿acaso es verdad? ¿Tenemos prueba de ello? Quizá encontró algo con mi nombre, lo reconoció y urdió un plan para hacernos chantaje. O igual es que está loco. ¿Quién sabe qué será

lo siguiente? ¿Amenazará con contárselo a nuestros amigos? ¿A mi jefe? ¿Pondrá carteles en las farolas? Ya he pasado por toda esa mierda, Cath, y no se la deseo ni a mi peor enemigo. Las miradas, los susurros, las conversaciones que se interrumpen cuando entras en una habitación... ¡Dios! Si empezaran a hacérmelo otra vez —y también a ti esta vez—, ¿quién podría culparte de que me dejaras?

»Así que por eso no te lo conté. Porque tenía demasiado miedo de perderos a ti y al bebé. Si ocurriera otra vez, me moriría, joder...

Se interrumpió, sin aliento por las palabras y la emoción, y apretó con fuerza la mano a Catherine como si fuera su único vínculo con la cordura.

Pero Catherine no se sentía cuerda. Catherine era toda agitación. Eran demasiadas cosas a la vez. El hombre que amaba le estaba desnudando su alma, contándole el gran trauma de su vida. Una gran injusticia. Pero ella, en lugar de un amor y una lealtad abrumadores, solo sentía un murmullo de pánico soterrado. Recordó a los supervivientes de terremotos que decían que el suelo bajo sus pies se había vuelto líquido y empezado a levantarse en grandes olas. Así se sentía ella. Como si hubiera construido algo en un suelo sólido que, de pronto, se había transformado en un océano. Y allí estaba, aferrada a un umbral, sin saber si quedarse y capear el temporal o soltarse de la única cosa que la protegía y cruzar nadando un mar frío y oscuro sin tierra a la vista.

«A mamá nunca le gustó.»

Aquel pensamiento aleatorio casi la hizo reír. Siempre había atribuido esa antipatía a los celos, convencida de que su madre no se resignaba a dejar de ser la persona más importante en la vida de su única hija.

Pero ¿y si tenían otro origen las reservas de su madre? ¿Y si procedían de la experiencia? ¿O del instinto?

Catherine no lo sabía. Era incapaz de discernir. Había perdido la capacidad de ser objetiva.

Antes de que aquel policía gordo se hubiera presentado allí, pensaba que lo sabía casi todo. Ahora no sabía nada y tenía la sensación de que nunca jamás lo sabría.

—Cath —suplicó Adam—, por favor, di algo. Por favor, háblame. Pero Catherine no sabía qué decir.

Retiró despacio su mano de la de Adam. No podía pensar con claridad cuando estaban conectados.

Entonces pensó en el niño que llevaba dentro.

Y recordó que Adam y ella estaban conectados, la estuviera o no tocando.

Para el resto de sus vidas.

Marvel había convocado una reunión a las ocho de la mañana en la sala de interrogatorios. Reynolds llegó a las siete cuarenta y cinco. Mientras esperaba, hurgó nervioso en la costra de la horrible coincidencia.

«Algo pasa en la casa de al lado... El chico no parece tener más de doce años... Me va a romper la valla y luego ¿quién me la paga? ¡Desde luego no ese hermano zarrapastroso!»

¡El hermano zarrapastroso era Ricitos de Oro!

Reynolds se ponía enfermo al pensar cómo no se había dado cuenta de aquello. Aunque «no se había dado cuenta» era un eufemismo para «lo había pasado por alto deliberadamente». Porque un mínimo de curiosidad, una chispa de sospecha, una pizquita de esfuerzo podrían haber destapado la verdad. Y habría sido un héroe. Un héroe por azar, sin duda, pero un héroe, al fin y al cabo.

Ahora no podía ser un héroe. A lo máximo que podía aspirar era a que no se enterara nadie. El hecho de que Marvel hubiera hablado con su madre y sin embargo no pareciera haber atado cabos suponía una escapatoria casi milagrosa. Se temía que fuera demasiado bueno para ser verdad y el miedo lo tenía inquieto.

También deseaba no haberse mostrado tan orondo en su libreta al describir su detención en solitario del travieso delincuente Ricitos de Oro.

Me abalancé sin hacer ruido sobre el sospechoso...

En su momento le había parecido la verdad, pero ahora le entraban sudores de pensar que alguien pudiera descubrir que, en realidad, podría haberse abalanzado sobre el sospechoso con solo saltar la valla del jardín de su madre en cualquier momento desde que esta se mudó.

Reynolds suspiró y se pasó una mano por el pelo.

Últimamente lo hacía todo el rato, como si fuera un tic. Pasarse los dedos parecía ahora más fácil, como si tuviera menos pelo. Por

la noche se despertaba de sueños de calvicie y se tocaba frenético la cabeza para tranquilizarse.

Rice y Parrott entraron justo antes de las ocho. Rice se estaba comiendo el sándwich que había comprado el día anterior para Jack Bright. Era de queso y cebolla y Reynolds lo olía desde donde estaba.

Marvel llegó cuando pasaban unos minutos de las ocho y dejó de golpe la carpeta de Ricitos de Oro en la mesa de formica.

—Bueno. Ayer fue un desastre de principio a fin. Lo único positivo es que Jack Bright se escapó de la comisaría y nos ahorró la humillación de tener que soltarlo por un formalismo... —Se interrumpió el tiempo suficiente para dejar que Reynolds se mentalizara antes de continuar—. Lo que nos da la oportunidad de hacerlo bien la próxima vez.

El teléfono de Reynolds vibró encima de la mesa y este miró la pantalla.

El señor Passmore.

Por Dios. Como si necesitara que alguien más le recordara otra cosa que había hecho mal.

—Contesta si quieres —dijo Marvel—. Te esperamos.

Reynolds se levantó y salió al pasillo, muy consciente de que los demás estaban en silencio, escuchando. Se alejó por el pasillo hacia la recepción y se sentó en una de las tres sillas de plástico para atender la llamada.

La compañía de seguros del señor Passmore le había denegado la reclamación y el hombre estaba hecho un basilisco. Exigía la intervención de Reynolds. Exigía que fuera a su casa y volviera a investigar el lugar del delito. Exigía justicia, ¡maldita sea! Y un televisor nuevo.

Reynolds abrió la boca para decirle que habían cogido a Ricitos de Oro y que no había sido él quien le había destrozado la casa, pero la ira de Passmore era tan irracional que se acobardó. Así que se lo quitó de encima como pudo, luego colgó y permaneció un momento sentado con los codos en las rodillas y con la mirada fija en sus zapatos relucientes. Apenas reparó en que se abría la puerta y entraban dos personas empujando un cochecito. Hasta que una

no se detuvo en la recepción, se colocó delante de él y dijo «Hola», Reynolds no levantó la cabeza y vio a Jack Bright.

—¡Errr! —gritó Reynolds incoherente por la sorpresa; se puso en pie de un salto y aferró con fuerza el brazo de Jack, aunque este no trató de liberarse.

—¡Jack Bright! —dijo en voz alta mirando a su alrededor en busca de refuerzos, pero la agente de la recepción no estaba por ninguna parte—. ¡Jack Bright, queda usted detenido como sospechoso de robo por allanamiento! Tiene derecho a guardar silencio, pero puede perjudicarlo si omite algo durante el interrogatorio y luego lo declara en el juicio.

Se interrumpió y tomó aliento con el corazón desbocado. Bright esperó cortésmente a que terminara.

—Cualquiera cosa que diga podría utilizarse como prueba. ¿Entiende cuáles son sus derechos?

—Sí —dijo el chico.

Entonces habló la otra persona. La que empujaba el carrito. Reynolds la miró por primera vez. Era un hombre joven vestido con pantalones cortos de camuflaje, piernas depiladas y sin cejas.

Miró a Jack y dijo:

—¿Seguro que los entiendes, colega? Por mucho que te digan, te van a encerrar.

Reynolds se puso enseguida en tensión.

—¿Y tú quién eres?

—Es mi amigo —dijo Jack—. Es experto en navajas.

—Me alegro por él —dijo Reynolds, luego vio que la agente de nariz rubicunda había reaparecido en la recepción.

—Llama a un abogado de oficio para un delincuente juvenil. ¡Es urgente!

Luego se volvió a Jack Bright y dijo:

—Ven conmigo.

Y lo condujo por el pasillo hasta el cuarto de interrogatorios con ímpetu renovado.

«¡Que le den a Marvel!», pensó. Había cogido a Ricitos de Oro dos veces y a la segunda lo había hecho mucho mejor.

Louis Bridge el Lampiño cogió la bolsa de pruebas que contenía el arma homicida.

—¿Puedo sacarla?

—No —dijo Marvel.

Louis suspiró, se encorvó más sobre la bolsa y aplastó más el plástico contra la navaja para poder examinarla mejor.

El resto también se inclinó de manera inconsciente. Baz estaba de pie sobre las rodillas de Jack con sus manos gordezuelas abiertas sobre la formica, tan atento como todos los demás.

El único sonido de la habitación era el de la fotocopiadora succionando electricidad de la pared para mantener encendida su lucecita verde.

Por fin Louis dejó la bolsa.

—Es una navaja VC.

—Y eso ¿qué es? —dijo Marvel.

Louis cogió de nuevo la bolsa, como si se hubiera equivocado al soltarla. Le dio vueltas despacio en las manos mientras hablaba sin levantar casi la vista.

—VC está entre los tres o cuatro fabricantes más importantes del mundo. Quiero decir que aparte de él, están Jay Fisher y Gil Hibben. Quizá Buster Warenski, aunque ahora mismo hace sobre todo navajas decorativas. Con oro y piedras preciosas. Cosas así.

Levantó la vista y se encontró con las miradas de todos.

—No me suenan de nada —dijo Marvel.

Louis continuó hablándole con entusiasmo a la navaja.

—Son las estrellas del *rock* de las navajas. Todas hechas a mano, por encargo, sin límite de tiempo, materiales ni dinero. Y VC es lo mejor de lo mejor. La marca que usaría James Bond. La Stealth Bomber de las navajas.

Hubo un silencio admirado. Luego Reynolds carraspeó.

—¿Cuáles son sus credenciales?

—¿Cómo que mis credenciales?

—¿Qué lo convierte en un experto?

—Sé lo que son las credenciales —dijo Louis con tranquilidad—. Mis credenciales son que yo entiendo de esta mierda y tú no.

Hubo un silencio tenso. Baz paseó la vista por la habitación con los ojos muy abiertos y susurró:

—Papá ha dicho «mierda».

Marvel rio y Louis dijo:

—Sí. Perdona, colega. Papá ha sido malo.

Desde su nueva posición de superioridad moral, Baz dijo:

—¡Quiero gachas!

—Enseguida, colega.

—Entonces, ¿dónde localizamos a VC? —dijo Marvel.

Su ingenuidad hizo sonreír a Louis.

—No se lo puede localizar —dijo—. Nadie sabe ni siquiera quién es. Vive en el anonimato. Jamás va a convenciones, nunca da entrevistas. Se queda en su casa y hace navajas. Navajas serias para gente seria con dinero.

—¿Dónde está su casa? ¿En este país?

—¿Quién sabe? —Louis se encogió de hombros.

—¿De cuánto dinero estamos hablando? —dijo Reynolds.

—Bueno... Una vez conocí a un tipo que tenía una VC. La usó para pagar una deuda de cuatro mil libras.

—¿Cuatro mil? —dijo Marvel.

Baz imitó su cara de sorpresa y dijo: «¿Cuatro mil?» y Louis rio.

—Eso es, Baz. Cuatro mil. Y ni siquiera era nueva ni estaba personalizada. Nunca he visto una navaja VC en directo, solo en fotografías, así que esto es increíble.

Negó con la cabeza mirando la navaja dentro de la bolsa como si no diera crédito.

—Yo ver —dijo Baz, pero Louis sostuvo la bolsa fuera de su alcance y la movió en varios sentidos, pestañeando y entrecerrando los ojos y, para verla lo mejor posible, acariciando la navaja a través del plástico, intentando coger la empuñadura.

—La hoja es de titanio. Por eso es tan ligera, ¿veis? Y no se oxida. Y lo más seguro es que las cachas sean de abulón.

—¿Eso qué es? —dijo Marvel.

—Es una especie de madreperla, pero increíblemente resistente. La madreperla no es cara, así que VC usa el abulón por su

resistencia, no por su valor. Esta navaja está hecha para durar.

—Sabes mucho de navajas —dijo Marvel suspicaz.

Louis se encogió de hombros.

—Todo el mundo sabe mucho de algo —dijo—. Mi algo son las navajas.

Dejó la navaja en la mesa con reverencia y la nostalgia asomó a su voz.

—Dicen que tener en la mano una VC es como... —Negó con la cabeza—. No sé. Mágico.

Rio con timidez y se pasó el pulgar por el mentón, como desafiando a la barba a que asomara la cabeza.

Pero la barba sabía lo que le convenía.

Baz suspiró y movió la cabeza.

—Cuatro mil —repitió, luego intentó coger la navaja sin que nadie se diera cuenta y Louis, riendo, se lo quitó a Jack de las rodillas y lo sentó en su regazo para hacerle mimos.

Marvel se recostó en su silla endeble y estudió con cuidado a Louis.

—¿Estás seguro de todo esto?

—Todo lo seguro que se puede estar —dijo Louis—. El diamante en el remache de apertura es la marca de VC. No digo que alguien no haya podido copiárselo. Es un poco difícil saberlo a través del plástico, pero la calidad es la confirmación. Los materiales empleados son de primera y los ajustes son... flipantes.

Se interrumpió y luego añadió:

—Pero tendría que cogerla para estar seguro...

Marvel sonrió y negó con la cabeza.

—Lo siento.

Louis se encogió de hombros y le devolvió la sonrisa, pero se le iban los ojos a la navaja.

—¿Qué quiere decir «VC»? —dijo Marvel.

—Imagino que son iniciales.

—¿Crees que trabaja en un local comercial? ¿En una fábrica?

Louis negó con la cabeza.

—No. Esto es un negocio a pequeña escala, pero con mucho margen. ¡Buster Warenski lleva trabajando cinco años en una sola navaja! Las herramientas empleadas abultan y pesan mucho, pero

aun así no hace falta mucho espacio. Este tipo podría trabajar en el cobertizo de su casa.

Marvel asintió mientras recalculaba, haciéndose una composición de lugar. Cogió la navaja con bastante más cuidado del que había demostrado hasta entonces.

—Así que no es una navaja entre mil.

Louis rio y negó con vehemencia.

—Esta navaja es única, colega. Una entre una.

—¡Gachas! —gimoteó Baz.

—Vale, enano. Dale un beso a papá y nos vamos a casa a desayunar, ¿vale?

Baz obedeció y Louis se levantó y lo puso en el cochecito para marcharse.

—Gracias por venir, colega —dijo Jack en voz baja.

Louis se giró y le sonrió como si estuvieran solos en la habitación. Como si estuvieran en el banco junto al canal con el martín pescador centelleando y Baz dando de comer a los patos.

—Siento lo de antes, colega. Buena suerte. —Alargó la mano y Jack la estrechó—. Dile a tu viejo que tiene trabajo en el almacén cuando quiera. Todo legal, con seguridad social y eso, así que el horario es larguísimo y el sueldo una porquería, pero está a su disposición.

Jack asintió con la cabeza. Solo acertó a susurrar «gracias» mientras Louis y Baz se marchaban.

Hubo un largo silencio roto finalmente por Marvel.

—Un tipo interesante. ¿De qué lo conoces?

Jack se limitó a encogerse de hombros.

Marvel manoseó la bolsa.

—¿Y ahora qué, señor? —dijo Parrott desde su puesto junto a la fregona.

Marvel se echó hacia atrás en su silla desvencijada.

—Creo que ha llegado el momento de verle el blanco de los ojos a Adam While.

El comisario Marvel llamó a la puerta de los While por segunda vez en dos días. Mientras Rice y él esperaban, se preparó para mostrarse profesional con la señora While. Si esta sacaba a relucir su comportamiento durante su último encuentro, estaba dispuesto a atajarla por las buenas. No pensaba dejar que cogiera carrerilla ni que se pusiera a hablar de sus «derechos». Si lo hacía, le recordaría directamente que había agredido a un agente de la policía en acto de servicio y que adoptar una actitud acusadora podría resultarle mucho más perjudicial a ella que a él. A la mierda si estaba embarazada. La ley no hacía excepciones con la histeria.

Aun así, cuando vio una silueta aproximarse al otro lado del cristal esmerilado de la puerta, le empezaron a picar las palmas de las manos por el sudor.

Pero no era Catherine While. Era su marido, sin afeitado y ojoso.

—¿Señor While?

—¿Sí?

Marvel enseñó su identificación.

—Comisario Marvel. Ella es la agente Rice. ¿Podemos pasar?

—¿De qué se trata?

—De Eileen Bright.

Fue tal la expresión de desesperación que atravesó el semblante de Adam While que Marvel pensó que iba a salir corriendo o a sacar una pistola.

—¡Por Dios bendito! —saltó—. ¿Se puede saber qué quieren ahora de mí que no pudiera decirles hace tres putos años? ¡Echo una meada en un área de descanso y ya soy el puto Jack el Destripador!

—Cálmese, señor While —dijo Marvel, pero solo porque eso solía servir para que la persona se alterara más.

Marvel siempre tenía ganas de pelea y le gustaba agujonear a personas que eran posibles sospechosos.

O a personas en general.

Pero en esta ocasión Adam sí se calmó un poco. Suspiró, abrió la puerta y se dio la vuelta y Marvel y Rice lo siguieron al interior del cuarto de estar decorado en tonos ciruela. Cuando se hubieron reunido con él, se volvió a mirarlos.

—Lo siento —dijo mientras se pasaba los dedos por el pelo—. Estoy teniendo un mal día.

—Lamento oírlo, señor While —dijo Rice, compasiva—. ¿Algún problema en particular?

While hizo un gesto vago con la mano y suspiró.

—Problemas con el coche. Con el trabajo. Con mi mujer. Un poco de todo.

«No me extraña», pensó Marvel. Supuso que Adam While la habría tenido y gorda con su mujer a costa de su pasado secreto.

«Bien.»

—La vida, ¿eh? —dijo Rice con un suspiro—. Es una montaña rusa.

—Y que lo diga —dijo While e incluso esbozó una sonrisa, como si las cursis lamentaciones de la agente le hubieran servido para adquirir cierta perspectiva.

De repente, Marvel se alegró de ir acompañado de una mujer. Se daba cuenta de lo útil que resultaba aquella clase de interacción.

Y encima había llevado un abrebotellas a la casa-señuelo.

—¿Dónde está su mujer, señor While? —dijo Marvel.

—Ha ido a ver a su madre.

—Vive cerca, ¿verdad?

—En Withypool.

Marvel calló unos instantes y luego dijo:

—No tengo ni idea de dónde está eso.

—En Exmoor —dijo Rice y Marvel asintió como si eso le aclarara algo.

—Ayer lo echamos en falta cuando vinimos por aquí.

A Marvel le gustaba usar la primera persona del plural cuando su propia conducta era cuestionable. Culpar a otro colega, ficticio, le facilitaba las cosas.

Luego fue directo al grano.

—Hemos venido a hablar de su navaja VC.

Tenía la esperanza de provocar una reacción espontánea. No la hubo.

—¿Qué pasa con ella? —dijo While.

—¿Puedo verla?

—Por supuesto —dijo y la buscó en su bolsillo.

«Si esa navaja estaba en algún lugar de la casa, era en el interior de su bolsillo.» Las palabras de Angela While le vinieron enseguida a Marvel a la cabeza.

Extendió la mano.

—¿Me permite?

While vaciló, como si le estuvieran pidiendo que entregara a su primogénito recién nacido a un zorro.

Luego se la dio.

Marvel miró la navaja. Jack Bright tenía razón. Era la misma.

Pero esta navaja no estaba desdibujada por un plástico y era un objeto bellísimo.

La concha de abulón era como una turbia nube de tormenta, capturada y domesticada por la cacha suave y cálida que encajaba en la palma de su mano como por arte de magia. Marvel colocó el pulgar en el remache de diamante ¡y la navaja pareció abrirse! Parecía saber que la quería abierta y accedía a su deseo antes de que llegara a ejercer una presión perceptible. Sin vacilación. Sin tirones. Sin fricción. La hoja se abrió como una criatura viva, atenta a cada uno de sus deseos. Por un lado serrada y por otro, curva hasta un extremo cruel.

Era la misma.

Y era... mágica.

A Marvel casi le daba apuro lo mágica que le resultaba. ¡Se sentía tan conectado con ella! Quería saber qué era capaz de hacer. Quería cortar, clavar y rebanar. Quería tallar su nombre en algo.

¡En lo que fuera!

Apoyó con delicadeza el pulgar en la hoja y esta lo besó, dejándole una delgada línea de sangre que le hizo estremecer.

—¡Señor! —dijo Rice rompiendo el hechizo.

Marvel volvió a respirar.

—Se ha cortado, señor.

Marvel asintió con la cabeza. Apartó el dedo ensangrentado del mango para no ensuciar el nácar. El apesadumbrado dedo índice decretó que la navaja debía permanecer cerca y la hoja obedeció y se plegó en el interior de su funda perlada sin un solo murmullo.

Carraspeó y le devolvió la navaja a While.

—Ahora entiendo por qué son tan caras. ¿De dónde la sacó?

—Fue un regalo de mi padre.

—Tengo entendido que cuestan miles de libras. Es todo un regalo.

—Sí —asintió While—. Pero fue por mi veintiún cumpleaños.

—¿De dónde la sacó?

—¿Qué quiere decir?

—Quiero decir que si la compró en una tienda.

While miró la navaja con el ceño fruncido, luego la limpió del tacto de Marvel con el faldón de la camisa, que llevaba por fuera de los pantalones, y se la guardó en el bolsillo.

—A decir verdad, no lo sé.

—¿O se la compró directamente al fabricante?

Adam se encogió de hombros.

—No sabría decirle.

—Pero su padre sí se acordará, ¿no?

—Por desgracia, está muerto.

—Vaya, qué triste —dijo Marvel, sin sonar nada entristecido—. ¿Cuándo murió?

—El año pasado —dijo While—. De cáncer.

—La C mayúscula —dijo Marvel.

—Sí.

—Hay peores maneras de morir —dijo Marvel pensativo.

—Supongo —dijo While.

—No hace falta suponer nada —dijo Marvel—. En este trabajo se ven algunas cosas que...

No terminó la frase. Se limitó a mirar fijamente a Adam While hasta que incluso Rice pareció nerviosa.

A continuación, dijo:

—Bien. Gracias por su tiempo, señor While.

—Está mintiendo —dijo Marvel ya en el coche en marcha.

—¿Sobre qué?

—No lo sé.

—Entonces, ¿cómo sabe que está mintiendo, señor? —dijo Rice.

—Porque tengo una corazonada como una casa. Dime — prosiguió Marvel—, si dos policías se presentan en tu casa y te piden que les enseñes tu navaja, ¿no querrías saber por qué?

—Sí —dijo Rice.

—Yo también —dijo Marvel—. En cambio, él no. Y eso que cuando se encontró el arma del delito, nunca se hizo pública. Así que no debería de haber tenido ni idea de por qué su navaja podía ser de interés para alguien que está investigando la muerte de Eileen Bright.

Rice asintió con la cabeza.

—A no ser que sepa que su navaja coincide con el arma del crimen.

—Exacto.

Rice suspiró.

—Pero esa navaja no es el arma homicida, ¿verdad? —dijo.

Marvel dijo que sí con la cabeza y sacó la mandíbula, irritado.

—Lo único que vincula a Adam While con el asesinato es también lo único que lo exonera.

Hicieron el resto del viaje hasta la comisaría en silencio.

Había un sitio web:

NAVAJAS VC: AL FILO DE LA PERFECCIÓN

Era una página fea y llena de texto, gran parte del cual estaba en letras en negrita mayúsculas, rojas y azules, y puntuado con signos de exclamación, frases subrayadas y titulares estrambóticos y airados del tipo: ¡DIEZ RAZONES PARA NO COMPRAR UNA NAVAJA VC! y NO PREGUNTE CUÁNDO ESTARÁ LISTA SU NAVAJA VC PORQUE ¡NO! ¡LO! ¡SÉ!

Las razones para no comprar una navaja VC incluían ¡PRESUMIR!, ¡DELINQUIR! y ¡ABRIR CARTAS!

SI NO TIENE UNA BUENA RAZÓN PARA POSEER UNA NAVAJA VC, advertía la página a los clientes potenciales, ¡NO LA COMPRE! Y para los clientes que estaban siquiera pensando en preguntar cómo avanzaba la fabricación de sus navajas de encargo, VC tenía un mensaje de lo más especial:

Cada vez que tengo que contestar una consulta sobre el estado de su navaja, se interrumpe mi trabajo y me arriesgo a sufrir un retraso o incluso a provocar daños en una navaja, ¡que puede ser la SUYA!

Marvel no era un hombre amistoso y cordial por naturaleza. Pero incluso él encontraba el tono de la web de las Navajas VC un tanto... abrupto. El objetivo de la página parecía ser disuadir a la gente de comprarse uno de aquellos cuchillos.

Silbó entre dientes.

—Menudo pirado.

—Desde luego —dijo Reynolds—. Que no son para delinquir. ¿Qué cree que va a hacer una persona con una navaja de cuatro mil libras? ¿Pelar fruta?

Aquí y allá había fotografías de navajas. Y aunque el desarrollador web —que Marvel tenía fuertes sospechas de que era el propio VC— no había tirado la casa por la ventana en su creación, las fotografías estaban hechas con una obsesión casi pornográfica. Las luces, colocadas a la perfección; los ángulos,

cuidadosamente dispuestos; los accesorios, desplegados con cariño. Cada navaja estaba fotografiada con el fondo más apropiado: la navaja de supervivencia estaba reclinada sobre una red de camuflaje junto a un conejo atrapado en una trampa; una daga de combate estaba sujeta a una bota de paracaidista cuidadosamente salpicada de barro; y un estilete negro de fibra de carbono descansaba en un charco de luz de vela sobre una mesa victoriana junto a una copa de vino y, oculto entre las sombras, un cráneo humano. Una estampa imaginaria de los poderes que podrían serle mágicamente concedidos al poseedor de una navaja VC, siempre que consiguiera completar la carrera de obstáculos que constituía su compra.

Y respecto a este último punto, no había ni rastro de los precios. Al parecer, VC operaba sobre la base de «Si tienes que preguntar cuánto vale, es que no puedes permitirte».

Al final Reynolds localizó la única información de contacto que había. Justo al final de la última página, en un cuerpo de letra minúsculo, encajonado entre «Desde 1988» y una seca advertencia acerca del *copyright* de las fotografías (¡¡¡¡SON MÍAS!!!!), había un número de teléfono móvil.

—Es un número del Reino Unido —dijo Reynolds—. Al menos ahora sabemos que está en el país.

Marvel llamó dos veces al número y las dos veces le salió el contestador, que no tenía mensaje, solo un silencio de quince segundos y un pitido.

No dejó mensaje.

En lugar de ello llamó a Taunton y les pidió que hicieran una búsqueda inversa del número de móvil.

Luego Rice, Parrott y él observaron a Reynolds desplazarse sin rumbo por la página web buscando desesperadamente pistas en las fotografías, en la letra pequeña, en la sintaxis, que pudieran arrojar luz sobre la identidad o el paradero de VC.

—Espera —dijo de pronto Marvel—. ¿Cuándo se fundó VC?

—En 1988, señor —dijo Reynolds tras comprobarlo dos veces.

Marvel buscó la copia de la carpeta de Eileen Bright que le había hecho Stourbridge.

—Hace tres años, en 1998, cuando cogieron a While en la escena del crimen, tenía treinta y cinco años.

Todos lo miraron.

Marvel siguió, su intensidad aumentaba a medida que iba desentrañando el asunto.

—Hace una hora Adam nos dijo que su padre le regaló la navaja por su veintiún cumpleaños.

Se volvió hacia Rice, quien asintió con la cabeza.

—Pero debió de cumplir veintiuno en 1984. Según este sitio web, eso son cuatro años antes de que VC empezara a funcionar.

—Pero ¿qué significa eso? —dijo Parrott.

—Significa que su padre no le regaló la navaja —dijo Rice.

—¿Importa quién le regalara la navaja? —preguntó Reynolds.

—No, lo que importa es que mintiera al respecto —dijo Marvel—. ¿Para qué mentir si no tenía nada que ocultar? ¡Sabía que estaba mintiendo!

Rice sonrió de oreja a oreja.

—¡A veces los sentimientos son hechos!

Reynolds arqueó las cejas.

—Señor, me parece que esto va en contra de la escuela de pensamiento policial de que no hay humo sin fuego.

—Muy cierto —dijo Marvel—. Cuando presiento que alguien es un asesino, no suelo equivocarme.

Reynolds cerró los ojos un momento y se dio cuenta de que había poco que pudiera decir en aquel momento para hacer que Marvel cambiara de opinión.

—¿Y qué pasa con el chico, señor? —dijo—. Tenemos que presentar cargos ya o soltarlo.

Antes de que a Marvel le diera tiempo a decir nada, lo llamaron de Taunton y, con un bufido, se puso a apuntar una dirección en un pólit amarillo.

Se puso de pie y la silla arañó el suelo.

—Id a buscar al chico —dijo—. Nos vamos a Londres.

En realidad no era Londres, sino Bromley. Pero estaba lo bastante cerca de Londres para que Marvel dejara de pronunciar las haches.

En el asiento trasero, Jack Bright miraba a su alrededor con interés a medida que los edificios se volvían más altos; los coches, más nuevos y las personas, más diversas.

Mientras avanzaban despacio por las ajetreadas calles, a Marvel lo inundó la nostalgia de kebabs, de gases diésel y de aceras salpicadas de chicles. No lejos de allí, su último caso en la policía metropolitana había terminado en un fracaso tan estrepitoso que esta vez sí supo que se había acabado.

Una niña desaparecida, una niña muerta, una niña encontrada.

Uno de tres no era lo bastante bueno.

No se despidió de nadie y nadie se despidió de él.

Pero volvería mañana mismo si las cosas pudieran ser como antes...

—¿Cómo quiere que lo hagamos? —dijo Reynolds.

No habían hablado de ello durante el camino. Fueron tres horas de silencio alternado con direcciones escuetas y decisiones gruñidas sobre dónde mear.

En la estación de servicio de Membury, Marvel compró un envase tamaño familiar de KFC porque era la comida de los dioses, pero el chico había dicho que no tenía hambre.

Reynolds había cogido un *wrap* de hummus y agua embotellada. Aquel hombre era lo contrario de estar vivo.

—¿Cómo quiere que lo hagamos? —repitió Reynolds.

A Marvel le habría encantado decirle que iban a tirar la puerta de una patada y a clavar a VC en el suelo con sus propias navajas hasta que admitiera haber vendido el arma homicida a Adam White. Pero lo que dijo fue:

—Pues sin perder tiempo. Nunca se sabe cuándo va a surgir la oportunidad.

Cambiaron el centro de la ciudad por las áreas residenciales, más verdes y con una mezcla de casas viejas, apartamentos y feas

cajas de zapatos de la década de 1960, legado de los bombardeos de la guerra.

La casa de VC en Cumberland Road era una de esas cajas de ladrillo con un descuidado jardín delantero.

Reynolds dobló la esquina y tardó una eternidad en aparcar en línea en un hueco que había detrás de un camión.

—Tú espera aquí —dijo Marvel y Jack asintió con la cabeza.

—¿Está seguro de que esto es buena idea, señor? —dijo Reynolds en tono preocupado.

Marvel sabía que Jack Bright no iba a irse a ninguna parte. Quería coger al asesino de su madre más que cualquiera de ellos. Si no lo conseguían, entonces ya se preocuparía de si el chico se escapaba para evitar ser imputado en el caso Ricitos de Oro. Pero hasta entonces, Marvel estaba seguro de que Jack no se iría a ninguna parte.

No se molestó en tranquilizar a Reynolds al respecto. Había ido a la universidad. Que lo dedujera él solito.

—¿Puedo poner la radio? —dijo Jack.

—No —dijo Reynolds y miró a Marvel con aire defensivo—. ¡No voy a dejarle las llaves, señor!

Incluso Marvel estuvo de acuerdo en que eso sería tentar a la suerte y dejaron a Jack en el coche para doblar la esquina y recorrer el corto camino de entrada.

—Me siento incómodo trayendo al chico, señor —dijo Reynolds—. Lo estamos interrogando sin la presencia de un abogado, lo hemos encerrado sin cargos y ahora está aquí con nosotros no sé muy bien para qué...

Marvel se encogió de hombros.

—Puede que nos sea útil.

—¿Útil cómo? —dijo Reynolds.

—Todo el mundo tiene su utilidad, Reynolds. Es cuestión de contexto. Si luego resulta que no nos es útil, lo llevaremos de vuelta por la M5, lo acusaremos de los delitos de Ricitos de Oro y aquí no ha pasado nada.

—Ni siquiera ha visto aún a un abogado, señor.

—Bueno, tampoco lo hemos interrogado formalmente todavía.

—¡Han pasado casi veinticuatro horas! Necesitamos presentar cargos o soltarlo.

—Tranquilízate, Reynolds —dijo Marvel—. No olvides que fue él quien vino a nosotros. Insistió en hablar incluso cuando le aconsejamos que no lo hiciera. Y gracias a tu detención estelar, no estuvo casi en ningún momento bajo custodia.

Reynolds apretó los labios y no añadió nada mientras entraban en la propiedad.

El césped desigual era el hogar de un gnomo de colores brillantes que los apuntaba con una cámara. Marvel levantó la vista y vio el equipo negro de videovigilancia en el alero del tejado. Había un letrero de *SE ALQUILA* apoyado contra un caótico seto.

Reynolds llamó y ambos sacaron su identificación. Por el cristal oscurecido vieron acercarse una silueta y Marvel se preparó.

Pero abrió la puerta una mujer menuda y desaliñada de cincuenta y muchos años. Llevaba gruesas gafas, una melena gris corta de matrona y un jersey con el dibujo de un gato persiguiendo un ovillo de lana.

—¿Sí? —dijo suspicaz.

—Hola —dijo Marvel—. Somos el comisario Marvel y el oficial Reynolds.

Marvel levantó su identificación y la mujer la leyó.

—Hemos venido por Navajas VC.

—Ah —dijo la mujer—. Buscan a mi hijo. No está aquí.

—¿Y cómo se llama su hijo, señora? —dijo Reynolds.

—Christopher.

—¿Y de apellido?

—Creed —dijo la señora—. Christopher Creed.

Marvel arrugó el ceño.

—Suponíamos que VC eran las iniciales del fabricante de navajas.

—Creo que son por la cruz de la victoria, la Victoria's Cross —dijo la mujer—. Como la medalla. Pero pueden preguntárselo cuando vuelva.

—Estupendo —dijo Marvel—. ¿Cuándo será eso?

—El martes —dijo la mujer—. Se ha ido a Lanzarote.

—Mierda —dijo Marvel; era viernes.

Reynolds sonrió con diplomacia.

—¿Podemos llamarlo?

—¿Llamar a Christopher? —dijo la señora Creed con aspecto sorprendido—. ¡No sabría cómo!

—¿No tiene teléfono móvil?

Durante un instante la mujer pareció dudar, luego dijo:

—Bueno, tiene uno, pero no sé si lo habrá llevado de vacaciones.

«Probablemente es el teléfono al que hemos llamado», pensó Marvel.

—¿Sabe en qué hotel está?

—No —dijo la mujer, compungida—. No me lo dijo. Pero Lanzarote es muy pequeño, ¿no? ¡Casi ni se ve en el mapa! ¿No pueden llamar a la isla y preguntar dónde se aloja?

«Joder con las personas mayores», pensó Marvel. «No se enteran de una mierda.»

Negó con la cabeza y dejó escapar un gran suspiro de irritación. En aquella casa o en algún cobertizo del jardín trasero, uno de los mejores fabricantes de navajas del mundo al parecer cultivaba su oficio para ricos y, con toda probabilidad, para criminales. Sentía curiosidad por conocerlo, aunque solo fuera por hacerse una imagen mental precisa de Christopher Creed. ¿Será un exmarine de mentón cuadrado que trituraba titanio con dedos llenos de cicatrices de batallas y el celo de los justos? ¿O sería un hombre-niño gordo y perezoso que comía patatas fritas en calzoncillos y cuya destreza con el metal empezó como una obsesión por *El señor de los anillos* y después se depuró hasta la perfección a base de no salir nunca de su cuarto?

Podía ser cualquiera de las dos cosas, o ninguna, o algo entre medias.

Después de hacer el viaje hasta allí, no quería irse con las manos vacías.

—¿Podríamos pasar un momento, señora Creed?

—Por supuesto —dijo esta—. ¡No recibo demasiadas visitas! ¿Les apetece un té?

—Gracias.

La señora Creed hizo pasar a Marvel y a Reynolds al cuarto de estar y se fue a hacer el té.

La casa olía raro. ¿Un olor metálico? ¿Ácido? Marvel no sabía nada de los procesos de fabricación de navajas, pero quizá el olor era parte de ellos.

En la repisa de la chimenea había una fotografía desvaída de un niño. Supuso que sería Christopher, pero no daba pistas sobre su aspecto adulto.

Aparte de eso, el tema de la habitación eran los gatos.

Gatos de porcelana, gatos de madera, gatos de punto, gatos de fieltro, gato sujeta puertas, gato ambientador, jarrones con forma de gato, pantallas de lámpara de gatos, cortinas de gatos, sofá de gatos, gatos, gatos, gatos.

La señora Creed entró con el té en una bandeja. Lo sirvió de una tetera de porcelana que tapó con un cubreteteras de gato y dejó las tazas con motivos de gatos en platos de gatos.

—¿Le gustan los gatos? —dijo Marvel.

—¡Me encantan! —exclamó la señora Creed y miró a Marvel con una mirada agrandada por las lentes que era al mismo tiempo entusiasta y extrañamente desagradable—. ¿Y a usted?

—Mucho —dijo Marvel.

Odiaba los gatos. No soportaba a esos cabrones estirados. Pero hacía cualquier cosa a cambio de información.

La señora Creed le sonrió radiante.

—Son como niñitos peludos —dijo mientras movía la cabeza con expresión soñadora.

—Hablando de niños, tiene que estar muy orgullosa de Christopher —dijo Reynolds—. Tengo entendido que tiene una gran reputación en su oficio.

—Supongo —suspiró la señora Creed—. Y sé que es muy bueno en lo que hace, pero me encantaría que no fueran navajas. Son tan... —buscó largo y tendido la palabra perfecta y al final se decidió por «afiladas».

Marvel asintió con gravedad y estuvo de acuerdo.

—Sí, las navajas son afiladas.

—Siempre me preocupa que pueda cortarse, ¿saben? —dijo la señora Creed.

—Estoy seguro de que toma todas las precauciones necesarias —dijo Reynolds con tono tranquilizador—. Después de todo, es un

profesional.

La señora Creed esbozó una sonrisa pequeñísima.

—Espero que tenga usted razón, señor Reynolds. ¿Les apetece una galleta?

Marvel cogió una de sabor a burbon; Reynolds, de natillas. Eran galletas de persona mayor.

—Quizá pueda usted ayudarnos —dijo Marvel, aunque lo dudaba.

La señora Creed dio un sorbo a su té y luego apoyó la taza en el plato y dijo:

—Por supuesto, si está en mi mano.

—Es una cosa muy sencilla —dijo Marvel—. Necesitamos saber si Christopher le vendió una navaja a un cliente en particular. Si pudiera usted enseñarnos sus libros, estoy seguro de que lo encontraríamos en un momento.

—Ay, señor —dijo la señora Creed—, no puedo entrar en la habitación de Christopher cuando está fuera. La cierra con llave, ¿saben?

—¿Y no tiene usted copia? —preguntó Marvel.

—Huy, no. —La señora Creed negó con la cabeza—. Y aunque la tuviera, creo que se molestaría mucho si entrara sin estar él. Ya sabe cómo son los chicos con sus cosas.

Marvel bullía de irritación. Una endeble puerta de dormitorio era todo lo que se interponía entre él y la información que necesitaba. Probablemente podría desmontarla a golpes o decirle a Reynolds que lo hiciera. ¡Ahora tendría que volver otro día! E incluso entonces necesitaría una orden de registro. No tenía pruebas suficientes para registrar la casa sin una y reunir las probablemente le llevaría semanas.

Marvel hizo un esfuerzo inmenso por no dejar traslucir su irritación. La señora Creed no era su hijo y su hijo no era un delincuente. Todavía. Así que no podía tratarla como una delincuente, por muchos deseos que tuviera. Ya había intentado esposar a la embarazada equivocada aquella semana. No pensaba aumentar su colección de meteduras de pata con una anciana con un jersey de gatos.

—¿Hay algún problema con la navaja? —dijo la señora Creed—. Porque Christopher jamás ha tenido queja de ninguna. Estoy segura de que le preocuparía mucho enterarse de que hay algún problema con una.

Parecía preocupada de verdad.

—El problema no es la navaja —la tranquilizó Marvel—. Estamos investigando al dueño de una navaja VC.

Se sacó la navaja del bolsillo y la dejó en la mesa baja, junto a las galletas. La señora Creed la miró a través de la bolsa de plástico para guardar pruebas.

—Qué cosa más bonita —dijo—. ¿Están seguros de que buscan a un hombre?

—Eso presuponemos.

La señora Creed lo miró con expresión soñadora.

—Suponer es de tontos —dijo la señora Creed.

—Eso dice siempre mi madre —dijo Reynolds—. Pero cuando se trata de navajas, es una suposición bastante razonable.

—Bueno, señor Marvel. Espero que no se usara para cometer un delito.

—Pues me temo que así es —dijo Marvel—. Un delito muy grave. ¿Ve esa sustancia oscura en la base de la hoja? Es sangre.

La señora Creed escudriñó la bolsa.

—Es muy negra —dijo.

—Es sangre de hace mucho tiempo —replicó Marvel.

—Ay, Dios mío —dijo la señora Creed—. No me puedo creer que Christopher le haya vendido una navaja a un criminal. En su página web dice muy específicamente que sus navajas no deben usarse para cometer delitos.

Marvel la miró, preguntándose si estaba siendo irónica.

Al parecer no era así. ¡Al parecer creía que era posible decirle a la gente que no cometiera delitos y esperar que obedecieran sin más!

—Bueno —dijo—, es muy difícil saber lo que hará la gente con las cosas una vez las tienen, ¿no cree?

—Imagino que sí —dijo la señora Creed.

—Así que no sabe quién le compró esta navaja a Christopher.

—Huy, no. Pero tiene una cartera de clientes muy selecta. Estoy segura de que podría decírselo sin necesidad de consultar su libro.

—El martes —dijo Marvel.

—El martes —confirmó la señora Creed.

Marvel asintió con la cabeza y frunció los labios. Estaban en un callejón sin salida. Christopher Creed estaba en Lanzarote y desear que no fuera así no iba a traerlo de vuelta.

Con un suspiro, sacó una tarjeta de su cartera y se la dio.

—Ese es mi número de teléfono —dijo—. Por favor, llámeme si se le ocurre alguna cosa que pueda ayudar y si llama Christopher, por favor, páseselo.

—Por supuesto —dijo la señora Creed.

Se habían terminado el té. Era hora de irse.

Marvel odiaba marcharse. Se sentía tan cerca de la información que necesitaba...

Miró a Reynolds con la esperanza de que se sacara algo de la manga.

—Me encantaría ver más navajas suyas —dijo de pronto Reynolds—. Hemos oído hablar tanto de ellas...

¡Así se hace, Reynolds! Marvel movió la cabeza con aprobación. Todas las madres que había conocido creían que sus hijos eran especiales, ¡incluso antes de que nacieran! Así que ¿por qué no apelar al orgullo que sentía la señora Creed por su hijo? ¿Por qué no dejarla presumir del trabajo de Christopher como si fuera una mierda de Lego o un dibujo pintado con los dedos y pegado en la nevera?

—Bueno... —La señora Creed frunció el ceño—. Está todo en su cuarto. Soy muy estricta con eso de no tener cuchillos por casa, ¿saben? Pero me hizo un cortaplumas precioso hace unos años por mi cumpleaños. ¿Les gustaría verlo?

—Por favor —dijo Marvel y, para su sorpresa, la señora Creed se lo sacó del bolsillo de retazos de su falda de pana.

A primera vista no tenía nada de especial. Medía pocos centímetros y la cache era muy plana y negra. Ligeramente curva, con un diamante diminuto en el perno de apertura. La señora Creed sacó la hoja con un gesto mínimo del dedo; menos de cinco

centímetros, el máximo que permitía la ley para no considerarla un arma.

Marvel estaba decepcionado.

—Muy bonito —dijo.

—Precioso —dijo Reynolds.

—No, no, no —dijo la señora Creed—. No lo entienden.

Aquello sorprendió a Marvel. La mujer lo miraba con cierta desaprobación desde detrás de sus gruesas lentes, como una de sus maestras de infancia.

—Tiene que cogerlo.

La señora Creed cerró el cortaplumas, se lo puso a Marvel en la mano y le cerró los dedos.

Marvel sintió un escalofrío repentino, una reacción física que le empezaba en la mano y le subía por el brazo hasta la cabeza. No era agradable. Durante un segundo se sintió casi enfermo y se pasó la lengua por los labios igual que un perro.

Luego abrió el cortaplumas y, una vez más, se sintió transportado por algo tan extraño, tan indefinible, tan oscuro, que se sintió desnudo y al descubierto.

—Los rodamientos son cerámicos —dijo la señora Creed—. Por eso encaja tan bien en la ranura, ¿se da cuenta?

Marvel asintió mudo. Cerró el cortaplumas y volvió a abrirlo. Había estado allí antes. Atrapado. Cautivado.

Era mágico.

—La hoja es de titanio —dijo la señora Creed—. Y el mango y el tope, de fibra de carbono. ¿Y ven el diamante? Es la marca de la casa de Christopher. Le encarga los diamantes a un hombrecillo muy peculiar de Ámsterdam. ¿A que es muy elegante?

Sonrió y Marvel también. Sí que era elegante. El pequeño diamante incrustado en el perno negro de fibra de carbono despedía destellos.

Lo abrió y lo cerró. Lo abrió y lo cerró. Volvió a abrirlo.

—Y mire el ajuste de la hoja. Mide 0,0127 milímetros.

Debió de detectar la ignorancia en los ojos de Marvel, porque le explicó:

—¡Los mejores fabricantes del mundo se contentarían con 0,508!

Marvel cerró la hoja más despacio. La miró desaparecer dentro del mango por acción de un filamento invisible. Cuando estaba cerrada, el dorso del cortaplumas parecía un pedazo de metal macizo. Solo cuando se lo exponía a la luz se adivinaba la finísima hoja escondida en su interior.

—Muy inteligente —dijo, y era sincero.

—Sí, y nada fácil de hacer —continuó la señora Creed—. El polvo de titanio es tan inflamable que no puedes dejar que se caliente. Así que hay que cortarlo muy muy despacio. Y el polvo tiene que ir directo a un cubo de agua para que la habitación entera no se incendie.

Rio solo de pensar en ello.

Marvel rio también y se preguntó si su compañía de seguros de hogar sabría lo del polvo de titanio y el cubo.

Entonces la señora Creed alargó la mano y Marvel le puso de mala gana el cortaplumas en la palma, sintiéndose como un niño pequeño que tiene que devolver el tambor cuando termina la clase de música.

—Gracias —dijo.

—La verdad es que Christopher hace unas navajas preciosas. — La mujer suspiró con evidente orgullo—. Vuelva el martes, señor Marvel, y estoy segura de que le encantará ayudarlo en sus pesquisas.

Marvel cogió la bolsa de plástico con la navaja de abulón.

—Gracias por su colaboración —dijo.

—Ha sido un placer, señor Marvel —dijo la señora Creed—. Señor Reynolds.

Volvieron al coche y se subieron.

Jack Bright seguía allí. Tal y como supo Marvel.

—¿Qué ha pasado? —preguntó—. ¿Lo han visto?

—No estaba en casa —dijo Marvel—. Hemos hablado con su madre, pero no ha podido darnos información.

Estuvieron un momento sin hacer nada. Reynolds con las llaves en la mano, apoyada en uno de los muslos. Se estremeció —con un

escalofrío que le recorrió todo el cuerpo, inesperado— y a continuación, rio.

—¿Se puede saber qué te pasa?

—Me he quedado un poco frío, es todo —dijo Reynolds, pero no arrancó el coche.

Siguieron en silencio.

Marvel se sentía raro, como si acabara de despertar de un sueño. ¡Todos esos putos gatos! Ese temblor desagradable que le había revuelto el estómago. Y la hoja del cuchillo asomando, tan suave como una mantequilla obediente.

¿Había sido real?

El encuentro en su totalidad parecía algo salido de un cuento de hadas. Encantado, pero de una manera oscura y siniestra.

¡Tonterías!

¿Tonterías?

Trató de desembarazarse de la sensación. Luego acercó la navaja de abulón a la ventana para verla mejor. Estuvo en un tris de abrir la bolsa sellada y sacarla, solo para recuperar la vibración.

—No tengo frío —dijo Reynolds, de pronto—. Es que se me ha puesto mal cuerpo. —Miró azorado a Marvel—. No sé si por la casa o por la mujer o por el olor. ¿Se ha fijado?

Marvel asintió con la cabeza. Se había fijado en todo.

Reynolds siguió hablando.

—Ha sido como si alguien que ni siquiera conocemos nos hubiera estado observando.

—¿Aparte del gnomo? —dijo Marvel sarcástico.

—Aparte del gnomo —dijo Reynolds y Marvel asintió de nuevo.

Era la primera vez que estaban de acuerdo en algo. Marvel dudó de que volviera a ocurrir.

—¿Cree que Creed estaba allí? —dijo Reynolds.

Marvel frunció los labios.

—Creo que es totalmente posible. Fuera hay una cámara de vigilancia, puede que las tenga por todas partes. Un loco de las navajas. Un loco de la seguridad. Que lo vigila todo.

—Ni siquiera deja entrar a su madre en su habitación —convino Reynolds—. Suena a paranoico.

Miró nervioso por encima del hombro, como si medio esperara que Christopher Creed estuviera junto al coche, sigiloso como un fantasma y blandiendo una navaja VC.

—Eso querría decir que la madre es una mentirosa consumada —añadió.

—Tiene obsesión por los gatos —dijo Marvel con desdén—. A saber de lo que es capaz.

Reynolds rio.

—Pero sí que era siniestra —dijo Marvel pensativo—. Cuando me dio el cortaplumas, me tocó la mano. Casi me dieron ganas de vomitar. Pensé que era el pollo frito, pero ahora...

—¿Cree que deberíamos montar vigilancia? —dijo de pronto Reynolds.

Marvel gruñó.

—¿Nosotros solos?

—¡Conmigo! —dijo Jack.

Ninguno le hizo caso.

Reynolds se encogió de hombros.

—Podríamos reservar un sitio para esta noche, dormir un par de horas y volver luego, cuando esté oscuro, a ver quién hay en la casa con las luces encendidas.

—Creo que deberíamos hacerlo —dijo Jack.

Volvieron a no hacerle caso.

Reynolds prosiguió:

—Sé que es una posibilidad remota. Pero si nos ha mentido y resulta que Christopher Creed está en casa, nos daría un motivo para volver con una orden de registro. Y lo único que necesitamos es algún documento con el nombre de Adam While.

Marvel asintió con la cabeza. Con un documento que acreditara que While había sido cliente de Navajas VC, el caso empezaría a avanzar inexorable en la dirección correcta.

En la dirección de los asesinatos.

Bromley no era un destino turístico y John Hurt estaba representando alguna obra en el teatro Churchill, de manera que

encontrar habitaciones resultó difícil, y dos que estuvieran en el mismo sitio y con tan poco antelación, imposible.

Eran las cuatro de la tarde cuando Reynolds logró encontrar una habitación doble en un *Bed & Breakfast* en Pickhurst Lane, cuyo propietario accedió a poner una cama plegable para el huésped extra. Puesto que iban a pasar casi toda la noche en el Ford Focus, Marvel decidió que era una solución aceptable.

Se suponía que el *Bed & Breakfast* lo regentaba una pareja llamada los Copple, que se mostraban muy felices y hospitalarios en el folleto que tenían a la entrada. Pero la señora Copple parecía haberse marchado y al señor Copple no podía haberle interesado menos llevar un establecimiento así por su cuenta.

Al pie de las escaleras, les señaló la habitación y le entregó a cada uno una toalla sin doblar, como si fuera un profesor de educación física.

—El desayuno es a las ocho —dijo—. No hay beicon.

Luego, cuando se dirigía a la recepción para terminar de ver el partido de fútbol del que lo habían sacado, buscó en el bolsillo de su pantalón y le dio a cada uno un caramelo de menta Murray bastante reblandecido.

—Para la almohada —les dijo.

Reynolds se puso a investigar si había hervidor de agua y una bandeja con cosas para el té y para cuando comprobó que no, Marvel había encendido la televisión, meado sonoramente con la puerta del baño abierta y probado a conciencia las dos camas a base de rebotar en ellas. Ahora se había quitado los zapatos y estaba recostado contra el cabecero de su elección, zapeando.

Reynolds se sentó en la cama arrugada que le había dejado Marvel y le miró los pies con el ceño fruncido. Siempre se había sentido algo incómodo en presencia de los calcetines de otro hombre.

—¿Le importa si echo las cortinas? —dijo.

A Marvel no le importaba.

Reynolds lo hizo y se tumbó en la cama. De haber estado solo, se habría metido debajo de las sábanas, aunque fuera vestido, pero

dadas las circunstancias no le pareció viril, así que se quedó encima.

Jack supuso, correctamente, que le correspondía la cama plegable. Se tumbó y se quedó dormido de inmediato.

Ni siquiera se movió cuando sonó el teléfono de Reynolds.

Esta vez era la señora Passmore. El panda al revés en persona. Estuvo cinco minutos gritando a Reynolds mientras este trataba de meter baza: primero, para darle consejo; luego, para llevarle la contraria; y al final, para decirle que la conversación se había terminado. Pero la mujer colgó antes de que pudiera exponer ninguno de esos puntos y Reynolds se quedó con el teléfono zumbándole en el oído, sintiéndose como un tonto.

—¿Riña de enamorados? —dijo Marvel.

—Han detenido al señor Passmore por intento de fraude a una compañía de seguros —dijo Reynolds y se preparó para escuchar: «Te lo dije».

Pero Marvel asintió con la cabeza y dijo:

—Hiciste bien en no implicarte.

Como si hubiera sido el buen criterio de Reynolds lo que lo hubiera salvado de una humillación.

—Desde luego —dijo Reynolds.

Ahucó su almohada y volvió a tumbarse. La gente no dejaba de sorprenderlo.

¡Incluso Marvel!

Al final iba a resultar que el hombre no era tan malo.

Reynolds se cruzó incómodo de brazos y deseó tener el valor de meterse en la cama.

Durante unos minutos Marvel siguió cambiando de canal, con la barbilla pegada al pecho y los ojos vidriosos.

A continuación, justo cuando a Reynolds empezaban a cerrársele los ojos, dijo:

—Te lo dije.

Jack encontraba a su madre.

Estaba en el arcén, caminando hacia el teléfono y él la seguía con Merry en brazos, pesada y sudorosa.

Su madre no hacía más que volver la vista para mirarlo, pero tenía el sol a la espalda y Jack no podía verle la cara. Solo el resplandor de su pelo dorado igual que un halo alrededor de la cabeza.

Estaba cansado y quería parar y dejar a Merry en el suelo un rato.

«¿Mamá?», no dejaba de decir. «¿Mamá?»

Pero su madre no se paraba. Seguía caminando y Jack empezaba a quedarse atrás. Cogía mejor a Merry y apretaba el paso, pero en cuanto dejaba de hacerlo, volvía a rezagarse. Más cada vez, hasta que su madre estuvo cincuenta metros por delante de él. Cien.

Cogió mejor a Merry otra vez.

Y su madre desapareció.

No había ningún lugar por el que pudiera desaparecer. Simplemente no estaba.

Jack dejaba de andar y se quedaba quieto, en el calor.

La carretera era todo lo que quedaba. Detrás de los quitamiedos de ambos lados, hasta donde alcanzaba la vista, el mundo había desaparecido en una bruma amarillo-grisácea. Los prados, la hierba, los setos. No quedaba nada. Solo la carretera. Y los...

«Pequeños insectos.»

«Pequeños insectos.»

Merry se revolvía y retorció y se asomaba detrás del hombro de Jack.

«¿¡Mamá!? ¿¡Mamá!?»

Jack se volvía para ver a su madre, pero lo hacía demasiado despacio, demasiado tarde, y la navaja le rajaba desde el ombligo al cuello.

Se despertó sobresaltado en la oscuridad y tuvo la sensación de que no estaba solo.

Se sentó, jadeando, con una mano en el lugar donde la navaja le había atravesado el vientre, como si pudiera detener la hemorragia.

¡Parecía tan real!

Paseó la vista por la habitación y poco a poco recordó dónde estaba.

El televisor seguía encendido y, gracias a la luz que emitía, vio que tanto Marvel como Reynolds estaban dormidos. Reynolds estaba hecho un ovillo, de espaldas a la habitación; Marvel, desplomado contra el cabecero de la cama, con la corbata aflojada y el mando a distancia encima del pecho, junto a la barbilla.

Con mucho, mucho cuidado, Jack salió de la cama y fue hasta el centro de la habitación.

Había hecho todo lo que había podido. La policía estaba investigando el caso. Su padre estaba en casa. Merry y Joy estaban a salvo. Podía irse y ni siquiera tendría que comprarse un billete a Londres. Se libraría de los cargos, del juicio, del centro de detención.

Podría empezar de cero.

No tenía que ponerse los zapatos siquiera porque había dormido con ellos puestos, como llevaba haciendo cada noche durante un año.

Siempre listo para salir corriendo.

Caminó sin hacer ruido por la moqueta. El pomo de la puerta era redondo, de frío latón, y chirrió un poco cuando lo giró. Marvel se movió y Jack contuvo la respiración. Vio al grueso hombre darse la vuelta y adoptar una postura más cómoda, de lado, de cara a él.

Jack abrió la puerta y pensó en Ricitos de Oro colándose en la casa de los tres osos para comerse sus gachas y dormir en sus camas.

«A tomar por culo Ricitos de Oro», pensó y luego sonrió al recordar las palabras de Marvel.

«A tomar por culo Ricitos de Oro.»

Marvel era un poli y un capullo, no necesariamente en ese orden. Le dijo muy claro a Jack que no quería saber nada de aquel caso y Jack había tenido ganas de darle un puñetazo.

Pero luego sí quiso e hicieron un trato. Y ahora Marvel estaba haciendo todo lo posible por cumplir su parte.

Marvel lo había sorprendido. Más que eso, Marvel había revivido algo dentro de Jack que creía que había perdido.

«Esperanza.»

La esperanza de que se hiciera justicia.

De un final y de un principio nuevo, mejor.

De dormir sin tener pesadillas.

Marvel estaba ocupándose del caso y ya no lo necesitaba, igual que Joy y Merry ya no lo necesitaban.

Nadie lo necesitaba ya.

Jack era libre de irse.

Y sin embargo, no se movió. Se quedó allí, perfilado en el umbral.

No podía irse.

No cuando su única esperanza estaba en aquella habitación, tumbada en una cama llena de desniveles, con la luz del televisor parpadeándole en la cara y un caramelo de menta pegado a un carrillo.

Jack cerró la puerta sin hacer ruido.

Volvieron a la casa a las once de la noche. No había luces encendidas.

Aparcaron al otro lado de la calle y Reynolds escudriñó la oscuridad.

—Han vuelto a poner el cartel de *SE ALQUILA*. Se había caído.

Marvel rumió unos instantes aquella información.

—Supuse que la mujer acababa de mudarse. No tenía pinta de alguien a punto de cambiarse de casa. Y desde luego esos gatos no se van a ir a ninguna parte.

Reynolds asintió con la cabeza.

Los tres miraron la casa.

—¿Ves el gnomo? —dijo Marvel.

—¿Qué gnomo? —dijo Jack.

—No —dijo Reynolds.

Marvel enfocó el césped con los prismáticos.

—No está.

—Qué raro —dijo Reynolds.

Marvel le pasó los prismáticos y sacó el teléfono.

—Léeme el número que viene en el letrero de *SE ALQUILA*.

Reynolds lo hizo y Marvel llamó al número.

Oyó el tono de llamada cuando le conectaron; supuso que desde una agencia inmobiliaria a alguien de guardia.

—¿Hola?

La persona de guardia parecía bastante enfadada porque la hubieran despertado.

Marvel le explicó quién era y le preguntó por el inquilino de la propiedad de Cumberland Road.

—No hay ningún inquilino en esa propiedad —dijo un hombre con voz de persona joven—. Por eso se alquila.

—He estado hablando con la inquilina esta tarde, dentro de la casa —dijo Marvel—. Así que compruebe sus datos, por favor.

—Conozco la casa —dijo el agente con arrogancia—. Años sesenta, de ladrillo. Cumberland Road. Lleva meses vacía.

—¿Cuándo fue la última vez que estuvo en ella? —dijo Marvel.

El hombre vaciló.

—Hace bastante.

—Vale —dijo Marvel y colgó, no era asunto suyo cómo se gestionara una agencia de alquiler.

Se volvió hacia Reynolds.

—¡Son unos putos okupas!

Salieron del coche.

—¿Puedo ir? —dijo Jack y ambos le contestaron al unísono:

—¡No!

Reynolds fue por la parte de atrás mientras que Marvel recorrió el camino de entrada pegado al seto de la casa vecina, donde un perro grande, a juzgar por el sonido que hacía, le ladró furioso. Luego cruzó por delante de la casa con el hombro pegado a los ladrillos, tratando de engañar a la cámara de vigilancia.

En la ventana delantera, colocó las manos a ambos lados de su linterna y miró dentro de la casa.

Estaba todo igual. Los gatos estaban todo lo presentes y formales que pueden estar los gatos. La bandeja con las cosas del té seguía en la mesa.

Marvel se preguntó si la señora Creed estaría bien. No le había parecido de esa clase de personas que dejan tazas sucias en el cuarto de estar. Que las bolsas de té usadas manchen la tetera. Cosa que ponía furiosa a Debbie cuando vivían juntos. Una de las muchas cosas. De manera que estaba un poco preocupado. Una preocupación pequeña, pero preocupación, al fin y al cabo.

¿Podía ser que Christopher Creed hubiera estado vigilándolos? ¿Que se hubiera puesto furioso con su madre por dejarlos entrar? ¿Y si habían discutido? La mujercilla regordeta contra el exmarine, en ropa interior, un hijo malcriado con obsesión por las navajas. ¿Y si la había matado en un ataque de ira? A oídos de un lego aquello podía sonar descabellado, pero Marvel había visto multitud de cosas peores con sus propios ojos.

Se reunió con Reynolds detrás de la casa.

—¿Alguna novedad? —susurró.

—Cero. No veo nada. Está demasiado oscuro.

Marvel asintió con la cabeza.

—Creo que deberíamos entrar.

—¿Con qué excusa? —dijo Reynolds—. No podemos entrar en una casa solo porque nos apetece echar un vistazo.

Marvel hizo como que no le había oído e intentó abrir la puerta trasera, pero estaba cerrada con llave.

Rodearon la casa, pero también la puerta principal estaba cerrada.

—Mierda —dijo Marvel.

Se quedaron allí sin hacer nada mientras el perro de los vecinos ladraba como un loco.

Por fin Marvel dijo:

—Ve a buscar al chico.

Reynolds estaba horrorizado.

—¡Señor, apenas tenemos indicios de criminalidad para entrar nosotros y mucho menos para meter a alguien que sabemos que es un delincuente!

—Me preocupa la seguridad de la señora Creed —dijo Marvel con tono teatral—. Podría echar abajo su puerta trasera, pero la manera menos agresiva de acceder a la casa y de asegurarme de que está todo bien es hacer entrar al chico.

—Pero ¿y si resulta herido? ¿O muerto incluso? Christopher Creed hace navajas y una de ellas se ha usado para cometer un asesinato. ¡No le interesa que le cojan!

—Si el señor Creed está ahí, se está escondiendo. Esconderse no es algo agresivo.

—¡Igual se está escondiendo de nosotros! No se va a enfrentar a dos agentes de policía que están cumpliendo con su deber —susurró Reynolds impaciente—. Pero ¿a un chico solo en una casa a oscuras? ¡Puede pasar cualquier cosa!

—Jack Bright puede cuidarse solo —dijo Marvel—. Y estaremos justo aquí por si nos necesita. Ve a buscarlo.

—No me gusta esto, señor —dijo Reynolds con frialdad—. No me gusta un pelo.

—Tomo nota —dijo Marvel.

Reynolds entró en el coche y volvió con Jack.

—No contestan al timbre —le dijo Marvel—. Nos preocupa que la señora Creed esté herida o enferma. Nos gustaría que entraras para asegurarte de que está bien.

—Vale.

—¿Entiendes lo que te pido?

—Sí, que me asegure de que esté bien.

—Y si de paso ves papeles que nos puedan ser útiles...

—Eso es un registro ilegal —dijo Reynolds—. Nada de lo que encuentre será admisible como prueba.

—No va a buscar nada —dijo Marvel cortante—. Va a entrar a asegurarse de que la señora Creed está bien. Si resulta que encuentra algún papel en el que figure el nombre de Adam While en algún cajón o en un archivador... —le hizo un gesto con la cabeza a Jack—, pues será una coincidencia afortunada.

—No pienso participar en esto —dijo Reynolds y les dio la espalda a ambos.

Marvel puso los ojos en blanco y Jack no pudo evitar sonreír.

—Ponte a ello —le dijo Marvel.

Siguió a Jack Bright hasta la parte trasera de la casa. A pesar de su solemne declaración, Reynolds participó un poco, pues fue detrás de ellos, murmurando para sí.

Jack se internó tres metros en el jardín trasero para estudiar el canalón y las tuberías. Siempre había más detrás de las casas, donde estaban los desagües.

Su ojo de ladrón localizó enseguida el punto débil: un ventanuco situado sobre el cobertizo del jardín. Inspeccionó el patio y cogió una pala de jardinería que estaba clavada en una jardinera llena de margaritas muertas. Después arrimó una de las sillas de jardín al cobertizo, trepó deprisa hasta el vértice del tejado y escaló con facilidad por una tubería hasta la ventana. Una vez allí, hizo palanca con la pala en el marco de madera hasta que la ventana cedió y se abrió. Luego se deslizó en silencio por ella y desapareció de la vista.

La operación entera no llevó más de dos minutos.

—Impresionante —dijo Marvel.

—Estremecedor —dijo Reynolds.

Jack aterrizó en lo que parecía el trastero. Aunque estaba vacío, no parecía tener espacio para una cama.

Avanzó sigiloso por la moqueta, pisando con tiento para que no crujiera el suelo, pero la casa no era tan vieja como para que los clavos se hubieran encogido en sus agujeros y sus pasos resultaron reconfortantemente silenciosos.

Abrió una puerta y salió a un estrecho rellano, al que daban solo puertas cerradas.

Jack respiró tembloroso. Nunca entraba en una casa si sospechaba que había personas dentro. Lo de Catherine While había sido un error. Shawn la había cagado y había sido una sorpresa de lo más desagradable darse cuenta de pronto de que no estaba solo.

Pero allí sabía que no estaba solo y eso lo ponía nerviosísimo.

Abrió la primera puerta.

Estaba oscuro, pero pudo ver que se trataba de un cuarto de baño. Vacío. Ni siquiera había papel higiénico.

Dio unos pasos por la gruesa moqueta de color pálido que cubría el pasillo. La puerta siguiente era de un dormitorio vacío. Ni cama ni armario. Solo más moqueta.

Y un olor que no conseguía identificar.

Industrial. Era lo máximo que podía acercarse.

Otro cuarto de baño. Esta vez Jack se quedó en el umbral el tiempo suficiente para comprobar que no había toallas. Ni cepillos de dientes. Ni papel higiénico. Otra vez.

Qué raro.

Solo quedaban dos puertas. Una a su derecha y la otra, enfrente, en el lado opuesto del rellano. Por alguna razón pasó de largo por la de la derecha y se dirigió a la que tenía enfrente. Giró el pomo despacio.

Era el dormitorio principal. Jack lo supo por la luz de una farola de la calle. Y también estaba completamente vacío, a excepción de la moqueta.

Frunció el ceño en la oscuridad, luego cerró sin hacer ruido.

La última puerta. Suponía que encontraría más de lo mismo, pero se resistió a confiarse. No había conseguido robar ciento diecisiete casas siendo confiado.

Detrás de la última puerta podía haber cualquier cosa.

Cualquier cosa.

Giró despacio el pomo y, despacio, empujó la puerta.

Nada.

Se detuvo un momento, sin saber muy bien qué hacer a continuación. Después recordó que Marvel había dicho que habían hablado con una señora «mayor». Igual no podía subir escaleras. Quizá había más dormitorios en el piso de abajo.

Se tomó un momento para recobrar la cautela necesaria, luego bajó sin hacer ruido las escaleras e hizo una búsqueda sistemática.

Todas las habitaciones estaban vacías. La cocina no tenía ni hervidor. Jack abrió la nevera y los armarios. Vacíos.

Todo estaba vacío.

A excepción de un cuarto lleno de gatos.

Era la cosa más rara que había visto en su vida.

Fue hasta la parte trasera para abrir a Marvel y a Reynolds. Pero justo cuando se disponía a descorrer el cerrojo, una voz de mujer preguntó:

—¿Puedo ayudarte en algo?

Cuanto más llevaba Jack dentro de la casa, más tenso se ponía Marvel.

Había confiado en que el chico estaría dentro unos minutos como máximo y que cuando saliera por donde había entrado, les diría que la señora Creed estaba dormida en su cama y, con un poco de suerte, aferrada a una factura a nombre de Adam While.

Ahora empezó a preguntarse seriamente si la señora Creed estaría bien.

Quizá enviar a un chico de catorce años a la casa a comprobarlo no había sido tan buena idea después de todo. ¿Qué había dicho Ralph Stourbridge?

«No fue mi mejor momento.»

Marvel confió en que no le pasara lo mismo a él en un futuro cuando recordara aquella noche. Incluso si Jack no corría peligro, no quería que se encontrara con un cadáver. Marvel había tenido su ración de cadáveres durante sus años en homicidios, pero nunca te acostumbrabas a esa impresión inicial, incluso si te la esperabas. Era como estar inflando un globo y que te explotara en la cara.

Reynolds estaba mirando por la ventana de la cocina con las manos puestas a modo de visera. Marvel se reunió con él y se puso también a escudriñar la oscuridad.

—¿Puedo ayudarlos?

Ambos dieron un respingo cuando se volvieron y se encontraron con una mujer de mediana edad. Llevaba un albornoz de felpa amarilla y botas de agua verdes y la acompañaba un perro negro de gran tamaño sujeto con una correa.

—Hola —dijo Marvel.

—¿Qué hacen aquí? —quiso saber la mujer.

—Policía —dijo Marvel y enseñó su identificación—. ¿Qué hace usted aquí?

—¡Ah! —dijo la mujer visiblemente aliviada—. Vivo en la casa de al lado. Bobby estaba ladrando y quería asegurarme de que no pasaba nada.

—¿Es usted amiga de la señora Creed?

—En realidad no, solo vecina. No lleva aquí más que unos meses. Es muy reservada.

—No parece que esté en casa.

—No. Se fue —dijo la mujer.

—¿Cuándo?

—Esta tarde. Sobre las cuatro.

Los hombres se miraron. La señora Creed se había marchado poco después de ellos. Eso parecía sospechoso, como si fuera su visita lo que hubiera provocado la marcha.

—¿Sabe cuándo volverá? —preguntó Marvel.

—No.

—¿Qué coche tiene?

—No tiene coche —dijo la mujer—. Tiene un camión.

—¿Uno grande, azul? —dijo Reynolds mirando a Marvel—. ¿Aparcado en la esquina?

—Sí. Un mamotreto. Lo aparcó allí hace tres meses y desde entonces no lo ha movido, ni siquiera cuando la señora Chandra, la del chalé, se lo pidió con amabilidad porque le tapaba la luz.

Marvel y Reynolds se intercambiaron miradas angustiadas. Habían aparcado justo detrás del vehículo usado para huir.

—¿Hasta hoy no lo había movido?

—Así es. Se metía dentro muchas veces, como si fuera a cambiarlo de sitio, pero no llegaba a hacerlo. La señora Chandra creía que lo hacía para molestarla, pero no me pareció esa clase de mujer.

—¿Estaba su hijo con ella cuando se fue? —dijo Marvel.

—¿Su hijo?

—Christopher.

—Nunca he visto ningún hijo —dijo la mujer—. Claro que tampoco soy cotilla.

Marvel y Reynolds se intercambiaron nuevas miradas de perplejidad.

Fue Reynolds quien hizo la siguiente pregunta.

—¿Sabe cuál es el nombre de pila de la señora Creed?

—Veronica, creo.

—¿Veronica? —dijo Marvel.

—Veronica Creed —dijo Reynolds despacio—. VC.

—Mierda —dijo Marvel—. ¡Ella es la fabricante!

—Dios —balbuceó Reynolds—. ¡Dios!

—¿De qué va todo esto? —dijo la mujer.

Pero de pronto Marvel no la quería allí, no quería que fuera testigo de su fracaso.

—Es un asunto policial —dijo con brusquedad—. Gracias por su colaboración, señora...

—Señorita Flowers.

—Gracias por su colaboración, señorita Flowers, pero voy a pedirle que vuelva a su casa mientras proseguimos con nuestras investigaciones.

La señorita Flowers pareció contrariada.

—¿Cómo? O sea, que vengo aquí y les doy un montón de información útil ¿y no van a darme nada a cambio?

—Exacto —dijo Marvel y los mandó a ella y a su perro de vuelta a la oscuridad.

Marvel, Reynolds y Jack Bright estaban en el cuarto de los gatos con las luces encendidas.

La fotografía de Christopher Creed —o de quién quiera que fuera — había desaparecido y en su lugar un gato chino de la suerte movía su puño burlón de arriba abajo dejándoles claro lo que opinaba de ellos.

—Si es que hasta nos preguntó si estábamos seguros de buscar a un hombre —se lamentó Marvel—. Nos dejó como a dos tontos.

—No es culpa nuestra, señor. Nos mintió.

—¡Todos mienten! —saltó Marvel—. Nuestro trabajo es tenerlo presente. Pero teníamos a la testigo delante. Sirviéndonos un té. Y la dejamos ir porque supusimos que una persona que hace navajas tiene que ser un hombre.

—Bueno, sí —dijo Reynolds—. Algo de culpa sí tenemos.

Veronica Creed había jugado con ellos. Había plantado una gigantesca pista falsa delante de sus narices y los había observado mientras la pasaban por alto, guiados por sus prejuicios.

Los había engañado una señora mayor con un jersey de gatos.

—Debe de trabajar en el camión —dijo Reynolds—. Si no, ¿por qué iba a tener un vehículo tan grande? La fabricación de navajas precisa maquinaria de fresado y lijado, así que tener todo en un

vehículo, y nada en la casa, le facilita marcharse en cuanto lo necesite.

—¿Así que esta ni siquiera es su casa? —dijo Jack.

—No —dijo Marvel—. Probablemente ocupa casas para poder contratar una línea de teléfono o tarjetas de crédito y luego, si las cosas se complican, se marcha a otro sitio.

—Así que todo esto —Jack señaló el cuarto de los gatos con un gesto del brazo— no es más que una casa señuelo.

Marvel y Reynolds se miraron avergonzados y Jack rio.

—Y entonces, ¿ahora qué? —dijo—. ¿Cómo la van a coger?

—A saber —dijo Marvel sombrío—. ¿Qué más pistas nos dio en las que ni siquiera reparamos por culpa de los gatos y de las putas galletas de natillas?

—O porque es una mujer de mediana edad poco atractiva —dijo Reynolds.

—Oye, Germaine Greer —dijo Marvel con aspereza—, tampoco es que no intentara engañarnos. Si hubiera querido facilitarnos las cosas, nos habría dado una puta factura de Adam White.

Los dos miraron furiosos sus libretas. El único sonido era el leve clic de la pezuña dorada del gato saludando.

—¿No pueden localizar el camión? —dijo Jack.

—Buena idea —dijo Marvel—. Voy a mandar un aviso. Un camión azul grande. En algún lugar de Londres. Seguro que funciona.

—Pensaba que podían localizarlo por la matrícula.

—Bueno, si la tuviéramos, claro.

—X250 TBB —dijo Jack.

Los dos policías lo miraron y él se encogió de hombros.

—Estuvieron fuera un siglo y no tenía otra cosa que hacer.

Con la ayuda de tres salas de control del cuerpo, tres horas más tarde localizaron el camión en una extensión desnuda de asfalto que hacía las veces de aparcamiento frente a una playa de Sussex.

Marvel aparcó el Ford Focus a unos cincuenta metros junto a una papelería rebotante de papel de envolver patatas fritas y botellas de plástico. En el lateral había un letrero que decía: *Conservemos la belleza de Pevensy Bay*.

En la oscuridad no podían ver si Pevensy era bella o no. No veían las caravanas ni las barquitas cercadas por una valla de alambre. Ni siquiera el mar. Aunque sí oían las olas romper en la playa, más abajo, cada una estrellando guijarros contra la orilla para después succionarlos de vuelta al mar envueltos en una espuma que siseaba y chascaba.

Era una noche cálida y tranquila, con la única presencia de las estrellas y las olas, lo que hizo pensar a Jack que podían estar en Bali.

—¿Y ahora qué? —bostezó, era lo primero que decía desde que habían salido de Bromley.

Marvel no contestó. Jack se preguntó si le habría oído, de forma que repitió:

—¿Y ahora qué?

—No seas pesado —dijo Marvel de malhumor.

Jack se calló. En realidad no le importaba que lo dejaran de lado. Era agradable no tener que tomar decisiones. Que otros las tomaran por él y no ser responsable del resultado.

—Aquí desembarcó Guillermo el Conquistador, por cierto —dijo Reynolds—. En 1066.

Jack miró hacia la playa e imaginó a hombres con arcos, flechas, picas y mazas resbalando y derrapando en la orilla pedregosa. El estruendo que harían. La sangre que manaría por entre los guijarros antes de desaparecer abajo, en la playa.

—¿Qué más te agenciaste mío? —dijo Reynolds.

—¿Cómo?

—De la casa señuelo. Además de mi traje y mi corbata.

Jack lo miró furioso. ¡Lo habían estado pasando tan bien! Eran un equipo. Y ahora tenía que sacar eso a relucir.

Se cruzó de brazos y no contestó.

—Tenemos que sacarla del camión —dijo Marvel—. Para ver lo que hay dentro.

—No podemos registrar el vehículo sin una orden, señor —dijo Reynolds.

—Y no vamos a hacerlo —estuvo de acuerdo Marvel.

Ambos se volvieron a mirar a Jack.

—Vale. —Jack descruzó los brazos y empezó a acelerársele el corazón. Nunca había entrado en un camión, pero sabía cómo hacerlo. Mientras esperaba a Marvel y a Reynolds sin una radio con la que distraerse, había estudiado la parte trasera de aquel vehículo y su ojo entrenado había deducido cómo funcionaban los cierres y localizado el punto débil del mecanismo. Planear cómo entrar en algún sitio era un hábito para él. Un hábito despreciable del que se sentía avergonzado y orgulloso a partes iguales. Nunca se le pasó por la cabeza que llegaría a poner en práctica aquel conocimiento concreto, pero si ayudaba en la investigación, estaba más que dispuesto a intentarlo.

—Otro registro ilegal —dijo Reynolds con los labios apretados.

—¿Y dónde estaríamos sin el primero? —se apresuró a contestar Marvel—. Además, Veronica Creed se mudó a las pocas horas de que le preguntáramos por la navaja que se usó para matar a Eileen Bright. Diría que eso es indicio de criminalidad.

—Para solicitar una orden, seguramente. ¡Pero no para entrar por las buenas y ponerse a buscar! Y mandar a un ladrón para que ponga el sitio patas arriba... No creo que ningún juez de este país firmara algo así, señor. ¡Como mínimo es fomentar la delincuencia en un menor!

—Es un poco tarde para lamentarse por eso —rio Marvel—. Y tampoco lo estoy mandado a la Torre de Londres a robar las putas joyas de la Corona. Solo a la parte de atrás de un camión a buscar un papel que puede ayudarnos a coger al hombre que mató a su madre.

Reynolds no parecía convencido.

—Y además —añadió Marvel—, ¿quién va a ir con el cuento?

—¡Yo no! —dijo Jack.

Marvel se volvió hacia Reynolds, que negó con la cabeza y dijo:

—Me siento muy incómodo con todo esto, señor.

—Bueno —dijo Marvel mientras sacaba el teléfono—. Tú siéntete incómodo por los dos mientras yo y Jack cogemos a un asesino.

—Jack y yo —dijo Reynolds.

—Muy bien —dijo Marvel—. Entonces estamos de acuerdo.

Jack rebuscó en la caja de herramientas del maletero mientras Marvel hablaba con la policía local y al cabo de diez minutos un coche patrulla llegó despacio haciendo crujir la grava y se detuvo junto al camión.

En cuanto lo hizo, Jack salió sigiloso, cobijado en la oscuridad que olía a sal y a intensa aventura.

Mientras se desplazaba por las sombras del camión, un agente con chaqueta reflectante llamó a la puerta de la cabina.

Una vez.

Y otra.

Y una tercera.

—Policía. Abra, por favor.

Se abrió la puerta. Susurros. Luego el sonido de alguien que baja de la cabina y se llevaron a la mujer para hablar con ella, tal y como había pedido Marvel. Llevaba abrigo grueso y botas.

Ayudado de la llave de cruceta del Focus, Jack forcejeó con la cerradura. Era una cerradura buena y la llave no era muy larga, pero la acción de palanca y los esfuerzos dieron resultados y se abrió con un chasquido. Luego solo fue cuestión de levantar el pestillo de la puerta. Otro chasquido al abrirse y Jack entró de un brinco.

Miraron al chico saltar con facilidad a la parte trasera del camión.

—Pase lo que pase con esto —dijo de pronto Marvel—, no creo que debamos presentar cargos contra él.

—¿Cómo? —dijo Reynolds—. Pero si es Ricitos de Oro. Lo ha reconocido.

Marvel siguió mirando la parte trasera del camión.

—En tres años, dos fuerzas policiales no han conseguido encontrar al asesino de su madre. No quiero acusarlo de delitos que ha cometido por culpa de nuestro fracaso. No me siento cómodo con ello.

Reynolds frunció los labios.

—Sea cual sea la razón, señor, el hecho es que ha allanado y desvalijado más de cien casas. ¡Él mismo reconoce que la condena es inevitable!

Marvel asintió con la cabeza y se quedó callado unos instantes. Luego dijo.

—Pero no lo es, ¿verdad?

—¿No es qué?

—Inevitable.

Reynolds frunció el ceño.

—¿Qué quiere decir?

—No, si somos... flexibles.

A Reynolds no le gustó cómo sonaba aquello. En su opinión, la flexibilidad era una cualidad muy sobrevalorada.

—No se puede escapar de la ley, señor.

Marvel soltó una risotada.

—Me parece que los dos sabemos que eso no es verdad.

—Pues no estoy de acuerdo —dijo Reynolds digno—. Después de todo, yo arresté a Jack Bright. ¡Dos veces!

—Ah, ¿sí? —dijo Marvel.

—Ya sabe que sí —gruñó Reynolds—. Le leí sus derechos. Del primero al último. Sobre todo, la segunda vez.

—Yo no presencié ninguna detención —dijo Marvel—. ¿Tienes testigos?

—¿Testigos? —dijo Reynolds—. ¿De la detención?

—Sí —dijo Marvel.

—¿De la detención hecha en la comisaría?

—Sí.

—No —dijo Reynolds.

—Hum —dijo Marvel.

—¿Qué significa eso de «hum»? —dijo Reynolds empezando a acalorarse.

—Pues quiere decir que si no tienes testigos de la detención, entonces es tu palabra contra la suya.

Reynolds miró al comisario con total asombro.

—¿Se refiere a la palabra de un chico que es un mentiroso y un ladrón contra la de un oficial de policía con un historial impecable?

—Un oficial de policía que la cagó en el primer arresto —dijo Marvel—. Y que no tiene testigos de la supuesta segunda detención de un menor no acompañado y sin representante legal; un chico cuya madre fue brutalmente asesinada y que se ha visto defraudado por la policía primero y después por todos los que deberían haberle ayudado. Desde su padre hasta todas esas personas que debían de haber reparado en tres niños que no van al colegio y que viven solos en una casa hecha una mierda. Ese chico de ahí, Reynolds.

Reynolds miró furioso el camión.

—Aquella detención fue legal —dijo—. Usted lo sabe y yo, también.

No añadió «señor» al final y no le importó.

Dentro del camión, el aire de mar fue reemplazado por un regusto plano, metálico, que se instaló enseguida en la parte posterior de la garganta de Jack.

Se quedó quieto un instante; oía a la mujer y al policía hablar fuera. Tenía que encontrar las pruebas que necesitaban enseguida y salir de allí.

Usó la linterna del teléfono para inspeccionar el lugar. Louis tenía razón, las máquinas empleadas para hacer los cuchillos cabrían en un cobertizo. Situadas muy juntas al final de la zona de carga, incluso dejaban sitio para una neverita, un hornillo y un microondas. Todo estaba fijado a un armazón de metal soldado al interior de las paredes para que nada se moviera cuando el vehículo estaba en marcha.

Incluso había un cubo de plástico sujeto a la pared.

En cambio, no había ningún archivador. Tampoco armario. Ni caja fuerte. Nada que pudiera contener la contabilidad de un negocio. Hasta miró en la nevera y en el microondas.

Nada.

—Mierda —murmuró.

Examinó el taller: bloques de gran tamaño y forma de horno con varas, hojas y tablas de calibrado. En la base de una había una puerta que no había visto en la primera inspección y dentro había cajones metálicos con bandejas segmentadas: compartimentos de varios tamaños, cada uno con una tapa transparente de bisagra que le permitió ver la colección de herramientas de mano, brocas, hojas de navaja a medio hacer y moldes para empuñaduras, además de piezas indeterminadas de metal, madera, piedra y cuero.

Cuatro delgados cajones. Montones de compartimentos.

Pero solo uno con diamantes.

Jack contuvo el aliento y levantó despacio la tapa.

Era el único compartimento forrado de terciopelo negro, de modo que las docenas de piedras brillantes centelleaban igual que una galaxia lejana en un mundo oscuro y nuevo.

Jack soltó el aire. Volvió a tomarlo. Acto seguido y a gran velocidad, envolvió los diamantes con el terciopelo, los cogió y se los guardó en el fondo del bolsillo de sus pantalones.

Después de todo, era un ladrón.

Aunque no había ido allí a buscar diamantes.

Las voces de fuera subieron de volumen. Gracias y adioses.

«¡Mierda!»

Jack miró desesperado a su alrededor. Los papeles no estaban allí. Los cajones eran el lugar obvio donde guardarlos y no estaban. Descorazonado, se dio cuenta de que el sitio lógico en el que guardar importantes documentos de negocios no sería el remolque de un camión, sino la cabina, donde VC los tendría al alcance de la mano.

Estaba en el lugar equivocado y no había tiempo de ir al correcto.

Se obligó a estarse quieto y a escuchar.

Oyó las pisadas del policía alejarse en la grava y las de la mujer cruzar el asfalto cubierto de arena hacia él. Miró la puerta trasera. Estaba abierta, pero solo un poco. Si la mujer la comprobaba, Jack estaba jodido. No tenía adónde ir. Ni dónde esconderse.

La mujer no comprobó la puerta.

Jack suspiró aliviado cuando la oyó y sintió subir a la cabina y las vibraciones de sus movimientos viajaron por el metal hasta sus pies.

Y si él la sentía moverse, entonces ella lo sentiría a él también. Jack supo que cualquier movimiento que hiciera ahora tenía que hacerlo con extraordinaria cautela. Apagó la linterna y dio con cuidado un paso hacia la puerta.

El motor arrancó.

Por algún motivo, Jack no se había esperado aquello. Pensó que VC subiría a la cabina y se pondría a dormir otra vez.

Pero VC no estaba durmiendo. Estaba poniéndose en marcha. Yéndose de allí.

¡Con él dentro!

Sonido de coche que se aleja.

El pánico se apoderó de Jack. Tenía que salir de allí. ¡Ya!

Pero antes de que pudiera moverse, los frenos hidráulicos silbaron, el camión dio una sacudida hacia atrás y Jack cayó hasta quedar a cuatro patas. Se puso de pie, pero trastabilló de nuevo cuando el vehículo dio un acelerón y tuvo que agarrarse al borde de la nevera para conservar el equilibrio.

Luego el camión viró bruscamente y Jack rodó por el suelo con un gruñido. La puerta de la nevera se abrió detrás de él e iluminó la escena. Mientras el vehículo se bamboleaba, Jack se agarró de nuevo a ella y logró ponerse de rodillas hasta estar a la altura de un congelador estrecho que le había pasado desapercibido.

Lo abrió de golpe como si estuviera buscando un tentempié.

Dentro había una bolsa de guisantes congelados y, debajo, una bolsa de plástico que contenía algo grande y plano. Algo que estaba tan fuera de lugar dentro de un congelador como una navaja dentro de una bota...

A Reynolds le iba a dar un infarto.

Ya era bastante malo que le dijeran que la detención de Jack Bright podía ser cuestionada una vez de vuelta en Tiverton, como para tener que ver a ese mismo ladronzuelo cruzar el aparcamiento y allanar una propiedad privada, y todo ello con la bendición del oficial al mando de la investigación.

Y tener que sentarse a esperar sin saber qué coño estaba pasando en el interior del camión era una tortura.

Podía haber trampas cazabobos. Guardias armados. ¡Un tigre en una jaula!

Se tensó hasta lo insoportable cuando Veronica Creed, cuchillera de reyes y asesinos, terminó su conversación y se dirigió de nuevo a la cabina del camión.

Para a continuación arrancar el motor.

Reynolds se quedó helado. No se había esperado aquello.

Tampoco Marvel, que gruñó sorprendido.

—Señor —dijo Reynolds nervioso.

—Dale un minuto —dijo Marvel.

Reynolds le dio diez segundos y repitió «Señor» con más énfasis. Pero Marvel no cedió.

El camión dio marcha atrás. Después avanzó. Luego retrocedió de nuevo, trazando un semicírculo. Ahora ya no veían la puerta de atrás. No sabían lo que ocurría en el interior en aquel momento, como tampoco lo habían sabido un minuto antes.

Los frenos chirriaron y Reynolds vio las grandes ruedas delanteras girar hacia la salida del aparcamiento.

—¡Señor! —graznó.

—Dale un minuto —dijo Marvel.

Reynolds imaginó el comité disciplinario, quizá el juicio. Cómo testificaría sobre la actitud fría y despreocupada de Marvel mientras el chico al que había enviado en busca de pruebas era herido o asesinado o secuestrado y nunca vuelto a ver. Un Fagin gordo y egoísta. Mientras que él era...

La imaginación de Reynolds apretó el botón de PAUSA. ¿Qué era él? ¿Cuál sería su responsabilidad si Jack Bright resultaba perjudicado?

—¡Mierda! —gritó y abrió de golpe su puerta para poner freno a aquella locura en el preciso instante en que el gran camión azul pasaba rugiendo a su lado.

—¡Mierda! —chilló de nuevo, se metió en el coche, cerró de un portazo y gritó—: ¡Vamos, vamos, vamos! —Como si fuera un ladrón de bancos.

Pero Marvel siguió sin hacer nada. Ni siquiera arrancó el coche para huir.

—¡SEÑOR! —le gritó Reynolds, pero Marvel sonreía.

Sonreía y señalaba con el dedo.

A Jack Bright, a cuatro patas, solo en el centro del aparcamiento.

—Te dije que le dieras un minuto —dijo.

Reynolds miró asombrado al chico flaco levantarse despacio del asfalto, mirar a un lado y a otro para recobrar la compostura y a continuación correr hacia ellos con paso desigual mientras sujetaba algo grande y plano contra el pecho.

Abrió la puerta trasera del coche y se desplomó en el asiento, sin respiración.

—¿Lo has encontrado? —dijo Marvel al retrovisor.

—He encontrado algo —dijo Jack y le alargó algo.

—¿Por qué está frío? —dijo Marvel.

Encendió la luz interior. Dentro de la bolsa de plástico transparente vieron un libro de contabilidad encuadernado en piel negra.

Y en la cubierta, estampado en oro:

EL LIBRO DE LAS NAVAJAS

Todo el libro estaba en código.

Cada entrada consistía en una serie de nombres y letras en secuencias breves y en apariencia sin relación, apuntadas aquí y allá con un símbolo o una nota al pie igual de ininteligibles.

Marvel había gruñido y rezongado intentando descifrarlo durante un rato en el aparcamiento y no había progresado un ápice.

—Es un puto galimatías —dijo por fin, luego cerró el libro con gesto petulante, se lo dio a Reynolds y arrancó el coche.

Mientras salían de Pevensey Bay, Reynolds abrió el *Libro de las navajas* sobre sus rodillas.

Se sentía feliz con la tarea encomendada. En el colegio se le habían dado bien las matemáticas, identificaba patrones y anomalías más deprisa que sus compañeros de clase. Y también le gustaban los crucigramas. *The Times*, el *Telegraph*. Cosas crípticas. Estaba convencido de que sus talentos le serían ahora de ayuda.

Primero examinó cada hoja escrita sin demasiada atención, solo recorriendo con la vista las entradas, escritas en una caligrafía tan apretada y precisa que casi no parecía humana. Pasó las páginas a un ritmo pausado mientras sus ojos se deslizaban con agilidad por las entradas hasta que se acabaron.

Había diez en cada página y poco más de nueve hojas escritas. Si suponía (aunque se estremeció solo de pensarlo) que cada entrada correspondía a un cuchillo, entonces VC habría hecho una media de menos de diez cuchillos al año. No parecían muchos.

O quizá sí.

Reynolds cayó en la cuenta de que no tenía marco de referencia, de manera que sus cálculos carecían de sentido.

En el asiento trasero, Jack Bright dijo algo. Reynolds se volvió a mirar al chico, pero estaba dormido, recostado con el ceño fruncido en la tapicería y el puño cerrado sobre la oreja.

—¿Qué ha dicho? —dijo Marvel.

—No lo he entendido, señor —dijo Reynolds—. Está dormido.

Hojeó de nuevo el libro, esta vez más despacio.

Supuso que las entradas seguían un orden cronológico. Solo eso ya le permitió identificar las fechas. Los días eran cifras; los meses estaban representados por una o dos letras; el año, también en cifras. Solo las dos importantes.

Una vez celebrado en silencio ese pequeño triunfo, había poco de qué alegrarse. Cada entrada era una maraña de números y letras en mayúsculas y minúsculas, agrupadas como si fueran palabras, solo que no lo eran. Cada anotación tenía un único punto y seguido. El resto era una retahíla ininteligible.

Con los ojos irritados por la falta de sueño, el oficial Reynolds miró una entrada al azar y la conminó a que se reorganizara hasta cobrar sentido.

22AB98S7433t 334546anCP3gWC e0.3QTN133500

No le decía nada.

14JL98G7869r 667897aAC7vAGQ e0.7QCF72s6500

Tampoco la siguiente.

12OC98W799h 223988iMP5IABT e0.5QTA1110250R

Después empezaban otras sin el 98. Seguían sin tener sentido.

19MR99H7224a 775888yCP3deMT n0.2QBR173250

—¿Entiendes algo? —dijo Marvel.

Reynolds suspiró.

—No mucho, señor, aunque veo que están ordenadas por fechas, así que supongo que cada entrada se corresponde a la venta de una navaja, pero eso es todo. No es un código basado en matemáticas ni en lenguaje, sino en las particularidades de las navajas y las transacciones de su fabricante, las cuales desconocemos.

Marvel tamborileó los dedos en el volante.

—No puede ser tan distinto del libro de cuentas de cualquier otro vendedor. ¿Qué habrá querido registrar sobre cada venta? Fecha, artículo, precio, comprador. ¿Qué más?

—Hum... ¿Dirección? ¿Calidad? ¿Características especiales?

Marvel asintió.

—Y poco más. Así que incluso si se trata de una persona meticulosa, estamos hablando de una docena de cosas. De manera que mientras eso sea un libro de cuentas y no un intento por comunicarse con marcianos, tenemos una guía para descodificarlo.

Lo único que necesitamos es relacionar cada elemento con una navaja o un comprador.

—Pero no sabemos nada ni de las navajas ni de los compradores.

—Conocemos una de las navajas y a un posible comprador —dijo Marvel—. Empieza por ahí.

—Bueno, después de la fecha —dijo Reynolds— cada entrada tiene una letra y un siete. —Leyó entradas al azar—: W7991, L7634, P7220... y sigue así.

—Y después ¿qué viene?

Reynolds se tomó un momento para comprobar varias entradas antes de contestar.

—Otra letra. Aleatoria al parecer. Así que una letra aleatoria, un número de cuatro dígitos empezando por siete y otra letra aleatoria.

—¿Y luego?

Reynolds comprobó de nuevo varias entradas.

—Un número de seis dígitos. Que también parece aleatorio. Después de cada entrada hay un punto.

—¿Dónde?

—A unos dos tercios de la serie. Ah, y con un cero delante. Como si fuera cero punto cinco, cero punto dos, etcétera.

Leyó una entrada:

—19MY00H7224a 775888yCP3deMTn0.2QBR173250.

Silencio.

—¿Qué viene antes del punto?

—Un cero, señor. Y después un número y la letra Q.

—¿En todos los casos?

Reynolds lo comprobó y asintió.

—Eso parece.

Marvel se dio un tirón cauteloso de los pelos de la nariz mientras Reynolds miraba perplejo el libro en su regazo. Y entretanto las rayas blancas convergentes de la autopista M4 salían a su encuentro desde la oscuridad para desaparecer con un parpadeo debajo del coche.

Jack Bright se despertó, se estiró y metió la cabeza entre los dos asientos delanteros para mirar también el libro, como si pudiera ayudar.

—¿Por qué hay una R al final de esa?

Otros quince kilómetros de carretera silbaron bajo sus pies.

—¿La Q podría ser de «quilate»? —dijo Marvel—. ¿Podría referirse al tamaño del diamante?

Reynolds arrugó la frente y pasó el dedo por las entradas.

—¡Sí! —exclamó—. ¡Señor, creo que es eso! En todos los casos hay un valor similar, que va de cero punto dos a cero punto siete con cinco, todos seguidos de una Q.

Sonrió a Marvel, quien asintió, sombrío.

—Aún no lo tenemos.

—Ya lo sé, ya lo sé.

Pero Reynolds volvía a estar entusiasmado. Tenían fechas. Y ahora sabían con seguridad que cada retahíla de números y letras tenía que referirse a los detalles de la navaja, probablemente el precio y el comprador. Era solo cuestión de tiempo.

Pararon en la estación de servicio Reading y bajaron todos a hacer pis y a tomar café, luego continuaron camino hacia el oeste.

Jack se acurrucó en el asiento trasero y volvió a quedarse dormido casi de inmediato.

En el asiento delantero, el oficial Reynolds abrió el *Libro de las navajas* con energía renovada. Estaba convencido de que descifrar el código que podía vincular a Adam While con el arma homicida era cuestión de tiempo.

Arrugó el ceño y empezó a pasar páginas, comprobando algo.

—Jack tiene razón —dijo—. Solo hay una entrada que termina en letra.

—Ah, ¿sí? ¿Cuál?

Reynolds se inclinó sobre el libro por enésima vez y fue pasando páginas mientras buscaba con el dedo y con la vista.

12OC98W799h 223988iMP5IABT e0.5QTA1110250R

—La navaja vendida en octubre de 1998.

—Eso fue dos meses después de que Eileen Bright fuera asesinada —dijo Marvel en voz baja—. Adam While tenía su navaja desde muchos años antes.

—Pero ¿y si tenía las dos? —dijo Reynolds—. ¿Y si tenía la navaja antes y después del asesinato? ¿Y si asesinó a Eileen Bright con una navaja que compró o le regalaron años antes? Luego le entró el pánico y la tiró en el lugar del crimen. Volvió al área de descanso a intentar recuperarla, pero cuando la policía lo retuvo, se dio cuenta de que ya la habían encontrado.

Marvel asintió con la cabeza.

—Era una de las pocas personas que sabía que la policía encontró el arma del delito.

—Exacto. Hasta donde él sabía, podían empezar a divulgar fotografías a la prensa en cualquier momento y alguien, su mujer, por ejemplo, podía verlas y empezar a hacerle preguntas sobre su navaja. Así que necesitaba conseguir otra lo antes posible porque, al fin y al cabo, ¿cómo podía tener la policía su navaja si la seguía teniendo él? Era un argumento indiscutible.

Marvel se unió.

—El problema era que no podía comprar una navaja idéntica en una tienda, porque no es una navaja entre mil. Es una entre una.

—O, en este caso —dijo Reynolds—, una entre dos.

—Así que R es «réplica» —dijo Marvel.

Reynolds asintió.

—O «repuesto», «reemplazo» o «recambio». En cualquier caso, significan la misma cosa: que Adam While tuvo que encargarse de una nueva navaja VC para cubrirse las espaldas. La encargó a finales de agosto y estuvo terminada en octubre.

Reynolds sonrió como un tonto. No recordaba la última vez que se había sentido tan bien. Marvel lo miró de reojo con una expresión que Reynolds no le había visto antes, así que tardó un momento en darse cuenta de que era de respeto. Y aunque el oficial Reynolds pensaba que el comisario Marvel era un capullo, se sintió orgulloso.

—Después de hacer una navaja de repuesto a toda prisa, Veronica Creed debió de saber que While era culpable de algo —dijo Marvel—. Probablemente por eso salió corriendo tras nuestra pequeña visita.

—Exacto —dijo Reynolds y volvió a inclinarse sobre el libro.

Acto seguido se centró en una única entrada. Sacó su libreta y apuntó el código para descomponerlo y jugar con él, como un

anagrama. Cada una de las letras, cada uno de los números. Ahora sabía que los primeros seis caracteres eran una fecha, el «0.5Q» era un diamante de medio quilate y la «R» equivalía a réplica. O repuesto o reemplazo o recambio.

O rapidez.

Después de eso, era solo cuestión de tiempo.

Cerca de Swindon sacó la navaja de la guantera, la midió y volvió a guardarla con un chasquido orgulloso.

—¡Lo tengo! —gritó.

Jack se despertó, bostezó, se frotó los ojos y asomó la cabeza por encima del hombro de Reynolds para oír lo que tenía que decir.

—¡Toda la información que necesitamos está aquí mismo! Lo único que ha hecho esa mujer es descomponerla y mezclarla de manera que parezca un galimatías, pero una vez lo descifras, es fácil de leer.

Se lo explicó. Con Marvel mirando de reojo mientras conducía y Jack Bright respirando con fuerza en su oído, Reynolds les descifró el código, haciendo rayas para mostrar separaciones y rodeando letras con un círculo.

12OC98W799h 223988iMP5IABT e0.5QTA1110250R

—Los primeros seis caracteres son la fecha. Eso ya lo sabemos. Luego viene una letra mayúscula aleatoria. Después un número que empieza siempre por siete. Todos los móviles de este país empiezan por cero siete. ¿Entendéis? Lo único que ha hecho es eliminar el cero para hacerlo menos reconocible, descompuesto el número en dos y añadido lo que parece una letra aleatoria a cada uno de los lados.

Miró radiante a Marvel, quien asintió con la cabeza.

—Así que ahora sabemos que esos números corresponden a un teléfono. Luego hay dos letras más, en mayúsculas, y un número, seguido de una letra en minúscula y tres mayúsculas. «MP5IABT.» Dado que esto viene justo antes del tamaño del diamante, tiene que ser la descripción del producto. La navaja. Así que imagino que corresponde a «mango plegable» y el cinco es la longitud de la hoja. Luego la letra minúscula y «ABT», que seguramente es otra característica de la navaja.

—Titanio —dijo Marvel—. Hoja de titanio.

—¡Sí, es eso! —dijo Reynolds—. ¡Y empuñadura de concha de abulón! AB de abulón y T de titanio. Luego hay otra letra minúscula antes del valor en quilates, seguida de más letras mayúsculas, pero no sé lo que significan. «TA1110250R.»

Marvel fue despacio.

—¿Qué otra cosa dijimos que querría dejar registrada un fabricante después de una venta? Producto, precio, fecha, nombre y dirección del cliente...

—¡Dirección! —dijo Reynolds—. TA es el código postal de Taunton.

—While vivía en Taunton cuando el asesinato.

—Entonces TA 1 o TA 11, lo que quiere decir que el último número corresponde al precio, que sería... —Reynolds se interrumpió y miró a Marvel—. Diez mil doscientas cincuenta libras.

Marvel silbó entre dientes.

—Esa mujer lo sabía —dijo sombrío.

—Pero aún queda lo mejor —dijo Reynolds—. Todas esas letras dispersas que sobran y que ayudan a disfrazar la información. Miradlas.

Levantó la libreta para que Jack pudiera ver mejor.

—W... —empezó a leer Jack, luego se calló y se tragó el nudo que se le había formado en la garganta—. While —dijo—. Las letras forman «While».

Llegaron a la comisaría de Tiverton justo después de las nueve de la mañana, Marvel y Reynolds de excelente humor ambos y Jack siguiéndolos a cierta distancia, como si incluso Reynolds supiera que ya no iba a escaparse.

Jack se sentó en una de las sillas de plástico baratas cerca de la puerta y hundió las manos en los bolsillos de su sudadera a la espera de lo que viniera a continuación, con una tranquilidad en el estómago que le resultaba tan desconocida como bienvenida.

—Adam While es nuestro hombre —dijo Marvel—. Tenemos tantas pruebas contra él que es imposible que se libre esta vez.

Tanto Parrott como Rice sonrieron de oreja a oreja. Parrott les brindó un pequeño aplauso y Elizabeth Rice se acercó a ellos y le dio un apretón maternal a Jack en su delgado hombro.

—Parrott, coge un coche patrulla. Vamos a ir a por él a su casa.

—Sí, señor —dijo y salió corriendo.

—Rice, tendrás que quedarte aquí, a no ser que encuentres a alguien que te sustituya.

—Lo voy a intentar —dijo Rice.

Marvel se volvió hacia Jack:

—Puedes esperar aquí si quieres, pero eres libre de irte.

El chico lo miró sorprendido.

—¡Señor! —protestó Reynolds.

—Un trato es un trato —insistió Marvel—. ¿Quieres que lo encierre hasta que traigamos a While esposado?

La expresión de la cara de Reynolds dejaba claro que eso era precisamente lo que quería. Marvel se volvió hacia Rice.

—Tú no tienes objeción, ¿verdad, Rice?

—Absolutamente ninguna, señor —dijo esta—. Un trato es un trato.

Jack se levantó tímidamente, sin saber si tenía permiso o no para irse.

—Lo detuve legalmente —insistió Reynolds.

Ni Marvel ni Rice dijeron nada.

—¡Un centenar de casas allanadas y desvalijadas! ¿Qué pasa con esas víctimas?

Sus palabras flotaron en el silencio y Jack no supo qué hacer. Reynolds lo había detenido, pero un trato era un trato...

Dentro de los bolsillos de su sudadera, sus puños se cerraron nerviosos; uno, alrededor de su teléfono; el otro, alrededor de la figurita que le había dado la señora Reynolds.

La señora Reynolds.

Vergonzosamente tarde, Jack sumó dos más dos y obtuvo un sorprendente, un maravilloso, ¡cuatro!

Se sacó despacio el payaso del bolsillo y lo sostuvo en la mano como quien no quiere la cosa mientras miraba a Reynolds a los ojos.

Reynolds lo vio y se puso colorado.

—¿De dónde has sacado eso? —exigió saber.

—Me lo dio mi vecina de al lado —dijo Jack midiendo sus palabras—. Por haberle arreglado el cortacésped.

Reynolds abrió la boca y la volvió a cerrar.

Despacio, Jack puso la mano en el pomo de la puerta. Nadie lo detuvo. Ni siquiera Reynolds.

—Gracias —dijo Jack y sonrió a los presentes—. Gracias por todo.

Y salió de la comisaría.

Jack se moría de ganas por llegar a casa. Quería comprobar que Joy estaba bien y darle el payaso a Merry. Quería entrar por la puerta y encontrarse con que su padre había vuelto a convertir aquella casa en un hogar. O algo parecido.

Con el ánimo esperanzado, cruzó el parque a buen paso y echó a correr por el aparcamiento de Tesco.

Un coche frenó y se detuvo en seco a la altura de su cadera y Jack dio una palmada furiosa al capó y miró a través del parabrisas.

La persona al volante era Catherine While.

—¡Jack! —dijo por la ventana abierta—. ¡Por favor, ayúdame!

Por un instante Jack no se movió. Estaba demasiado desorientado.

«¿En qué podemos ayudarla?»

Catherine While había estado llorando. Tenía los ojos rojos y a causa de las lágrimas el rímel le corría por la cara en vetas desiguales. Tenía el pelo revuelto y parecía ir en camisón.

—¿Qué pasa? —dijo Jack.

—Jack —dijo ella y tuvo que interrumpirse para empezar otra vez—. Creo que igual tienes razón —continuó con voz entrecortada—. Creo que es posible que Adam...

No pudo terminar, pero Jack se quedó sin respiración.

De pronto, el tiempo pareció detenerse. Miró más allá de la señora While, por encima de los techos metálicos de los coches que destellaban al sol.

¿Estaba ocurriendo aquello de verdad? ¿Allí? ¿En el aparcamiento de un supermercado, tres años más tarde? ¿Iba a descubrir lo que le ocurrió a su madre allí mismo? ¿En aquel momento?

—¿Podemos hablar? —dijo Catherine.

Jack la miró, aturdido.

—¿Cómo me has encontrado? —dijo.

—Este es el único sitio en el que te he visto antes —dijo ella y a continuación repitió—: ¿Podemos hablar? Por favor.

Jack se limitó a asentir con la cabeza.

Catherine estaba esperando. Y esperaba. Seguía esperando.

Esperándolo a él, al fin se dio cuenta Jack. A que subiera al coche para que pudieran hablar.

Jack rodeó despacio la parte delantera del Volvo, abrió la puerta del acompañante y subió.

Dentro hacía calor. Un calor abrasador. Incluso con las ventanas bajadas.

La señora While estaba apretujada detrás del volante, tanto que le oprimía el abultado vientre.

—Gracias —dijo con voz trémula, luego se secó los ojos y respiró hondo, soltó el freno de mano y salieron despacio del aparcamiento.

Jack se preguntó si hablarían en el coche o irían a otro sitio. «A casa de ella no», pensó. «Podría estar él.»

Pasaron delante del concesionario lleno de coches que nadie podía permitirse y también de la casa de Jack. Este deseó que la señora While parara el coche.

No lo hizo y dejaron atrás la casa.

Jack seguía mirándola, pero ella a él no. Estaba pálida y le temblaban las manos al volante.

—¿Estás bien? —preguntó, aunque ella era la adulta y él el niño.

Catherine asintió con la cabeza, pero la boca le temblaba y seguía secándose los ojos, así que Jack supo que no estaba bien.

Salió a la autopista y se dirigió al norte.

—¿Adónde vamos? —preguntó Jack.

Catherine negó con la cabeza en silencio y Jack sintió que una fría inquietud se le instalaba en el estómago.

—¿Adónde vamos? —insistió.

A Catherine se le escapó un sollozo como una gran burbuja de miedo y Jack se giró demasiado despacio, demasiado tarde, demasiado inconscientemente.

Un golpe en la espalda, una mancha oscura en la visión y una navaja en la garganta.

Abulón.

En casa de los While nadie abría la puerta.

—¡Joder! —dijo Marvel—. ¡Qué mala suerte!

Reynolds y Parrott fueron hasta la parte de atrás a ver si había algo raro.

Al otro lado de la calle, un hombre lavaba un coche que ya estaba reluciente. Marvel fue hasta él y le enseñó la identificación. El vecino se llamaba Norman Kent.

—Estamos buscando a Adam While —dijo Marvel.

—Le he visto esta mañana —dijo el vecino—. Le oí marcharse hacia las siete.

—¿Lo vio?

—No, pero reconozco el ruido de su furgoneta.

—¿Qué clase de furgoneta?

—Blanca, con un caballo en un lado y una escarapela roja en las puertas de atrás.

—Fácil de identificar —dijo Marvel y el señor Kent asintió y sonrió—. ¿Y qué me dice de la señora While?

—Tiene un Volvo verde.

—¿La ha visto hoy?

—No, llevo sin verla unos cuantos días —dijo el señor Kent, calló y luego dijo—: ¿Cree que estará bien?

Marvel lo miró fijamente.

—¿Por qué no iba a estarlo?

—Por nada, en realidad —dijo el señor Kent—. Pero es que últimamente no parecía la misma. Por lo general es todo sonrisas y saludos. Pero en las últimas semanas parecía un poco nerviosa. Pensé que igual había algún problema con el bebé, pero son de esas cosas que no se pueden preguntar así como así, ¿verdad?

—Por Dios, no —dijo Marvel.

—Y los oí discutir.

—¿A los While? ¿Cuándo?

—No me acuerdo —dijo—. Hará cuatro o cinco días. Adam llegó a casa tarde, eso seguro, y supuse que había estado bebiendo

porque no se llevó la furgoneta y vi que volvía a casa a pie sobre la una de la madrugada.

—Eso es mucho después de que cierren los *pubs*.

El señor Kent se encogió de hombros.

—El caso es que la oí gritar a ella cuando entró en la casa.

—¿Después de aquello ha vuelto a ver a Catherine?

El señor Ken apretó la esponja como si fuera un memorándum y tardó un rato en contestar.

—No.

—¿Tiene usted llave de su casa?

—Me temo que no —dijo el señor Kent.

—Gracias por su ayuda —dijo Marvel.

Se reunió con Parrott y Reynolds en la puerta principal.

—¿Habéis encontrado algo?

—Nada, señor.

—Un vecino dice que los oyó discutir hace cuatro o cinco días. Desde entonces no ha visto a Catherine While.

Sonó el teléfono de Marvel. Contestó y se limitó a escuchar con expresión cada vez más sombría.

—¿A qué hora? —Fue lo único que dijo antes de colgar. —Era Rice —dijo—. La madre de Catherine While acaba de denunciar su desaparición. Al parecer llevaba unos días viviendo allí y esta mañana a las siete bajó a la cocina a hacerse un té y no ha vuelto.

Todos miraron la puerta principal.

—Deberíamos conseguir una orden —dijo Reynolds.

—O un ladrillo —dijo Marvel y cogió uno del camino e hizo añicos el cristal de la puerta—. No me mires con ese careto, Reynolds. Tengo indicios razonables para creer que se ha cometido un crimen y que la vida de Catherine While puede estar en peligro.

Registraron la casa.

Y no encontraron nada.

—¡Cállate! —dijo Adam While—. ¡Cállate!

Pero Jack no había dicho nada.

Quizá se dirigía a su mujer, que estaba ahogada en llanto y con la cara roja.

—¡Que te calles!

Cuando más se enfadaba, peor conducía ella.

Jack se mantuvo al margen. Trató de pensar. De planear, lo mejor que podía, con la cabeza vuelta hacia un lado y la punta de una navaja arañándole el cuello.

Catherine While conducía de manera errática, un momento aceleraba y al siguiente frenaba, y la navaja no dejaba de arañar a Jack. Notaba cómo le caía sangre por la garganta y la clavícula.

Si se movía, si hablaba, While lo mataría. No tenía ninguna duda.

¿Cómo podía detenerlo? Jack no lo sabía. No tenía arma ni destrezas y Adam While estaba a su espalda. Tendría que volverse para colocarse frente a él y, cuando lo hiciera, le rajaría la arteria y la sangre saldría a borbotones, aunque fuera por accidente.

Se acercaron al final de la autopista. Sabía que más adelante había una rotonda que conducía a la M5. Quizá podría saltar si iban lo bastante despacio.

Pensó en su madre. ¿Hizo planes como él? ¿Intentó saltar del coche de Adam While? ¿Los vio a Joy, a Merry y a él en el arcén? ¿Le hizo gestos desesperados con la mano? ¿Confió en él para que la ayudara? ¿Lo vio darle la espalda?

Asustado.

Estúpido.

¿Los habría visto hacerse más pequeños en lugar de más grandes?

Le subieron lágrimas por la nariz, pero las ahuyentó con furia. Llorar no servía nunca de nada. Ahora mismo tenía otras cosas en que pensar.

Por ejemplo, en seguir vivo.

Se puso en posición de alerta. Deslizó la mirada a la derecha, hacia la manilla de la puerta. Imaginó la sensación en su mano; en cómo se abriría; en cómo se echaría a un lado, lejos de la hoja de la navaja, eso sí; en cómo chocaría contra el asfalto y trataría de quedarse relajado como un borracho, confiando en que no lo atropellara un camión...

Catherine entró vacilante en la rotonda.

—¿Adónde...?

—¡Al norte! —gritó While—. ¡Al norte!

—¿Hacia dónde es el norte? —Catherine se volvió para mirar a su marido con los labios rojos e hinchados de llorar y los ojos rojos con un filo negro que le corría a chorros por la cara; parecía un payaso.

Un payaso triste.

—¡A la izquierda! —gritó While y se inclinó entre los asientos para tirar del volante—. ¡A la izquierda!

El coche dio un bandazo hacia un lado, While se tambaleó hacia el otro y Jack se giró y le golpeó con el payaso de porcelana en el puente de la nariz. Se le hizo añicos en la mano y empezó a correrle sangre entre los nudillos, aunque no supo si era suya o de While.

Catherine gritó cuando su marido se cayó detrás del asiento del acompañante, con la mano izquierda protegiéndose la cara y la navaja en la mano derecha, dando puñaladas al aire.

Jack saltó a la parte de atrás en un único movimiento. Aterrizó sobre While con las rodillas y le arrancó la navaja de la mano, a la vez que le clavaba las esquirlas del payaso en los ojos. While gritó y le agarró de la muñeca y Jack le hizo cortes en la mano y en el brazo hasta que lo soltó.

Sonaron cláxones. Catherine gritó de nuevo, el coche viró hacia el otro lado y Jack cayó de espaldas detrás del asiento del conductor.

While buscó a tientas algo que lo ayudara a enderezarse. Consiguió sentarse en el suelo del coche y Jack le dio una patada en la cara. Llevaba zapatillas, pero una patada en la cara es una patada en la cara y While chocó contra la puerta y gritó, con el rostro convertido en una máscara sangrienta. Hasta tenía los dientes rojos. Luego se retorció del dolor en el hueco detrás del asiento del

acompañante, con sangre que le goteaba en las manos, aullando como una plañidera.

—¡Mis ojos! ¡Mis ojos!

Jack se deslizó hasta el asiento delantero y palpó en busca de la palanca para reclinar el respaldo. La encontró, se echó hacia atrás y While chilló de nuevo cuando el asiento lo golpeó en la cabeza, le hizo doblarse y lo aprisionó contra el suelo.

—¡Adam! —chilló Catherine.

—¡Sigue conduciendo! —gritó Jack—. ¡Tú sigue conduciendo!

La llevaría hasta una ciudad. Un lugar lo bastante grande para que hubiera una comisaría.

Adam While intentó enderezar el asiento, que se levantó debajo de Jack. Este saltó con fuerza sobre él usando las rodillas.

—¡Cabrón de mierda! ¡Estoy ciego! ¡No veo!

Jack se giró y se sentó en el respaldo del asiento para darle más peso. La sangre cubría la tapicería trasera y salpicaba las ventanas. Le sangraba la mano izquierda, pero no lo bastante para causar esa carnicería. Miró con una mueca de dolor las esquirlas como agujas de porcelana clavadas en la palma de su mano. El asa de la navaja estaba resbaladiza por la sangre. Se la limpió en la manga.

—Lo siento muchísimo —dijo Catherine—. Lo siento muchísimo. No sabía...

Se ahogó en sus lágrimas, luego se sobrepuso lo suficiente para continuar:

—Dijo que solo quería hablar contigo.

—Uno no habla con una navaja en la mano —dijo Jack furioso—. Nadie habla con una navaja en la mano.

Se centró en la carretera delante de ellos. Estaban en la autopista. No sabía dónde. Estaba desorientado.

—¿Dónde estamos? —dijo.

—En la M5 sur —dijo Catherine.

—¡Joder! —gritó While—. ¡Joder, joder, joder! —Luego gimoteó—. Cath, ¡ayúdame! Me sangran los ojos. No veo nada. ¡Creo que me he quedado ciego!

—Cállate —dijo Jack, sin energía; miró la navaja en su regazo y volvió a limpiarla de sangre.

Una de dos.

Catherine empezó a llorar otra vez.

Adam While dijo «Catherine», pero esta no contestó.

Jack miró con ojos entrecerrados el sol a punto de ponerse. Un letrero azul de gran tamaño decía que Exeter estaba siguiendo recto. Exeter podía servir. Tenía comisaría. Irían a Exe...

—¡Para! —gritó.

—¿Qué?

—¡Para ahora mismo!

Catherine viró el coche y otros conductores tocaron el claxon y dieron bandazos para esquivarla. Se detuvieron en un arcén, cerca de una corta hilera de pinos.

—Apaga el motor.

Catherine giró la llave de contacto. Por un largo instante solo se oyó a Adam While, sorbiéndose la nariz y gimiendo en el suelo delante del asiento. Luego pasó un coche a gran velocidad que los hizo temblar. Y otro.

«Demasiado peligroso.»

Jack miró carretera adelante y los recuerdos le hicieron tiritar a pesar del calor.

—Aquí es donde empezó —susurró.

—¿Qué? —lloriqueó Catherine—. ¿Qué es lo que empezó?

—Este es el último sitio donde vi a mi madre.

Catherine parpadeó y lo miró con los ojos muy abiertos.

—El coche se paró justo aquí —dijo Jack y señaló hacia delante con la navaja—. Y mi madre se fue andando por la carretera a buscar un teléfono.

Catherine miró al frente. No se veía ningún teléfono y después una amplia curva lo ocultaba todo.

—Esperamos una hora —continuó Jack—. Me habían regalado un reloj por mi cumpleaños. Hacía tanto calor que el coche olía como si se fuera a derretir. Jugamos a veoveo. Joy y yo. Pero tardamos demasiado en salir a buscarla...

Carraspeó.

—Tardé demasiado.

Catherine lo miró interrogante, pero Jack siguió con la mirada perdida y la voz en un susurro, como si estuviera recordando un sueño.

—Caminamos muchísimo. Teníamos sed y miedo y nadie se paró a ayudarnos y yo tenía que llevar a Merry en brazos porque no quería andar. —Miró a Catherine y sonrió un poco—. ¡Era una malcriada!

Luego suspiró y volvió a fijar la vista en la carretera.

—Así que la llevé en brazos y no dejaba de pensar: «Alguien parará». Pero nadie lo hizo. Nadie nos ayudó. Y cuando llegamos allí, mamá no estaba. El teléfono estaba descolgado.

—¿Qué pasó? —dijo Catherine en un susurro aterrorizado.

—¡Mentiras! —gritó Adam—. ¡Te está contando mentiras!

Pero Catherine no apartó la vista de Jack, hipnotizada por su relato.

—Pues que alguien sí se paró. Ella pensó que había parado para ayudarla. Pero no era así. Se paró para matarla.

Jack se limpió la nariz en el brazo ensangrentado y observó cómo el sol se teñía de naranja en el cielo.

Catherine temblaba con tal violencia que Jack lo notaba en los asientos.

—¿Adam? —preguntó—. ¿Adam?

Hubo un silencio largo y tenso.

—¿Adam? —repitió Catherine con voz trémula de miedo.

—Una mala elección, Cath —susurró este con voz ronca—. Solo perdí la cabeza una vez y no lo volveré a hacer nunca.

Catherine While empezó a llorar, grandes sollozos entrecortados de alguien que de pronto lo entiende todo.

Jack se sintió extraño. Llevaba años imaginando aquel momento. El momento en que oiría a alguien confesar haber matado a su madre. Siempre pensó que cuando llegara, se enfurecería, gritaría, se pondría violento y ardería. Que la ira y la pérdida que había guardado dentro durante tanto tiempo explotarían como un sol y consumirían el planeta entero en un intenso frenesí de odio y venganza.

Y sin embargo había escuchado la confesión de Adam While con total desinterés.

No significaba nada.

No cambiaba nada.

Ni siquiera quería saber por qué lo había hecho.

Simplemente... se había terminado.
Bajó del coche.

—¿Dónde vas? —dijo Catherine.

Jack se encogió de hombros y miró al horizonte.

—No lo sé —dijo—. Voy a caminar un rato.

Luego la miró preocupado.

—¿Estarás bien?

Catherine abrió la boca para decir «¡No!», pero en lugar de ello, dijo:

—Sí, estaré bien.

Jack Bright dudó, luego asintió con la cabeza y a continuación se giró y echó a andar sin decir una palabra más.

Catherine sintió que una parte de ella se marchaba con él. Una parte que ya no quería ser ella. Que quería una vida distinta, otro futuro en el que su vientre embarazado no estuviera encajado contra el volante del Volvo verde guisante con sangre en los asientos y su marido —su marido el asesino— no estuviera atrapado y desangrándose en el suelo de la parte trasera.

—¿Cath? —gimió—. ¿Me puedes llevar al hospital?

Catherine pensó en ello. Podía llevarlo al hospital.

O podía no hacerlo.

—¿Catherine? —dijo—. Estoy sangrando mucho. Creo que me ha cortado una vena del brazo. Y estoy ciego. Tampoco puedo respirar muy bien así doblado. ¡No me puedo mover! ¡No me puedo mover, joder! ¿Puedes levantar el asiento? Para que pueda respirar. Por favor, Catherine... ¡Por favor!

—Cállate —dijo Catherine—. Estoy pensando.

«Una mala elección», era lo que pensaba. «Una mala elección.» Tenía que tener cuidado de no hacer otra. Allí y ahora. En el arcén.

Miró hacia la carretera. El chico casi había llegado a la curva. Una figura pequeña que menguaba y se desdibujaba contra los campos iluminados desde atrás por el sol anaranjado.

Adam empezó a llorar otra vez. Ahora más débilmente.

El corazón de Catherine apenas lo oía.

Por fin arrancó el coche.

—¡Catherine! —sollozó Adam.

Pero Catherine no le contestó. Comprobó los espejos retrovisores, puso el intermitente e incorporó el Volvo verde guisante con sistema de protección contra impactos laterales y cierres de seguridad al tráfico.

Para cuando dejó atrás a Jack Bright, circulaba a ciento diez kilómetros por hora. Tenía el depósito lleno. Podía conducir toda la noche si quería. Tal vez lo hiciera.

Por la mañana vería las cosas con más claridad.

Jack estaba en el arcén.

Pequeños insectos zumbaban en el aire inmóvil y los coches que pasaban levantaban diminutos remolinos de polvo en el borde, donde la larga hierba amarilla le llegaba a la cadera.

Pero los coches se iban espaciando y las ondulantes colinas al oeste continuaban hacia el horizonte. El atardecer se acercaba y el calor empezaba a despedirse del día.

Más adelante había un árbol raquítico. Manzanas rojas silvestres crujieron con suavidad bajo sus pies a medida que Jack se acercaba. Se sentó y cogió una.

Era pequeña pero perfecta, como una manzana para un elfo.

Recordó a Joy morder una y escupir el trozo amargo. Recordó dejar a Merry en el suelo entre la fruta. Recordó esconder la bolsa de pañales...

Se levantó despacio, se limpió las manos sucias de sangre y polvo en los vaqueros, todavía dolorido por las esquirlas que se le habían clavado.

El manzano se ladeaba hacia el quitamiedos igual que un espectador aburrido. Jack se acercó al metal caliente y su mano buscó a tientas en el estrecho espacio entre las dos barras. No esperaba nada, pero tocó algo.

Algo de plástico. Suave. Conocido.

Con cuidado, extrajo la bolsa de donde la metió tres años antes, cuando Jack era otro niño, Joy era Joy y Merry no significaba para él más que un peso recalentado e incómodo contra el hombro. Y su madre simplemente llevaba fuera mucho rato y todavía no estaba muerta.

La bolsa estaba aplastada y algo mugrienta, pero se reconocía a la perfección: de plástico rosa, con cremallera y con el logotipo de Mothercare.

Jack se sentó con las piernas cruzadas debajo del árbol una vez más y abrió la cremallera.

Solo el olor fue como viajar en el tiempo. Plástico caliente y ese peculiar tufillo a biberón.

El biberón fue lo primero que sacó. Lo sostuvo en alto y lo escudriñó. Aún quedaban unas gotas de agua en el fondo. Luego los pañales. Dos en una funda de plástico con espacio para tres. Joy había sacado uno para que su madre cambiara a Merry cuando la encontraran. Cosa que nunca ocurrió, claro. Jack intentó recordar cuándo había cambiado alguien a Merry, pero no pudo.

En la bolsa había muchas más cosas. Toallitas húmedas, una toalla de cara, un perrito de madera con ruedas y un muelle a modo de rabo y tres envases de plástico con comida: bastones de zanahoria marchitos, gajos de manzana secos y negruzcos y gominolas inmortales en forma de bebé.

Jack se limpió la sangre de las manos con las toallitas y se comió las gominolas.

Al fondo de la bolsa había un viejo monedero de cuero rojo.

Se lo acercó despacio a la nariz y los recuerdos se dispararon dentro de su cabeza igual que fuegos artificiales. La sonrisa de su madre a la puerta del colegio; esperar aburrido a su lado en la caja del supermercado; la mano de ella en su espalda mientras hacía los deberes...

Abrió el monedero. Dentro había dinero. No mucho. Unas pocas libras. Una tarjeta de crédito. Pasó el pulgar por las letras en relieve de su nombre.

SRA. EILEEN BRIGHT

Había una tarjeta de fidelización y dos cupones para bolsas de té. ¡50 peniques DE DESCUENTO!

Jack abrió los pliegues de suave cuero para no perderse nada. Había algunas monedas. Y un trozo de papel tieso.

El corazón se le aceleró.

«¡Un secreto! Algo maravilloso que solo su madre sabía. Por favor, por favor, por favor... Por favor, que no sea una lista de la compra. Por favor, por favor, que sea algo valioso...»

Jack contuvo el aliento mientras sacaba el papel del monedero.

Estaba en blanco.

Le dio la vuelta.

Era la fotografía.

La fotografía que recordaba. La que pensaba que se había perdido o imaginado. La foto que tenía en casa un marco robado esperándola.

No estaban haciendo nada especial. Solo riendo juntos en el acantilado ventoso, con el pelo en los ojos y felizmente ignorantes del futuro que los aguardaba. Su padre sostenía a Merry en sus brazos grandes y fuertes, Joy llevaba ese jersey que nunca se quitaba y él le ponía orejas de conejo detrás de la cabeza. Su madre tenía una mano apoyada en su hombro, pero estaba un poco inclinada, como hablándole.

No recordaba lo que le había dicho, pero por la expresión de su cara supo que era «Te quiero».

La ira abandonó a Jack igual que un globo y, a pesar de las lágrimas, se sintió tan inundado de felicidad que se preguntó por qué se había aferrado tanto tiempo a aquella cuerda cruel.

«Da lo mismo», pensó. Era tarde, pero no era nunca.

Estuvo tanto rato mirando la fotografía que cuando levantó la vista era de noche. Los coches que pasaban ahora llevaban las luces puestas. Cerca, ululó una lechuza y la maleza seca alrededor del manzano estaba repentinamente silenciosa. Luego, muy despacio, cobró vida de nuevo con chirridos, murmullos y cuerpos reptando y arrastrándose.

«Pequeños insectos.»

Metió el monedero en la bolsa de pañales junto con el resto de cosas. También la navaja VC.

No la quería, pero sabía que la policía sí. Y, después, quizá Louis...

La fotografía, en cambio, no la metió en la bolsa. Se la guardó en el fondo del bolsillo para poder mirarla cuando quisiera. Se la enseñaría a Joy y a Merry cuando volviera a casa. Porque a casa es donde iba. A casa con su familia. A casa a comer sándwiches de Marmite y a encender bengalas.

Era un largo camino. No conseguiría hacerlo aquella noche y no pensaba intentarlo, pero al oeste el cielo estaba de un rojo espectacular y no iba a llover.

De manera que se tumbó en el arcén y usó la bolsa de pañales de almohada.

Al día siguiente, un coche patrulla encontraría a Jack Bright tendido entre manzanas, cubierto ya por una fina película de polvo de la carretera, tan quieto que pensarían que estaba muerto.

Al día siguiente, un agente lo zarandearía para despertarlo, igual que para ir al colegio.

Pero aquella noche durmió bajo las estrellas nuevas, con un bolsillo lleno de diamantes y el otro, de amor.

No soñó.

Agradecimientos

Catherine While pagó dinero contante y sonante por el derecho a aparecer como el personaje que yo quisiera en *Snap*. Fue quien hizo la puja más alta en la subasta anual CLIC Sargent Get In Character a beneficio de niños y jóvenes con cáncer. Gracias a Catherine y a todos los demás que pujaron y la obligaron a ser tan generosa.

Muchas gracias a mis editores y traductores de todo el mundo, pero en especial a mis editores, Sarah Adams, Amy Hundley y Stephanie Glencross por su paciencia, entusiasmo e inteligentes aportaciones.

Y una mención especial a Sarah, la primera que imaginó una navaja junto a su cama.

Título original: *Snap*

Edición digital: 2019

Copyright © Belinda Bauer, 2018
© de la traducción: Laura Vidal Sanz, 2019
© AdN Alianza de Novelas (Alianza Editorial, S. A.)
Madrid, 2019
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15
28027 Madrid

ISBN ebook: 978-84-9181-654-6

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.

Conversión a formato digital: REGA

www.AdNovelas.com